



**MORE
THAN
WORDS**

A LOVE STORY

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

MIA SHERIDAN



**MORE
THAN
WORDS**

A LOVE STORY

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

MIA SHERIDAN

Contenido

Prólogo

PARTE UNO

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

PARTE DOS

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

PARTE TRES

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Epílogo

Sinopsis

En el momento en que conoció a Callen Hayes, Jessica Creswell, de once años, supo que era un príncipe roto. Su príncipe. Se convirtieron en el refugio del otro, un lugar seguro y mágico lejos de sus vidas problemáticas.

Hasta el día en que Callen la besó -el primer beso real y de ensueño de Jessica- y luego desapareció de su vida sin decir nada.

Años después, todo el mundo sabe quién es Callen Hayes. Famoso compositor. Un infame chico malo. Lo que nadie sabe es que la música de Callen está ahora encerrada en lo más profundo, atrapada tras sus propios demonios internos. Sólo cuando se retira a Francia para beber a través de la oscuridad, Callen tropieza con la única persona que hace que la música regrese. Jessica. Su Jessie. Y ella sigue sabiendo a fresca y dulce inocencia... incluso cuando le hace arder la sangre.

Pero ya no pertenecen al mundo del otro. Hay demasiados errores. Demasiados secretos. Demasiadas mentiras. Todo lo que tienen es ese anhelo instintivo, esa necesidad, y algo que se parece peligrosamente al amor.

*Este libro está dedicado a Judy
por ayudarme a ver las plumas.*

Prólogo

Jessica - Once años

—La noche era oscura y... —Di un paso tentativo hacia adelante, la hierba seca del verano crujiendo suavemente bajo mis pies. ¿*Tormentosa*? No, ni siquiera había niebla. Entrecerré los ojos para ver la pálida franja de luna en lo alto. Todavía no había oscurecido realmente, el cielo del atardecer empezaba a adquirir un azul crepuscular más intenso. Un perro ladró en algún lugar de la distancia, y luego se hizo el silencio de nuevo, mis pasos resonando a mi alrededor como si fuera la única persona viva en esta tierra extraña y traicionera.

—Solitario —decidí finalmente, susurrando la palabra. Endurecí los hombros, armándome de valor—. La noche era... *tendue* y solitaria, y aun así la princesa continuó su viaje, creyendo con todo su corazón que el príncipe no estaba lejos y que la rescataría. Todo lo que tenía que hacer era aferrarse a la esperanza.

Seguí caminando, con la respiración entrecortada y el pulso acelerado. Nunca había caminado tan lejos de casa y nada me resultaba familiar. ¿*Dónde estoy*? Cuando el cielo se volvió gris, unas luces se encendieron de repente más adelante, y me dirigí hacia ellas como si fueran un faro, una guía.

—Las estrellas brillaban en el cielo, y la princesa seguía las más brillantes, segura de que la llevarían a un lugar seguro y —mi estómago gruñó, más fuerte que el suave ascenso y descenso del canto de los grillos en el aire de la tarde— a la comida.

Una pendiente se interponía entre yo y las luces brillantes -lo que ahora podía ver eran farolas- y empecé a subir lentamente. Agarré mi libro con una mano y utilicé la otra para equilibrarme en los tramos más empinados.

—La princesa estaba cansada de su viaje, pero aun así hizo acopio de fuerzas y escaló los acantilados, sabiendo que podría ver dónde estaba desde un terreno más alto. Tal vez divisaría al príncipe, galopando hacia ella en su fiel corcel.

Las luces estaban muy cerca, y cuando llegué a la cima de la pendiente

y salí entre unos arbustos, me encontraba frente a unas vías de tren. Exhalé con fuerza y miré a un lado y a otro, dándome la vuelta para observar el terreno. Mirando hacia abajo en la pendiente que tenía delante, pude distinguir el borde del campo de golf que daba a un amplio campo. Suspiré aliviada ahora que me había orientado. Mi casa estaba en un barrio al otro lado del campo de golf. ¿Cómo pude estar tan atrapada en mi propia fantasía que no me había dado cuenta de lo lejos que había caminado?

Debería dirigirme a casa ahora que sé qué camino tomar.

Me quedé un momento mirando en dirección a mi casa, oyendo los ecos de las lágrimas de mi madre, la voz molesta de mi padre y el portazo que me decía que mi hermano pequeño se había ido al lado a pasar la noche en casa de su amigo Kyle. *No quiero estar allí.* De todos modos, pasarían horas antes de que se dieran cuenta de que me he ido. Si es que se dieran cuenta.

Me volví hacia las vías. Había un vagón solitario quieto y silencioso a poca distancia, y lo miré con curiosidad, cambiando mi peso de un pie a otro, con un extraño aleteo en el pecho.

—La princesa vio las cuevas más adelante —murmuré—, y se sintió atraída por alguna razón que no pudo explicar. —*El destino.*

Caminé lentamente por la grava, pisando el primer juego de vías y acercándome al vagón. El sonido de los grillos del campo de abajo se hizo más tenue, y la noche pareció de repente más silenciosa y tranquila, como si el mundo entero contuviera la respiración. Mi corazón comenzó a latir más rápido de nuevo en previsión de... algo. Toqué el lateral del vagón, el metal frío y suave bajo las yemas de mis dedos mientras arrastraba la mano por él, acercándome a la amplia negrura de la puerta abierta. Mi susurro fue un soplo de sonido.

—Las cuevas eran oscuras, y sin embargo la princesa era valiente. Se detenía aquí por un tiempo y esperaba que el príncipe la alcanzara. Él estaba muy cerca ahora. Ella podía sentirlo.

Me detuve en el borde de la puerta abierta e incliné la cabeza lentamente hacia el interior, con la respiración entrecortada y los ojos abiertos. Un chico estaba sentado apoyado en la pared del fondo, con sus largas piernas estiradas ante él y cruzadas por los tobillos, con los ojos cerrados. Mi corazón galopó en mi pecho. *¿Quién es?* Una de las farolas proyectaba un resplandor en el sombrío interior, lo suficiente para que

viera que el labio del chico estaba ensangrentado y su ojo hinchado. Me quedé mirando, observando cómo el pelo oscuro del chico caía sobre su frente como si estuviera demasiado agotado para apartarlo. Tenía la cara magullada, los ojos cerrados y pensé que podría haber huellas de lágrimas en sus mejillas y, aun así, era el chico más guapo que había visto en toda mi vida. Era un príncipe. Un... príncipe roto. Mi mente daba vueltas. *La princesa pensaba que ella había estado esperando al príncipe y, sin embargo... y sin embargo, lo había tenido todo al revés. El príncipe había sobrevivido a la batalla y se había arrastrado hasta la oscura cueva cercana para esconderse, donde había estado esperando... a ser rescatado por ella.*

El chico abrió los ojos, que estaban brillantes por las lágrimas. Se sobresaltó un poco al verme y sus manos se cerraron en un puño. Pero luego parpadeó para disipar las lágrimas, frunció el ceño y sus manos se relajaron mientras se sentaba erguido.

Me metí en el vagón y me puse delante de él, con las rodillas débiles por lo inesperado de encontrarlo.

—Estoy aquí para salvarte —le dije en un arrebatado de palabras.

Sentí que el rubor subía a mis mejillas cuando me di cuenta de que había dicho las palabras en voz alta. No sabía a qué había estado jugando, y de repente me di cuenta de lo extraña y torpe que debía parecer. Había estado demasiado metida en mi propio mundo inventado. Aunque... claramente *necesitaba* ser salvado. Quizá no por una princesa de mentira, pero sí por *alguien*.

Las oscuras cejas del chico se alzaron mientras su mirada bajaba por mi cuerpo y luego volvía a subir a mi cara. Soltó una pequeña carcajada que terminó en un suspiro.

—¿Ah, sí? Entonces estoy jodido —murmuró.

Bueno. Me puse las manos en las caderas, la simpatía que había sentido un momento antes se convirtió en irritación. Tal vez era extraña y torpe, pero no merecía que se rieran de mí.

—Soy más fuerte de lo que parezco —declaré, poniéndome a mi altura. Era la quinta más alta de mi clase.

El chico sonrió y se pasó una mano por el cabello, apartándolo de la frente.

—Estoy seguro. ¿Qué haces aquí? ¿No sabes que las niñas no deberían

deambular solas por las vías del tren de noche?.

Me adentré más en el interior y miré los grafitis que había en las paredes. Había varios escritos en la pared más cercana a mí, y me incliné para leerlos.

—Mejor no leerlos —dijo el chico. Me volví hacia él interrogante—. Probablemente no es para niños.

Levantó una ceja. *¿Probablemente?* Como si él mismo no los hubiera leído. Sí, claro.

Me aclaré la garganta y decidí seguir su consejo de todos modos. Por ahora. Supuse que debían ser dichos sucios. Volvería en otro momento y los leería cuando estuviera sola. Quizá también los memorizaría, sólo porque sí.

—No pareces mucho mayor que yo —dije. La verdad es que no podía decirlo. Si tuviera que adivinar, diría que era un chico de secundaria, aunque había algo en su expresión -o quizá en sus ojos- que le hacía parecer mayor.

—Sí, bueno, soy un chico y sé cómo protegerme.

Consideré su cara magullada, pensando que había al menos una persona de la que había tenido algún problema para protegerse.

—Hmm. ¿Cuántos años tienes de todas formas?

Frunció el ceño por un momento, como si no fuera a responder.

—Doce.

Sonreí.

—Yo tengo once y medio. Me llamo Jessica Creswell. —Me arrodillé y puse las manos sobre los muslos.

Me estudió durante un minuto, como si no estuviera seguro de qué pensar de mí. Aparté la mirada, mordiéndome el labio, sintiéndome repentinamente insegura. Sabía que no era la chica más guapa. Mi pelo y mis ojos eran de un aburrido color marrón claro, tenía un montón de pecas en la nariz y en las mejillas que había intentado eliminar con zumo de limón, pero que no había funcionado, y estaba lamentablemente delgada. Las chicas de mi esnob colegio francés no dejaban de recordarme lo nudosas que eran mis rodillas o cómo el estúpido mechón de la parte delantera de mi cabeza tenía mente propia. Me lo había alisado con la gomina de mi madre, pero se había resistido, erguido en un pico rígido. Sin

esperanza.

—¿Qué estás haciendo aquí, Jessica Creswell?

Volví a sentarme sobre mi trasero, subiendo las rodillas en una posición más cómoda, y me apoyé en la pared junto a la que él estaba sentado.

—Me he perdido un poco. Pero ahora sé dónde estoy. Sé cómo volver a casa.

—Entonces deberías hacerlo. Volver a casa.

Apreté los labios, frunciendo el ceño al pensar en casa.

Las esquinas de sus ojos se tensaron mientras me observaba, haciéndome sentir nerviosa de nuevo.

—¿No te gusta tu casa, Jessie?

Jessie. El corazón me dio un vuelco al oír a ese chico tan guapo llamarme por un apodo. Nadie me había llamado nunca Jessie. Me gustó.

—Yo... en realidad no. Mi madre y mi padre se pelean mucho. —No estaba segura de por qué lo había dicho, especialmente a un extraño, pero había algo tenue y soñador en el interior del vagón, algo que parecía irreal, como si mi juego de simulación cobrara vida a mi alrededor de alguna manera. Como si lo dicho aquí no pudiera ir más lejos.

Suspiró de nuevo, mirando hacia atrás.

—Sí —dijo, como si lo entendiera. Empecé a preguntarle si su madre y su padre también se peleaban mucho, pero señaló con la cabeza el libro que había colocado a mi lado en el suelo.

—¿Qué es eso?

—*El Rey Arturo y sus Caballeros de la Mesa Redonda.*

Inclinó la cabeza.

—¿Te gustan los cuentos de hadas, Jessie?

Asentí lentamente. Pensé en mis padres, en cómo mi madre siempre nos arrastraba a hoteles y restaurantes y a la oficina de mi padre después de las horas de trabajo, donde lo encontrábamos con sus amigas. Pensé en cómo mi hermano había sido tan joven cuando empezamos a encontrar a mi padre que los ojos de Johnny siempre se iluminaban y decía con esa voz grande y feliz: ¡Hola, papá!. Y nuestro padre se encogía, la novia del momento parecía encogerse o poner cara de asombro, y por dentro yo me

quería morir de vergüenza. Y entonces mi madre sollozaba y montaba en cólera, y a veces mi padre volvía a casa con nosotros, pero la mayoría de las veces cerraba la puerta o se iba en coche, o nos dejaba allí de pie.

Johnny ya tenía nueve años y era lo suficientemente sensato como para sentirse tan avergonzado como yo cuando encontrábamos a nuestro padre con una de sus novias.

Mi madre siempre lloraba y se lamentaba, y mi padre siempre hacía promesas que nadie creía. *Ni siquiera él*, pensé. Y Johnny y yo tratábamos de desaparecer en el fondo.

Los cuentos de hadas me ayudaron a creer que no todos los hombres eran como mi papá. Los cuentos de hadas me ayudaron a desaparecer en mundos donde los príncipes eran leales y honestos y donde las princesas eran fuertes y valientes.

—Sí. Cuentos de hadas, aventuras. Algún día viviré la aventura más grande de todas: viviré en París, tendré un novio francés que me escribirá las cartas de amor más bonitas de la historia y comeré chocolate francés todo el día.

—Parece que vas a estar gorda.

Me encogí de hombros.

—Puede ser. Si quiero estarlo.

El chico rió suavemente, y las mariposas revolotearon en mi barriga. Era aún más guapo cuando sonreía. Aunque, mirándolo bien ahora, vi que su ropa estaba desgastada, la sudadera le quedaba un poco pequeña y la suela de un zapato se aflojaba. Era evidente que era pobre, y el saberlo hizo que la ternura se agolpara en mi pecho.

—No me has dicho tu nombre —le dije en voz baja, acercándome.

Me miró por un segundo, pero luego se encogió de hombros.

—Callen.

—¿Calvin?

—No, Callen. No v.

Lo repetí, gustándome cómo sonaba.

—Callen. —Hice una pausa—. ¿Te has metido en una pelea?
—Pregunté, mis ojos pasando de su labio cortado a su ojo enrojecido.

—Sí.

—¿Con quién te has peleado?

Apartó la mirada un segundo y luego volvió a mirarme.

—Sólo con un matón.

Asentí lentamente.

—Oh. Bueno, espero que puedas mantenerte alejado de él a partir de ahora.

Dejó escapar una carcajada que era sobre todo aliento.

—No, Jessie, no puedo alejarme de este matón, pero está bien. No me importan los moretones.

Fruncí el ceño, sin entender cómo alguien podía estar bien con que le pegaran en la cara. Abrí la boca para decir algo, cuando Callen se adelantó y tomó mi libro, mirando la foto de la portada. Le dio la vuelta y empezó a leer la sinopsis de la contraportada.

—¿Lees en francés? —Pregunté, sorprendida.

Sus ojos volaron hacia los míos y su expresión hizo algo de gracia.

—No. Me preguntaba en qué idioma está.

Asentí, acercándome aún más, apoyando mi espalda en la misma pared que él.

—¿Quieres que te lo lea? Puedo traducirlo. Voy a una escuela francesa, y se supone que sólo leemos libros en francés.

—¿Un colegio francés?

Asentí con la cabeza.

—Todas las asignaturas se enseñan en francés. Ayuda a los niños a adquirir fluidez.

—Huh —dijo, inclinando la cabeza, estudiándome—. Así que con el tiempo puedes mudarte a París y engordar.

Sonreí.

—Sí.

Me devolvió la sonrisa, haciendo que esas mariposas volvieran a volar.

—Claro, Princesa Jessie. Léeme.

* * *

Caminé por los barrios, a través del campo de golf y del campo, y por el terraplén hasta las vías del tren todos los días de ese verano.

Cuando Callen estaba allí, le leía o nos íbamos de aventuras juntos. Actuaba como si sólo lo hiciera por mi bien, pero sonreía más de lo habitual cuando viajábamos a los volcanes del Reino de los Valles Despiadados o recogíamos hierbas mágicas en los Campos de Siempre.

—No quiero que te quedes aquí sola, Jessie —dijo una tarde cuando le dije que había estado allí sola el día anterior—. Nunca se sabe quién más puede estar rondando las vías del tren.

—Nunca he visto a nadie aquí, excepto a ti.

—Sí, bueno —miró hacia abajo de las vías hasta una curva, donde los raíles desaparecían detrás de una arboleda—, la gente que ronda las vías del tren suele quedarse a media milla en esa dirección porque los viejos vagones están ocultos por los árboles y la maleza, pero nunca se sabe.

Era una cabeza más alto que yo cuando estábamos de pie, y lo miré de reojo, notando el moretón bajo su mandíbula.

—¿Pero cómo voy a saber cuándo vas a estar aquí?.

Se metió las manos en los bolsillos y se volvió hacia mí.

—Tampoco soy alguien con quien debas andar.

Mi corazón se desplomó, y de repente tuve miedo de que me echara, de que me dijera que no quería volver a verme allí.

—Te equivocas —insistí—. Eres la persona más maravillosa que he conocido.

—Jessie. —Era más un aliento que una palabra, aunque estaba segura de haber oído mi nombre en su suave exhalación. Me miró a los ojos y me sonrió, suavemente, con dulzura, y de repente parecía más joven de lo que era. Suspiró y miró a lo lejos. Tal vez hacia el lugar donde vivía, aunque no podía estar segura. Lo que fuera que viera en su mente le hizo perder la sonrisa. Cuando sus ojos volvieron a los míos, preguntó:

»¿Puedes quedar los martes y los jueves a las siete?.

Eso fue después de la cena, cuando mi padre se marchó a una reunión de negocios "inesperada" que todos sabíamos que en realidad era una mujer que le esperaba en una habitación de hotel y mi madre abrió una botella de vino y lloró ahora que éramos demasiado mayores para que nos arrastraran por toda la ciudad sin oponer resistencia.

—Sí, puedo quedar contigo entonces. ¿Y el sábado a las tres?

Se quedó callado un momento, y luego me dedicó una sonrisa torcida

que hizo que mi corazón diera un vuelco.

—Y los sábados a las tres.

* * *

Un frío día de otoño, un año después de conocernos, nos sentamos juntos en el vagón, con mi aliento en el aire mientras le leía a Callen la versión francesa de *Las aventuras de Robin Hood*. Me detuve cuando él se adelantó y sacó el borde de un papel de mi mochila. Lo estudió por un momento, su mirada se movió sobre la página antes de que sus ojos volaran a los míos.

—¿Qué es esto?

Dejé el libro en el suelo, inclinando la cabeza mientras me volvía hacia él.

—Mi música de piano.

Volvió a mirar el papel y lo sostuvo hacia mí, señalando la primera nota.

—Esto son notas.

—Sí —dije, frunciendo el ceño—. ¿No has visto nunca música?

—No escrita así. —Había algo raro en su voz, y hablaba rápido. Señaló la primera nota—. ¿Esta?

—Es un mi.

—¿Una E? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿La letra E?

Sacudí la cabeza.

—Bueno, sí, como la letra, pero, um, una nota. Un lenguaje diferente, supongo. —Sonreí, pero él seguía con una intensa mirada de concentración mientras volvía a la música, su ceño se suavizó después de un momento.

Señaló otra E y luego otra.

—Estas son todas Es.

Asentí con la cabeza, confundida por su entusiasmo. En el año que lo conocía, sólo había presenciado dos emociones: hosco o algo feliz. Tuve un momento de celos irracionales por su repentino entusiasmo.

—Sí.

Asintió con un movimiento brusco de la cabeza. Pude ver su pulso palpitando rápidamente bajo la piel lisa y bronceada de su garganta.

—¿Qué es esto?

Miré lo que estaba señalando.

—Es la clave de sol. Te indica el tono y la tonalidad de las notas de esa línea.

Su ceño se frunció y me apresuré a explicarle más.

—El tono y la tonalidad son... la altura y la gravedad de las notas.

Volvió a asentir, con los ojos muy abiertos y brillando con algo que no sabía cómo nombrar. Era *más* que emoción. Era... incredulidad. ¿Tan emocionado estaba por leer en un idioma diferente? Me di cuenta de cómo tarareaba cuando jugábamos. Ponía música a nuestros juegos: lenta, oscura y espeluznante cuando cazábamos a un villano, ligera y alegre cuando corríamos por un prado de campanillas mágicas y parlantes. A veces le miraba y sonreía con alguna melodía en particular y él me miraba sorprendido, como si no supiera que la música estaba en otro lugar que no fuera dentro de él. Levantó la vista y nuestros ojos se encontraron, haciendo que un temblor de placer recorriera mi columna vertebral.

—¿Me traes más?

—¿Más música?

—Sí.

—De acuerdo. Yo también tengo un teclado. ¿Puedo traerlo? Tiene un estuche.

—Sí —respiró. Me tomó la mano y la apretó, y su contacto me produjo otra pequeña emoción. De repente me sentí tímida, pero contenta de haberle dado algo que obviamente le hacía feliz. Quería darle más. Quería que volviera a dirigirme esos ojos grises y claros y que los viera brillar de alegría.

Así que, dos días después, corrí por el campo y por las vías, con el estuche del teclado agarrado en la mano y la emoción llenando mi pecho. Le enseñé a Callen qué notas eran cada una mientras sus ojos se iluminaban con ese mismo asombro. Nunca había sido muy buena con el piano, pero había aprendido lo básico, y se lo di a Callen junto con el teclado que había estado en mi armario sin usar durante tanto tiempo que casi me había olvidado de él.

Se aficionó a la música como un pez al agua, y me sorprendió que en sólo un par de meses fuera mucho mejor que yo, a pesar de que teníamos un piano de cola Schimmel al que me sentaba cada semana, practicando

durante lo que parecían horas y horas, pero que en realidad eran sólo treinta minutos.

Un día de ese mismo año se presentó con cara de enfado, con el rostro magullado, y se sentó pesadamente, apoyando la cabeza en la pared.

—¿Me leerás hoy, Jessie?

Asentí con la cabeza, sacando de la mochila el libro que tenía entre manos.

—Claro. —Empecé *Los tres mosqueteros*, haciendo una pausa y mirando hacia él después de leer algunos párrafos. Su expresión se había convertido en tristeza y sus ojos estaban cerrados. Me armé de valor—. ¿Es tu padre quien te pega? —pregunté en voz baja.

Sus ojos se abrieron, pero no volvió la cabeza hacia mí. Estuvo tanto tiempo en silencio que me pregunté si me respondería, y mi corazón empezó a latir más rápido, temiendo que se enfadara conmigo y se fuera en su lugar.

—Sí.

Se me apretó el corazón y solté el aliento que había retenido en mi garganta.

Me miró, su mirada recorriendo mi rostro.

—Puedo soportar los golpes. Son... son las palabras las que... En fin...

Quería desesperadamente pedirle que dijera más, pero no estaba segura de cómo hacerlo. Me aclaré la garganta.

—Mi padre tampoco es un buen hombre. —Lo susurré como si hubiera alguien cercano a quien intentaba evitar que escuchara la verdad. Tal vez yo misma. Lo sabía desde hacía mucho tiempo, desde que tenía uso de razón, pero, de alguna manera, decirlo en voz alta lo convertía en una verdad ineludible. Nunca más podría fingir. Mi padre era débil y egoísta, y no nos quería lo suficiente, si es que nos quería.

Callen extendió la mano y la tomó entre las suyas, y mis ojos se dirigieron a nuestros dedos entrelazados, los míos pequeños y pálidos y los suyos bronceados y callosos, mucho más grandes que los míos. Mantuve la mirada en nuestras manos unidas y tragué saliva antes de continuar.

—Pero lo peor es que mi madre no puede dejar de quererlo. No importa lo mucho que la haga llorar, ella sigue viniendo por más. Es que... no sé cómo una persona tiene tantas lágrimas.

Cuando levanté mis ojos hacia los suyos, me estaba mirando fijamente. Me sentí cohibida, aunque él también me había contado un secreto, y me mordí el labio y miré hacia otro lado.

—¿Por eso te gustan tanto los cuentos de hadas, Jessie? —Su voz era suave, con algo de ternura, pero la pregunta me hizo sentir más expuesta. Me apretó la mano con suavidad. Quería alejarme y quería acercarme, y las sensaciones que recorrían mi cuerpo eran nuevas y confusas, emocionantes y aterradoras.

—Hace tiempo que no jugamos a esos juegos —respondí, sacudiendo la cabeza. En lugar de ir de aventuras, leía en voz alta o hacía los deberes, y Callen tocaba el teclado, con el ceño fruncido por la concentración, creando melodías parciales que eran tan hermosas que hacían que mi corazón tropezara consigo mismo. Música que a menudo se desvanecía en la nada, como si la belleza se le hubiera escapado de las manos o no supiera por dónde tomarla.

Sus labios carnosos se inclinaron hacia arriba.

—A veces echo de menos jugar a la fantasía.

Sonreí.

—¿Lo haces?

—Sí. Me hiciste sentir como un héroe.

—Lo eres —respiré—. Para mí, lo eres.

Negó con la cabeza.

—No, Jessie. No soy un héroe. Dios, ni siquiera puedo...

—¿Qué? ¿Qué dice que no puedes hacer? —Pregunté, sintiéndome feroz y protectora, sabiendo que era su padre quien ponía esa mirada atormentada en sus ojos.

Callen se rió, pero no había humor en el sonido.

—Sólo dice la verdad.

—¡No! Me gustaría ir a tu casa y darle a tu padre una parte de mi...

—No te atrevas. —Las palabras eran afiladas y gélidas, y lo miré fijamente, con las mejillas enrojecidas y los ojos llenos de lágrimas. Callen nunca me había hablado con tanta dureza.

—Yo... no haría nada que...

Se inclinó hacia delante tan repentinamente que dejé escapar un jadeo,

y entonces sus labios estaban sobre los míos, suaves y cálidos, y un calor resplandeciente recorrió mi cuerpo. Me detuve, insegura, porque nunca me habían besado, ni siquiera de cerca. Llevaba unos aparatos de ortodoncia en los dientes, y no tenía ni idea de qué hacer.

Callen me agarró la mano con más fuerza y utilizó su otra mano para sujetar la parte posterior de mi cabeza mientras me acercaba aún más y frotaba sus labios suavemente -lentamente- sobre los míos. Dejé escapar un pequeño suspiro, y él movió con vacilación su lengua a lo largo de mis labios separados, haciendo que los abriera instintivamente.

Él se sobresaltó como si estuviera sorprendido, y yo abrí los ojos para descubrir que los suyos también estaban abiertos. Durante unos instantes nos miramos de cerca, con los ojos muy abiertos, y fui vagamente consciente de que el corazón se me aceleraba en el pecho, antes de que él volviera a cerrar los párpados. Inclino la cabeza y me metió la lengua en la boca -apenas- y yo cerré los ojos, encontrando la punta de su lengua con la mía, tocándose y retirándose. Una cascada de sentimientos se desencadenó en mi interior: excitación, nerviosismo, alegría y miedo. Callen me mordisqueó suavemente los labios, y suspiré maravillada por la sensación física, amando el sabor de su boca, el modo en que olía así de cerca: a canela, a sal y a una especie de jabón. Como un niño. Como mi príncipe.

Cuando se apartó, me sentí aturdida y medio dormida, flotando en otro mundo. Parpadeé, volviendo al momento, y le sonreí tímidamente. Él me devolvió una sonrisa torcida.

—Nadie me hace sentir como tú, princesa Jessie. Nadie lo hará nunca. Fue la única vez que me besó.

Callen nunca volvió a las vías del tren después de ese día. Iba cada martes, jueves y sábado, esperando desesperadamente que volviera a estar allí. No sabía por dónde empezar a buscarlo. Santa Lucinda, la ciudad del norte de California donde vivíamos, era demasiado grande, y ni siquiera sabía su apellido.

Lo único que tenía para recordarlo era una serie de notas musicales dibujadas a mano y escritas en un trozo de papel roto que había encontrado en un rincón de nuestro vagón.

Mientras esperaba semana tras semana, me devanaba los sesos buscando una razón para su desaparición. ¿Había hecho algo malo? ¿Había odiado besarme? ¿Se sentía avergonzado? ¿Su padre le había hecho algo

terrible? Me sentía desesperada por obtener respuestas que no tenía forma de conseguir.

Finalmente, un martes por la noche a finales del verano, después de todo un año esperando que volviera, me senté sola en la puerta de nuestro vagón y me despedí en silencio de mi héroe desaparecido -mi príncipe roto-, me limpié una lágrima de la mejilla y nunca más volví.

Parte Uno

Una vida es todo lo que tenemos y la vivimos como creemos vivirla. Pero sacrificar lo que eres y vivir sin creer, ese es un destino más terrible que morir.

-Juana de Arco

Capítulo Uno

10 años atrás

Callen

Me eché el trago de tequila e hice una mueca mientras me quemaba la garganta. El tequila no era mi bebida preferida, pero mi agente había pedido una ronda y no podía negarme. Bueno, podría haberlo hecho. Podía hacer lo que me diera la gana. Pero, ¿por qué rechazar un alcohol perfectamente bueno?

Me llevé la rodaja de lima a los labios y clavé los dientes en ella, el mordisco agrio de la fruta calmó el persistente ardor del tequila. La habitación se volvió un poco borrosa antes de volver a estar en foco. Ya había bebido demasiado, pero me sentía cálido y cómodamente adormecido, y me recosté en la silla, disfrutando de la sensación familiar. *Demasiado familiar últimamente*, me dijo una vocecita antes de que la desentonara.

La charla en mi mesa era un mero ruido de fondo, y miré alrededor del bar, mis ojos se fijaron en la camarera morena de pie en una mesa cercana, con una bandeja en la mano. Colocó una copa de vino delante de un hombre mayor y sus ojos se dirigieron a mí, se ensancharon al ver que la miraba fijamente y se alejaron rápidamente. El corazón se me aceleró, un zumbido de electricidad me recorrió la columna vertebral, y fruncí el ceño, sorprendido por mi reacción. La chica se enderezó, dijo algo a la pareja de la mesa que les hizo sonreír, y luego se dio la vuelta y se alejó, sin volver a mirarme. La observé mientras se acercaba a la barra, fascinado por alguna razón que no pude precisar. Era guapa, pero no era exactamente mi tipo. Me inclinaba por las rubias altas y voluptuosas... ¿no es así? Por un momento me sentí confundido por mi propio pensamiento. De repente no podía recordar *lo que me gustaba*. No recordaba haber tenido ninguna preferencia más que la de estar *disponible*.

Me masajee las sienes, sintiendo que me dolía la cabeza, sin poder apartar los ojos de la chica. Definitivamente, no era una chica voluptuosa. Tampoco era rubia. No era ni baja ni alta, de estatura media, con el pelo

recogido en una coleta desordenada, sin maquillaje por lo que pude ver, llevando un uniforme poco favorecedor, y yo... Dios, no podía dejar de mirarla.

—¿Dónde has ido? —Charlène, la última rubia alta y de aspecto voluptuoso, ronroneó acercándose a mi oído y pasando su mano por el interior de mi muslo. Su acento francés era fuerte, pero no tanto como su empalagoso perfume.

Le lancé una sonrisa perezosa.

—Estoy aquí, cariño.

—Pero tu mente no. —Su mano subió por mi muslo y se detuvo justo antes de llegar a mi entrepierna. Puede que mi mente no esté concentrada en Charlène, pero mi cuerpo prestaba atención.

Aparté los ojos de la chica, que ahora estaba inclinada sobre la barra, hablando con el camarero, y volví a prestar atención a Charlène. El contraste entre la sencilla y limpia belleza de la chica que había estado mirando y la sofisticada belleza de Charlène me impactó, y me sorprendió querer apartar la mirada de Charlène y volver a la camarera. Resistí la tentación, mis ojos se movieron hacia abajo cuando Charlène cruzó las piernas y la abertura de su vestido de noche negro se abrió, revelando unos muslos suaves y bronceados.

Levanté los ojos de sus piernas y sonreí, volviéndome hacia ella y concentrándome de nuevo en nuestra conversación. No iba a dejar que me la follara más tarde si no me esforzaba mínimamente.

—¿Has visto esto? —Preguntó Charlène, entregándome su teléfono. Reconocí el logotipo de una página web de cotilleos que había sacado y en la que aparecía una foto de nosotros dos de esa misma noche en el banquete de premios en el que la había conocido—. Mira cómo te han llamado —dijo, riendo suavemente y señalando la leyenda debajo de la foto.

La acerqué y sonreí con ironía mientras se la devolvía.

—Me han llamado cosas peores.

—Hubiera pensado que ese te gustaría.

Ni siquiera me conoces. ¿Cómo coño vas a saber lo que me gusta? Miré alrededor del salón, sintiéndome repentinamente claustrofóbico. Idiota. Imbécil. Estúpido.

—Claro —murmuré.

Charlène suspiró, alisando su pelo hacia atrás.

—Eres extraño, Callen Hayes. A cualquier hombre le gustaría que lo llamaran el hombre más sexy de la música.

El camarero que nos había estado trayendo bebidas apareció de repente con otra ronda, colocando un chupito de algo ámbar delante de cada uno de nosotros, y agradecí la interrupción.

—Jesús, ¿más? —Preguntó mi agente, Larry, aunque no dudó en tomar el suyo, olfateándolo y sonriendo con aprecio. Tenía una mancha de polvo blanco en un lado de su fosa nasal debido a su reciente viaje al baño, y consideré hacérselo saber de alguna manera sutil, pero decidí no hacerlo. A nadie le importaba.

—No todos los días un nuevo compositor de música clásica gana el Premio Poirier —dijo la esposa de Larry, Annette, lanzándome una sonrisa apretada que estaba más cerca de ser una mueca. Lanzó una mirada helada a Charlène y luego levantó su copa—. Por Callen, que es... *très bon* en todo lo que hace. —Me dedicó una sonrisa sugerente y luego levantó su copa y echó el trago hacia atrás, moviendo su larga y elegante garganta al tragar. Miré a Larry, pero se estaba riendo de algo que estaba diciendo el tipo de al lado.

Levanté una ceja y asentí a Annette, echando mi propio trago hacia atrás, aflojando la pajarita de mi garganta e intentando respirar plenamente por primera vez en lo que parecían horas. La cena había sido tediosa, la ceremonia de entrega de premios había sido aburrida, y estar sentado aquí con esta gente adulatora y superficial era completamente agotador. El problema era que... Yo era uno de ellos. No *mejor*. Joder, lo único que quería era dejarlos a todos y volver a mi habitación de hotel sola. Pero la idea me atraía y me llenaba de terror. Necesitaba empezar las nuevas composiciones para las que me habían contratado, y hasta ahora no se me había ocurrido ni una sola nota.

Alejé los miedos lo mejor que pude, el alcohol me ayudó en ese esfuerzo. De la misma manera que lo haría el sexo más tarde. Al menos el tiempo suficiente para acallar las palabras, *sus* palabras. Lo suficiente como para escribir algo en el papel. *Por favor, Dios*. Pero Dios nunca me había respondido antes, y no pensé que lo haría ahora. No, tendría que hacer lo que pudiera para acallar los demonios yo mismo. Como siempre lo había hecho.

Lo suficiente para dejar que la música sonara.

Hacía tres años había vendido una composición que había escrito a un pequeño estudio cinematográfico independiente francés que la había utilizado para uno de los temas de su película. La pieza ganó tanta popularidad que un estudio cinematográfico más grande de Hollywood me contrató para escribir varias canciones para una película que estaban produciendo, una película que se convirtió en un éxito de taquilla. Poco después de ese éxito, publiqué un álbum de composiciones con más éxito de crítica, y luego un segundo que sólo recibió tibias críticas, pero aun así, me encontré de repente como una especie de celebridad, con gente que me fotografiaba en restaurantes y en la calle y a la que se le ofrecían entrevistas en redes de alto nivel. Había sido un torbellino rápido y furioso, y no siempre había reaccionado bien a la constante invasión de la privacidad.

Resultó que eso sólo hizo que me buscaran más, en cuanto a las noticias, como el "chico malo compositor". Pensaban que me habían catalogado como una especie de creativo oscuro que se sentaba solo en su apartamento, se rasgaba el pelo y garabateaba notas en un papel enloquecido antes de saltar a la cama con tres supermodelos que simultáneamente satisfacían mis perversos apetitos sexuales. Lo cual, en realidad, no estaba del todo desencaminado. Aunque últimamente la parte de garabatear música se me había escapado mientras que el sexo perverso no.

El sexo y el alcohol *habían* ofrecido una vez el embotamiento de la mente que permitió que las notas tomaran forma. Podía encerrarme y escribir durante días y días -a veces semanas-, mientras que ahora tenía suerte si conseguía unas pocas horas de creatividad. Lo cual era lamentable, teniendo en cuenta que había firmado un contrato para escribir una banda sonora y se esperaba que entregara algo ingenioso al mayor estudio de Hollywood para una película que se estrenaría al año siguiente. Tenía que producir algo grande, algo que no diera pie a que los críticos dijeran que mi talento estaba decayendo y que mi éxito inicial no era más que una casualidad. Por supuesto, esa presión era la mía, pero no por ello dejaba de ser importante.

—Entonces, Callen, ¿qué es lo siguiente ahora que eres una sensación internacional? —Me preguntó el tipo que había estado hablando con Larry

un momento antes.

Le lancé una mirada. *¿Sensación internacional?* Por el amor de Dios. *¿Quién hablaba así?* Sí, había ganado un maldito premio, y estaba orgulloso de ello. *¿Pero por qué todo el mundo a mi alrededor siempre sonaba como si me estuvieran entrevistando para algún artículo?*

—Grégoire está con *Le Célébrité* —dijo Larry, señalando con la cabeza al hombre, que tenía su teléfono fuera y apuntaba a la mano de Charlène que aún estaba en mi muslo. La miré y vio que le dirigía al periodista una sonrisa de oreja a oreja, sabiendo muy bien que nos estaba fotografiando para su tabloide francés.

Me puse de pie, empujando a Charlène, que soltó un sonido agudo de molestia.

—Lo siguiente es el baño.

—Aquí en Francia se llama "retrete" —dijo Annette.

La ignoré, mirando a la periodista que se había infiltrado en nuestro grupo. No es que me haya costado ningún esfuerzo. La mitad de las veces no tenía ni idea de quiénes eran las personas que me rodeaban.

—*¿Quieres venir y ver si puedes sacar una foto de mi polla mientras estoy meando?*

La reportera pareció considerarlo brevemente antes de negar con la cabeza. Hice un sonido de asco en el fondo de mi garganta, me tambaleé momentáneamente y caminé hacia el oscuro pasillo del fondo del bar.

Dios mío. Estoy borracho. Demasiado borracho.

Sentí que mi teléfono vibraba en mi bolsillo y tanteé con él durante un minuto mientras se enganchaba en un hilo. Finalmente lo saqué y miré la foto de Nick en el momento en que el buzón de voz se activó, haciendo que su cara sonriente parpadeara. Probablemente llamaba para felicitarme por el premio. Me detuve en el pasillo, mirando mi teléfono hasta que me indicó que tenía un mensaje de voz. Cuando pulsé el botón de reproducción, la voz familiar de Nick llegó a mis oídos.

Oye, amigo, acabo de ver en Internet que ganaste ese premio. Buen trabajo. Estoy orgulloso de ti, hombre. <pausa> Cuídate, ¿de acuerdo, Cal? Y llámame cuando puedas.

Volví a guardar el teléfono en el bolsillo, prometiendo llamarlo más tarde, sabiendo que se sentiría decepcionado si me viera dando tumbos

borracho por un pasillo oscuro para escapar de la gente superficial que me rodeaba. Gente que había convertido en una parte más importante de mi vida que él, mi mejor amigo y la única persona en la que podía confiar de verdad.

Este no eres tú, Cal, decía. Sólo que lo era. Lo era.

Intenté abrir una puerta, pero vi que se trataba de un armario utilitario lleno de estantes con artículos de limpieza y productos de papelería. Cerré la puerta, buscando otra puerta o un cartel con un dibujo que indicara dónde estaba el maldito baño, pero no vi nada. Doblé la esquina y divisé una puerta al final del pasillo y la atravesé. Estaba en un patio exterior vacío que estaba cerrado por la temporada o por la noche. Empecé a dar la vuelta pero decidí tomarme un momento para acallar las risas falsas y la cháchara ociosa, sólo para respirar.

Cuídate, ¿de acuerdo, Cal?

¿Por qué eso parecía una tarea tan imposible últimamente? Me acerqué a la pared que rodeaba el patio de la azotea y apoyé los codos en ella, doblando el cuello hacia delante y pasándome las manos por el cabello mientras aspiraba aire fresco por la nariz. Me sentía mejor, un poco menos borracho, un poco menos... enfadado, molesto. ¿Quién sabía ya lo que sentía? Hacía tanto tiempo que no me paraba a pensarlo realmente. Sólo sabía que no era feliz.

Escuché un ruido detrás de mí y me giré para ver a la camarera morena de pie en la puerta, que se cerraba lentamente tras ella. Tenía los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos por la sorpresa, como si no hubiera esperado encontrar a nadie aquí. Cuando la puerta golpeó su trasero, soltó un pequeño grito al impulsarse hacia delante.

Durante un segundo nos quedamos mirando a través de la cubierta. Intenté con todas mis fuerzas no balancearme sobre mis pies.

—Yo... ah... lo siento. Creo que me he equivocado de camino.
—Levanté el brazo, haciendo un movimiento que indicaba el patio exterior y que no era donde había querido terminar. Esperaba que hablara inglés. Mi francés no era muy bueno. En realidad, era pésimo.

Abrió la boca para hablar, pero luego pareció cambiar de opinión. Se quedó mirándome un momento más antes de decir en voz baja:

—Estoy aquí para salvarte.

Fruncí el ceño y me apoyé en la pared mientras algo pasaba por mi mente, algo que intentaba comprender, pero que se me escapaba. Ella se mordió el labio y se removió, y me di cuenta de que debía estar haciendo una broma. Era evidente que era tímida y que yo la había hecho sentir incómoda. Sonreí y luego me reí suavemente, levantando una ceja.

—Te lo agradezco, pero creo que estoy más allá de la salvación, cariño.

Dejó escapar un suspiro, y en lugar de parecer aliviada de que el momento incómodo hubiera pasado, parecía... decepcionada.

—¿No has visto el cartel? —Señaló con la cabeza hacia la puerta.

Sí, había visto el cartel.

—No leo francés.

Sus labios se inclinaron hacia arriba.

—Está en inglés y en francés.

—No debo haberme dado cuenta. —Sus cejas se fruncieron ligeramente y me acerqué a ella lentamente, atraído por alguna forma inexplicable.

No se movió, no se inmutó, ni siquiera pareció sorprendida, y cuando me acerqué a ella, inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme. La expresión de decepción había desaparecido, y ahora parecía suave y como sin aliento. Expectante.

—Eres americana —dije, dándome cuenta de repente de que no había tenido ningún rastro de acento cuando había hablado. Sólo asintió con la cabeza.

Mis ojos se movieron por su rostro y, de tan cerca, era más que bonita. Su piel era suave y cremosa, y pude ver una ligera capa de pecas en su nariz. Quería besar esas pecas, todas y cada una, tocarlas con la lengua y saber si sabían a inocencia. Casi me reí de mí mismo. *Inocencia*. De todas formas, ¿cuándo me había atraído la inocencia?

Sus grandes ojos color avellana se abrieron de par en par, enmarcados por unas pestañas oscuras y amplias. Su labio superior era más grueso que el inferior y estaba girado hacia abajo, lo que le daba un mohín natural. Dios, desde donde me había sentado a observarla antes, no había podido ver lo suave y tentadora que era su boca. De repente, necesitaba sentir esos labios rosados y separados en mi boca, en mi piel, más que cualquier otra cosa sobre la faz de la tierra.

Me incliné hacia ella, esperando que me detuviera en cualquier momento, pero no lo hizo. Mis labios se encontraron con los suyos y ella soltó un gemido que se dirigió directamente a mi polla. Me endurecí mientras pasaba mi lengua entre sus labios, saboreándola, explorándola. Su lengua se unió a la mía con timidez, tímidamente, y aunque era obvio que no tenía experiencia, su beso me encendió la sangre de una manera que nadie más había hecho en mucho tiempo, quizá nunca. Dios, tenía un sabor tan dulce, tan fresco y puro.

Mi polla se hinchó y presionó contra mi cremallera, haciéndome gemir y moverme contra ella, para acercarla y enhebrar mis dedos en la parte posterior de su cabello. Sentí que su cola de caballo se soltaba mientras su cabello se desparramaba sobre mis manos, el tenue aroma de su champú me llenó la nariz, algo ligero y limpio.

Ligero y limpio.

La deseaba. La deseaba tanto que estaba temblando. *¿Qué es esto?* Casi tuve la tentación de tomarla y llevarla a una de las mesas desiertas, para apoyarla sobre ella y aliviar el terrible dolor que sentía entre las piernas. En algún lugar de mi mente confusa y sombría, incluso parecía posible que esta chica pudiera aliviar los lugares profundos, oscuros y dolorosos de mi interior a los que no tenía ni idea de cómo acceder.

Sólo por esta noche *-sólo una maldita noche-* quería perderme en la dulzura tan clara en los ojos de esta chica, la inocencia pura que podía sentir que emanaba de ella.

No había lugar para la dulzura en mi vida. Y definitivamente no había lugar para la inocencia.

Pero, ah, lo deseaba tanto. Y en aquella cubierta iluminada por las estrellas en una fría noche parisina, admití cuánto, aunque sólo fuera para mí. Me llamaba como un amante dormido. Como una musa que promete quedarse más que un breve momento o quizás dos. Y yo no lo merecía, pero no me importaba.

Rompí el beso, paseando mi boca por sus mejillas, rozando con mis labios esos besos de ángeles esparcidos con tanta delicadeza por su piel.

—Ven a casa conmigo —susurré, sin poder disimular la necesidad en mi voz.

—Estás borracho —me susurró ella—. Te he visto beber toda la noche.

—Sí. —No lo negué—. No afectará a mi rendimiento. Nunca lo hace.

Ella se aquietó en mis brazos, y me di cuenta de lo burdas que debían sonar mis palabras, de lo vulgar que debía hacerla sentir. Y sin embargo, ¿no lo era? A fin de cuentas, ¿no era eso exactamente lo que quería hacerla? ¿Común? ¿Realmente podía pretender que ella fuera diferente del resto? ¿Diferente de la miriada de mujeres con las que estuve una noche y nunca más? No tenía nada que ofrecer a una chica así, así que ¿por qué sentía como si algo que había estado floreciendo un momento antes se hubiera marchitado dentro de mí? No sabía qué podía ser, pero sentía algo. Había *sentido* algo...

—Estás diferente —dijo ella, y la tristeza se reflejó en su voz. Hacía mucho tiempo que nadie derrochaba tristeza conmigo. ¿Y qué quería decir con *diferente*? Ah, ella sabía quién era yo. Me había reconocido. Tal vez tenía la fantasía de que Callen Hayes era alguien diferente de lo que decían que era. Tal vez pensó que yo era un incomprendido. Durante un segundo de locura, al mirar sus ojos conmovedores, quise creer que era cierto. Pero sabía que no lo era. Abrí la boca para decir algo, para tratar de corregir mi error, o quizás sólo para disculparme, cuando de repente la puerta se abrió detrás de nosotros. Solté a la chica y ambos tropezamos, girándonos al mismo tiempo.

Charlène estaba en la puerta, con los brazos cruzados bajo sus pequeños y redondos pechos, una ceja levantada y una inclinación sardónica en sus brillantes labios rojos.

—Si has terminado de palpar la ayuda, ¿podemos irnos ya? Me pediste que te acompañara a casa, *oui*?

Me encogí internamente cuando los hombros de la chica se cayeron. *Por Dios*. Le había dicho exactamente esas palabras. Me miró -su bonita boca hinchada, su pelo colgando de los hombros- y vi una profunda decepción en su expresión. Por primera vez en mucho tiempo, me vi a través de los ojos de otra persona y odié lo que vi. Echó los hombros hacia atrás y se alejó de mí, pasando por delante de Charlène y cruzando la puerta. Y así, sin más, se fue.

Capítulo Dos

Jessica

—¿Qué tal ha ido? —Me preguntó mi compañera de piso, Francesca, cuando entré por la puerta.

Tiré el bolso al suelo y fui directamente a la nevera que estaba al lado del salón, sacando una botella de agua y dando un largo sorbo.

—Bien, si estar oficialmente desempleada es algo bueno. —Le ofrecí a Frankie una sonrisa de pesar, tomando otro sorbo del agua fresca. El apartamento era sofocante, y sentí una gota de sudor rodar por mi espalda—. Voy a cambiarme y luego vuelvo. —Fui a mi pequeña habitación y comencé a quitarme la falda y la blusa, colgando ambas con cuidado en mi armario. No tenía mucha ropa de trabajo profesional, y necesitaba tratar con cuidado la que tenía, dado que ahora tenía que solicitar un nuevo empleo.

Me puse unos pantalones cortos de algodón y una camiseta de tirantes suelta y me recogí el pelo en una coleta alta para refrescarme antes de volver al salón.

Un estallido me sobresaltó y me reí al ver que Frankie acababa de abrir una botella de champán y la estaba sirviendo en dos copas de champán.

—*Santé, mon amie* —cantó mientras me entregaba una de las copas y levantaba la suya. Sonreí y tomé un sorbo del champán barato—. Este es el primer paso en el camino hacia una maravillosa carrera.

—Gracias. —Me dejé caer en el sofá, poniendo la copa en la mesita y metiendo las piernas debajo. Frankie se sentó en el otro extremo del sofá, tomando otro sorbo de champán y enroscando la cara.

—Lo mejor que pude pagar —dijo.

—En cuanto encuentre un trabajo, el champán corre de mi cuenta. Esperemos que por fin pueda permitirme algo decente.

Ella sonrió.

—Lo harás. Estoy orgullosa de que hayas dado este salto.

—Sí, sí. Pero si termino en la casa de los pobres, te culpo a ti.

—Me parece justo. Aunque creo que ya no hay casas de pobres. Es la fría y solitaria calle en la que acabarás, mi pequeño repollo.

—Genial. —Sonreí ante el término cariñoso, nuestra broma familiar. Ella había oído el término *ma chouquette* en alguna parte y me había preguntado qué significaba, y yo lo había traducido literalmente. Ahora era el apodo favorito de Frankie. A pesar de su nombre de pila italiano, Frankie no dominaba ninguna de las lenguas romances, y cuando nos conocimos sólo hablaba unas pocas palabras de francés. La conocí en un cibercafé cuando llegué a París por primera vez, la oí tantear un pedido de café y un croissant y la ayudé. Después entablamos una conversación y congeniamos. Las dos buscábamos un compañero de piso, y parecía que estaba destinado a serlo. Afortunadamente, el simple hecho de vivir y trabajar en Francia había mejorado su francés. Frankie trabajaba en la casa de moda de una nueva diseñadora de moda llamada Clémence Maillard. Le encantaba su trabajo, pero su sueldo no era mucho mejor que el mío.

En realidad, me recordé a mí misma, el salario de todo el mundo era ahora oficialmente mejor que el mío. Yo ya no tenía salario.

—¿Cómo se ha tomado Vincenzo tu renuncia?

Suspiré.

—Bien. No tendrá problemas para sustituirme. —Tomé mi vaso y bebí un sorbo. Probablemente Vincenzo ya había ocupado el lugar. El Lounge La Vue era uno de los bares de hotel más populares y ostentosos de París, y las propinas solían ser buenas. Pero ya había pasado bastante tiempo como camarera de cócteles a tiempo parcial.

Hacia un año que me había graduado en la Universidad de Cornell con una licenciatura en francés y una especialización en historia medieval francesa, me había trasladado a París y había empezado a buscar trabajo. Cuando la única oferta que recibí fue la de un pequeño periódico que no me pagaba lo suficiente para comer tres veces al día, acepté el trabajo de camarera en Lounge La Vue y alimenté mi cerebro con breves prácticas (no remuneradas) en museos. Mis últimas prácticas acababan de terminar, y dejar Lounge La Vue me iba a obligar a salir y encontrar algo en mi campo que pagara dinero de verdad. Frankie tenía razón: era el momento de dar un salto de fe.

En mis estudios había descubierto que tenía un talento especial -y afinidad- para traducir el francés antiguo. Si conseguía encontrar un

trabajo en el que pudiera poner en práctica esa habilidad, sería un sueño hecho realidad.

Podría haber pedido ayuda a mi padre, lo que me habría permitido empezar mi carrera más rápidamente, pero estaba decidida a no pedirle nada. Él había decidido que la escuela de francés de mi ciudad natal era la que ofrecía la mejor educación, y fue allí donde descubrí mi amor por el estudio de la lengua y todo lo relacionado con el francés. Por eso le estaba agradecido, aunque no había mucho más. Mi madre había fallecido de cáncer cuando yo tenía veinte años, y dado que el diagnóstico había llegado cuando ya estaba en la cuarta fase, parecía que estaba allí un día y se había ido al siguiente. Cuatro años después, seguía llorando su pérdida, pero también estaba triste por la vida que había aceptado para sí misma. Sólo había vivido cuarenta y ocho años y había pasado más de la mitad de esa vida viviendo con un hombre que la trataba como si no fuera nadie especial. Quería más para mí. Nunca aceptaría una vida así. Mi padre se había vuelto a casar enseguida, con una chica sólo un año mayor que yo. Estaba segura de que también la engañaba. No es que fuera a preguntar. O que me importara. Para empezar, nunca habíamos estado cerca, y ahora apenas hablábamos.

Gracias a Dios por Frankie. Tenía un pequeño círculo de amigos en París -chicas que había conocido en Lounge La Vue, principalmente- pero Frankie era más bien la hermana que nunca había tenido. Había creado una familia de mi elección aquí en Francia.

Apoyé la cabeza en el sofá. No había comido nada desde el desayuno, y el champán ya me hacía sentir somnolienta y lánguida.

—Él no ha vuelto a entrar en el salón, ¿verdad? —Preguntó Frankie, mirándome. Casi fingí que no comprendía quién era "él", pero ella sabría muy bien que sólo estaba siendo amargada y despectiva a propósito.

—No. —Había vuelto al pequeño apartamento que compartía con Frankie después de la noche de hace dos meses en la que Callen Hayes entró en Lounge La Vue, me besó sin sentido y se fue con otra mujer. No es que no debiera haberlo hecho... Estaba claro que había llegado con ella. La había visto sentada cerca de él en la mesa abarrotada, pero él *me* había mirado fijamente, y yo había esperado...

Bueno, esperaba que al menos me reconociera. Pero no lo hizo. No tenía ni idea de quién era yo, aparte de una camarera que probablemente

pensó que le había estado haciendo ojitos toda la noche. Lo cual había sido, más o menos, pero era más un caso de incredulidad. Después de todos esos años, mi Callen había vuelto a mi vida. Aunque, en realidad, nunca había sido mi Callen. Y, bueno... nunca lo sería.

Pero en aquel momento no había podido evitar la emoción que se había desatado en mi interior ante la posibilidad de que me recordara como la niña con la que se había sentado en un vagón de tren abandonado hace mucho, mucho tiempo. La niña con la que solía ir de aventuras, jugar y dar rienda suelta a su hiperactiva imaginación.

Me había besado en el patio, y no sabía a calor y esperanza, no como yo recordaba. Sabía a alcohol y a pecado. No era el chico que había conocido, ni siquiera cerca, y eso me había roto un poco el corazón. Volví a casa y lloré en el hombro de Frankie, contándole toda la historia desde el principio. Era la segunda vez en mi vida que me besaba y se iba. *Y nunca volvió.*

Ella sabía quién era Callen Hayes, por supuesto. Supuse que cualquier mujer de entre quince y cincuenta años debía saberlo. La primera vez que lo vi en *Entertainment Tonight*, casi me caigo. La primera vez que me quedé hipnotizada por el guapísimo hombre que aparecía en la televisión, y aunque me resultaba familiar de una manera que no podía ubicar, cuando dijeron su nombre, supe inmediatamente quién era. Me tapé la boca con la mano para contener el fuerte grito de sorpresa y me hundí en el sofá, observando aturdida cómo él seducía sin esfuerzo a la simpática presentadora.

Esa sonrisa. Había sido un chico guapo, y ahora... era devastador.

Había sacado el viejo trozo de papel rasgado de mi ejemplar del *Rey Arturo y sus Caballeros de la Mesa Redonda* y había pasado el dedo por las notas descoloridas, con el asombro de que el famoso hombre de la televisión fuera el niño que una vez las había dibujado. Había descargado todas sus composiciones y reconocí un fragmento de una de ellas, de aquel vagón de carga de tantos años atrás, la melodía que por fin había conseguido terminar. La escuché una y otra vez en mi iPod, con los auriculares en los oídos, mientras cerraba los ojos y viajaba en el tiempo. Juré que podía sentir su mano infantil y callosa en la mía. Qué tontería. Una estupidez. Pero tan cierto.

Había seguido su carrera desde entonces, había visto cómo ascendía su

estrella, cómo crecía su fama, y estaba... orgullosa. Tenía muchas preguntas sobre por qué había desaparecido sin despedirse, pero no podía negar el orgullo que me llenaba el pecho cada vez que veía un artículo elogioso sobre él. No es que no haya aparecido en la prensa sensacionalista por sus supuestas travesuras de chico malo. Tenía una reputación que los medios de comunicación consideraban fascinante y las mujeres, seductoras. Me había preguntado cuánto había de realidad y cuánto de fabricación, pero verlo en Lounge La Vue había respondido a esa pregunta. Era exactamente quien decían que era, o al menos se acercaba bastante. Bebía, salía de fiesta y... besaba a chicas estúpidas en los patios sólo porque podía. Porque yo, *ellas*, eran masilla en sus manos.

¿Y por qué debería tener el corazón roto? No me debía nada. Lo había conocido sólo por un breve lapso de tiempo hace mucho tiempo, cuando ambos éramos niños. Así que había crecido y se había convertido en un prostituto engreído y mujeriego, un prostituto de gran éxito, con un talento loco, engreído y mujeriego. Bueno, bien por él. Y *por suerte para mí, se había ido esa noche con la rubia francesa*. Su capacidad para alejarse de su cita y besar a una desconocida en tres minutos me decía más de lo que necesitaba saber sobre el Callen Hayes del presente.

Lo que fuera que había en mi cara hizo que Frankie me ofreciera una mirada de simpatía. Bajé el último sorbo de champán y levanté la copa, pidiendo más. Frankie tomó la botella y rellenó mi copa.

—¿Has pensado en intentar contactar con él?

—Dios, no. ¿Por qué iba a hacerlo?

Se encogió de hombros.

—Ni siquiera le dijiste quién eras. ¿No crees que podría tener...?

—¿Podría tener qué? ¿Regalarme una de esas aventuras de una noche por las que parece tan famoso?

Ella sonrió.

—¿Habría sido tan malo?

Puse los ojos en blanco y le dirigí mi mejor mirada de disgusto. A diferencia de mí, Frankie nunca dejaba de tener un novio o al menos un enamoramiento. Revoloteaba de un hombre a otro, enamorándose y desenamorándose constantemente. Pero el amor no habría tenido nada que ver con lo que Callen Hayes me ofreció esa noche, si es que me hubiera

ofrecido algo.

—¿Ser una en un mar de muchos? No, gracias. Además, yo... no quería decirle quién era. Quería que lo recordara. —Quería creer que me reconocería en cualquier lugar... que atesoraba los recuerdos de esa época, por breve que fuera. Que tenía una gran razón para no volver, para ni siquiera despedirse, y que había vivido con arrepentimiento todos estos años. Me quejé. Qué montón de tonterías infantiles, estúpidas y románticas.

Frankie levantó una ceja.

—He visto fotos tuyas con trece años, Jess, y no te ofendas, pero menos mal que no te reconoció.

Me reí, escupiendo un poco del champán al que acababa de dar un sorbo. Me limpié el labio con el pulgar.

—Vaya, gracias.

Se rió conmigo, guiñando un ojo.

—Estoy bromeando. Sobre todo.

Le saqué la lengua y me reí. Terminó con un suspiro.

—No, ahora no somos nada el uno para el otro, y quizás nunca lo fuimos. O tal vez él significaba algo para mí, pero no sentía lo mismo. En cualquier caso, podría haberle dicho quién era, pero ¿por qué? Ahora somos personas diferentes, extraños, y nunca volveremos a cruzar nuestros caminos.

Se inclinó hacia delante y me dio una palmadita en la rodilla.

—Muy bien. Hablando de extraños, ¿qué te parece si salimos a bailar esta noche y encontramos a unos cuantos guapos?

Me sentía somnolienta y ligeramente borracha por las dos copas de champán, así que gemí y negué con la cabeza.

—Ni hablar. Estoy haciendo la cena y luego me meto en la cama. Tengo que empezar a enviar currículos o no podré pagar el alquiler.

—Bien. No eres divertida. Llamaré a Amelie. —Se levantó y yo tomé el mando a distancia, encendí la televisión y di un último sorbo de champán. Ya se había agotado, y el dolor de cabeza se estaba apoderando de mí.

Había un programa de entrevistas de algún tipo, y cuando la cara de Callen apareció de repente en la pantalla, con su expresión melancólica a la

vez sexy y molesta, hice un sonido de descontento y busqué a tientas el mando, pulsando el botón de apagado.

—Dios, *¿en serio?* —Me puse de pie y me rocé las manos, decidida a despedirme de Callen Hayes por segunda vez en mi vida. Lástima que no le hubiera dicho ninguna de las dos cosas a la cara.

Capítulo Tres

Callen

Me desperté lentamente y gemí, con la cabeza dolorida y los músculos tan adoloridos que no estaba seguro de poder moverme. Me estiré y sentí algo caliente en mi espalda. *Oh, no. Joder.* Esta era la parte que empezaba a ser fastidiosa e incómoda: enfrentarme a mis errores de la noche anterior.

—Buenos días —ronroneó una voz familiar.

Me quedé helado. *Oh, Dios, aún peor.* Me di la vuelta y abrí un ojo con cautela.

—Creí que te había dicho que esto no volvería a ocurrir.

Annette colocó la almohada detrás de su cabeza y se recostó sobre ella, frunciendo el ceño y cruzando los brazos sobre sus pechos desnudos.

—Sabía que no lo decías en serio.

Me senté y volví a caer sobre la almohada cuando un afilado cuchillo me atravesó el cráneo.

—Joder, ¿cuánto bebí anoche?

—Por el número de botellas vacías en tu salón, diría que mucho.

—Bueno, eso explica por qué estás aquí. Estaba demasiado borracho para darme cuenta de quién eras.

Dejó escapar un gruñido de enfado y me dio una palmada en el hombro. El empujón me causó más dolor en la cabeza, pero el insulto funcionó para sacarla de mi cama. Balanceó las piernas sobre el costado y se puso de pie, girando lentamente y colocando las manos en las caderas. Mis ojos recorrieron perezosamente su cuerpo desnudo y, por un instante, consideré la posibilidad de repetir el asalto -a pesar de no recordar el primero-, pero sabía por experiencia que a Annette le gustaba lo rudo y lo escandaloso y la cabeza me dolía demasiado para un combate de lucha desnuda. Un rápido vistazo a mi pecho me mostró que anoche había utilizado sus uñas y sus dientes. El asco, y algo que parecía depresión, se instaló en mi pecho.

—¿Dónde cree Larry que estás?

—Tal vez le dije que iba a ir contigo.

—Lo dudo. Puedo encontrar otro agente, pero te costaría encontrar otro marido tan rico como él y tan dispuesto a creer tus mentiras.

Ella afinó los labios.

—Si es tan estúpido, ¿por qué lo mantienes cerca?

—Sólo es estúpido cuando se trata de ti. —Bostezo.

—¿Crees que no tiene sus propios... intereses al margen?

La ignoré. Me importaban un bledo los detalles del matrimonio de Larry y Annette y menos los intereses paralelos de Larry. Sabía muy bien que a Larry no le haría mucha gracia saber que me había tirado a su mujer. Más de una vez. No es que tuviera la intención de que fuera algo continuo: Annette era más persistente que la mayoría y tenía una manera de atraparme cuando menos me resistía.

Se giró hacia mí y se pasó las manos por sus grandes y turgentes pechos, jugando con sus pezones mientras me miraba con los párpados entrecerrados.

—Mmm —ronroneó.

Su espectáculo no era ni siquiera ligeramente excitante. Podía ver una pila de libros de música en el escritorio cerca de la ventana, y era lo único que me interesaba ahora mismo. Por favor, por favor, que haya algo bueno en ese papel.

—Vete a casa, Annette. He terminado contigo y tengo trabajo que hacer.

Dejó caer las manos de sus pechos y resopló indignada, tomando una almohada y lanzándomela. La esquivé y, cuando levanté la vista, ella ya estaba recorriendo la habitación, recogiendo su ropa.

—¡No habías terminado conmigo anoche! —Empezó a tirar de su ropa con violencia, y me sorprendió que no la hiciera pedazos en su ira—. Eres un puto imbécil y un miserable borracho.

—Los halagos no funcionarán esta vez —dije con facilidad. Me miró fijamente mientras yo sonreía divertido, y luego se dio la vuelta con una floritura y salió rápidamente por la puerta del dormitorio.

Me levanté y me quedé en la puerta, observando cómo tomaba su bolso del sofá y se dirigía a la puerta.

—Gracias por los recuerdos —dije sarcásticamente.

Se dio la vuelta con rigidez, irradiando rabia, tomó una botella de whisky vacía que estaba sobre una mesa cerca de la entrada y me la lanzó. Me agaché y la botella apenas pasó por encima de mi cabeza y explotó en la pared de detrás de la cama mientras la puerta exterior se cerraba de golpe. Me reí. ¿Mucho dramatismo?

Pero mi risa se desvaneció rápidamente cuando volví a mi dormitorio, recogí la pila de papeles de mi escritorio y los hojeé, mi corazón se hundió como una piedra cuando vi lo que había en ellos. Nada. No había escrito nada, ni una maldita nota. Tiré los papeles por la habitación y me llovieron encima.

—¡Joder! —Grité mientras me hundía en la silla, apoyando los codos en el escritorio y agarrándome la cabeza—. Joder —dije en voz más baja, con la desesperación llenando mi pecho—. Joder, joder, joder.

Eres un idiota inútil. Me avergüenza llamarte mío.

Él tenía razón.

Idiota inútil. Me avergüenza llamarte mío.

Dios, ¿quién no lo estaría?

Me quedé sentado un rato, permitiéndome revolcarme en mi propia miseria, en mi propio desprecio, antes de levantarme e ir al baño. Me metí un par de Tylenol en la boca y los mastiqué mientras me metía en la ducha, encogiéndome ante la amargura de las pastillas mientras limpiaba el olor a sexo y alcohol de mi cuerpo. Lamentablemente, no se podía hacer nada para limpiar mi alma.

* * *

El baile benéfico Gift of Music ya estaba en pleno apogeo cuando llegué, con los suaves sonidos de una banda de jazz recorriendo la sala desde el escenario. Las parejas bailaban, los vestidos de noche de las mujeres se movían a sus pies, un río de rojos, azules y morados. Las lámparas de araña brillaban en lo alto y el olor de las flores exóticas flotaba en el aire.

Me quedé un momento en la puerta, mirando a mi alrededor sin hacer nada, y vi una elegante cola de caballo morena. El corazón me dio un vuelco por un momento, y entonces la mujer se giró, y yo solté una pequeña bocanada de aire. ¿Por qué los pensamientos de aquella chica que besé en París seguían viniendo a mi mente en los momentos más extraños?

Era extraño. Rara vez pensaba en las mujeres con las que me había acostado, y sólo había besado a esa chica. Apenas podía imaginar cómo era ella. Tal vez era eso. Tal vez era simplemente que había querido más y no lo había conseguido, y el arrepentimiento de no haberla experimentado persistía. Suspiré. Era una explicación tan buena como cualquier otra.

O tal vez se trataba de París. Alguna mística romántica que envolvía a la Ciudad de la Luz. Al parecer, ni siquiera yo era inmune a ella.

Pasó una chica con una bandeja de copas de champán y tomé dos, tragándome una rápidamente y luego la otra. *Joder, no quiero estar aquí.* Pero era un acto benéfico para la investigación del cáncer infantil, así que me había obligado a venir, un buen recordatorio de que la vida no giraba en torno a mí y a mis estúpidos problemas. Dejé los vasos vacíos en una mesa detrás de mí y volví a examinar la sala. Divisé a Larry y Annette entre la multitud, de pie con dos hombres, uno de los cuales llevaba un traje chillón y espantoso, y me dirigí hacia ellos.

—Callen —me saludó Larry, haciéndose a un lado y haciéndome sitio en el círculo—. Me alegro de que estés aquí.

—Ya sabes lo mucho que me gustan las fiestas elegantes, Larry —dije con sarcasmo, tomando otra copa de champán que me ofreció un camarero que pasaba por allí.

Larry se rió.

—Es una vida dura. Conoces a Anders Hanson, ¿verdad? —Preguntó, señalando al hombre que estaba a su lado. Anders llevaba un traje blanco ajustado, con las mangas remangadas hasta los antebrazos, combinado con una camisa azul brillante y una pajarita floreada multicolor—. Y éste es su ayudante, Ralph. —Miré a Ralph, asintiendo con la cabeza, y luego volví a mirar a Anders. Reconocí su nombre. Era el crítico musical de una de las revistas de música clásica más populares. No lo había conocido en persona, pero sabía de él por su reputación. Era conocido por su honestidad brutal y su sentido de la moda "vanguardista".

Anders me hizo una inclinación de la barbilla que conseguía ser a la vez arrogante y aburrida, y miró por encima del hombro como si buscara a alguien más interesante. *Idiota pretencioso.*

Miré a Annette, que levantó una ceja y me dedicó una sonrisa falsa. Estaba claro que seguía disgustada por el trato que le había dado aquella mañana. No es que eso la alejara de mí. Tenía que dejar de emborracharme

y contestar a mi maldita puerta.

La miré fijamente mientras levantaba mi copa, y su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido antes de pegar otra sonrisa falsa en su cara. Todo era un juego. Todo.

—Me sorprende verte aquí sin una cita esta noche, Callen.

—Oh, ya me conoces, Annette; estoy seguro de que lo remediaré antes de que acabe la noche.

Sus ojos se entrecerraron, pero luego miró hacia otro lado, fingiendo un repentino desinterés.

—De todos modos, como decía —Anders se rió—, la composición de Brenton Conrad era tan mala que el papel en el que estaba escrita no era digno de ser utilizado para limpiarme el culo. —Se rió con ganas de su propia broma—. Era su primer álbum, y le dije que, por el bien de toda la humanidad, tenía que ser el último. Titulé mi crítica —levantó las manos como si sus propias palabras fueran dignas de una marquesina— Desde el infierno: Atroz, nauseabundo y flagrantemente desesperado.

Brenton Conrad era un nuevo compositor que, personalmente, me parecía prometedor. Su primera composición había sido mediocre, es cierto, pero, sin embargo, una fría oleada de ira se deslizó lentamente por mi espina dorsal, un sentimiento de asco por el hecho de que este hombre pensara que destruir a alguien con sus palabras era algo remotamente divertido. Me incliné hacia delante, fingiendo una mirada de confusión.

—¿Flagrantemente desesperado? Lo siento, ¿era una crítica musical o la descripción de tu atuendo? —Lo miré de arriba a abajo, pasando por los estrechos bajos de sus pantalones y deteniéndome en sus tobillos desnudos. No llevaba calcetines.

La incredulidad enfurecida se cocinó a fuego lento en sus ojos antes de que consiguiera sustituir la expresión por una sonrisa exagerada.

—No me habías dicho que también era tan divertido, Larry.

Larry abrió la boca para hablar, pero lo interrumpí.

—Oh, no estaba siendo gracioso, Anders. Tu atuendo es seriamente nauseabundo.

—Jesús, Callen —murmuró Larry.

—Así que, Callen —intervino rápidamente el ayudante de Anders, con un tono aprensivo, intentando claramente cambiar de tema y evitar lo

que imaginaba que estaba a punto de ocurrir entre su jefe y yo—, he oído que estás escribiendo la partitura de *Descubriendo a Hart*.

Se me hizo un nudo en el estómago, pero desvié la mirada de la cara enfadada de Anders a la nerviosa de su ayudante y sonreí.

—Así es.

Levantó los hombros e hizo un sonido de excitación—. Estoy enamorado de Marlon McDermott. —La estrella de la película—. ¿Cómo va la música?

Tomé un trago.

—Muy bien. Ya tengo casi la mitad escrita. —La mentira se me escapó de la lengua con facilidad. Quería que fuera verdad. Tal vez mentir sobre ello aplicaría la presión extra que necesitaba para empezar algo. Como si no tuviera ya suficiente presión.

—Eso es genial, Callen. ¿Por qué no me lo dijiste? —Preguntó Larry.

Le dediqué una sonrisa apretada, bajando mi champán y mirando a mi alrededor en busca de más. La última vez que habíamos hablado, había hecho que Larry pidiera una prórroga al estudio y le había dicho en confianza que estaba experimentando un pequeño bloqueo de escritor. El eufemismo del puto año.

—No quería estropearlo —tomé otro vaso de una bandeja que pasaba. Anders se rió.

—Ustedes los artistas y sus ridículas supersticiones.

Ridículo.

Ridículo.

No puedes hacer nada bien. Eres ridículo.

Mi piel estaba caliente. La habitación era repentinamente sofocante. Tiré de mi pajarita, necesitando aire, necesitando alejarme de esta gente.

—No es tan ridículo como que pienses que a alguien le importa tu inútil opinión. —Antes de que pudiera reaccionar, me di la vuelta y me alejé, dirigiéndome al bar.

Veinte minutos y dos copas más tarde, cuando empezaba a sentirme bien y entumecida, Larry se acercó a mí, apoyado en la barra.

—El personaje del artista malhumorado sólo es atractivo hasta cierto punto. Tienes que dejar el alcohol. Te está convirtiendo en un imbécil.

—Ya era un imbécil antes de empezar a beber, Larry. Y odio a los críticos —dije entre dientes—. Especialmente a los que son como él.

—Todo el mundo odia a los críticos, Callen. Pero son un mal necesario. Y puede que antes fueras un imbécil, pero sabías lo suficiente como para no insultar a la gente que se desvivirá por publicar críticas mordaces de cada obra que escribas desde ahora hasta el día del juicio final. Puede que no te guste ese tipo, pero la gente lo escucha. Vas a acabar perdiendo los dos mucho dinero. ¿Qué está pasando?

Cerré los ojos, suspirando. Tenía razón. El tipo era un imbécil, pero no le había hecho ningún favor a nadie al insultarlo. Sólo me había ganado un enemigo. Un enemigo con pajarita floreada y sin calcetines, pero un enemigo al fin y al cabo. Dejé mi bebida en la barra y me volví hacia Larry.

—La verdad es que no he escrito tanto la partitura de *Descubriendo a Hart* como dije.

Larry frunció el ceño.

—¿Cuánto has escrito?

—No mucho. No tanto como esperaba a estas alturas. —*Nada*.

Larry apretó los labios y luego suspiró antes de dar un largo sorbo a su bebida.

—Escucha, Callen, ¿por qué no te tomas unas vacaciones? Ve a algún lugar tropical, siéntate en una playa y ponte las pilas. Cuando te sientas relajado y desestresado, será cuando el bloqueo del escritor desaparezca.

Quería creerle. Realmente lo quería. Pero me daba miedo esperar. Aún así...

—¿En algún lugar tropical? —Murmuré.

—Claro, o mejor aún, volver a Francia. Sólo estuvimos allí tres días para la ceremonia del Premio Poirier, y te quejaste de que no habías visto nada. Haz un viaje a la Riviera. Es hermosa y muy lujosa. Es donde todos los jet-set veranean. Podríamos acompañarte un fin de semana después de que te tomes un par de semanas para ti. Annette y yo hemos estado allí antes, pero nunca nos cansamos de ello.

—Nunca he estado de vacaciones solo.

Larry suspiró.

—Entonces llévate a un amigo, siempre que no sea una mujer y siempre que no sea alguien que te distraiga.

Un amigo. La única persona a la que consideraba un amigo de verdad era Nick, y hacía dos meses que no me ponía en contacto con él. Pero tal vez me perdonaría si lo invitara a un viaje con todos los gastos pagados a Francia.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que me tomé unas vacaciones? Me imaginaba que la mayoría de la gente pensaba que mi *vida* era una celebración constante, una serie interminable de fiestas nocturnas, de dormir hasta tarde, de hacer lo que se me antojara. El problema era que había perdido su encanto. Lo que antes me parecía divertido ahora sólo me traía vacío y depresión. Odiaba fingir. Estaba harto de todo eso. Y, Jesús. Estaba seguro de que no quería que Larry y su esposa, que había estado allí y no había vuelto a ir, se unieran a mí.

Francia.

Una cubierta iluminada por las estrellas.

Ojos inocentes y besos de ángel.

Tal vez una parada rápida en París, también.

No era una mala idea. Asentí con la cabeza.

—Creo que seguiré tu consejo, Larry.

—Ya era hora.

Capítulo Cuatro

Jessica

El despacho no tenía ventanas, era pequeño y estaba abarrotado, con estanterías del suelo al techo repletas de libros en tres de las paredes. Los libros duros, de aspecto polvoriento, estaban en todas las superficies planas disponibles, incluidas varias pilas en el suelo. Me senté en la desvencijada silla frente al escritorio, con las rodillas juntas y las manos entrelazadas en el regazo, tratando de ocupar el menor espacio posible para no derribar una de las muchas pilas.

La puerta se abrió con un chirrido y miré detrás de mí, sonriendo mientras me ponía de pie. El caballero mayor me hizo un gesto para que volviera a sentarme, pasando por encima de varios montones en el suelo y abriéndose paso alrededor del gran escritorio tallado en madera.

—Señora Creswell —extendió la mano y nos estrechamos—. Es un placer conocerla. Soy el Dr. Moreau. Le agradezco que haya podido venir con tan poca antelación.

—Por supuesto, Dr. Moreau. Aprecio la oportunidad. No puedo agradecerle lo suficiente. —El corazón me latía en el pecho y me obligué a frenar, a no emocionarme demasiado. Conseguir este trabajo era una posibilidad remota. En el anuncio se pedía un ayudante para el Dr. Christophe Moreau, director de lenguas romances del Louvre, para un proyecto de traducción de documentos recientemente encontrados que se creía que eran de la Edad Media. Por lo que había oído, la lista de solicitantes era kilométrica.

El Dr. Moreau apartó unas cuantas pilas de papeles y rebuscó en una carpeta, sacando lo que supuse que era mi currículum. Se bajó las gafas y lo miró con las cejas levantadas.

—Tu lista de lugares de trabajo es muy impresionante, aunque veo que hasta ahora sólo has hecho prácticas no remuneradas. ¿Por qué?

—Bueno, doctor Moreau, la verdad es que descubrí que las prácticas me aportaban más que los puestos remunerados que me ofrecieron cuando me gradué en la universidad.

—Salvo en el salario.

Me reí suavemente.

—Sí, excepto eso. —Hice una pausa—. Siempre hay formas de ganar suficiente dinero para vivir. Quiero hacer un trabajo que me suponga un reto y que utilice mis puntos fuertes para marcar la diferencia.

El Dr. Moreau se sentó de nuevo en su silla, prestándome por fin toda su atención.

—Ambiciones elevadas, especialmente para un académico de la lengua. —Me miró fijamente—. Dígame lo que sabe sobre Juana de Arco.

¿Juana de Arco?

—Yo... Bueno, sé mucho, en realidad. Además de los estudios de lengua francesa en la universidad, me centré en la historia francesa medieval. —Como seguía mirándome, me senté más recta y continué—. Juana de Arco fue una mártir y una santa, una líder militar que actuó bajo la guía divina y que llevó al ejército francés a derrotar a los ingleses durante la Guerra de los Cien Años.

—¿Y usted cree?

—¿Cree que actuó bajo la guía divina?

—*Oui*. ¿Crees que Dios le habló y le dio una misión?

Me mordí el labio por un momento.

—No lo sé. Creo que ella lo creía.

Su labio se torció.

—Ah, una buena respuesta. Los intelectuales que pretenden que todo se puede saber son la peor clase de eruditos. Esa es la gente que ha dejado de aprender. —Abrió un cajón del fondo y sacó algo encerrado en una funda de plástico transparente—. Hace seis semanas se encontraron unos escritos -parecen ser una especie de diario- en una cueva del Valle del Loira. Creemos que fueron escritos por alguien cercano a Juana de Arco, y aunque es en gran medida el relato personal de este individuo sobre su propio viaje, detallan las batallas militares, hablan de los pensamientos expresados por la santa y relatan conversaciones entre ambos. Por desgracia, no se conservaron todas las anotaciones, pero sí muchas. —Me entregó la funda transparente y vi que dentro había un trozo de pergamino muy antiguo—. Este es uno de los escritos, Madame Creswell.

Lo sostuve a la luz, estudiándolo y leyendo el viejo francés. Mi ceño se

frunció mientras leía, y después de un momento lo dejé en mi regazo y miré al doctor Moreau.

—Dr. Moreau, lo siento, pero es imposible que esto sea del siglo XV.

Levantó una ceja.

—¿No? ¿Por qué?

—Bueno... —Señalé una de las palabras del documento—. Esta descripción -barroca- no se utilizó en Francia hasta cien años después de la muerte de Juana de Arco. Era un estilo artístico que no comenzó hasta el siglo XVI. Se escribieron mucho después de que cualquier persona que hubiera conocido personalmente a Juana de Arco ya estuviera muerta también.

El doctor Moreau sonrió.

—Efectivamente. —Volvió a buscar en su cajón y sacó otra funda de plástico transparente y me la entregó—. Es una copia de uno de los documentos reales.

Parpadeé al Dr. Moreau y luego examiné el documento que me había entregado, leyendo el texto lentamente.

—¿Qué puede decirme de la persona que lo escribió, Madame Creswell?

Me tomé otro momento para estudiarlo antes de responder.

—El autor es una mujer. El lenguaje es femenino.

—*Oui*. Estoy de acuerdo.

—Y ella es de la clase alta. Habría sido raro, aunque no inaudito, que un plebeyo leyera y escribiera. Especialmente así de bien. Es preciosa. —Me tomé un momento para leer un párrafo, y mientras leía me imaginé la pluma en el extremo de una pluma ondeando suavemente con el movimiento de la mano de la chica—. Sí, definitivamente de la clase alta. Aquí hace una broma comparando a uno de los generales con un cisne y dice que la última vez que vio un ave así fue en su mesa y que le gustaría verlo descuartizado de forma similar. —Miré al doctor Moreau, cuyos labios se inclinaron hacia arriba junto con una ceja. Dejé escapar un pequeño suspiro—. Sólo los muy ricos comían un manjar como el cisne en la Edad Media. —Hice una pausa, leyendo algunas líneas más—. Y este tocado del que habla aquí, un fronteau, que es una diadema de cuentas, sólo lo habría llevado una joven de alta cuna.

Miré al doctor, que me observaba con una sonrisa en el rostro.

—Creo, Madame Creswell, que he encontrado a mi nueva ayudante. Si está usted dispuesta, claro.

Mi corazón dio un salto y reprimí la sonrisa que quería aparecer en mi cara, dándole en cambio lo que esperaba que fuera una sonrisa controlada y profesional.

—Acepto, Dr. Moreau.

* * *

Subí las escaleras de mi apartamento tan rápido como pude en falda lápiz, resistiendo el impulso de chillar. Abrí la puerta de golpe y Frankie, que estaba en el sofá comiendo un bol de cereales, se puso en marcha, con la leche chapoteando en su camiseta de tirantes.

—Dios mío, ¿qué te pasa?

Cerré la puerta y le sonreí.

—Tengo un trabajo.

Dejó el tazón de cereales en la mesa de café y se levantó de un salto.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es?

Después de dejar mi carpeta en la mesa junto a la puerta, le di un rápido y emocionado abrazo y me senté en la silla frente al sofá. Ella también se sentó, mirándome expectante.

—Bueno, hace poco se encontraron unos escritos en una cueva del Valle del Loira y se cree que están relacionados con Juana de Arco.

—¡Santo cielo! ¿Necesitan un traductor?

—Sí. Ya han leído algunos de los escritos, pero son muy antiguos, probablemente del siglo XV, y algunas de las palabras y frases son difíciles de entender. Es mi especialidad. Hay que traducir cuidadosamente cada palabra para garantizar la autenticidad del escrito, pero en una prosa legible, y guardarlo en un servidor informático seguro. Han formado un equipo para confirmar las fechas y determinar si están realmente relacionadas con Juana de Arco.

—Oh, Dios mío. Eso suena realmente importante.

—Suena... increíble. Han reunido a todo un grupo para estudiar estos escritos: expertos en papel y arqueólogos que siguen excavando en las cuevas para ver si encuentran algo más que pueda datar las piezas. Voy a

trabajar con otro traductor con una especialidad diferente y bajo uno de los principales historiadores de la lengua en Francia.

—Mierda. Esto es enorme. ¿Por qué no me llamaste al trabajo?

—Ha sido un torbellino. No he tenido ni un segundo. Es un trabajo temporal, sin embargo, y no paga mucho, pero el doctor Moreau me dijo que si impresionaba al equipo, podría haber más oportunidades.

Frankie soltó un grito y se tapó la boca.

—Esto es muy emocionante. Pero cuando dices temporal, ¿cómo de temporal?

—Me han asignado un mes. —Me senté de nuevo en la silla, estirando las piernas delante de mí—. Este es el trabajo de mis sueños, Frankie. Tener la oportunidad de leer esos escritos de cerca y en persona. Estoy tan emocionada y nerviosa que podría gritar.

—Bueno, grita hasta llegar a tu habitación y ponte algo elegante. Te voy a sacar esta noche para celebrarlo.

Le sonreí.

—Iremos a lo holandés. Ahora me lo puedo permitir. Más o menos. —Se me escapó la sonrisa—. Sólo hay una cosa más.

—Uh-oh. ¿Qué?

—El trabajo es en el Valle del Loira.

Los ojos de Frankie se abrieron de par en par.

—¿El Valle del Loira? ¿Qué? *Tu plaisantes?*

Qué demonios era correcto. Me senté, inclinándome hacia delante.

—Lo sé. Pero allí es donde se encontraron los escritos, y quieren que el equipo se acerque a ellos, que vea el lugar donde fueron descubiertos, etcétera. Por ahora, los escritos se guardan en un museo del Valle del Loira, y van a alojar a nuestro equipo en un hermoso castillo cercano que también ha proporcionado un espacio de trabajo.

—¿Un castillo? Bueno, maldita sea, chica. Te ha tocado el premio gordo.

—En cuanto al proyecto, sí. Monetariamente, no. Aun así, Frankie, si hago un buen trabajo en esto, si hago algunas conexiones, esto podría ser un comienzo de carrera. —Un temblor de emoción me recorrió, seguido rápidamente por un destello de inseguridad. París, este apartamento,

Frankie, eran mi zona de confort, mi refugio seguro, e iba a tener que separarme de ellos, aunque fuera por poco tiempo.

—Esta noche pedimos el champán bueno, y tú llevas el Clémence Maillard sin espalda.

—Oh, no podría, Frankie. —El vestido sin espalda era una franja de material drapeado y sedoso con mangas de capa y una falda de vaina que, cuando estaba en una percha, apenas parecía un vestido. Pero algo mágico ocurría cuando se ponía en el cuerpo de una mujer y lo transformaba en una de las prendas más hermosas que jamás había visto. Era ridículamente caro, pero Frankie tenía la suerte de recibir muestras de ropa fabulosa de su empleador, y esa era una de ellas.

—¿Por qué no? Te ves fantástica en él, y esta es una ocasión especial.

—Es tu vestido favorito.

—Y tú eres mi amiga favorita recién contratada.

Le sonreí, mi corazón rebosaba de gratitud por su amistad.

—Tengo mucha suerte de tenerte.

Ella sonrió.

—Lo sé. Ahora mete el culo ahí y empieza a prepararte. Tenemos que celebrar mucho.

Me reí.

—De acuerdo, bien. Pero necesito una hora. El doctor Moreau me dio una copia de uno de los escritos para que me familiarizara con el estilo y la voz de la escritora. Estoy deseando echarle un vistazo y conocerla un poco. —Le lancé una sonrisa a Frankie.

—De acuerdo, de acuerdo. Ve a conocer a tu nueva amiga y luego...

—Lo sé. Y luego la Clémence sin espalda.

En el año de nuestro Señor 1429, el décimo día de abril

Ya no soy yo misma. Ahora soy Philippe, vestida como un muchacho común de diecisiete años que asistirá a la Doncella de Orleans mientras se prepara para la batalla y le informará de lo que vea y oiga. Me han dicho que lleva una armadura blanca y que monta un corcel blanco para obligar a los anglo-burgueses a retirarse por el valle del Loira. Ahora viajo allí, enviado con gran fanfarria como si yo mismo me dirigiera a la guerra. Y tal vez eso es exactamente lo que debería

considerar, ya que la elección no fue mía, y presiento una batalla en mi propio futuro, aunque no sé por qué debería sentirme así. Al fin y al cabo, mi lugar sólo estará en el campamento mientras sirvo a la chica que llaman santa y espero en seguridad su regreso. Y sin embargo, a pesar de las garantías dadas por mi padre y por Carlos VII sobre mi bienestar, en mi corazón residen tanto la emoción como la inquietud. La pluma de mi pluma revolotea con la brisa que entra por la ventanilla de mi carruaje cuando comienzo mi viaje. Y del mismo modo, siento que el destino se arremolina a mi alrededor, un vendaval agitado, y no sé si los vientos del destino son benévulos o despiadados.

Parte Dos

Todas las batallas se ganan o se pierden primero, en la mente.

-Juana de Arco

Capítulo Cinco

Callen

La campiña francesa pasaba a toda velocidad, y yo la contemplaba con morosidad.

—Parece que te diriges a la horca —dijo Nick desde el asiento de la limusina frente a mí—. Se supone que las vacaciones no son una sentencia de muerte, sabes. ¿Almendras? —Me tendió una bandeja de aperitivos.

Me puse las gafas de sol sobre la cabeza y lo miré con los ojos entrecerrados.

—No. —Resistí el impulso de abrir el minibar y ver qué tenían para ofrecer en cuanto a bebidas. Estaba dejando de lado el alcohol en este viaje. O, al menos, lo estaba reduciendo. Antes de las cinco. O al menos a mediodía. Consulté mi reloj. Las diez y cuarenta y cinco. *Maldita sea.*

Nick debía de estar siguiendo de algún modo el tema de mis pensamientos porque dijo:

—Anoche tuviste suficiente. —Abrió un paquete de almendras y tiró un puñado—. Tienes que hacer algo de trabajo, Cal, o estarás incumpliendo el contrato. Me dijiste que te lo recordara.

—No me di cuenta de que ibas a empezar a sermonearme a los cinco minutos de nuestro viaje —solté, con más hostilidad en mi tono de la que pretendía. Tal vez lo *había* traído para que me diera lecciones. Tal vez sabía, en alguna parte de mi cerebro que aún era razonable, que necesitaba toda la ayuda posible.

Nick se encogió de hombros, obviamente no afectado por mi mal humor.

—Me tomo en serio mi trabajo como única persona responsable en tu vida. —Me guiñó un ojo y desvié la mirada. Sabía que lo había estado evitando precisamente por esta razón. Había sabido lo que me diría, y no había querido escucharlo. *Todavía no.* ¿Quién *quería* que le diseccionaran de verdad sus defectos, sobre todo cuando no sabía qué coño hacer para cambiarlos?

Después de un minuto suspiré. No era sólo que tuviera el peso del

mundo sobre mis hombros por las composiciones que debía al estudio, sino que estaba con resaca y frustrado. Habíamos volado a París el día anterior y habíamos ido al bar donde había conocido a la camarera en la que no podía dejar de pensar. Diablos, en realidad no la había conocido; ni siquiera sabía su nombre. Pero la había besado. Y por alguna loca razón que no tenía ningún sentido, ella seguía apareciendo en mi mente. Así que volví al bar a buscarla, y cuando se la describí al encargado, éste me informó de que la chica ya no trabajaba allí. Le pedí su nombre, pero el gerente me dijo que no podía dar información personal, ni siquiera de ex empleados, pero que tomaría la mía y la transmitiría. Me negué. Sólo llevaba un día en París, no tenía ni idea de cuándo volvería, y era muy posible que el efecto que la chica tuvo en mí aquella noche fuera el resultado de un exceso de alcohol.

Al menos eso es lo que me había dicho a mí mismo para evitar la decepción. Volví a suspirar, pasándome la mano por el cabello.

—La cosa es, Nick, que mi último disco no fue muy bueno, y necesito recuperar mi mojo en este. —*Tengo que hacerlo.*

Nick hizo una pausa, como si estuviera considerando lo que había dicho.

—Tu último álbum no era malo, Cal. Escuché hacia dónde ibas. Sólo que... no llegaste a hacerlo. Parecía que te estabas conteniendo.

Sacudí la cabeza.

—No lo hacía, al menos no a propósito. —Apreté los labios—. No lo sé. No sé cuál es el problema.

—Quizá debas dejar de darle vueltas a cuál era el problema de ese disco y permitirte centrarte en tu proyecto actual. Estás mirando en la dirección equivocada, Cal.

Asentí con la cabeza, mirando sin ver por la ventana tintada.

—Sí. Tal vez. —Miré a Nick, sintiéndome marginalmente mejor por haber hablado de ello con alguien en quien podía confiar—. Gracias por venir, Nick.

—Me alegro. Necesitaba un cambio de aires. Pero yo también tengo trabajo, así que estarás solo la mayor parte del tiempo.

Asentí con la cabeza y volví a desviar la mirada. Esperaba que tuviera razón. Su fe en mí se sentía como una cierta presión y a la vez una bendición.

Había conocido a Nick cuando ambos éramos unos gamberros de diecisiete años que habían sido enviados al centro de menores. Yo me había peleado para que me echaran de la escuela una vez más, y Nick había robado algo para que lo enviaran allí y así evitar a sus padres adoptivos, aunque sólo fuera por una o dos noches. Era un chico flaco y empollón con gafas, un corte de pelo raro y, lo peor de todo, una expresión que hacía saber a todos que estaba asustado. Una presa fácil. Cuando algunos chicos más duros se centraban en él, los rechazaba. Siempre había despreciado a los matones.

Descubrimos que, a pesar de las apariencias, Nick y yo éramos más parecidos que diferentes -ambos elegían constantemente entre la sartén y el fuego- y forjamos un vínculo. Cuando los dos teníamos dieciocho años y por fin éramos libres de tomar decisiones que no incluyeran la residencia regular en el centro de menores, aceptamos trabajos ocasionales, encontramos sofás para dormir y compartimos tanto la comida como una escasa cantidad de esperanza.

La música era mi pasión, y practicaba cada segundo libre que tenía, llevando conmigo mochilas con cuadernos llenos de composiciones y CDs de mi trabajo, que regalaba a cualquiera que pudiera dárselo a la persona adecuada. Conocí a la mujer de un pez gordo de la industria musical en un cóctel en el que casi me colé, y -tras una atención personal en su gran cama tapizada de terciopelo- puso mi obra en el escritorio de su marido. Así que sí, mi primera oportunidad había sido el resultado de mi voluntad de intercambiar sexo por favores, y no estaba necesariamente orgulloso de ello. Pero me había llevado a donde estaba, así que intenté no pensar mucho en ello. Cuando una tarde de sexo casual era la diferencia entre vivir tu sueño o repartir pizzas para llegar a fin de mes, hacías lo que tenías que hacer.

Después de esa pausa inicial, vendí unos cuantos jingles que se utilizaron en anuncios y un tono de llamada que se hizo extremadamente popular. Hice un par de partituras para videojuegos y luego la música de varios trailers de películas de dos minutos. Un golpe de suerte (legítimo) se convirtió en otro, y pude emprender mi propio camino. Nick, que siempre había sido brillante con los ordenadores, también tuvo un par de golpes de suerte y creó su propia empresa de diseño de páginas web y se hizo autónomo con éxito. De ahí que pudiera venir de vacaciones conmigo sin avisar mucho. Mientras tuviera su portátil, podía hacer negocios con la

misma facilidad desde Los Ángeles que desde el Valle del Loira.

—Entonces, cuéntame sobre esa chica que fuiste a ver anoche. —Usó su dedo índice para empujar sus gafas hacia la nariz.

—Locura temporal —murmuré.

Levantó una ceja.

—¿En contraposición a toda la cordura de tus relaciones recientes?

—No tengo relaciones, Nick. Tengo relaciones de una noche.

Suspiró.

—Eso va a envejecer uno de estos años.

Hice un sonido de burla, y Nick levantó los ojos al cielo y sacudió la cabeza como si pidiera perdón a los ángeles por mis pecados. Me reí en voz baja y volví a mirar por la ventana.

—La besé la última vez que estuve aquí, nada más. Y... no sé, tal vez no tuve suficiente.

Pude sentir que Nick me estudiaba.

—¿No tuviste suficiente? Esto es diferente. ¿Has pensado en buscarla en internet? —Hizo una pausa—. Podría ver lo que puedo encontrar si quieres que lo haga.

—Ni siquiera sé su nombre. —Me pasé una mano por el pelo mientras le devolvía la mirada—. Y no importa. Sólo era una chica bonita, y no hay escasez de chicas bonitas en ningún lugar de este jodido mundo. —*Entonces, ¿por qué demonios no puedo olvidarme de ésta?*

—Hmm —dijo, sin parecer convencido por alguna razón que no me importaba conocer. Pero no se explayó, y en su lugar tomó un folleto de viajes que le había proporcionado la compañía de limusinas, evidentemente dispuesto a trasladar la conversación a otro tema. En la portada del folleto aparecía la imagen de un gran castillo, y supuse que incluía las atracciones cercanas—. ¿Es aquí donde nos alojamos? —preguntó.

—No tengo ni idea. Mi asistente lo reservó. —La única directriz que le había dado a mi asistente cuando le dije que me reservara un lugar de vacaciones en Francia era que debía ser un lugar distinto de los que frecuentaba la llamada "jet-set", pero con estilo—. Todo lo que dijo es que es espectacular.

—¿Liza?

—No. La nueva se llama Myrtle.

—¿Qué pasó con Liza?

—¿Qué crees que le pasó a Liza?

Hizo un sonido de decepción en su garganta y negó con la cabeza.

—¿También te acostaste con esa? Jesús, Cal. ¿Cómo esperas mantener a alguien empleado a este ritmo?

—Myrtle tiene setenta años y catorce nietos.

—Me deprime que todavía me preocupe.

Me reí.

—*Touché*. No soy tan malo.

—Bastante cerca —murmuró.

—Myrtle tiene un pelo azul muy interesante. Estoy algo tentado de averiguar si las cortinas hacen juego con la alfombra.

Nick gimió.

—Ugh, eres lo peor. Me sorprende que aún no me hayas hecho la puñeta.

Levanté las cejas.

—No subestimes el romanticismo de Francia, *mon ami*. No podrás resistirte a mí durante mucho tiempo.

—Oh, podré resistirme a ti, no te preocupes por eso.

Me reí.

—En serio, ¿y tú? ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?

—Estuve saliendo con una chica en Los Ángeles durante un par de meses. Ella dijo que trabajo demasiado.

—Ella tenía razón.

Nick hizo rebotar su rodilla.

—Lo sé. Es sólo que... construir una seguridad financiera significa más para mí que una relación en este momento.

Lo observé por un segundo mientras volvía a mirar el folleto. Sabía lo que quería decir. No quería vivir como habíamos vivido durante tanto tiempo: sobreviviendo día a día, sin garantías de un techo sobre nuestras cabezas, sin red de seguridad, sólo el uno al otro y un fuego que ardía en nuestras entrañas por más. Por supuesto, ahora tenía suficiente dinero

como para ser su red de seguridad si la necesitaba, pero comprendía que él también quería abrirse camino.

—Lo sé, Nick.

Me miró y esbozó una pequeña sonrisa, un asentimiento.

—Sé que lo haces.

Nos sumimos en un cómodo silencio y miré por la ventana un tren que pasaba a toda velocidad, en la misma dirección. El perfil borroso de una morena me llamó la atención y mi corazón dio una extraña sacudida, pero tan rápido como la había visto, se había ido. Suspiré, cerrando los ojos. Era evidente que estaba muy cansado, mi mente me estaba jugando una mala pasada.

* * *

Hice un garabato con un monstruo de notas musicales entre los pentagramas, lo miré fijamente y luego lancé el bolígrafo al otro lado de la habitación, arrugando el papel -vacío excepto por mi mal arte- y tirándolo también.

—¡Maldita sea!

Me levanté, me pasé los dedos de las dos manos por el pelo y mantuve la cabeza hacia delante durante un minuto. Me agarré el cráneo y sacudí la cabeza, con la esperanza de que el movimiento hiciera que algo volviera a encajar. Concretamente, la creatividad que parecía haberse soltado y que flotaba libremente por mi cerebro, perdida e inalcanzable. Sacudí la cabeza con más fuerza y utilicé el puño para golpear mi propia oreja con tanta fuerza que un grito de dolor se me escapó de los labios. *Joder...*

El impresionante balcón de mi habitación daba a un río, y durante un minuto me quedé en la barandilla de hierro mirando hacia la noche, observando cómo la luz de las estrellas bailaba sobre el agua. El dolor de mi oído se desvaneció, junto con los últimos vestigios de la esperanza que había mantenido al sentarme a escribir.

¿Y ahora qué hago? Nick y yo nos habíamos registrado en el castillo que aparecía en la portada del folleto aquella tarde, y me había echado una pequeña siesta. Cuando me desperté, mi dolor de cabeza había disminuido y me había llenado de una cautelosa excitación. Mientras me duchaba, una melodía -sólo el eco de algo que flotaba en alguna brisa interior- había pasado por mi mente. Salí a trompicones y traté desesperadamente de

atraparla, de plasmarla en el papel, pero ya no estaba. Tan tenue como el fragmento de un sueño olvidado.

Inútil. No eres más que una pérdida de tiempo.

Inútil.

Inútil.

Inútil.

Me aparté del río y volví a entrar, poniéndome los zapatos y agarrando la cartera. Llamé silenciosamente a la puerta de la habitación de Nick, que estaba justo al final del pasillo, pero no respondió y parecía que las luces estaban apagadas dentro.

Había una pareja mayor en el ascensor y me dedicaron una sonrisa cortés. Cuando entré, la mujer señaló el panel de botones y dijo algo en francés que supuse que era:

—¿Qué piso?

—Uh, *le bar*.

—Ah, *oui* —dijo ella, pulsando el botón más bajo.

En cuanto bajamos, pude oír los sonidos familiares de la música, las risas y el tintineo de las copas. Seguí el ruido y acabé en una lujosa sala con una barra de caoba ornamentada que ocupaba toda la pared del fondo. Un espejo recorría toda la pared detrás de la barra, reflejando las botellas multicolores en los estantes de cristal y las brillantes lámparas de araña que colgaban del techo. Era impresionante y, por primera vez desde que llegamos, me tomé un momento para mirar a mi alrededor. Esto es lo que se debía sentir al ser el señor de la mansión -el rey del castillo- cuando los castillos como éste se construían en... ¿en qué año? No tenía la menor idea. No sabía nada de historia, de épocas, de títulos, y el recuerdo de mi falta de educación me deprimía como siempre. Tenía dinero y tenía fama, así que ¿por qué me sentía siempre como un impostor? ¿Como si todo el éxito del que disfrutaba me fuera a ser arrebatado una vez que la gente se diera cuenta de que no tenía verdadero talento? Siempre me sentía como si estuviera un paso por delante de un universo que buscaba exponerme como el fraude que era. Me hacía sentir enferma y sola. El temor era un bloque de piedra que se asentaba con fuerza en mis entrañas.

—Bourbon, puro. Que sea doble.

—*Oui, monsieur.*

Me pusieron la bebida delante, y garabateé mi firma en la cuenta, dando un sorbo a mi bebida, disfrutando de la suave combustión y volviéndome hacia la sala abierta. Había un grupo de mujeres de pie junto a una zona de asientos que me miraban, susurrando y riendo. Cuando levanté mi copa hacia ellas, oí varios chillidos.

—Cinco, cuatro, tres —murmuré, moviendo apenas los labios. Tomé un sorbo de mi bebida—. Dos, y... —Una de las mujeres comenzó a acercarse a mí.

Tenía unas caderas bien redondeadas y unos pechos pequeños, y se balanceaba seductoramente mientras caminaba, tirando del dobladillo de su ajustado vestido rojo como si quisiera asegurarse de que no se le deslizara por los muslos. Lo cual era divertido, teniendo en cuenta que era tan ajustado que podía ver cada curva, bulto y pliegue de su cuerpo bajo el fino material. Se colocó frente a mí, me sonrió tímidamente y me hizo girar un mechón de pelo rubio fresa alrededor de un dedo.

—Mis amigas y yo tenemos una apuesta. Ellas no creen que seas Callen Hayes, pero yo creo que sí.

—¿Qué ganas si tienes razón?

Ella soltó una risita.

—¿Con ellas? Sólo el derecho a presumir. Pero espero que tú endulces el pastel.

Me reí.

—Endulzar las pasteles es mi especialidad. ¿Qué opinas de los jacuzzis?

Capítulo Seis

Jessica

El Château de la Bellefeuille era una obra maestra de la arquitectura renacentista, majestuosa y elegante, rodeada de amplios jardines formales y situada junto al río Loira. Me situé en el centro de mi habitación y giré lentamente, observando las antiguas paredes de piedra, las cortinas de seda verde pálido y la ropa de cama a juego, y el sencillo pero encantador mobiliario francés que parecía ser original reformado. Estaba en una de las habitaciones más pequeñas de la planta baja y, aun así, era absolutamente encantadora. Sólo podía imaginar el esplendor de las suites de la planta superior.

Ese mismo día había llegado en tren, me había registrado en el castillo y había dado un largo paseo por los jardines. Era sábado, y los demás miembros del equipo -algunos de los cuales no vivían en Francia- debían llegar el lunes. Me encantó tener la oportunidad de ver partes del pueblo en el que estábamos antes de sumergirme en el trabajo. Siempre me ha gustado deambular por lugares oscuros, sin la prisa de un guía turístico. Me permitía sentir mi camino. Comí sola en el restaurante del castillo y volví a mi habitación con la intención de acostarme pronto, pero estaba demasiado emocionada para dormir. Llevaba todo el día con una energía nerviosa que corría por mis venas, una expectación que aumentaba a medida que el tren que había tomado se acercaba al Valle del Loira. Como si la propia zona me atrajera, como si estuviera destinada a estar aquí. *Como la chica vestida de Philippe había descrito sus sentimientos.* Sólo había leído uno de sus escritos y, sin embargo, ya me sentía cerca de ella -conectada en algún sentido vago- y estaba ansiosa por saber a dónde conducía su historia.

Tomé un folleto del escritorio y lo abrí, echando un vistazo a las fotos profesionales del castillo y leyendo la breve historia del mismo. Al parecer, el rey que lo mandó construir lo dejó a su muerte a dos de sus amantes, en lugar de a sus hijos. Esto provocó un gran escándalo y, a pesar de los numerosos intentos de los hijos por recuperarlo, las amantes -que no eran amigas y ocupaban cada una de las alas del castillo- vivieron aquí hasta su

muerte. Un sonido de irritación se me escapó de la garganta y volví a tirar el folleto sobre el escritorio. Los hombres y su amplia gama de mujeres. ¿Había algún hombre que quisiera ser fiel a una sola?

Subí la maleta al portaequipajes y abrí la cremallera, sacando los vestidos y las diversas prendas que Frankie había insistido en que me llevara. Debería haberme acordado de colgarlos enseguida, pero había estado demasiado concentrada en explorar este enorme castillo como para acordarme de las prendas que se arrugaban en mi maleta. Sin embargo, el material debía de estar hilado por hadas mágicas, porque cuando los sostuve, no había ni una arruga a la vista. Las coloqué en el armario y luego dejé los zapatos en el suelo. Frankie también me los había prestado y los miré con recelo. Suponía que tenía mucha suerte de que tuviéramos la misma talla, aunque dudaba de que fuera capaz de caminar con los artilugios de tiras, tacones de aguja y punta que tenía delante. Esperaba que no hubiera ocasión de llevar esas cosas. Frankie había insistido en que le siguiera la corriente y estuviera preparada para todo. Al menos en lo que respecta a la moda.

Desempaqué mi pijama y mi ropa interior y llevé mis artículos de aseo al pequeño cuarto de baño, asegurando mi pelo en un moño desordenado. La ducha me sentó de maravilla mientras me limpiaba el polvo del viaje, y el baño se llenó de la fragancia vaporosa de mi gel de baño.

De vuelta a mi habitación, miré mi pijama, con el mismo zumbido de anticipación que me hizo dudar. No estaba cansada. Lo cual era sorprendente, teniendo en cuenta que me había despertado temprano y había tenido un largo día de viaje y exploración. Me quedé allí, sujetando la toalla con fuerza, tratando de averiguar qué hacer. Tal vez un trago en el salón apaciguaría la inquietud. Dado que había pasado gran parte de mis horas de trabajo en un bar de París, no era mi distracción habitual. *Pero bueno, tengo veinticuatro años. ¿No era eso lo que hacían los demás jóvenes de veinticuatro años?* Al menos me tomaría una copa y disfrutaría de un poco de observación de la gente.

Revisé la ropa que había colgado en el armario y saqué un vestido plateado con brillantes hilos de plata pálida entretejidos en la tela. Tenía un aspecto algo recatado, con un escote en V asimétrico y una falda corta en forma de A, pero cuando me lo puse, se abrazaba a mi cuerpo de tal manera que mi cintura parecía diminuta y mostraba mi escote al máximo.

—Oh, Clémence, genio del mal —murmuré, girando hacia un lado y otro en el espejo de cuerpo entero y poniéndome los zapatos plateados. No eran tan incómodos como parecían, así que me tambaleé hasta el baño, donde me maquillé un poco y me peiné, recogíendome el pelo y quitándome algunos trozos alrededor de la cara. Me estudié en el espejo, sintiéndome satisfecha con el efecto, aunque sólo fuera para mí.

* * *

Los acordes de "La Vie en Rose" salieron del salón, atrayéndome hacia delante, el zumbido en mis venas aumentó de repente y la oleada de adrenalina me hizo tropezar en el suelo de piedra. A pesar de la inestabilidad de mis zapatos prestados, tuve el breve e intenso impulso de correr, como si llegara tarde a algo y el tiempo fuera esencial.

—Contrólate, Jessica —me susurré a mí misma. Tenía que tranquilizarme y calmar mi excitación por estar en este gran lugar, o nunca podría concentrarme en el trabajo que había venido a hacer.

Respiré profundamente, la música y la letra de la famosa balada francesa me calmaron mientras entraba en el salón, quedándome un momento en la puerta. El salón era magnífico, decorado en tonos azules reales, celestes y dorados, con un llamativo y ornamentado bar en la pared del fondo. Me sentí repentinamente insegura mientras observaba a los grupos de personas que reían y charlaban, y los cristales de las lámparas de araña que había encima hacían que la luz cambiara y brillara. Me mordí el labio y me adentré en la sala, aquella sensación eléctrica se convirtió en un cálido zumbido que me relajó los músculos y me hizo desear hundirme en una de las sillas tapizadas de aspecto confortable que había en cualquiera de los pequeños grupos de muebles. *Quédate*, me susurró.

Me acerqué a la barra y el camarero se volvió hacia mí.

—¿Madame?

—*Un verre de vin blanc s'il vous plaît.* —El camarero me entregó una carta de vinos y elegí un sauvignon blanc procedente de una bodega del Valle del Loira. Me giré y miré alrededor de la barra mientras el camarero me servía el vino. Había un grupo de mujeres reunidas en torno a un hombre de pelo oscuro, que se reía y decía algo que, evidentemente, todas encontraban completamente encantador, ya que reían vertiginosamente y se agitaban el pelo al unísono. Sentí una inexplicable sacudida de fastidio y me volví justo cuando el camarero deslizaba la copa de vino y mi cuenta

sobre la barra. Firmé el recibo y tomé el vino con una sonrisa y un "Merci" murmurado mientras me alejaba.

—*Excusez-moi*, Jessica Creswell. ¿Eh, Madame Creswell?

Tardé un momento en recordar mi nombre, y me di la vuelta confundida al ver que el camarero me tendía el bolso de noche. La había dejado en la barra. Dejé escapar un pequeño suspiro, cogiendo el bolso y sonriendo avergonzada.

—*Que je suis bête*. —Qué tonta soy.

Me alejé de la barra, hacia las puertas de lo que debía ser un balcón, mirando hacia afuera. El balcón daba a los jardines por los que había paseado antes ese día, y consideré la posibilidad de sacar mi vino fuera, pero decidí no hacerlo cuando me fijé en una pareja que estaba de pie en la barandilla, con las cabezas juntas íntimamente. Obviamente, estaban disfrutando de la intimidad. Al sentir un extraño calor en la nuca, me tensé y un escalofrío me recorrió mientras me giraba lentamente.

Aspiré una bocanada de aire cuando mi mirada chocó con la de Callen Hayes.

Me tembló la mano y levanté la otra justo a tiempo para evitar que se me cayera la copa de vino que llevaba en la mano. *Oh, Dios mío*. Sentí como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiera escurrido hasta mis pies.

¿Cómo es *posible*? ¿Cómo es posible que me esté pasando esto otra vez? No puede ser. *No puede ser*. Se acercaba a mí, con los ojos muy abiertos, su expresión aturdida, como si acabara de ver un fantasma, y todo lo que podía hacer era devolverle la mirada. Congelada.

Me sentí atrapada por su mirada, paralizada por esa sensación de irrealdad, mientras se metía entre dos mujeres y se acercaba... más. Una parte de mí quería huir, y otra, más fuerte, quería acercarse a él para que estuviéramos juntos antes. Esto era... Esto era imposible. Sólo que de alguna manera no lo era. De alguna manera, sentía esta extraña inevitabilidad, como si una parte de mí hubiera estado esperando que esto sucediera. No podía explicarlo, ni siquiera a mí misma.

Aspiré una bocanada de aire, viéndolo acercarse. Era precioso. Recordé la primera vez que lo vi sentado en la parte trasera de aquel vagón abandonado, magullado y solo. Era sólo un niño, pero ya entonces era hermoso, y yo había quedado hipnotizada. Igual que en Lounge La Vue. Igual que ahora. ¿Cómo estaba él *aquí*?

—¿Jessica Creswell? ¿Jessie? —Preguntó, con la voz ligeramente ronca.

El corazón me latía a mil por hora, y solté un suspiro, agarrando mi copa de vino con tanta fuerza que me sorprendió que no se hubiera roto. Callen Hayes estaba aquí... *de alguna manera*, y obviamente había oído al camarero decir mi nombre. Tragué saliva y mis ojos recorrieron el salón, buscando ¿qué? ¿Una distracción? ¿Un escape?

—Hola, Callen.

Sacudió la cabeza muy lentamente.

—¿Jessie Creswell? Eres... Dios mío. Eres... París... Eres *Jessie* y estás aquí. ¿Cómo?

—Sí... yo... —*¿Qué ha preguntado? ¿Cómo es que estoy aquí?*— Eh... bueno, estoy aquí por un trabajo. Estoy trabajando aquí. —Sacudí la cabeza—. No para el *château*, sino en el *château*... y me estoy quedando aquí, temporalmente.

Sus ojos se movieron por mi cara con incredulidad. Seguía pareciendo ligeramente destrozado, como si le costara encajar las piezas. Me sentía identificada.

—¿Qué haces aquí?

Se pasó una mano por el pelo, parpadeando como si no pudiera recordar.

—Ah, estoy aquí de vacaciones por un par de semanas. Dios mío, esto es... increíble. *Jessie Creswell*. Y ya me he encontrado contigo dos veces. —Hizo una pausa, mirándome una vez más. Sentí el calor de su mirada al recorrer mi cuerpo, y tomé un sorbo de vino, deseando que mi ritmo cardíaco disminuyera—. Aquella noche en el bar de París, sabías quién era yo. Intentaste decírmelo.

El calor del vino se deslizó por mi garganta y me sentí mejor, con las manos más firmes sobre el vaso.

—Sí. —Asentí con la cabeza—. Pero está bien. No esperaba que te acordaras de mí. —*Sólo lo deseaba...*

—Por supuesto que me acuerdo de ti. Justo ahora... cuando escuché tu nombre, lo supe inmediatamente. Yo sólo... —Su voz era tan profunda y suave, y sus ojos contenían algo, alguna emoción que no supe leer—. Hacía mucho tiempo que no pensaba en Santa Lucinda, y... has cambiado.

Siempre fuiste bonita, pero ahora eres hermosa. —Un rubor de felicidad fluyó a través de mí ante sus palabras, y bajé la mirada por un momento. Cuando volví a encontrarme con sus ojos, seguía mirándome fijamente—. Has crecido. —Sonaba casi sorprendido, como si me hubiera tenido en su mente como una niña pequeña y le costara relacionarme con esa niña. Podía entenderlo. Quizá yo me sentiría igual si no hubiera tenido tiempo de procesar y aceptar la versión adulta de Callen Hayes.

Le ofrecí una pequeña sonrisa.

—Supongo que los dos lo hicimos. Maduramos, quiero decir.

—Sí, supongo que sí. —Algo se movió entre nosotros, una carga en el aire que hizo que se me apretara el estómago. Como cuando se llega a la cima de una montaña rusa y se anticipa la caída. *Miedo. Y placer.*

Frunció el ceño.

—Te debo una disculpa por esa noche. Lo siento...

—No hay nada que lamentar. De verdad. Estaba bien. Sólo fue... París. —Me encogí de un hombro y le regalé una sonrisa.

—París —murmuró—. Hay algo en París...

—*La Ville des Amoureux* —dije antes de considerar las palabras. *La ciudad de los amantes.* Sólo que no éramos amantes, y nunca lo habíamos sido. Él había tenido una amante diferente esa noche, de hecho. Una de su amplia gama de mujeres. Sentí que mi cara estaba caliente, y esperé que no se diera cuenta de que me estaba sonrojando.

Nos miramos fijamente y, de repente, el momento se sintió pesado... incómodo, como si hubiera algo que tuviéramos que decir y ninguno de los dos supiera qué era. Me moví sobre mis pies.

—Estoy muy feliz por todo el éxito que has tenido. —Sonreí—. He seguido tu carrera... un poco. —*Mucho.*

—Gracias. Yo... sabes que fue gracias a ti que descubrí la música.

—¿De verdad? —Sacudí la cabeza—. No. Estoy segura de que habrías descubierto la música con o sin mí. Obviamente es tu pasión. Tu don.

Se metió el labio inferior en la boca, y los músculos de mi estómago se apretaron, junto con lugares más bajos y profundos en el interior. Lugares que no quería considerar necesariamente.

—Tal vez. No lo sé. Todavía tengo el teclado que me diste.

Me reí con sorpresa.

—¿De verdad?

Sonrió, y por un momento no parecía Callen Hayes, el famoso compositor, el playboy de la música clásica; parecía Callen, el príncipe y héroe de mi corazón de niña. Me sentí posesiva de esa sonrisa, como si me perteneciera a mí y a nadie más. *Estúpida, Jessica. Tan estúpida.* Aparté la mirada. No quería tener esos sentimientos por Callen. Eran inútiles y ligeramente dolorosos. Sin embargo, este momento se sentía como un sueño, y no podía convencerme de abrazar lo que sabía que era la realidad.

—¿Qué tipo de trabajo estás haciendo aquí? Estuviste trabajando en ese salón hace un par de meses.

Asentí con la cabeza, tomando otro sorbo de vino.

—Sólo para pagar las facturas. Soy traductora. Eso es lo que hago en el Valle del Loira. Estoy trabajando con un equipo para traducir algunos documentos.

Asintió, inclinando la cabeza.

—Francés. Sí, lo recuerdo. —Hizo una pausa—. Siempre fuiste muy inteligente, Jessie. —Había algo en su expresión, algo tierno y algo triste, y me confundió. Pero entonces sonrió y las sombras de sus ojos se desvanecieron—. Hiciste lo que dijiste que harías: te mudaste a París. Sólo que no debes comer tanto chocolate como habías planeado. —Miró mi cuerpo, su expresión apreciativa mientras levantaba una ceja.

Me reí, y me emocionó que recordara al menos algo de lo que habíamos hablado; no me había olvidado por completo ni los pedazos de mi corazón que una vez compartí con él.

—No puedo permitirme comer mucho chocolate todavía. Ese sueño en particular queda en suspenso por ahora.

Se rió.

—Todos deberíamos tener un sueño o dos.

Sonreí y abrí la boca para decir algo cuando una mujer con un vestido rojo obscenamente ajustado se acercó a nosotros, colocándose sobre Callen y lanzándome una sonrisa fría.

—¿Estás listo para nuestra cita en el jacuzzi? —dijo—. Estoy deseando quitarme este vestido.

Me tensé, la cálida felicidad que había llenado mi corazón un momento antes se convirtió en una fría decepción. Callen Hayes no era el

chico que había conocido, y no debería haberlo olvidado, ni siquiera por un momento, ni siquiera aquí, en esta preciosa habitación del Valle del Loira, donde el destino parecía habernos reunido de nuevo. Sonreí, esperando que no pareciera tan rígida como se sentía.

—De todos modos, tengo que irme a la cama. Ha sido un placer volver a verte.

Empecé a darme la vuelta, pero Callen me agarró del brazo, soltándose de la chica del vestido rojo.

—Espera, Jessie. No te vayas todavía. —Se volvió hacia la chica, que ahora tenía el ceño fruncido—. Lo siento. Voy a tener que cancelar el jacuzzi. Tal vez te vea más tarde.

Ella resopló y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Lo prometiste —se quejó—, y me lo debes.

Ew. Sea lo que sea que signifique eso, no quería saberlo. Tiré suavemente de mi brazo para sacarlo del agarre de Callen.

—De verdad, no hay necesidad de cancelar tus planes. Tengo que volver a casa. Me voy a una visita al museo por la mañana, y empieza temprano.

Hubo un tic en la mandíbula de Callen, pero sonrió y asintió.

—¿Podemos cenar mientras estás aquí?

Vestido rojo me miraba y golpeaba el pie con impaciencia. Una visión de ella en el jacuzzi, tapada por Callen, pasó por mi mente. No me gustaba la imagen que había creado mi cerebro, pero era un buen recordatorio de por qué tenía que mantenerme alejada de él. Ya me había roto el corazón un lascivo mujeriego, mi padre, y me negaba a añadir otro a la lista. Callen y yo habíamos sido amigos antes, y quizá podríamos volver a serlo. No tenía que ser nada más. Pero, ¿cuál sería el objetivo? ¿Para acabar con los sentimientos heridos y con el conocimiento definitivo de que, aunque hubiera significado algo para él una vez, ahora no lo hacía? Me habían recordado dos veces cómo veía Callen a las mujeres: temporales y desechables. Familiarizarme aún más con lo que había llegado a ser sólo pedía que me hirieran.

—No lo creo, pero gracias de todos modos. Espero que disfrutes de tus vacaciones. Buenas noches. —Y con eso me di la vuelta y me alejé, sin atreverme a mirar atrás, ni siquiera una vez, tomando una pequeña

satisfacción en el hecho de que era yo quien se alejaba esta vez.

Capítulo Siete

Callen

Jessie Creswell. *Mi Jessie Creswell*. Mierda. Todavía estaba tratando de entenderlo. ¿Jessie Creswell era la chica que había besado en la azotea de París? ¿La chica en la que no había podido dejar de pensar? ¿Era *esa* la razón de la extraña atracción que había sentido por ella? ¿Una familiaridad que no había sabido explicar? ¿Era la razón por la que mi mente había vuelto a ella? Siempre había tenido un lugar especial en mi corazón para Jessie, y tal vez era esa parte de mí, cerrada desde hacía mucho tiempo, la que se había fijado en ella.

Pero se sentía como... *más* que eso. Pero no sabía exactamente por qué o cómo. Su pelo era más largo y oscuro, sus pecas apenas se notaban y, obviamente, ya no llevaba ortodoncia, pero ahora que sabía quién era, podía ver los restos de la niña que había sido. Aunque aparte de ese eco de reconocimiento, definitivamente ya no era ni remotamente infantil.

Su cuerpo era delgado pero redondeado en todos los lugares adecuados, y tuve que obligarme a no mirar sus pechos llenos y deliciosos. Jessie Creswell. Maldita sea.

Los dos años que había pasado con ella habían sido la única infancia real que había tenido, el único momento en que me había permitido *jugar* y perderme en tierras de fantasía, donde todo era posible. Ella había sido la única *buena*. Y, sin embargo, ese tiempo también estaba plagado de dolor y de recuerdos que no quería mirar, recuerdos que intentaba alejar constantemente.

Joder, era lo único en lo que podía pensar desde que me encontré con ella la noche anterior.

Oí el *tintineo* del ascensor y me puse en pie, con el corazón acelerado mientras observaba quién salía en el vestíbulo donde yo... bueno, donde había estado merodeando en un rincón durante la última hora.

Una pareja mayor salió, y mi corazón se hundió, pero luego se levantó de nuevo cuando vi a Jessie detrás de ellos, mirando un panfleto de algún tipo abierto en sus manos. Iba vestida con unos vaqueros, un top blanco

suelto, un par de sandalias y un gran bolso sobre un hombro. Llevaba el pelo largo y castaño recogido en una coleta, como la noche en que la besé en París, y unas gafas de sol en la cabeza.

—*Bonjour*.

Levantó la vista y me reí al ver su cara de sorpresa, que se transformó en algo parecido a la irritación.

—Callen. No te habría considerado una persona madrugadora.

Me aclaré la garganta y me puse a su lado cuando empezó a caminar hacia la recepción.

—Sí, siempre. La mejor parte del día. Nunca me pierdo, er... —Busqué en mi mente lo que había pasado antes del mediodía.

—¿El amanecer? —ofreció, con diversión en su tono.

—Sí.

Me miró de reojo, claramente escéptica, y no pude evitar sonreír. Era tan bonita. Esos grandes ojos color avellana, unos labios carnosos que sabía que tenían un sabor dulce, y una ligera dispersión de pecas que sólo podía ver cuando estaba cerca. *Muy cerca*. Me incliné hacia ella y ella se apartó.

—¿Qué estás haciendo?

—Ah... nada.

Me miró con desconfianza y luego se acercó a la recepción, hablando en francés rápido con el hombre que la recibió. No entendí ni una palabra. Ella sonrió y se dio la vuelta, y yo asentí al hombre, poniéndome a su altura.

—¿Adónde vas esta mañana? —preguntó.

—A visitar el museo.

Se detuvo y se volvió hacia mí, levantando una ceja.

—¿Cuál?

Hice un gesto con la mano hacia la puerta principal.

—El de abajo... por ahí.

Cruzó los brazos sobre sus pechos.

—Mm-hmm. ¿Vamos a ir al mismo, supongo?

Me encogí de hombros, disfrutando de esto. Disfrutando de *ella*. Me sentía... ansioso. *¿Cuándo fue la última vez que me sentí ansioso?*

—Qué presuntuosa eres. Debe haber cientos de visitas a museos en la zona.

Su labio se torció.

—¿Oficios y exposiciones relacionadas con una antigua abadía de la Edad Media?

Fingí estar sorprendido.

—Qué coincidencia. El destino parece seguir juntándonos, ¿verdad? Me fascinan los *callejones* de las... épocas.

—Abadías.

—Eso es lo que he dicho.

—Bien. —Suspiró, su expresión se volvió seria. Se removió como si estuviera un poco incómoda—. Escucha, um, Callen... ha sido genial verte y saber todo lo que has logrado. Pero los dos hemos cambiado mucho y no creo... bueno, no creo que haya ninguna razón para que pasemos tiempo juntos. Realmente no serviría de nada.

Fruncí el ceño y retrocedí un poco, el rechazo desconocido me golpeó como una bofetada.

—¿Por qué no? Una vez fuimos amigos. Disfrutamos de la compañía del otro. ¿Por qué no íbamos a volver a disfrutarla?

Sus labios se afinaron y miró por un momento hacia atrás, como si estuviera reflexionando. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, su expresión era sombría.

—No parece que te falten... *amigos*. Y no me interesa nada de eso. La amistad que compartimos de niños es un dulce recuerdo para mí, y me gustaría que siguiera siendo así.

—Pero... podríamos crear nuevos recuerdos. *Mejores recuerdos*. —Le dediqué mi mejor sonrisa seductora, pero eso sólo hizo que sus ojos se entrecerraran con desaprobación. Se me borró la sonrisa y me sentí extrañamente castigado.

Puso una mano en mi brazo como si fuera un consuelo.

—Gracias, no. —Luego se dio la vuelta y se alejó de mí por segunda vez en veinticuatro horas.

Gracias, ¿no?

La seguí por la puerta del hotel, caminando rápidamente para

alcanzarla. En el exterior, el aire era fresco y el cielo ya era de un azul brillante y sin nubes.

—Gracias, ¿no?

Se giró bruscamente y choqué con ella. Su cuerpo era firme y suave a la vez, y quise acercarme más, pero ella dio un paso atrás, respirando profundamente.

—Escucha, a la mitad de las mujeres del mundo libre les encantaría pasar tiempo contigo. No echarás de menos la compañía de una chica.

Se dio la vuelta de nuevo y se dirigió a la acera, donde sacó el móvil del bolso, lo miró y lo volvió a dejar caer dentro.

Me puse a su lado.

—Cuarenta por ciento.

Me miró, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—La mitad de las mujeres del mundo libre es un poco exagerado. Cuarenta por ciento, cuarenta y cinco como máximo. No doy por sentado ni una sola. —Saqué la artillería pesada, sonriente, algo ladeada, por la que sabía que las mujeres se volvían locas.

Pero una vez más, aparentemente no en este caso. Inclino la cabeza como si estuviera tratando de entender algo.

—GRACIOSO —murmuró, alargando la palabra, aunque no parecía divertida en absoluto. Dio unos pasos hacia delante, dando golpecitos con el pie y mirando hacia la curva del largo camino de entrada, como si estuviera impaciente por que apareciera su coche.

Esto no estaba funcionando. No la estaba encantando. En absoluto. Quizás no era de extrañar después de nuestros dos primeros encuentros.

—Así que... de acuerdo, estás enfadada por las mujeres que nos han interrumpido las dos veces que nos hemos encontrado...

Su cabeza giró hacia mí y la sacudió rápidamente.

—No. —Su pecho subió y bajó con una profunda toma de aire—. No. No estoy enfadada. No tengo motivos para estar enfadada. Simplemente... no quiero formar parte de esto. No *puedo* ser parte de ello.

Un autobús se acercó a la acera y ella se dirigió a él. Me detuve un momento, diciéndome a mí mismo que debía alejarme. Pero mis pies

tenían mente propia y siguieron a Jessie, subiendo al autobús. Ella ya estaba sentada y sus ojos se abrieron de par en par cuando me vio. Se bajó las gafas de sol y miró por la ventana. Me senté frente a ella y me puse las gafas de sol.

Una mujer mayor se sentó junto a Jessie y entablaron una conversación en francés. Me quedé mirando por la ventana, preguntándome qué estaba haciendo. Nunca había perseguido a una mujer en mi *vida*. Y mucho menos a un *museo*. Esto era un nuevo punto bajo o un nuevo punto alto; no podía decir cuál.

Mientras observaba el paisaje, me di cuenta de que hacía años que no me levantaba tan temprano. Había olvidado cómo era el cielo de la mañana. Pero esta mañana me había despertado con una emoción corriendo por mis venas que no había sentido en lo que parecía una eternidad, y sabía que tenía que ver con Jessie. Quería verla, pasar tiempo con ella, escuchar las cosas que pensaba, averiguar los detalles de su vida y todo lo que me había perdido desde la última vez que la había visto.

Pero ella no quería *ser parte de eso*. De mí. Debería haberme marchado y haber encontrado cualquier número de mujeres que desearan mi compañía, pero no pude porque sólo quería pasar tiempo con ella. *Dios mío*. Tal vez fue el desafío. El Señor sabía que no había tenido uno de esos en mucho tiempo. Aun así, sabía que no estaba jugando a algún tipo de juego para que la persiguiera, así que de nuevo, ¿qué demonios estaba haciendo?

El transbordador atravesó el pintoresco centro de la ciudad, giró y rebotó por un corto camino de tierra, hasta detenerse frente a un edificio cuadrado de piedra. Todos nos pusimos de pie y bajamos del vehículo, pero yo me quedé atrás, siguiendo a Jessie, que seguía charlando animadamente con la mujer mayor francesa. Recogí un folleto en la recepción del museo, compré una entrada y seguí al grupo a través de la zona del vestíbulo hasta el interior de la galería, que era tenue y silencioso. El espacio era amplio y abierto, con vitrinas alineadas en las paredes y colocadas en el centro de la sala, creando amplias filas entre las que los clientes podían pasear. Grandes cuadros enmarcados colgaban de las cuatro paredes, con pequeños carteles dorados debajo de cada uno.

Un guía turístico saludó a nuestro grupo y preguntó si alguien hablaba otro idioma que no fuera el francés. Me quedé callado. No me interesaba saber nada de los objetos, así que ¿qué importaba el idioma que hablara?

Comenzó a hablar y yo lo ignoré fácilmente, apoyándome en una de las vitrinas y reprimiendo un bostezo. Vi que Jessie levantó el labio como si me hubiera visto en su visión periférica, pero la reprimió rápidamente y se llevó las manos al frente, inclinando la cabeza mientras escuchaba al guía.

Me moví con el grupo, echando un vistazo a algunos artículos, sobre todo observando a Jessie mientras caminaba delante de mí, inclinándose hacia cada expositor y leyendo las descripciones, sus labios moviéndose junto con las palabras. No sé por qué me resultaban tan sexy. Me tomé un momento para mirar las piezas que parecían llamar su atención, preguntándome qué podía averiguar sobre ella a partir de las cosas que despertaban su interés.

Me metí las manos en los bolsillos y luego las saqué, sintiéndome fuera de lugar, pero al mismo tiempo sin querer estar en otro sitio.

Al principio pensé que Jessie no me prestaba mucha atención, pero luego la sorprendí mirándome subrepticamente en el reflejo de una de las vitrinas, y eso hizo que mi corazón se acelerara en mi pecho. Nos dirigimos al fondo de la sala, y la vi mirarme de nuevo y apartar la vista, y no pude evitar la sonrisa que me hizo torcer los labios. Tal vez sólo me tenía en la mira porque sabía que *la estaba* observando, *pero no me importaba*. Se sentía... bien. Pero por primera vez en mucho tiempo, deseé que mi vida no hubiera sido tan pública. Deseé que no tuviera tantas razones para descartarme tan rápidamente, que quisiera conocerme como yo quería conocerla. *Como lo había hecho hace trece años, cuando miró por primera vez más allá del rostro magullado y maltratado y vio al chico solitario y triste que había dentro.*

El guía turístico había terminado su perorata y estaba de pie cerca del fondo de la sala, respondiendo a las preguntas en voz baja, cuando alguien se le acercó. El casi silencio de la sala se rompió de repente cuando mi teléfono móvil empezó a sonar estridentemente desde mi bolsillo.

—Oh, joder. —Mis palabras -destinadas a ser murmuradas- resonaron por la alta sala, con una extraña acústica que las hacía rebotar de pared a pared. Varias mujeres mayores me miraron con asombro y desdén, y se *quejaron* en voz baja. Me revolví en los vaqueros, intentando quitarme la maldita cosa lo antes posible. Sonreí avergonzado mientras miraba a mi alrededor, captando la mirada de Jessie con los ojos muy abiertos.

Finalmente, el teléfono salió de mi bolsillo y pulsé el primer botón al que pude llegar, que por desgracia era el de responder. El saludo ruidoso y chasqueante de Myrtle sonó en la galería, y me di la vuelta y caminé rápidamente hacia la parte delantera de la sala, saliendo al vestíbulo que, gracias a Dios, estaba vacío.

—Myrtle, tengo que llamarte después.

—¿Qué? Esta no es una buena conexión. —El teléfono crujió directamente en mi oído, y me estremeció. *Ouch*. Pulsé el botón del altavoz, bajando el volumen y mirando hacia la puerta cerrada para asegurarme de que no se me oía mientras Myrtle continuaba—. He llamado para darte las transcripciones de tus mensajes de texto.

—Myrtle, necesito... —Susurré, caminando hacia el otro lado de la zona abierta.

—Ya veo por qué no tienes tiempo de leerlos. Había cincuenta y siete. Algunas eran de mujeres que sonaban como descaradas, y las borré. En mi época, ninguna mujer que se precie se dirigiría a un hombre de *esa* manera. —Hizo un sonido de disgusto en su garganta, y traté de interrumpir una vez más—. Una de ellas te envió su dirección y te sugirió que fueras a su casa y le hicieras cosas tan lascivas, que envolví una barra de Ivory y se la envié con una nota que decía: 'Por favor, usa esto para lavar tu puta boca con jabón, saludos, Myrtle'. Los otros...

—Myrtle —siseé en voz alta, agradeciendo que no hubiera nadie cerca. Aun así, el crujido se desvaneció y quité el altavoz, aunque el cese de las divagaciones de Myrtle me hizo saber que por fin me había oído.

—¿Sí, querido?

Myrtle había descubierto por fin cómo abrir el programa informático que yo había creado para que mi asistente pudiera acceder a mis mensajes de texto. Sólo había un número determinado de mensajes porque se habían acumulado durante dos meses mientras Myrtle se familiarizaba con el siglo XXI. Maldita sea mi tendencia a dar mi número libremente cuando estaba borracho. Normalmente me arrepiento, como ahora.

Pasé una mano por mi cabello, echando un vistazo a la puerta cerrada de la sala donde Jessie estaba disfrutando del resto del recorrido. Mi mirada se movió hacia arriba, y con un hundimiento en el estómago, me di cuenta de que la alta pared sobre la puerta estaba abierta y el techo abovedado del pasillo continuaba en la galería. *Mierda*.

—Myrtle, no tengo acceso a un bolígrafo ahora mismo. ¿Puedo llamarte más tarde para revisar los mensajes?

—Oh, por supuesto, querido. Sólo quería que supieras que tengo todo cubierto aquí. Nada importante en absoluto. Sólo relájate y disfruta, y si decides que quieres los mensajes antes de volver, me llamas.

—Gracias, Myrtle.

Colgué el teléfono, lo apagué y volví a entrar en la habitación. Jessie estaba de pie frente a un enorme retrato de un ángel que sonreía a una joven, me miró rápidamente y luego volvió a centrar su atención en el arte.

Pasó otros minutos mirando ese cuadro, y yo fingí interesarme por la estatua que tenía al lado, apoyando la mano en su cabeza y palpando una oreja en forma de concha bajo las yemas de mis dedos. La piedra era áspera y se había roto en algunos puntos. Me pregunté cómo se hacía para tallar figuras en la roca, cuando la oreja se soltó de repente y cayó con un pequeño *ping* a la superficie de cristal de abajo. Me quedé helado.

Jessie, que se había apartado del cuadro y se dirigía a uno contiguo, miró hacia mí justo a tiempo de verme agarrar el trozo de oreja rota, golpeando la estatua y haciendo que se balanceara peligrosamente. Aspiré una bocanada de aire, estabilizándola, y Jessie se puso una mano sobre la boca, con los ojos muy abiertos por la alarma. Respiré entre los dientes cuando la estatua se calmó y me metí la oreja en el bolsillo, mirando por encima del hombro para asegurarme de que nadie había visto lo que había hecho.

El guardia de seguridad que estaba cerca de la entrada me miró con desconfianza, moviéndose de un lado a otro sobre sus talones como si estuviera considerando si debía acercarse a mí con una u otra advertencia.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, Jessie se dirigió hacia mí, me agarró del brazo y me sacó por la puerta.

—Oh, Dios mío —murmuró—. Has roto la estatua de la Virgen María. Déjame ver.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué la oreja. Ella la miró fijamente antes de volver a mirarme, con un sonido ahogado procedente del fondo de su garganta. Volvió a tirar de mi brazo, arrastrándome fuera de la entrada principal del museo y hacia el brillante sol.

—¿No sigues las instrucciones? Todos los carteles decían 'No tocar'.

Dios mío.

—Estoy seguro de que se puede pegar.

Me miró fijamente, con la boca ligeramente abierta, y de repente le tembló el labio y empezó a reírse, agarrándose el estómago e inclinándose hacia delante. Todo aquello me pareció de repente tan ridículo, y yo también empecé a reírme. Me reí de verdad, quizá por primera vez desde que era un niño. Tal vez desde la última vez que estuve con Jessie.

—Nos van a arrestar o algo así.

—Yo lo hice. No tú.

—No, pero soy la razón por la que estás aquí. Me siento responsable de ti. —Rebuscó en su bolso y sacó un sobre, sacando el contenido y extendiendo la mano. Comprendiendo lo que me pedía en silencio, busqué en mi bolsillo, saqué la orejita y se la puse en la palma de la mano. La metió en el sobre, lo cerró, sacó un bolígrafo y escribió algo en el frente. Luego la vi recorrer la corta distancia hasta la ranura del correo, dejarla dentro, y apresurarse a volver a donde yo esperaba.

—Tenemos que irnos. Vamos.

Contuve una carcajada.

—¿Irnos? Estamos a kilómetros del chateau.

—Al menos hace un buen día para pasear. —Hizo una pausa antes de mirar hacia otro lado—. Supongo que vamos a pasar algo de tiempo juntos después de todo.

Capítulo Ocho

Jessica

El sol me calentaba la espalda, los pájaros piaban en los densos árboles que nos rodeaban, y lancé una mirada a Callen mientras avanzábamos por el camino de tierra que nos llevaba de vuelta al hotel, tentada de reír de nuevo. Parecía aburrido e incómodo en aquel museo, y no pude contener la oleada de ternura que acompañaba a mi diversión. Me había seguido hasta allí a pesar de que, obviamente, no tenía ningún interés en la exposición. No pude evitar sentirme halagada y extrañamente encantada por ver a Callen Hayes fingir que se divertía con reliquias de la iglesia descritas completamente en francés. Y sin quererlo, había vislumbrado a ese mismo chico que una vez me había seguido por campos cubiertos de maleza, entre los árboles y alrededor de un patio de trenes, jugando a los juegos que se me ocurrían y dando rienda suelta a mis fantasías infantiles. Sí, ahora era un hombre, y sabía que sus motivos eran diferentes y probablemente no muy honorables, pero aún así no podía evitar el cálido arrebato de afecto por el niño que, después de todo, podría seguir siendo parte del hombre. Había pensado que se había convertido en un mujeriego suave. Lo había visto en acción. Pero aún había dulzura en él y una entrañable torpeza que me hacía palpar el corazón. Estúpido, tal vez, pero ahí estaba.

—Lo siento. No quería arruinar tu experiencia en el museo.

Suspiré.

—Está bien. Ya he visto bastante de la exposición. —Me detuve un momento, mirándolo y recordando la llamada telefónica que había hecho en el vestíbulo, la que se había transmitido a la sala interior en general—. Me gusta Myrtle, por cierto —dije, con el labio crispado.

Sus ojos se abrieron de par en par y dejó escapar una risa sorprendida que terminó en un gemido.

—Mierda, ¿has oído todo eso?

—La mayor parte.

Pasó una mano por su cabello, cuyas hebras oscuras brillaban con un intenso color chocolate bajo el sol.

—Es mi asistente.

—Ya lo tengo, *querido*. —Le dediqué una sonrisa irónica y Callen se rió, pareciendo ligeramente avergonzado. Me colgué el bolso al hombro y Callen hizo un gesto que indicaba que me lo quitaría, pero negué con la cabeza.

Caminamos en silencio durante unos minutos, y yo me empapé de la apacible tranquilidad del día, mirando hacia delante, donde podía ver la parte superior de los edificios de la ciudad. Me sorprendió que no hubiera incomodidad entre nosotros. Caminar con él de esta manera casi se sentía... normal, común, como si volviéramos a caer fácilmente en la camaradería que habíamos tenido una vez, a pesar de todas mis reservas acerca de pasar cualquier tiempo con él en absoluto. Sin nadie más alrededor, se sentía simple y... bueno.

—¿Recuerdas aquella vez que fingimos que el viejo vagón de tren era un barco pirata y navegamos por los siete mares?

Sus palabras me sorprendieron, pero sólo un poco porque yo también había estado pensando en el pasado. Algo dentro de mí se alegró de saber que sus pensamientos habían seguido un camino similar, y una sonrisa se extendió por mi cara al recordarlo.

—Te llamabas a ti mismo Capitán Carver 'Ojo Único' Swales.

Callen se rió, con un sonido profundo y rico.

—El capitán Ojo Único, ese zagal de capa y espada. Maldita sea, no puedo creer que lo recuerdes.

Sonreí suavemente, desviando la mirada—. Lo recuerdo todo de esos años. —*Lo recuerdo todo de ti, Callen. Eras mi príncipe y mi pirata, mi salvador y mi amigo.*

Me detuve de repente, volviéndome hacia él.

»¿Por qué desapareciste? ¿Adónde has ido? —Sacudí la cabeza, resistiendo el impulso de acobardarme. Me había dicho a mí misma que no preguntaría, y sin embargo era como si las palabras hubieran salido de mis labios por sí solas. El hombre Callen estaba claramente interesado en mí, pero era el *chico al* que había amado, y me había dejado. Necesitaba saber *por qué*. Sin embargo... el miedo también me recorrió. Una parte de mí no quería respuestas porque el saber podría herirme aún más que el preguntar—. No, no me lo digas. No importa. —Empecé a caminar de

nuevo, pero Callen me tomó del brazo con suavidad, deteniendo mi retirada y volviéndome hacia él. Lo miré fijamente, a esos ojos grises de gruesas pestañas que una vez había conocido tan bien. Unos ojos que me traían a la mente las tormentas y las sombras y las primeras horas del amanecer. Los ojos que eran los mismos, aunque casi todo lo demás en él parecía diferente.

—¿Pero no importa, Jessie? —preguntó suavemente, empujando un trozo de pelo que se había soltado de mi coleta detrás de la oreja.

Me estremecí ante el contacto íntimo y cerré los ojos brevemente. Un pequeño suspiro escapó de mis labios.

—Me inventé todas esas fantasías sobre lo que te había pasado. Que habías sido secuestrado por una caravana de gitanos... o que una banda de ladrones pedía un rescate... sólo que yo ya era demasiado mayor para esos juegos, y finalmente tuve que enfrentarme a la realidad de que habías terminado conmigo y habías decidido que ni siquiera merecía la pena despedirte. —*Que nuestro beso no había significado nada para ti, cuando lo había significado todo para mí.*

—No, Jessie, eso no es lo que pasó —dijo, con la voz cargada de cierta emoción. ¿Arrepentimiento? Volvió a pasarse la mano por el cabello y miró a lo lejos—. La verdad es que me dije que no volvería. Después... después de ese día, me di cuenta de cómo... —Sacudió la cabeza, obviamente luchando con sus propias palabras, con la explicación que yo había deseado tan desesperadamente entonces pero que ahora tenía tanto miedo de escuchar—. Me di cuenta de lo egoísta que era por mi parte seguir pasando tiempo contigo. Eras bonita e inteligente y estabas llena de tantos sueños, y yo sólo era un estúpido don nadie, Jessie. Menos que eso.

—No —dije, con los puños apretados en los costados, una repentina y feroz protección recorriéndome. *Había estado allí para salvarte*—. No eras un don nadie para mí. Para mí lo eras todo.

Sacudió la cabeza. Parecía dolido, como si mis palabras le hubieran herido.

—Me alejé durante una semana y luego no pude más. Pensaba volver el sábado siguiente, pero llegué a casa el viernes por la tarde y mi padre estaba recogiendo nuestra casa. Lo habían despedido del trabajo y yo sabía lo suficiente como para apartarme de su camino y no cuestionar su decisión. Me escabullí al vagón y dejé una pieza de música. Esperaba...

—Miró a lo lejos, las esquinas de sus ojos se tensaron minuciosamente—. Esperaba que supieras que era una despedida... un agradecimiento. —Sacudió la cabeza—. La verdad es que, Jessie, aparte de ti, no había nada en esa ciudad para mí. Había quemado todos los puentes que había que quemar. Mi padre y yo nos metimos en el coche con todas nuestras cosas y nos fuimos a Los Ángeles a la mañana siguiente.

—Oh. —Se sintió tan extraño que las piezas de ese antiguo misterio se unieran. Y tenía miedo de que me doliera, pero sobre todo me ponía triste. Me imaginé a mí misma volviendo a esas vías del tren día tras día, mes tras mes, continuando aferrada a la esperanza de que Callen volviera, y hacía tiempo que se había ido, en una ciudad a cuatrocientos kilómetros de distancia, comenzando una nueva vida. Pero él había *querido* volver. Ese dato hizo que algo en mi interior se sintiera más ligero. Si lo hubiera sabido entonces.

—Encontré la música, pero no me di cuenta de que era para mí. Pensé que era algo que habías dejado accidentalmente. ¿No podrías haberme dejado una nota? ¿O escribirme más tarde? ¿Algo? —*Cualquier cosa.*

—No. Yo... —Una expresión, en parte de dolor, en parte de vergüenza, se movió por su cara, y abrió la boca para decir algo, pero luego aparentemente cambió de opinión—. Pensé que sería mejor que cortáramos los lazos, que no volvieras a pensar en mí.

Exhalé un suspiro. Se había equivocado al decir que era mejor que cortáramos los lazos, y deseé que hubiera tomado una decisión diferente. Pero había sido un niño de catorce años con un padre maltratador y quién sabía qué otras penurias podría estar ocultando. Me resultaba difícil enfadarme con él ahora.

—Me sentí culpable durante mucho tiempo —admití. *Triste, con el corazón roto y culpable.*

—¿Tú? ¿Culpable? ¿De qué? No has hecho nada malo.

Sacudí la cabeza, recordando la incredulidad que había sentido cuando lo había visto en la televisión, pero también el alivio.

—Sabía que no tenías una buena vida en casa, y me preocupaba que te hubiera pasado algo malo, que debería haber intentado encontrarte en aquel entonces, cuando aún podía hacer algo... Debería haber ido a un par de colegios a buscarte, o haber pedido ayuda a mis padres, o...

—Jessie —dijo, sacudiendo la cabeza—. No. Tú eras una niña. Los dos

lo éramos. Dios, siento haberte hecho preocupar. ¿Me perdonas por eso?

—Ya te perdoné por eso, Callen —dije suavemente—. Y —dejé escapar un suspiro—, ahora que sé lo que pasó, me alegro de que la mudanza fuera fortuita para ti en cuanto a tu música. Todo empezó para ti en Los Ángeles, ¿verdad? Funcionó como se suponía que debía hacerlo, supongo.

Sus ojos se movieron sobre mi cara por un momento.

—Supongo —murmuró finalmente. Se metió las manos en los bolsillos y miró la colina hacia el pueblo—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que encontremos un lugar para comer allí arriba?

Sonreí, consciente de que estaba cambiando de tema, pero no me importó. Habíamos dicho lo que había que decir.

—Seguro que sí. Vamos.

Recorrimos la corta distancia hasta el centro de la ciudad en silencio, pisando los adoquines que bordean las estrechas calles. Las flores salían de las jardineras, los toldos de colores daban sombra a los escaparates y las chicas pasaban en bicicleta con sus cestas delanteras llenas de fruta y pan y sus compras matutinas. El día se había calentado aún más, y había algo somnoliento y anticuado en la ciudad que me llenaba de una sensación de felicidad soñadora. Podría haber paseado por las calles empedradas todo el día, mirando escaparates y explorando pequeñas y polvorientas tiendas, pero no pensé que Callen encontraría esas cosas interesantes. Sin embargo, estaba aquí durante un mes y tendría mucho tiempo para mí.

—Podríamos comprar algunas cosas para llevar y hacer un picnic en algún lugar cercano—ofreció Callen.

Levanté una ceja.

—Vaya, Callen Hayes, eso suena perfectamente... dulce. ¿Qué le hará a tu reputación si los paparazzi consiguen una foto de eso?

Se rió.

—Estaré arruinado. Mi imagen de chico malo se irá a la mierda. —Se detuvo frente a un escaparate con un puesto de sombreros y tomó una gorra de béisbol con la bandera francesa, colocándosela en la cabeza—. Me pondré un disfraz.

Me reí, aunque mi estómago hizo un lento redoble de agradecimiento por lo lindo que se veía.

¿Qué es lo que pasa con los chicos con gorra de béisbol?

Pagó la gorra, dejando que el tendero se quedara con el generoso cambio, y luego caminamos unas cuantas tiendas hasta un mercado, donde compramos una cesta de fresas maduras, queso brie, unas lonchas de jamón y una botella de agua con gas. Una panadería de enfrente acababa de sacar una bandeja de baguettes calientes del horno, y compramos una barra y tomamos cubiertos y servilletas del mostrador.

Le pregunté a la mujer que nos atendió en la panadería si había algún lugar interesante para sentarse a comer cerca, y me habló de unas ruinas de una iglesia que daban al río Loira a 400 metros de la ciudad. Cuando le conté a Callen lo que había dicho, sonrió y dijo que estaba dispuesto a todo. *¿Por qué tiene que ser tan encantador?*

Al salir de la ciudad, algo llamó la atención de Callen en una tienda de novedades de la esquina, y se detuvo, sacando un objeto de una caja alta. *¿Una cometa?* Me acerqué y vi que la cometa que había elegido tenía la forma de un barco pirata rojo y negro, con una calavera blanca y huesos cruzados en la gavia. Me reí.

—Vaya, Ojo Único, mira eso; es tu barco. Estaba segura de que ya estaba en mil pedazos en el fondo del océano.

Él también se rió, se llevó la cometa al interior y regresó un momento después con su compra.

Sacudí la cabeza, volviendo la cara hacia el cielo.

—No sé si hay suficiente brisa para una cometa hoy.

—Tendremos que ver. —Me guiñó un ojo, y mi corazón dio un vuelco sobre sí mismo, haciéndome desviar la mirada con el ceño fruncido. Sabía que no era una buena idea estar desmayada por Callen Hayes. Me había prometido no hacerlo y, sin embargo, aquí estaba, paseando por un pintoresco pueblo francés de camino a un picnic con él. Me quejé internamente. Un par de horas. Tenía que acostarme pronto esta noche, ya que empezaba mi nuevo trabajo por la mañana. Y entonces sería fácil concentrarme en lo que tenía que concentrarme... que no era él.

No me cabía duda de que también encontraría formas de ocuparse muy fácilmente. Tenía una idea perfectamente clara de cuáles serían esas formas, y odiaba que ese pensamiento me deprimiera. Sin embargo, era prudente tenerlo en cuenta, era prudente recordar quién era Callen *a pesar de* la felicidad infantil temporal en sus ojos hoy. A pesar del romanticismo

del Valle del Loira y de los latidos erráticos de mi corazón cada vez que dirigía su hermosa sonrisa hacia mí y me miraba con afecto en los ojos.

No era único. Esto era parte de su encanto. *Él también me hacía sentir especial hace años.*

¿Pero ahora? Me negaba a convertirme en una de las muchas que caían en esos mismos encantos.

—¿A qué se debe esa expresión de amargada? —preguntó, rompiendo mi malhumorado silencio.

—¿Eh? Oh, sólo tengo hambre. Vamos, la mujer de la panadería dijo que las ruinas están por aquí.

Capítulo Nueve

Callen

No me gustó la repentina mirada sombría de Jessie, así que tomé su mano entre las mías y la estreché con firmeza.

—Guíame por el camino. —Parecía asustada cuando miraba entre nuestras manos enlazadas y mi cara, pero no intentó apartarse. Sonreí, provocando finalmente una carcajada en ella cuando el ambiente se aligeró.

Íbamos a almorzar de picnic y tal vez a volar una cometa. No creía que hubiera estado tan emocionado cuando subí al escenario para aceptar ese premio francés meses atrás, el mayor premio que había recibido. Extraño. Inexplicable. Pero cierto.

Caminamos un poco y luego Jessie giró por un camino de tierra que llevaba al borde de un campo de flores. Me soltó la mano y enseguida eché de menos sus dedos entrelazados con los míos y el cálido apretón de su palma contra la mía.

—Mira, está allí —dijo señalando.

Todo lo que pude ver fue un extraño montón de rocas al borde de un acantilado que daba al río.

—Cuando dijiste restos, pensé que habría más para mirar.

Se encogió de hombros y empezó a caminar, y yo la seguí. *Como siempre que Jessie me llevaba a una aventura.* Cuando llegamos al lugar, parecía haber un viejo suelo de baldosas asomando entre los escombros, pero aparte de eso, en realidad sólo eran montones de rocaderrumbada.

—No queda nada.

Jessie miraba a su alrededor con interés, aunque no tenía ni idea de por qué.

—No mucho. Pero puedo decir que fue hermoso una vez.

Cualquier evidencia que la haya llevado a esa conclusión obviamente se me escapó.

—Bueno, definitivamente tenía una bonita vista. —Miré hacia el río, donde el agua azul-verde se movía tranquilamente, los árboles que crecían

a lo largo de la orilla proyectaban ligeros reflejos verdes y amarillos. La luz del sol brillaba en la superficie como si un puñado de fragmentos de diamante hubiera sido arrojado casualmente al agua. Por un momento me perdí en ella, en su belleza. Cuando aparté los ojos y miré a Jessie, me sonreía suavemente—. ¿Qué?

Ella negó con la cabeza, manteniendo la sonrisa.

—Nada. —Se dio la vuelta, dejando la bolsa de comida que llevaba cerca de unas rocas, y yo la seguí. Al parecer, su hambre se había olvidado momentáneamente mientras exploraba la zona, recogiendo pequeños trozos de roca y escombros y examinándolos por un momento antes de volver a colocarlos cuidadosamente en el suelo. Se puso en cuclillas y pasó el dedo por un trozo de baldosa rota, inclinándose para mirar más de cerca.

—Entonces, cuéntame sobre el trabajo que has venido a hacer.

Miró hacia mí y se puso en pie, caminando hacia un montón de rocas que podrían haber sido un trozo de pared.

—Se encontraron unos documentos en una cueva de la zona que se cree que fueron escritos por alguien cercano a Juana de Arco.

—¿Juana de Arco?

—Hmm —tarareó, pasando el dedo por una roca situada en lo alto de una pila—. ¿Sabes algo de ella?

—No me viene a la cabeza.

Miró hacia el río, su dedo continuó su movimiento. Siempre había sido así de táctil, siempre explorando las cosas con las manos, con las yemas de los dedos. Ahora me preguntaba si también se expresaría así en la cama, y la sola *idea* me excitaba tanto que casi gemía. De repente me acordé de ella cuando era una joven adolescente y de la forma en que buscaba mi mano mientras leía y trazaba una uña con la yema del pulgar. Ni siquiera sabía que lo estaba haciendo, y yo lo encontraba tan excitante que casi me corría en los pantalones. Respiré hondo y me dispuse a no empalmarme, a no hacerle saber lo sexy que la encontraba mientras recogía una piedrecita y la frotaba lentamente entre el pulgar y el índice. Sabía instintivamente que hacerle saber lo excitado que estaba la asustaría y no respondería bien. Al menos no en este momento. Tal vez nunca.

—Juana de Arco fue una campesina francesa que creyó actuar bajo la guía divina cuando lideró al ejército francés en una victoria sobre los

ingleses durante la Guerra de los Cien Años.

—¿Guía divina?

—Ella reportó haber escuchado voces enviadas por Dios.

—Ah. Chica afortunada.

Me miró, levantando una ceja, obviamente escuchando el sarcasmo en mi voz.

—¿Tú crees?

—¿No lo crees?

Pareció considerar realmente la pregunta por un momento.

—Me parece una carga increíblemente pesada de llevar.

—¿Por qué?

—Porque si Dios te llama a hacer algo, más vale que lo hagas. Y hazlo bien. No importa lo que sea. Juana afirmó que la misión de Dios para ella era salvar a Francia de sus enemigos y asegurar que Carlos VII fuera coronado como legítimo rey.

—Sin embargo, no hay presión.

Jessie se rió, y mi corazón dio un pequeño salto.

—No creo que Dios se ande con rodeos cuando reparte misiones. Joan, una chica de diecisiete años, salió de su pueblo con poco más que la ropa que llevaba puesta para seguir sus instrucciones. Y en esta circunstancia, lo que Dios la llamó a hacer terminó quemándola viva en la hoguera.

Hice una demostración de temblor.

—No, gracias. Dios puede mantener sus misiones divinas.

Arrugó la nariz.

—Exactamente mi punto.

—¿Los demás creen que ella...?

—¿Oyó voces celestiales? —Ella sonrió—. Muchos lo hicieron. Según la profecía popular de la época, una virgen estaba destinada a salvar a Francia. Se dice que cuando consiguió una audiencia con Carlos y le pidió que le diera un ejército, le reveló cosas que sólo Dios podía saber.

—¿Una campesina de diecisiete años sin formación militar entró en la corte y consiguió una audiencia con el rey, que luego le dio un ejército entero? ¿Así de fácil?

—No era el rey en ese momento. En realidad había sido desheredado por su padre, que era conocido como el Rey Loco, y necesitaba una forma diferente de heredar el trono que consideraba suyo por derecho. Pero sí. Lo que Juana le dijo para que le diera un ejército, fue obviamente muy convincente. En su juicio, ella pidió que no la presionaran al respecto porque no lo diría. Sólo dijo que él recibió una señal de que lo que ella decía era cierto. Es uno de los grandes misterios de la historia. En cualquier caso, ella condujo al ejército que hasta entonces sólo había conocido la derrota y la humillación a una victoria inmediata y repetida.

—Huh. Eso es bastante increíble. ¿El Rey Loco? Puedo ver por qué la historia te fascina. Es como un cuento de hadas de la vida real.

—Sí, supongo que sí. —Se sonrojó y bajó la mirada—. Y estar aquí, donde todo sucedió, es simplemente... —Volvió la cara al cielo de repente y sonrió antes de volver a mirarme—. ¿Quieres comer o volar esa cometa?

Me tomó por sorpresa su cambio de tema y ladeé la cabeza, frunciendo el ceño.

—Pensé que tenías mucha hambre.

—Puedo esperar. Siento una brisa que debemos aprovechar.

Me detuve, inclinando también la cabeza hacia arriba, y sentí cómo el viento me despeinaba y recorría mi piel.

—Tienes razón. Hagamos esto.

Desenvolví la cometa rápidamente y desenredé la cuerda. Parecía bastante sencillo, pero nunca había volado una cometa.

—Vamos, necesitamos espacio —dijo Jessie, corriendo hacia el campo abierto. La seguí y dejé que la cometa se elevara hacia el cielo, atrapada por la brisa que corría desde el agua. Solté una carcajada y un grito cuando la cometa se elevó de repente hacia el cielo, arrastrándome con ella y haciendo que tuviera que trotar para seguirla.

Pasé junto a Jessie mientras el viento soplaba con más fuerza, y comencé a correr, con mi gorra de béisbol azotando y volando, la cometa guiándome mientras corría detrás de ella. Podía oír la risa sin aliento de Jessie detrás de mí, y una repentina y arrolladora alegría llenó mi cuerpo. Dejé escapar un fuerte grito de alegría, con el viento en la cara, la hierba alta agitándose contra mis espinillas, la cometa sobre mi cabeza haciéndome sentir que volaba con ella.

Miré hacia delante y vi que el borde del campo se acercaba rápidamente e intenté girar, pero el viento mandaba y no cambiaba de rumbo.

—Oh, miiieeerda —grité, sin tener más remedio que soltar la cometa mientras ésta se elevaba y se alejaba sobre el río. Me desplomé en el suelo, riendo y tratando de recuperar el aliento.

La sombra de Jessie me cubrió, tapando el sol, y le sonreí, con la respiración todavía entrecortada. Ella también se reía y sacudía la cabeza.

—Ha perdido nuestro barco, capitán.

Entrecerré el ojo izquierdo y la miré con el derecho.

—Sí, compañera. Pero valió la pena de la misma.

Extendió su mano y la tomé, levantándome. Me puse de pie directamente frente a ella, tan cerca que podía sentir la suave exhalación de su aliento. Nuestras risas disminuyeron y por un momento nos quedamos mirando el uno al otro antes de que ella diera un paso atrás y mirara detrás de mí hacia el agua. Me giré para estar a su lado y ambos miramos hacia el río, nuestro barco ya sólo era una mancha en el horizonte, que se dirigía a mares más cálidos.

Al cabo de unos minutos nos miramos, sonriendo, mientras volvíamos a las ruinas donde habíamos dejado nuestro picnic, Jessie me reprendía por haber dejado que la cometa tomara las riendas. Sin embargo, no me arrepentí. Había sido estimulante. Me sentía feliz y vivo y... tan hambriento que podría comerme un caballo.

—¿Allí? —Pregunté, y Jessie asintió mientras recogíamos la comida. Caminé hasta el borde de lo que había sido el suelo de la iglesia y me senté en un muro bajo de piedras apiladas que aún parecía robusto. Dejé que mis piernas colgaran sobre el borde, colocando las bolsas a mi lado.

Podía oler el río, algo así como minerales y barro, pero no era desagradable mientras lo respiraba. Jessie se sentó a mi lado y sacó una sudadera ligera de su bolso, abriendo la comida y poniéndola encima del mantel improvisado en la porción de roca plana que había entre nosotros.

Durante unos minutos comimos en silencio, y disfruté del sol en mi cara, de los suaves sonidos del río que bañaba la orilla y del ocasional grito de los pájaros. Una melodía lejana parecía arremolinarse suavemente en el aire, bailando sobre el agua centelleante, moviéndose rápidamente de hoja

en hoja, pero me tranquilizaba en lugar de desesperarme por atraparla, y cuando fui a llevarme una fresa a la boca, me di cuenta de que tenía los labios apretados y el fragmento de música zumbaba en mi garganta.

Mordí los frutos rojos brillantes, el sabor dulce que estallaba en mi lengua, saboreando la comida fresca y deliciosa. Las fresas estaban perfectamente maduras, el jamón rico y salado, y el queso cremoso cuando lo unté en el pan. Había comido en los mejores restaurantes de todo el mundo, pero nunca había experimentado una comida mejor que ésta. Jessie gimió suavemente al morder el suave pan, y mi sangre se calentó en mis venas. La miré, y sus ojos se abrieron de par en par como si no se hubiera dado cuenta de que había hecho un sonido que yo podía oír, pero luego se rió suavemente, como con timidez.

—Esto es increíble.

Todo es increíble. La comida, el día, este momento. Tú.

Sonreí, me acerqué y usé mi dedo meñique para limpiar un poco de queso de la comisura de su labio. Ella se quedó quieta, nuestros ojos se encontraron y una ráfaga de electricidad se movió entre nosotros antes de que bajara los ojos y llevara la punta de su lengua al lugar que yo acababa de tocar. Mi polla se endureció, presionando contra la cremallera de mis vaqueros, y fue un dolor bienvenido, ligeramente doloroso pero mezclado con un constante latido de placer. La deseaba. A Jessie. Lo que más me sorprendió fue que no sólo quería sexo, no sólo ansiaba el olvido sin sentido de mi propia liberación. La quería *a ella*. Quería oler su piel, conocer el particular aroma entre sus piernas. Quería saborearla por todas partes y escuchar los sonidos que hacía cuando se corría. Quería sentirla temblar y palpitar a mi alrededor, y quería oír mi nombre en sus labios cuando eso ocurriera. Quería, y la sensación se hinchaba dentro de mí como toda una orquesta mientras se acercaba al crescendo, apenas comenzando ese ascenso que hacía vibrar el corazón.

—Jessie...

—¿Sí? —susurró ella, con una nota de algo en su voz que casi sonaba a miedo—. Yo... Tú fuiste mi primer beso. ¿Lo sabías?

Ella parpadeó, separando los labios.

—No. No lo sabía. —Sus delicadas cejas se juntaron y ladeó la cabeza—. ¿Lo fui?

Sonreí ante su evidente sorpresa.

—Sí. No siempre fui... —Hice una mueca, sin saber cómo terminar esa frase sin recordarle a Jessie en qué me había convertido exactamente.

—¿Callen Hayes, gigoló internacional? —preguntó, con un brillo de burla en su tono.

Dejé escapar una carcajada mezclada con una exhalación, entrecerrando los ojos mientras mi sonrisa se desvanecía.

—Pensé en besarte durante un año antes de armarme de valor. Todos esos días que nos sentábamos en ese vagón mientras tú leías. Me quedaba mirando cómo se movían tus labios y... —Gemí, lanzándole una pequeña sonrisa.

Ella le ofreció una tímida sonrisa a cambio.

—Pensé que una de las razones por las que no habías vuelto era porque no habías disfrutado besándome. —Ella miró hacia otro lado, hacia el horizonte.

—No, Jessie. Lo disfruté. —Sacudí la cabeza—. Lo disfruté demasiado.

El sol se movió por encima, y cuando los ojos de Jessie volvieron a encontrarse con los míos, parecían dorados, rodeados de un profundo azul crepuscular. Ojos como la puesta de sol. *Hermosos*.

»Disfruté demasiado besándote, y quise hacerlo una y otra vez. Quiero hacerlo ahora. —Mi voz era un susurro ronco, mezclado con el deseo que latía en mis venas. Jessie debió oírlo porque bajó la mirada, con las pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas. Un tenue color rosa surgió en su rostro. *Un rubor*. Dios, era inocente y dulce, posiblemente incluso inexperta, una santa, mientras que yo era un pecador. Y la quería de todos modos. La deseaba más de lo que había deseado a nadie en mucho, mucho tiempo.

No dijo que no. Sus ojos se cerraron cuando mis labios tocaron los suyos. Me acerqué más, entrelazando las yemas de los dedos en su pelo, mis pulgares rozando la suavidad de sus pómulos mientras pasaba la lengua por sus labios y entraba en su boca. Ella dejó escapar un suspiro y yo gemí cuando su lengua tocó la mía, bailando, explorando. Nuestro beso se hizo más profundo y mi lujuria creció, pero quería prolongar este momento todo lo que ella me permitiera.

Jessie se separó de mis labios, girando su cara hacia abajo, y mis

manos cayeron con su movimiento. Ella usó su pulgar para limpiar su labio y sacudió su cabeza, sólo un pequeño movimiento, antes de volver a mirarme, con un aspecto hermoso e inseguro.

—Lo siento, yo...

—No lo sientas. Escuché lo que dijiste antes. Simplemente no pude resistirme. —La verdad era que no había besado los labios de nadie más desde nuestro beso en París. No había pensado por qué... ni siquiera creía que hubiera sido una elección consciente. Había hecho... otras cosas, pero mis labios no habían tocado los de nadie desde los suyos.

Sentí sus ojos sobre mí mientras miraba al río.

—Callen, ¿recuerdas algo de mi familia?

Volví mi mirada hacia ella, sorprendida, tratando de recordar las cosas que me había dicho hace tanto tiempo.

—Tus padres tuvieron un mal matrimonio.

Sus labios, todavía hinchados y rosados por mi beso, se inclinaron hacia arriba en una especie de sonrisa triste.

—Por decir algo. Mi padre era un infiel crónico. No podía parar, o no quería hacerlo. Tal vez ambas cosas, no lo sé. Mi madre solía arrastrarnos a mi hermano y a mí con ella para atraparlo en el acto, a veces muy literalmente. —Se encogió ante algún recuerdo, y sentí un pellizco en el pecho ante la mirada apenada de su rostro—. Al final, me resentí de los dos. —Sacudió la cabeza y miró al agua—. Me prometí a mí misma que nunca sería como ella. Nunca. Una de tantas, compitiendo constantemente por la atención de alguien que nunca iba a quererla como se merecía.

Mis ojos se movieron por las bonitas líneas de su perfil: el perfil femenino de su mandíbula, su nariz ligeramente respingona, sus delicados pómulos, y sentí un nudo en la garganta.

Ella veía a su padre en mí, un mujeriego, un hombre que no tenía la capacidad ni el deseo de ser fiel a una sola mujer. Quería negarlo. Quería decirle que tenía una idea equivocada de mí. Diablos, incluso consideré la posibilidad de mentirle. Pero eso no era justo, no para ninguno de los dos. Había cosas sobre mí que no quería que nadie supiera, secretos que había hecho todo lo posible por proteger, así que acercarme a alguien era imposible. Y había cientos de razones más por las que algo que no fuera una amistad, o tal vez un romance casual, no estaba en las cartas. No *podía*

ser.

Dejo escapar una bocanada de aire.

—Me doy cuenta de que no soy material para una relación, Jessie. Lo sé mejor que nadie. —Pasé una mano por mi cabello, sintiéndome sorprendentemente triste por decir las palabras en voz alta. Pero eran ciertas, y no podía negarlas, ni a mí misma ni a Jessie—. Es que... Sólo estamos en el Valle del Loira por poco tiempo. ¿Crees que podríamos disfrutar el uno del otro mientras estamos aquí? Sólo por el próximo par de semanas. No prometo nada, así que no me arrepiento. Y luego volveremos a nuestras vidas.

Apretó los labios, sacudiendo la cabeza mientras miraba hacia otro lado.

—¿Quieres que sea un juguete temporal?

Me incliné hacia atrás, el remordimiento me provocaba una sensación de ardor en la garganta.

—No, Jessie... no es eso lo que pido. Nunca pensaría en ti de esa manera. Me siento atraído por ti. No puedo evitarlo. Pero... con lo que te sientas cómoda, es todo lo que quiero. Sólo pasar *tiempo* contigo mientras estamos aquí.

Se mordió el labio, mirándome fijamente, su expresión parecía reflejar la mezcla de tristeza y posibilidad que yo sentía en mi interior. Finalmente, dejó escapar un suspiro que sonó triste.

—No lo sé, Callen. Estoy aquí para trabajar. Tengo que centrarme en eso. Y... no creo que involucrarse de ninguna manera vaya a ser bueno para ninguno de los dos. Parece que tienes mucha compañía para mantenerte ocupado sin mí. Por cierto, ¿qué tal el jacuzzi de anoche? —Tan pronto como las palabras salieron de su boca, ella hizo una mueca—. No, no respondas a eso. ¿Ves? Esto es lo que pasaría si pasáramos tiempo juntos...

—Anoche no usé el jacuzzi. Me fui a la cama, solo, para poder levantarme temprano y seguirte a un museo donde me las arreglé para hacer el ridículo y romper reliquias de valor incalculable.

Ella pareció sorprendida durante un breve segundo y luego se rió, sacudiendo la cabeza.

Después de un momento, suspiró.

—No lo sé.

—Sólo tú y yo, Jessie. Como en los viejos tiempos.

—Pero ya no somos niños, Callen. Las cosas no son tan... simples.

—Podemos hacerlos simples. Porque esto tiene que ser temporal. Vivimos en diferentes lados del mundo.

—¿Como amigos, entonces? ¿Es eso lo que propones?

Me encogí de hombros, queriendo decir que no, pero sabiendo que había sido sincero cuando le dije que aceptaría lo que pudiera conseguir. *Cualquier cosa*. Quería más momentos, más *días como éste*. Cuando no me sintiera vacío. Separado. Me sentía desesperado por cualquier cosa que Jessie me diera de buena gana. Si insistía en que mantuviera mis manos y mis labios para mí, lo haría. Esperaba que no lo hiciera, pero lo respetaría si lo hacía—. Como he dicho, lo que sea con lo que ambos estemos cómodos. Podemos tomar las cosas como vienen. Tú diriges el camino. Si deja de ser agradable para uno o ambos, lo terminamos, ya sea que hayan pasado dos semanas o no.

Parecía tan desgarrada, y yo contuve la respiración.

—¿Y tendrás otras... amigas mientras estés aquí?

Sacudí la cabeza.

—No. Sólo tú.

Me estudió durante un largo momento, y me obligué a no moverme, a no decir nada mientras consideraba su decisión.

—De acuerdo. Cuando y si tengo tiempo libre del trabajo. Y sólo mientras estemos aquí.

Mi cara se rompió en una sonrisa.

—Sólo mientras estemos aquí.

Capítulo Diez

Jessica

El agua de la ducha cayó sobre mí y me giré, dejando que la presión del agua me masajeara los hombros. Mi cuerpo seguía dolorido por toda la caminata que habíamos hecho Callen y yo ese mismo día. *Callen*. Dios, ¿había cometido un gran error al aceptar pasar tiempo con él mientras estaba aquí en Francia? *Dos semanas*. Sólo dos semanas, pero ¿por qué tenía la sensación de que iban a alterar mi vida de alguna manera que ahora mismo no podía ni imaginar?

Me había dicho que estaba dispuesto a aceptar lo que me pareciera bien. ¿Pero era lo suficientemente fuerte como para pasar incluso un par de semanas con Callen -bajo *cualquier* circunstancia- sin enamorarme de él? Y si no lo hacía, ¿me arrepentiría? Si decidía no concederle las dos semanas, ¿llegaría a lamentarlo?

Era lamentablemente inexperta en lo que respecta a los hombres. Había tenido algunas citas, pero ninguna sería ni a largo plazo. Había sido una estudiante centrada, y el hecho de saber que me mudaría a Francia después de la graduación me impedía involucrarme demasiado con alguien. Al menos eso es lo que me decía a mí misma. Y luego había estado ocupada tratando de poner mi vida en orden cuando me mudé a París. Pero también tenía que admitir que probablemente era más indecisa que la mayoría cuando se trataba de relaciones. Por mi experiencia, *el amor se traducía* en lágrimas y soledad, desamor y desesperación. Así que sí, era una virgen de veinticuatro años que nunca había compartido todo mi cuerpo ni todo mi corazón.

Al principio, me había sentido insultada por la propuesta de Callen, pero quizá el acuerdo que había descrito era realmente perfecto para los dos. *Sin promesas, así que sin arrepentimientos*. Que no fuéramos a tener una relación no tenía por qué significar que no pudiera disfrutar del placer de besarlo. ¿Lo haría?

Y besarlo *era* placentero. Al recordar recientemente sus labios en los míos, su sabor, un escalofrío me recorrió la espalda.

Las tuberías chirriaron cuando cerré el grifo, salí de la ducha de

azulejos y tomé una toalla mullida. Me envolví el pelo y luego me puse delante del lavabo, cepillándome los dientes. Necesitaba ir a la cama para estar fresca por la mañana. Callen consumía mi mente, pero mi enfoque principal debía ser mi trabajo. Lo cual no era difícil porque estaba llena de emoción por empezar, por poner mis manos en más de esos escritos y sumergirme en las palabras y descripciones de una época de hace mucho tiempo, por entrar en la mente de una chica que iba a servir a un santo en medio de la guerra.

Oí el *sonido* de mi teléfono con un mensaje de texto y salí del baño para atenderlo .

Frankie: ¿Cómo está el chateau, repollo?

Yo: El chateau es precioso. También lo es Callen Hayes, que también está aquí.

El teléfono permaneció en silencio durante un par de minutos. Dejé caer la toalla y me puse la ropa interior y el camisón. Mi teléfono sonó, y me reí suavemente, sabiendo que era Frankie sin siquiera mirarlo.

—¿Hola?

—Um... ¿qué demonios?

Me reí.

—Lo sé. Es una locura. Increíble. Pero sí, está aquí de vacaciones. Me lo encontré anoche en el bar.

—¿Me estás *tomando el pelo*? ¿Por qué no me llamaste? Esto es... no sé. Espera, ¿estás seguro de que no te está acosando o algo así?

—No. Dios, me sorprende que no piense que soy *yo* quien le acosa. No, es sólo una loca coincidencia.

—Es el *destino*, Jess.

Sonreí mientras me sentaba en el borde de la cama. *Coincidencia. El destino.* ¿Eran la misma cosa?

—No lo sé, pero... Frankie, quiere que pase las próximas dos semanas con él.

—¿Qué quieres decir con pasar las próximas dos semanas con él?

—Quiero decir, estoy trabajando obviamente, pero cuando no estoy, él quiere... pasar el rato, supongo. Y nos besamos.

Hubo un tiempo de silencio.

—¿Y después de las dos semanas?

—Despedirnos, supongo. Sin promesas. Estuve de acuerdo, más o menos, pero... tal vez deberías convencerme de esto, Frankie.

Hubo otra pausa antes de decir:

—No voy a hacerlo, Jess. Puede que te duela pasar tiempo con él y luego ir por caminos separados, pero, no sé... tengo esta sensación...
—Hizo una pausa de nuevo, y cuando continuó, había un tono excitado en su voz—. El destino parece tener sus propios planes con ustedes dos, ¿y quién soy yo para meterme con el destino?

Dejé escapar un resoplido que era mitad risa, mitad suspiro.

—¿La amiga que va a tener que almacenar un montón de vino en nuestro apartamento cuando vuelva a casa?

Frankie se rió.

—Puedes contar conmigo, repollo.

—Sé que puedo, Frankie. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos.

Charlamos unos minutos más y luego nos despedimos, prometiendo mantenerla al tanto de todo lo que ocurra en el Valle del Loira.

Aunque no me sorprendía del todo que Frankie me hubiera animado a arriesgarme con Callen, de alguna manera me sentía mejor con su apoyo. Haría lo que me pareciera más cómodo. Si aceptar pasar tiempo con Callen significaba otro día como el de hoy, aceptaría con gusto un poco de tristeza cuando se fuera. Había sido uno de los mejores días que había tenido en mucho tiempo. La imagen de su rostro alegre debajo de mí mientras estaba tumbado en aquel campo pasó por mi mente y sentí que mis labios se curvaban en una sonrisa. No me pedía nada permanente. No pedía nada que yo no hubiera dado antes: casualidad. *Sin promesas, sin arrepentimientos.* Tal vez volviera a su estilo de vida de playboy, pero eso no sería asunto mío. *No era como mi madre, y nunca lo sería. Lo que sea con lo que te sientas cómoda.* Esto estaba en mis términos. Yo estaba a cargo aquí. *Dos semanas.* Dos semanas y eso sería todo. Callen Hayes y yo nos separaríamos una vez más, y yo sobreviviría igual que la primera vez, porque esta vez tendría la paz de un adiós.

* * *

Salí del ascensor y seguí las indicaciones que me habían dado para

llegar a unas escaleras traseras que llevaban a la planta baja del chateau. La emoción corría por mis venas y subí las escaleras rápidamente, entrando en un pasillo poco iluminado y notando inmediatamente la única habitación que tenía luz por debajo de la puerta. El murmullo de las voces llegó a mis oídos y llamé suavemente antes de entrar.

El Dr. Moreau se volvió de la gran mesa de la sala de conferencias donde estaba y sonrió en señal de bienvenida.

—Ah, Jessica, pasa. Buenos días. ¿Cómo fue tu viaje?

—*Très bien.* —Sonreí y tomé su mano extendida, apretándola ligeramente. Había otros dos hombres de pie al otro lado de la mesa, uno mayor y otro que parecía tener más de veinte años.

—Jessica Creswell es la traductora de la que te hablé. Jessica, este es el Dr. Irwin Roskow. Dirige el equipo de científicos que analizan los documentos para datarlos y verificar su autenticidad. Estará principalmente en el laboratorio que han montado cerca del lugar de la excavación. —El señor mayor sonrió amablemente y se acercó a la mesa para estrechar mimano.

»Y este es mi segundo asistente, Ben Roche, el otro traductor del que te hablé, especializado en ciencia militar francesa. Para terminar el proyecto a tiempo, tendremos que dividir los escritos. Yo le he dado a Ben los fragmentos que mencionan el nombre de una batalla y, Jessica, te he dado a ti las entradas que parecen ser más de carácter personal. Ben podrá ayudar con los términos militares que puedan no ser familiares, y Ben, Jessica podrá ayudar con las referencias relacionadas con la vida francesa durante la Edad Media. Espero que les sirva a los dos para intercambiar preguntas o ideas. —Asentí con la cabeza, sonriendo al joven con gafas y pelo oscuro desordenado. Él asintió tímidamente y me dio la mano.

—Excelente —dijo el Dr. Moreau—. Ahora, entonces, ¿quién quiere ver el sitio donde se encontraron estos documentos? Podemos hacer un viaje rápido y luego volver para empezar. *¿Cela vous convient?*

—*Oui* —dijimos Ben y yo al unísono, y luego nos reímos.

—Allí hay café y tazas para llevar —dijo el Dr. Moreau, señalando un mostrador contra la pared del fondo en el que había un gran dispensador de plata y varios accesorios para hacer café—. Toma una taza si quieres y nos ponemos en marcha.

Café. Menos mal. Me dirigí a la barra y me serví un vaso alto de

papel, añadiendo crema y luego una tapa. Los hombres hicieron lo mismo y todos salimos de la habitación, siguiendo al Dr. Moreau por las escaleras y saliendo por la puerta principal, donde tenía un coche con chófer esperando.

Sabía que la cueva en la que se habían encontrado los escritos estaba a unos quince kilómetros de distancia, y me senté de nuevo, sorbiendo el rico café caliente con aprecio y viendo pasar la campiña francesa. Me pregunté si Callen se había levantado ya o si se había quedado dormido, y decidí que todavía estaba en la cama. Lo del amanecer que había intentado vender *no era* cierto. Apostaría que si Callen llegó a ver el amanecer, fue porque no se había acostado la noche anterior. Nos habíamos separado después de comer y volar la cometa el día anterior sin hacer ningún plan en particular. Yo tenía que estudiar algunas cosas para hoy y había pedido servicio de habitaciones para cenar, pero le había dado a Callen mi número de móvil y me había dicho que me llamaría.

Jess, para. Estás en horario de trabajo. Estaba decidida a no distraerme con él, especialmente hoy.

Salimos de la carretera principal y atravesamos un pequeño pueblo antes de girar por un camino de tierra que subía por una montaña delante de nosotros. Nuestro todoterreno avanzó un poco, cuesta arriba, antes de detenerse cerca de una arboleda en la que había varios vehículos estacionados.

—Las cuevas están a un paso, pero el camino ha sido despejado—dijo el Dr. Moreau cuando todos salimos del vehículo. Miré hacia abajo, agradecida de haber llevado zapatos planos, aunque no sabía que íbamos a viajar al lugar de la excavación el primer día. Había dudado sobre la ropa que debía llevar esa mañana, pero finalmente decidí que no era el tipo de trabajo en el que debía tener un aspecto demasiado profesional, ya que iba a estar todo el día en una sala de conferencias del sótano, sentada y traduciendo textos. La comodidad era primordial, así que elegí un buen par de caquis capri, una blusa blanca y un blazer azul marino. Me di una palmadita en la espalda por la incorporación de los sensatos zapatos planos con motivos florales que había combinado con el atuendo. Subir un sendero de tierra con tacones habría sido un asco.

La mañana era cálida y clara, y la sutil fragancia de las flores silvestres endulzaba la ligera brisa. Seguí a los hombres por el estrecho sendero,

mientras el sonido distante de las voces y un débil y agudo martilleo llegaban desde algún lugar más allá. Me pregunté vagamente si Juana de Arco había caminado por este mismo sendero alguna vez. ¿Habría olido también las flores silvestres? ¿Habría vuelto la cara hacia el cielo para captar mejor su aroma? ¿Para sentir la brisa en su piel? El repiqueteo se hizo más fuerte y giramos en un recodo del camino, entrando en una zona abierta donde podíamos ver la boca de una cueva en la ladera de la montaña. El Dr. Moreau nos indicó que le siguiéramos y volví a darme cuenta de lo afortunada que era por estar aquí. Era como un sueño hecho realidad, explorar las cuevas de los héroes del pasado, con el aire rancio y polvoriento cerrándose a mi alrededor. *Surrealista*.

El sonido de los golpecitos se detuvo cuando el Dr. Moreau saludó al grupo en francés, uno de los cuales estaba utilizando una herramienta para picar un trozo de roca. El Dr. Moreau indicó que sólo estábamos allí para ver dónde se habían encontrado los documentos y para observar un momento. Nos saludaron con la cabeza y volvieron al trabajo.

Miré alrededor del espacio, las paredes de roca, el suelo lleno de tierra, dando un paso más hacia el interior y notando el silencioso sonido del agua que goteaba por debajo del murmullo de las voces y el ligero golpeteo de lo que ahora podía ver que era un cincel.

—De momento no hay indicios de que se vaya a desenterrar nada más que los antiguos escritos, pero sigue siendo esencial que se siga toda la diligencia debida, así que están recogiendo parte de la roca y otros elementos naturales para hacer pruebas de datación.

—Dr. Moreau, ¿hay alguna teoría sobre por qué se encontraron los escritos en este lugar en particular? —preguntó Ben.

—Todavía no, aunque sólo algunas de las piezas se tradujeron a grandes rasgos cuando establecimos por primera vez lo que eran. Me gustaría que repasarais esas piezas, ya que los traductores originales no tenían ninguna especialidad concreta. Es posible que hayan pasado por alto cosas que nosotros no. Espero que entendamos por los propios escritos cómo llegaron hasta aquí.

Ben asintió, y todos nos tomamos unos minutos para pasear por la cueva, para hacernos una idea de dónde habían estado escondidos durante cientos de años los frágiles documentos en los que íbamos a trabajar. ¿Por qué los habían dejado aquí? ¿Estaban escondidos o simplemente... perdidos

de alguna manera? Me moría de ganas de empezar.

Pasé la palma de la mano por la áspera pared de la cueva, tímidamente. El suelo estaba despejado donde no había trabajadores, ni equipos, sólo tierra apretada. Las voces se desvanecieron, los golpes y los estruendos se convirtieron en ruido de fondo mientras respiraba el olor: polvo y tierra y un lejano aroma de tipo mineral. Sin las luces que habían traído, esto estaría oscuro y fresco. Esas condiciones eran las que habían conservado muchos de los escritos.

Mientras me alejaba del resto de los trabajadores y científicos, me invadió una extraña sensación, un escalofrío de conciencia de que había algo... feliz en este lugar, como si hubiera ocurrido algo trascendental que hubiera creado una sensación de calma persistente. Me sacudí la cabeza. Qué tontería. Me estaba dejando llevar por mi imaginación. Pero Callen había tenido razón cuando dijo que me gustaba la historia por mi amor a las historias y a los cuentos de hadas de la vida real, y me resultaba difícil dejar de reflexionar sobre lo que podría haber ocurrido en este pequeño espacio cerrado hace cientos de años.

No nos quedamos en el lugar mucho más tiempo, ya que sólo estaríamos estorbando. Volvimos al todoterreno, dejamos al Dr. Roskow en el edificio que albergaba el laboratorio y regresamos al chateau.

Una vez de vuelta en el chateau, el doctor Moreau nos condujo a una sala contigua a la que estábamos utilizando, donde apartó un gran retrato de la pared. Se abrió con unas chirriantes bisagras, revelando una bóveda de acero incrustada en la pared.

—Genial —dijo Ben, ajustándose las gafas—. ¿Es ahí donde los dueños de este lugar guardaban sus joyas?

El Dr. Moreau se rió.

—Entre otras cosas también, imagino. Este chateau tiene una rica historia. Nos han prestado el uso de esta cámara ignífuga para que podamos guardar los documentos aquí mientras los traducimos. Además, aquí se está bien y fresco y la humedad del aire es baja.

Cuando volvimos a la sala de conferencias, el Dr. Moreau arrojó una caja de guantes sobre la mesa y recogió tres ordenadores portátiles de un armario cercano a la puerta.

—Como ya saben, tendrán que ponérselos si sacan los documentos de las fundas protegidas. Tuve que hacerlo unas cuantas veces para ver mejor

una palabra o un párrafo, y puede que tú también tengas que hacerlo. —Ben se sentó frente a mí y el Dr. Moreau nos entregó a cada uno un ordenador portátil y un documento envuelto en una funda de plástico, muy parecida a la que me había mostrado en su despacho la semana anterior.

—Querré comprobar sus traducciones, así que envíen por correo electrónico su archivo, titulado con el número indicado en la pegatina de la parte superior de cada caja de plástico, cuando hayan terminado. —Ambos asentimos y nos pusimos a trabajar.

Enseguida me sumergí en las palabras de una joven que viajaba con el ejército francés y que aparentemente iba disfrazada de chico. Los otros soldados la llamaban Philippe, aunque, como le había dicho al Dr. Moreau en su despacho durante mi entrevista, era obvio, por su forma de expresarse, que la autora de los escritos era una mujer, incluso sin que ella lo revelara. Se había instalado en la tienda de "Jehanne", y los primeros escritos eran descripciones del campamento e información sobre la estrategia militar que había escuchado. Todo era interesante, pero a mí me llamaron la atención sus observaciones personales y el hecho de que, obviamente, tenía problemas para vivir la vida de un soldado común cuando venía de una existencia aristocrática.

—Se refiere a Juana de Arco como Jehanne —dije.

—Sí —respondió el doctor Moreau—. Las firmas que aparecen en los pocos documentos que se conservan de esa época también dicen 'Jehanne'. Es la grafía medieval de Jeanne, que se cree que es su nombre de pila. Estos escritos parecen respaldar aún más que ese era su nombre.

—Interesante —murmuré, sintiendo un zumbido de emoción por la confirmación de que estos documentos fueron muy probablemente escritos por alguien que conoció a Juana de Arco.

Al cabo de un rato, el Dr. Moreau se excusó para asistir a una reunión en una de las salas de conferencias del piso superior, y durante horas, el único sonido en la sala fue el chasquido de los dedos de Ben y los míos sobre nuestros respectivos teclados y alguna que otra pregunta formulada al otro cuando nos atascábamos en alguna palabra o frase.

—Ben, aquí se habla de un '*veuglaires*'. ¿Es una pistola?

—Eh, no. Es como un *Fowler inglés*.

—Sí, todavía no tengo ni idea.

—Una especie de cañón de hierro forjado.

—Ah, gracias.

—Jessica, ¿has oído alguna vez esta frase sobre un trapo rojo...?

—Digámoslo así, Ben: no había Kotex en la Edad Media.

—Oh Dios...

La mayoría de las veces trabajamos en silencio, pero había un ambiente agradable y cómodo en la sala, y me pareció que antes de que pestañeara, se oyó un suave golpe en la puerta y se estaba entregando el almuerzo. Llevé las bolsas a la mesa de reuniones y estiré la espalda.

—¿Quieres comer aquí?

—Me gustaría que me diera el sol, en realidad, antes de que empiece a padecer el trastorno afectivo estacional por estar tanto tiempo a oscuras.

Me reí.

—No creo que se instale tan rápido, pero buena idea. El conjunto de escaleras traseras lleva a un patio. Si no me doy la vuelta, creo que pasé por delante cuando buscaba los jardines hace un par de días.

—Vamos a averiguarlo.

Encontramos fácilmente el patio soleado y almorzamos en uno de los bancos de piedra, charlando sobre lo que habíamos leído hasta el momento y las teorías que cada uno tenía sobre quién era la chica llamada "Philippe", aunque sabíamos que leer más podría resolver al menos algunos de esos misterios. Fue maravilloso hablar con alguien que estaba tan intrigado como yo por las conversaciones sobre la antigua cultura francesa, y la hora pasó volando.

Volvimos a la sala de conferencias del sótano y continuamos como antes, cuando me encontré con un fragmento que leí en voz alta a Ben:

En el año de nuestro Señor, 1429, a los veintisiete días de abril

Todo está polvoriento, sucio y maloliente, los hombres incluso peor que los animales, y me encuentro deseando nada más que una bañera de agua humeante y una torta de jabón de lavanda. Jehanne me sorprendió murmurando sobre la falta de higiene en el campamento, y aunque quería morirme de vergüenza por haberme sorprendido quejándome así, sólo se rió y me dijo que la siguiera en silencio y que me quedara entre las sombras.

Nos escabullimos a un río cercano, donde los caballos habían aplacado su sed ese mismo día, y Jehanne me enseñó a frotar mi sucia piel con la arena del fondo del

río y a utilizar los pétalos de rosa triturados en la orilla del agua para lavarme el pelo. Era sencillo pero celestial.

Jehanne habló de su sencilla educación campesina y describió la casa de su infancia y el hermoso jardín de su padre. Fue allí, dijo, donde escuchó por primera vez una voz de Dios a los trece años. Le pregunté si había tenido miedo, porque si una voz hubiera salido de las nubes y me hubiera hablado, me atrevería a decir que habría perecido de miedo. Se rió y me dijo que había tenido tanto miedo que corrió a la casa y no salió durante días.

—Entonces, ¿cómo has llegado a aliviar tu miedo? —pregunté.

Sonrió con tanta serenidad, su mano se arremolinó en el agua mientras decía:

—He aprendido que mi alma se alegra cuando escucho la sabiduría de Dios, por difícil que sea. —Hizo una pausa y yo esperé mientras parecía ordenar sus pensamientos—. Un hombre sabio y devoto aconsejó una vez: "Vive con fiereza y sin arrepentimientos". No me impartió esa sabiduría personalmente, y sin embargo me encuentro repitiendo el sentimiento en mi propia cabeza. Y creo que seguir el camino trazado ante mí es vivir de esa manera.

Mientras la observaba, las palabras resonaban en mi propia cabeza: Vivir con fiereza y sin remordimientos. Debo admitir que mi corazón palpita con el anhelo de sentir una libertad tan alegre como la que ella describía. Porque yo no he experimentado nada de eso. Sólo he conocido las trampas y las reglas, y he seguido los caminos que otros han trazado ante mí, sin cuestionar nunca mi propia vocación en el mundo.

—¿Qué es lo que quieres de la vida? —preguntó Jehanne.

La pregunta me confundió, pues nunca me habían preguntado por mis propios deseos. De hecho, nunca me había atrevido a reflexionar sobre algo así.

—No lo sé—respondí con sinceridad—. Dios no me habla de su misión para mí. Sólo mi padre lo hace y con gran autoridad —añadí, sin poder disimular el disgusto en mi voz—. Dios no me habla en absoluto —dije, viendo cómo mi mano hacía movimientos en el agua fresca del arroyo.

Pero Jehanne sólo sonrió.

—Dios habla a todos de alguna manera, si sabes escuchar.

Me comprometí a pensar en eso más tarde, porque confieso que no entiendo su significado.

Nuestra conversación pasó a temas más ligeros, y hablamos de los hombres

del campamento que son los paganos más insufribles -en particular el capitán Olivier Durand, que es el mayor trasero de caballo de todos- y creo que nunca me he reído tanto, ni mi corazón ha agradecido tanto la frivolidad. Y aunque casi me da miedo decirlo, creo que en Jehanne tengo no sólo un soldado al que servir, no sólo una elegida de Dios a la que seguir, sino una hermana a la que llamar amiga.

—Definitivamente vivió una vida mimada antes de eso —dijo Ben—. Tal vez Carlos Séptimo quería proteger la virtud de Jehanne teniendo otra chica en la tienda? ¿Quizás su principal prioridad era que esta chica informara sobre Jehanne? Esa parte no está del todo clara.

Asentí con la cabeza.

La frente de Ben se arrugó pensando un momento.

—¿Por qué crees que a la chica que se hizo pasar por Phillipe le indicaron que se vistiera como un chico, aunque el ejército francés sabía que Juana de Arco era una chica?.

—Probablemente por su seguridad más que nada. A Juana de Arco le asignó un guardaespaldas Carlos, pero a esta joven no. Una mujer que viajara con un ejército en la Edad Media se habría enfrentado al peligro tanto de los soldados que la rodeaban como del enemigo. La propia Juana de Arco contó que los santos le habían dicho que se vistiera de chico para protegerse de la posibilidad de ser violada mientras cumplía la misión de Dios.

—Sí, recuerdo haber leído eso. Hubo varios hombres asignados a Juana de Arco en varios papeles. Lo más lógico hubiera sido que el varón —Ben levantó las manos e hizo comillas— asignado para estar más cerca de ella fuera un adolescente sin pretensiones, probablemente delgado. Al menos en cuanto a la apariencia de corrección.

—Sí, exactamente. Ojalá se hubieran conservado todas las anotaciones para no tener que reconstruir tanto. Lo que está claro es que a esta chica se le indicó que cumpliera con este deber, pero parece que tiene preguntas y dudas como las tendría cualquiera. —Sonreí—. Tanto ella como Joan tenían una misión, aunque la de esta chica no era exactamente de la misma categoría.

—Y ojalá las cosas le salgan mejor que a Joan. —Ben hizo una mueca.

—Yo también lo espero. —Hice una pausa mientras consideraba el alcance de lo que estábamos traduciendo—. Sin estos escritos, la historia

nunca habría conocido a esta chica. Es fascinante, Ben.

—Realmente lo es.

Trabajamos un poco más, y cuando me recosté en la silla para estirar la espalda, Ben levantó la vista.

—Son casi las seis y me muero de hambre. El Dr. Moreau ya se ha ido por el día, y me ha dado el código de la caja fuerte. ¿Qué te parece si lo empaquetamos para pasar el día?

Yo también tenía hambre, y afortunadamente estaba en un punto de parada oportuno.

—De acuerdo, me parece bien. —Le entregué a Ben el escrito cubierto de plástico en el que había estado trabajando y, tras recoger su propio trabajo, me dijo que volvería enseguida. Mientras él guardaba los escritos, yo ordené la sala de conferencias, llevando nuestras tazas de café a la estación de café y acomodando las sillas.

Ben y yo subimos juntos las escaleras, entramos en el pasillo trasero y nos dirigimos al vestíbulo. Nos detuvimos, charlando y riendo sobre algunas de las cosas que habíamos necesitado aclarar del otro, a saber, que yo había confundido un tipo de pistola con un peine. Ben me tomó de la mano, imitando que me cepillaba el pelo y luego temblaba al disparar la pistola. Me reí, y él me soltó, sus ojos parecían detenerse en alguien detrás de mí. Cuando me giré, vi a Callen caminando hacia nosotros, con una mirada desconcertada.

—Hola —dije, con el corazón saltando.

—Ah, hola. —pasó una mano por su cabello, mirando a Ben.

—Oh, lo siento, um, Ben, este es Callen Hayes, un viejo amigo mío. Callen, este es Ben Roche, mi compañero de trabajo.

Ambos se asintieron mutuamente y se produjo una incómoda pausa. Ben intervino primero.

—Bueno, encantado de conocerte. Jessica, nos vemos mañana.

—De acuerdo, hasta mañana. —Ben se dio la vuelta y se dirigió hacia el ascensor y Callen se metió las manos en los bolsillos, con cara de inseguridad.

—Esperaba que salieras del trabajo y que quisieras cenar —dijo, y mi corazón se estremeció ante la inusual vulnerabilidad de su postura y su expresión. Pero, ¿cómo podía saber si era inusual? Era extraño. En cierto

modo, sentía que lo conocía por las entrevistas que había visto recientemente y los artículos que había leído en las revistas. Pero me di cuenta de que eso no era cierto, o si lo era, entonces todo el mundo lo conocía también.

—La cena suena perfecta.

Sonrió.

—Genial. ¿Te importa si mi amigo Nick se une a nosotros? Lo arrastré conmigo a estas vacaciones y se ha encerrado en su habitación a trabajar. Tengo que asegurarme de que coma de vez en cuando. He reservado en el comedor.

Me pasé una mano, cohibida, por el pelo. Quería refrescarme, pero también tenía hambre y sentarme con una copa de vino sonaba divino. Decidí poner mi mejor sonrisa y esperar que sólo pareciera ligeramente marchita.

—Suena bien. Me encantaría conocer a tu amigo. —Caminamos hacia el comedor—. Entonces, ¿qué has hecho hoy?

—No mucho, en realidad. Volví a la ciudad y caminé, miré en algunas tiendas.

Lo miré y tenía el ceño fruncido.

—No es tan divertido sin mí, ¿eh?

Se rió.

—No. Ni siquiera cerca.

Entramos en el restaurante chateau, ya lleno de clientes, con los deliciosos olores de la rica cocina francesa flotando en el aire y los suaves sonidos de la música clásica superpuestos por el parloteo y las risas de los comensales. Un hombre sentado junto a la ventana saludó con la mano.

—Ahí está Nick —dijo Callen, tomándome del brazo y llevándome hacia él.

Nick se levantó cuando llegamos, sonriendo y tendiéndome la mano.

—Jessica, encantado de conocerte. Soy Nick, el único amigo íntegro de Callen. —Tenía el pelo castaño claro y unos brillantes ojos verdes que parecían brillar detrás de sus gafas. Era casi tan alto como Callen, pero mucho menos macizo, rozando la delgadez. Era guapo, y su sonrisa era cálida y sincera.

Sonreí, mirando a Callen, que tenía una ceja levantada.

—Es cierto. No puedo negarlo —dijo, indicándome que tomara asiento y se sentó junto al mío.

—Es un placer conocerte, Nick.

—Callen me dijo que estás aquí por negocios y que se conocieron brevemente de niños y aún más brevemente de... —Levantó las cejas.

Entrecerré los ojos, sin aportar la descripción que claramente pedía. *¿Dos personas que se besaron en un bar? ¿Extraños que se manoseaban en un patio en la azotea?* No, quería escuchar su versión. Estaba claro que Callen le había contado *algo*.

—...camarera y patron —terminó finalmente.

Me reí, y Nick también lo hizo. Me gustó.

—Buena parada. Bastante precisa. —Sonriendo, miré a Callen, pensando en lo que había dicho Frankie—. Sí, el destino parece empeñado en volver a juntarnos una y otra vez.

—Lo que está destinado a ser siempre encontrará un camino —ofreció Nick.

—Profundo. ¿No es una canción country? —preguntó Callen con sarcasmo, tomando el menú.

Nick se rió.

—Probablemente. —Miró el menú de Callen y tomó el suyo mientras yo tomaba un sorbo del agua que tenía delante.

—El, ah, especial se ve bien —dijo Nick—. Si te apetece carne en salsa borgoña.

—Suena perfecto —dijo Callen, dejando su menú. Un momento después, el camarero se acercó a nuestra mesa y tomó nuestro pedido de vino.

—Entonces, Jessica, ¿qué tipo de trabajo haces aquí?

Le expliqué un poco sobre los escritos que se habían descubierto y la conexión con Juana de Arco, y luego le hablé de mi papel como parte del equipo que los estudiaba.

—Vaya, dominar el francés para traducir documentos tan importantes es realmente impresionante, por no hablar de que debes ser un maestro en ello para hacer el trabajo que haces.

Sonreí, agradeciendo el cumplido.

—No sé si soy un maestro, pero siempre se me han dado bien los idiomas. Fui a un colegio francés de pequeña, así que lo he estudiado durante mucho tiempo.

—Jessie solía traducirme sus libros en francés cuando éramos niños. —Callen sonrió. Me acordé de aquello, de la forma en que escuchaba embelesado, del modo en que parecía hipnotizado por las historias. Me encantaba ver cómo disfrutaba y me deleitaba con la cercanía que compartíamos acurrucados en aquel vagón, nuestro propio mundo secreto. El recuerdo hizo que la ternura parpadeara en mi pecho.

El camarero apareció con nuestro vino, devolviéndome al presente, y luego tomó nuestra orden de cena, yo el pescado blanco, Nick un plato de pollo, y Callen el especial de carne.

—Disculpen —dijo Nick, mirando su teléfono cuando le llegó un mensaje de texto, haciendo un suave *ding*. Comenzó a teclear algo en respuesta, y yo tomé un sorbo agradecido de mi vino, suspirando mientras lo dejaba sobre la mesa. Esto estaba bien, y no necesitaba pensarlo demasiado. ¿Qué habría hecho si Callen no estuviera aquí? Estaría comiendo sola, probablemente en mi habitación, y eso habría estado bien, pero esto era mejor. La gente tenía asuntos de vacaciones todo el tiempo y luego volvía a su vida normal. No es que fuera a tener una aventura con Callen, per se, o más bien, podríamos besarnos, pero no iba a ir más allá de eso... probablemente... quería decir definitivamente...

—¿Estás bien? —preguntó Callen suavemente, chocando mi hombro con el suyo. Me di cuenta de que estaba mirando a lo lejos, con el nerviosismo excitado saltando por mi cuerpo, mi mente huyendo de sí misma. Crucé las piernas, un sorprendente estallido de placer que me hizo muy consciente de lo que me producía el mero hecho de pensar en hacer algo físico con Callen.

Tomé un largo sorbo de vino, tomándome un momento para volver al presente, y sonreí.

—Sí. Sólo pensaba en el día de hoy. Ha sido intenso.

—¿Buena intensidad?

—Sí. Hay mucho que hacer, y todos intentamos terminar el trabajo antes de que el proyecto termine.

Asintió con la cabeza.

—El tipo que está contigo abajo, ¿también es traductor? —Tomó un sorbo de vino y pareció sólo ligeramente interesado, pero su mandíbula se movió una vez, y me pregunté si estaría un poco... ¿celoso? Seguramente me estaba imaginando cosas. Por supuesto que sí. ¿De qué demonios tenía que estar celoso Callen Hayes cuando se trataba de cualquier otro hombre del mundo?

—¿Ben? Sí. Es el otro asistente que trabaja con el traductor jefe, el Dr. Moreau. Su especialidad es el armamento francés medieval.

—Suenas inteligente. —Su voz era cortada, y Nick levantó la vista de su teléfono, colocándolo de nuevo en la mesa.

—Él es... sí. Es muy inteligente. Tengo la suerte de trabajar con él. Todo el equipo es impresionante.

—Incluida tú —dijo Callen, sonriéndome.

Me reí suavemente.

—Bueno, espero poder seguir el ritmo.

—No tengo ninguna duda.

Llegó nuestra comida y hablamos de la compañía de Nick y de cómo se habían conocido él y Callen. Sólo me sorprendió vagamente que Callen hubiera sido un adolescente problemático. Incluso cuando lo conocí, pude ver la oscuridad en su interior. La *desesperanza*. Es interesante que tanto Nick como Callen resten importancia a ese aspecto al contar su historia. El hecho de rellenar algunas de las lagunas de la vida de Callen me cautivó, y lo escuché todo con atención, aprendiendo de su encuentro inicial y de los pocos años que pasaron antes de que ninguno de los dos tuviera éxito. Callen era tenaz, un luchador, impulsivo. Y estoy segura de que eso contribuyó a su increíble éxito.

Callen hablaba e incluso reía, pero algo parecía pesarle, una especie de mal humor subyacente que yo también había visto en él hace años. Esa sensación que siempre había tenido cuando sabía que algo iba mal pero él no lo compartía conmigo. Ahora quería preguntarle qué era lo que hacía que a veces apareciera esa mirada preocupada en su rostro, o qué era lo que proyectaba esa expresión vulnerable en sus ojos, la que yo estaba segura de que él pensaba que nadie notaba. Y tal vez nadie lo hacía. Bueno, nadie excepto yo. Y pensé que tal vez Nick también.

A la luz del comedor, también me di cuenta de que Callen tenía

manchas oscuras bajo los ojos, como si no hubiera dormido bien.

Una vez terminada la comida y recogida la mesa, Nick volvió a mirar su teléfono.

—Dispara. Tengo que irme. Un cliente en los Estados Unidos está teniendo un colapso en el sitio web.

—Eso no suena bien —dijo Callen.

—No. ¿Le dirás al camarero que ponga mi cena en la cuenta de mi habitación?

Callen agitó la mano.

—Sí. Yo me encargo.

Nos despedimos y Nick se fue, tan concentrado en su teléfono que casi choca con un camarero que llevaba una bandeja de comida. Hice una mueca de dolor por el estrecho fallo y luego sonreí a Callen.

—Yo también debería irme. Estoy agotada y tengo otro día temprano.

Callen apartó un trozo de pelo de mi cara, con esa mirada preocupada de nuevo en su rostro.

—¿Tienes que hacerlo?

Ahogué un bostezo.

—Sí, lo hago. ¿Podríamos cenar mañana por la noche?

—Eso parece muy lejano.

—Lo sé. Lo siento. Este trabajo es simplemente...

—Intenso —suplió, esbozando una pequeña sonrisa.

Exhalé una breve carcajada.

—Sí.

Un ceño fruncido cruzó su rostro, y luego volvió a sonreír.

—Estoy realmente orgulloso de ti, Jessie... de todo lo que has llegado a ser. Eres exactamente quien pensé que serías.

Sonreí.

—Gracias. Y tú, también estoy muy orgullosa de ti. Tu éxito es tan bien ganado.

Sacudió la cabeza, con una mueca que recorría sus rasgos, como si lo que había dicho le hubiera avergonzado de alguna manera. Eso me confundió. Seguramente no podía dudar de su propio talento.

—Gracias, Jessie. —Pasó una mano por su cabello, mirando a lo lejos detrás de mí por un momento y luego sonriendo cuando volvió a mirar. Pero no se encontró con sus ojos. El camarero apareció con la cuenta y Callen firmó por ella, volviendo a mirarme—. Te acompaño al ascensor.

—Bien. ¿No vas a subir? Tú también pareces cansado.

—Sí, nunca duermo bien en lugares nuevos. Voy a aprovechar el piano del salón de baile. Se supone que debo estar aquí escribiendo una composición que está atrasada.

—Oh, no lo sabía. Bueno, entonces, no me sentiré mal por haberte retenido.

Ambos nos pusimos de pie, caminando hacia el frente del comedor. Me tomó de la mano y nos dirigimos al ascensor y nos detuvimos frente a él. El vestíbulo estaba casi desierto, pero podía oír las voces de los comensales al final del pasillo, que se dirigían hacia donde estábamos.

—¿Me enviarás un mensaje de texto mañ...?

Callen tiró de mí hacia un pequeño nicho, cortando mis palabras mientras reía, pero luego eso murió también cuando su boca se estrelló contra la mía, su lengua presionando entre mis labios mientras yo dejaba escapar un gemido jadeante. Él respondió con un gemido, casi doloroso, y se apretó contra mí. Mis brazos lo rodearon y se enroscaron en su pelo mientras la excitación se disparaba por mis venas, rápida y caliente. Inmediata. Nunca había sentido este tipo de excitación sexual repentina y quería *más*. Oh, Dios, quería rodear sus caderas con mis piernas, apretarme a él y sentir su piel sobre la mía. Quería...

Casi tan rápido como había empezado el beso, lo terminó, retrocediendo, su pecho subiendo y bajando rápidamente, sus labios separados y húmedos por nuestro beso, y su expresión... angustiada, o tal vez desesperada.

—Buenas noches, Jessie.

—Buenas noches —murmuré, viéndolo alejarse y sintiéndome confusa, nublada. De pie contra la pared donde su cuerpo se había apretado contra el mío momentos antes, no estaba segura de qué hacer. Pensé en el aspecto que tenía cuando estábamos en las ruinas de la iglesia el día anterior y en que tarareaba suavemente para sí mismo: tranquilo, feliz. Y me imaginé el aspecto que había tenido momentos antes: molesto, preocupado. *Como mi príncipe roto*. De repente no tenía mucho sueño. Tenía

la sensación de que Callen me necesitaba. Quizás su necesidad no era simplemente física, pero no sabía pedir más que eso. Así que no había pedido nada en absoluto.

Capítulo Once

Callen

Fui un idiota. ¿Qué demonios me pasaba?

Idiota. Idiota. Idiota.

Me incliné hacia delante y apoyé la frente en la parte superior del piano donde estaba sentado en el salón de baile vacío. Abriendo los ojos e inclinando la cabeza, subí un dedo y toqué la melodía de "Heart and Soul", riendo, un sonido ahogado que se convirtió en un gemido.

Tenía muchas ganas de beber. Pero una copa se convertiría en dos y dos se convertirían en seis y acabaría en la cama con una mujer cualquiera cuyo nombre no recordaría dentro de dos días aunque mi vida dependiera de ello. Y joder, el verdadero problema era que nada de eso sonaba tan mal ahora que lo pensaba. Estaba tan condenadamente cansado. Sin los efectos adormecedores del alcohol y la liberación del sexo, apenas había dormido las últimas noches. El olvido me llamaba, y yo quería responder a esa llamada, estaba desesperado por acallar las palabras que sonaban en mi cráneo.

Inútil. Medio tonto. Decepcionante.

Mi dedo golpeó una escala menor natural, la más triste y deprimente de todas las escalas. Se ajustaba a mi estado de ánimo. Demonios, se ajustaba a mi maldita vida en este momento. *Excepto por Jessie.* Pero ella sólo era temporal, y estaba demasiado ocupada como para complacerme sólo porque quería pasar cada segundo despierto con ella. Pero hacía mucho tiempo que había aprendido que, por mucho que odiara el artificio de las charlas con *amigos* noche tras noche, odiaba más el silencio de mi propia compañía. Demasiado tiempo en mi cabeza. Demasiado tiempo a solas.

Porque me sentía solo.

Había pasado el día en un estado de impaciencia. Las horas parecían pasar como un tic-tac mientras esperaba que Jessie terminara de trabajar. Incluso, afortunadamente, me había colocado en una zona de estar con vistas al vestíbulo para poder verla en cuanto subiera.

Había escuchado las voces de Jessie y de su compañero de trabajo

mientras se acercaban, animadas y llenas de entusiasmo. Por un momento me quedé donde estaba mientras se detenían y hablaban de cosas que estaban tan por encima de mi cabeza que no podría alcanzarlas ni con una escalera de tres metros. Jessie se había expresado en francés una o dos veces, y el compañero de trabajo se había trasladado con facilidad al mismo idioma, y sus palabras iban de un lado a otro, no sólo sobre un tema que yo nunca entendería del todo, sino en un idioma que nunca dominaría.

El compañero de trabajo en cuestión parecía un joven profesor, tipo Clark Kent, y obviamente un genio, probablemente perfecto para Jessie. Por los celos que sentí cuando lo vi tocarle la mano, se podría pensar que los había visto retorciéndose el uno al otro desnudos. Fue inmediato y abrumador, y me asustó muchísimo.

Luego escuché a Jessie y Nick hablar de sus carreras. Ambos estaban llenos de entusiasmo y pasión por lo que estaban construyendo, y aunque me había sentido orgullosa de ambos, también había sentido una punzada de vergüenza. Porque, aunque los dos estaban hambrientos de éxito, sabía en mis entrañas que ninguno sacrificaría su integridad como yo lo había hecho. Su gran oportunidad vendría del talento y de una fuerte ética de trabajo; se merecerían cada gramo del éxito que les llegó. *No como yo*. Y sentado allí, me había sentido como un extraño en muchos sentidos, alguien que ni siquiera era digno de su compañía.

Y sin embargo, a pesar de la inseguridad, la cena había sido demasiado corta y quería más tiempo con Jessie y...

—¿Cómo se llama esa pieza?

Mi dedo se detuvo inmediatamente cuando me giré para ver a Jessie de pie detrás de mí.

Ni siquiera la había oído entrar en la habitación.

Se acercó a mí.

—Porque seguro que es deprimente.

Exhalé una carcajada, girando completamente en el banco.

—Pensé que te habías ido a la cama. —Mis palabras salieron apresuradas, e incluso yo oí el leve timbre de la desesperación en mi tono.

Utilizó su dedo para indicarme que me acercara, así que lo hice. Se sentó a mi lado y golpeó ligeramente mi rodilla con la suya.

—Decidí que no estaba tan cansada como pensaba. Y el trabajo que

iba a hacer puede esperar. A decir verdad, probablemente sea mejor que descanse un poco mi cerebro. Traducir requiere mucha concentración. Esperaba que aún estuvieras disponible.

—Así que lo que estás diciendo es que algo sin sentido suena atractivo. Puedo ofrecer algo sin sentido. Es lo que mejor hago. —Intentaba hacer una broma, pero estaba demasiado cerca de la verdad para mi propia comodidad y las palabras se desvanecieron, mi boca se convirtió en un ceño fruncido antes de que me diera cuenta.

La cabeza de Jessie estaba girada hacia mí y me observaba atentamente, así que forcé una sonrisa. Ella no la devolvió. Parecía ver algo en mí que yo no había querido mostrarle.

¿No había sido siempre así? Entonces. Ahora.

—Creo que te vendes mal, Callen Hayes —dijo muy suavemente, muy seriamente.

Suspiré, pasando una mano por mi cabello.

—Ah, siempre has pensado demasiado en mí, Jessie.

—No lo creo. —Hizo una pausa por un momento—. Sin embargo, si por sin sentido te refieres a un mal reality de televisión... Bueno, podría ir por eso.

La miré.

—¿Quieres ver la televisión conmigo?

—Claro.

Fue la primera vez. Creo que nunca había visto la televisión con una mujer. No es que yo mismo viera mucho, pero ¿acurrucado en algún lugar privado con Jessie? Eso era prometedor.

—¿Mi habitación o la tuya?

—Me encantaría ver cómo viven los grandes apostadores.

Me reí.

—¿Qué? ¿Te tienen metida en un rincón del sótano junto con tu polvoriento espacio de trabajo?

Ella sonrió y mi corazón dio un vuelco. Dios, era la cosa más bonita que había visto nunca. Incluso después de haber pasado el día en ese polvoriento lugar de trabajo, estaba preciosa, aunque un poco despeinada: el pelo suelto de la trenza que se había hecho y el lápiz de ojos manchado

bajo los ojos. Sin embargo, el efecto no hacía más que aumentar su atractivo: parecía que acababa de revolcarse en la cama. Se me calentó la sangre al pensarlo y me obligué a respirar hondo. Jessie estaba sugiriendo que viéramos la televisión y nada más.

—No, no me tienen durmiendo en el sótano, pero bastante cerca. Mi habitación es bonita, pero un poco pequeña.

—Ah. Entonces, permítame acompañarla a mi castillo en la colina.
—Me puse de pie, ofreciéndole mi mano, y ella la agarró, poniéndose de pie también y haciéndome una reverencia.

—Mi príncipe, regresó por mí al fin.

Su mirada divertida y el brillo de sus ojos me hicieron sonreír, pero algo en sus palabras también me puso en guardia. Yo no era el príncipe de nadie. Pero Jessie no pedía eso, no realmente, así que dejé de lado mis temores, la tomé del brazo y la acompañé hasta el ascensor y luego por el pasillo hasta las puertas dobles que llevaban a mi suite.

Las puertas se abrieron a un lujoso salón con chimenea, y Jessie silbó suavemente, provocando mi risa.

—Esto sí que es vivir —dijo.

—Quieres un tour?

—Por supuesto.

Abrí la puerta del dormitorio y vi que el servicio de limpieza había bajado la cama y dejado dos mentas de chocolate sobre la almohada. Jessie se paseó por el interior, arrastrando un dedo por el armario de caoba y luego tocando la tela dorada y estampada que se acumulaba en la esquina de la cama con dosel, algo pesado y sedoso en lo que sólo ahora me fijaba. Se quitó los zapatos y movió los dedos de los pies en la gruesa alfombra, mirándome por encima del hombro y sonriendo. Mi corazón volvió a hacer esa extraña cosa que parecía ocurrir cada vez que sus ojos se iluminaban de alegría. Y ella no tenía ni idea. No tenía ni idea de lo hermosa que era en realidad y de cómo esas sonrisas me levantaban el corazón.

La seguí por detrás mientras entraba en el cuarto de baño, y escuché su respiración entrecortada antes de doblar la esquina.

—Dios mío, ¿cómo has podido salir de tu habitación con una bañera así?

Miré la enorme bañera de hidromasaje, rodeada de azulejos de mármol. Tenía un aspecto tentador ahora que Jessie estaba de pie junto a ella y me la imaginaba desnuda con burbujas que apenas cubrían sus pezones rosados. ¿O serían marrones? Era morena y tenía los ojos color avellana, pero esa piel cremosa y esa pizca de pecas me desconcertaban. De repente era una pregunta que parecía tan importante de responder como cualquiera de los grandes misterios del mundo.

—Las bañeras no son divertidas solas.

Jessie se burló.

—¿Un baño de burbujas, un buen libro y una copa de vino? Suena como el viernes por la noche perfecto.

—Oh, Jessie. —Suspiré—. Tengo tanto que enseñarte.

Se rió, una risa genuina que iluminó su rostro y provocó una sonrisa de respuesta en el mío.

—Ya lo creo. Vamos, muéstrame dónde está la televisión.

El televisor estaba en el dormitorio, escondido en un baúl de aspecto vintage en la base de la cama, y utilicé el mando a distancia para subirlo al nivel de visión.

Realmente no había ningún otro lugar para sentarse, excepto la cama, y me pregunté si Jessie iba a decidir que esto no era una buena idea.

Sorprendiéndome, se dio la vuelta y preguntó:

—¿De qué lado estás?

—La derecha, supongo.

Asintió con la cabeza y dio la vuelta a la cama, mullendo las almohadas de la izquierda, quitándose la chaqueta y tirándola en la silla cerca de la ventana. Definitivamente me gustaba verla sentada contra las almohadas de mi cama. Me quité los zapatos y me senté en el otro lado, encendiendo la televisión. Le pasé el mando a Jessie, sin importarme lo que viéramos, y ella se puso a mirar, deteniéndose finalmente en un programa que parecía una versión francesa de *The Housewives of Beverly Hills*.

—Tiene subtítulos en inglés —dijo—. ¿Está bien?

—Sí, lo que quieras ver me parece bien.

—Esto no es aburrido para ti, ¿verdad? —preguntó ella, mordiéndose el labio.

—En absoluto.

Ella sonrió y nos acomodamos, Jessie se acercó a mí, nuestras piernas casi se tocaban. Traté de sintonizar con lo que hacían los personajes en la pantalla, pero era tan consciente de ella. Me costaba concentrarme en otra cosa que no fuera el calor de su cuerpo junto al mío, su suave risa y el modo en que olía, un perfume delicado y algo alimonado, el mismo aroma que me había cautivado en la azotea de París.

No sabía si me había acercado inconscientemente a ella o si ella se había acercado a mí - quizá ambas cosas-, pero nuestros brazos estaban repentinamente apretados, y me pareció que todo el calor de mi cuerpo se había trasladado a la porción de piel que ahora tocaba la de Jessie. Me recordaba la forma en que una vez habíamos yacido juntos en aquel vagón de tren, hombro con hombro, cadera con cadera, mientras la dulce voz de Jessie me llevaba con ella a tierras extranjeras, a bordo de barcos de mar y a islas desiertas. Sí, esto me recordaba a *entonces*, pero el *ahora* también era nuevo y diferente. La electricidad que corría entre nosotros no era producto de la infancia, sino del hombre y la mujer en que nos habíamos convertido.

Me giré hacia ella, y ella se movió hasta quedar también frente a mí, y por un momento nos quedamos mirando. Parecía un poco nerviosa mientras parpadeaba y tiraba del labio inferior entre los dientes. *Pureza*. Eso es lo que había en su expresión. Tan diferente a las miradas de lujuria calculada que había llegado a conocer.

—Esto me recuerda a cuando éramos niños —dijo en voz baja, y me sorprendió que hubiera pensado lo mismo que yo un momento antes.

—No me siento como un niño, Jessie —dije, con la voz rasposa por el deseo que sentía por ella, con el cerebro nublado mientras la sangre se drenaba hacia el sur y parecía reunirse y bombearse con fuerza entre mis piernas. Sus ojos se abrieron ligeramente y luego se dirigieron a mi boca y lentamente volvieron a mis ojos.

—Oh —susurró. No estaba seguro de quién se había movido primero, pero nuestros labios se estaban tocando de repente, sus dedos se habían enredado en mi pelo, y gemí cuando ella tomó la iniciativa, aunque lentamente, tentativamente, con su lengua moviéndose a lo largo de la costura de mis labios. Me abrí y nuestras lenguas se encontraron, la suave dulzura de ella hizo que mi sangre palpitará con fuerza por mis venas.

Incliné la cabeza y nuestro beso se hizo más profundo, Jessie suspiró en mi boca mientras envolvía su pierna sobre mi muslo. *Oh, Dios.* El movimiento juntó nuestras pelvis, mi erección presionada firmemente contra ella. Por un momento seguí besándola, intentando no moverme, tratando de encontrar el control que parecía haberme abandonado.

A Jessie le gustaba besar. Le gustaba explorar lentamente; se sentía más bien sin engaños que seductora, aparentemente por el placer de besar solamente, sin pensar en lo que podría suceder. Algo en eso era tan condenadamente excitante. Estaba completamente perdido en ella. Perdido en este beso, en su tacto. Me sentía como un adolescente cachondo que experimenta el sexo por primera vez, cuando lo cierto es lo contrario. Era un hombre que había hecho todo lo que había que hacer diez veces. Entonces, ¿por qué me sentía diferente?

Como si Jessie hubiera estado esperando que me moviera y se negara a esperar más, dejó escapar un gemido frustrado y frotó sus caderas contra las mías. Inclinó su cuerpo para que mi dureza encajara en la V de sus piernas, moviendo su pierna hacia abajo y hacia arriba lentamente para que yo me deslizara contra esa parte sensible de ella. La fricción era una tortura que hacía que mis caderas se movieran y *empujaran*, aunque me contuve, temblando por el esfuerzo.

Jessie se separó de mi boca, soltando un suspiro ahogado, y echó la cabeza hacia atrás con un gemido, restregándose contra mí y haciendo que mi propia excitación subiera unos cien niveles.

—Callen —gimió, y casi me corríen los pantalones.

Respiré contra su cuello, absorbiendo su aroma en mi cuerpo, conteniendo una carcajada de total sorpresa ante mi propia respuesta. Tal vez así era el sexo sobrio. ¿Había pasado tanto tiempo? Aunque en realidad no estábamos ni siquiera cerca de tener sexo. Ni siquiera nos habíamos quitado una sola prenda de ropa.

Joder, la quiero. Quería quitarle la ropa y arrastrarme bajo las sábanas. Quería resolver el misterio de los tonos de color en las partes más íntimas de su cuerpo. Quería follarla en todas las posiciones que conocía y luego inventar algunas más. Quería ver cómo mi polla se hundía entre sus piernas, saliendo resbaladiza y húmeda con la prueba de su excitación. La visión se arremolinaba en mi cerebro empañado por la lujuria, y no era capaz de contener el gemido que parecía palpitar desde mi ingle hasta mi

garganta y salir de entre mis labios, un sonido torturado de necesidad desesperada.

Las manos de Jessie se deslizaron por mi cuero cabelludo y sus ojos se encontraron con los míos. Su expresión era una mezcla de droga y conmoción, y parecía no saber qué hacer a continuación. Una lanza de pura ternura me atravesó. Ya había pensado que era inexperta, y ahora estaba aún más seguro. Besé el lado de su boca.

—¿Eres virgen, Jessie? —Pregunté en un susurro tenso.

Se detuvo en mis brazos, parpadeando, y el deslizamiento de su pelvis contra la mía se detuvo lentamente.

—Yo... ¿Es eso...? ¿Te das cuenta? —Parecía avergonzada, y aunque una parte ilógica y primaria de mí se alegró, me sentí sobre todo frustrado. Incluso si Jessie me deseaba, se merecía algo mejor que tener su virginidad tomada por un hombre que saldría de su vida en menos de dos semanas. Se merecía el príncipe con el que siempre había soñado.

Suspiré, usando toda mi fuerza de voluntad para controlar mi cuerpo. La besé suavemente y le aparté un trozo de pelo.

—No es algo malo. Sólo que no quiero perder el control. —*Mentira. Quiero desesperadamente perder el control en su cuerpo*—. Y tú lo haces demasiado fácil.

Sus expresivos ojos se movieron por mi cara, y lo que vio allí la hizo sonreír. Me incliné hacia delante y besé las pecas que apenas podía ver en la tenue iluminación del hotel, y ella se rió, agarrando mis mejillas y acercando sus labios a los míos, rodando sobre mí. Sonreí contra su boca y dejé que el beso fuera más profundo por un momento antes de separarme. El suave peso de ella sobre mí, junto con su sabor en mi lengua, iba a hacer que cualquier apariencia de autodisciplina se esfumara justo cuando la había recuperado. Gemí, la puse de espaldas y la miré a la cara.

—¿Por qué no has estado con nadie?

Su mirada se apartó de la mía momentáneamente.

—Quiero decir, he tenido citas. Sólo que nunca dejé que las cosas llegaran tan lejos. Supongo que hice de mis estudios mi prioridad en la universidad y luego la mudanza a París y... —Se encogió de hombros, con un pequeño movimiento de un hombro—. No he encontrado a nadie que... me haya tentado a involucrarme tanto.

Me quedé mirándola un momento, con un extraño revoloteo en mi interior. Una parte estúpida de mí *quería* ser ese hombre, deseaba serlo, pero no lo era, y sería un error pretender que lo era. Ella era Jessie, la princesa *Jessie, pura, dulce y buena*. Aunque el hombre en el que me había convertido no tenía un hueso valiente en su cuerpo, el niño que ella había conocido una vez *sí lo tenía*, y necesitaba que *esa* pequeña partícula de mí tomara la iniciativa. Asentí con la cabeza, apartándome y poniéndome de pie rápidamente.

—¿Quieres un poco de agua?

Sus ojos se dirigieron a mis pantalones, que seguían abiertos, y luego volvieron rápidamente a mi cara.

—No, estoy bien —dijo. Entré en el cuarto de baño y me tomé un par de minutos en el lavabo, bebiendo un vaso de agua y deseando que mi cuerpo se enfriara. Oí que Jessie se movía en la habitación, tal vez preparándose para salir. Me asaltaron los pensamientos de la larga y solitaria noche que tenía por delante, de saber que iba a despertarme y pasar el día esperándola de nuevo. Estaba tan cansado pero no podía dormir... Me miré en el espejo, mi pelo despeinado, mis labios enrojecidos por los besos. No iba a tener sexo con Jessie, pero no quería que se fuera.

Al volver a la habitación, me sentí aliviado al ver a Jessie apoyada en las almohadas. Se había soltado el pelo y se estaba pasando los dedos por él en un intento de arreglar lo que había hecho nuestra sesión de besos. Me miró y ahogó un bostezo cuando me senté de nuevo en la cama, volviéndome hacia ella.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —Negué con la cabeza—. Sólo para dormir. Sé que parece una frase, pero te juro que no será nada más que dormir. Sólo conseguir... —Respiré profundamente—. A veces me cuesta dormir. —*Todo el tiempo*—. Si estoy solo, quiero decir. —Soné patético. *Porque lo soy, carajo*—. Entiendo si no puedes...

Jessie me había estado observando atentamente mientras yo divagaba, y de repente me puso los dedos en los labios, deteniendo mi vómito de palabras. Gracias a Dios.

—¿Tienes una camiseta con la que pueda dormir? Y tendré que poner una alarma.

El alivio inundó mi cuerpo.

—Sí. —Sonreí—. Gracias.

Asintió con la cabeza y tomé una camiseta de mi maleta y se la lancé mientras ella sonreía y cerraba la puerta del baño. Apagué el televisor y rebusqué entre mi ropa, preguntándome con qué debía dormir. Pensé que lo que normalmente llevaba puesto -nada- no serviría esta noche. Finalmente me decidí por un par de bóxers y una camiseta. Esperaba que a Jessie también le pareciera bien.

Cuando salió del baño, se detuvo en el umbral de la puerta, bajándose la camiseta y con una mirada insegura. Abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró, dudando de nuevo antes de señalar su teléfono móvil sobre la mesilla de noche.

—Voy a poner el despertador ahora para que no se me olvide.

—De acuerdo.

Asintió con la cabeza mientras nuestras miradas se detenían, algo que fluía entre nosotros, pero hablado en un idioma que yo no conocía. Era como escuchar una canción francesa que salía de una tienda mientras yo pasaba. La melodía era evasiva, las palabras extrañas, y aunque me atraía, la música se desvanecía antes de que tuviera tiempo de darme la vuelta. Pasó junto a mí y me detuve, sintiéndome confuso, inquieto, pero increíblemente aliviado de que se quedara. Me metí en el baño, donde me lavé los dientes y me cambié de ropa.

Ya estaba bajo las sábanas cuando salí, con el televisor y todas las luces menos una apagadas. Me metí bajo las sábanas y giré mi cuerpo hacia el suyo. Sonrió con sueño.

—Háblame de la música en la que estás trabajando ahora.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—La verdad es que me está costando un poco. —Dejé escapar un suspiro—. No un poco, mucho.

—Oh —susurró. Me miró con simpatía—. Supongo que los compositores se bloquean como cualquier otro escritor. ¿Qué sueles hacer para superarlo?

Follar. Beber. Cualquier cosa para acallar sus palabras. Sacudí la cabeza, sintiéndome disgustado conmigo mismo.

—Nada de lo que ha ayudado últimamente.

Extendió la mano y apartó un mechón de pelo de mis ojos. Se sentía íntimo, desconocido. Algo de estar en la cama con Jessie de esta manera

casi me hizo sentir tímido. Ridículo. Había hecho cosas mucho más íntimas con mujeres que ni siquiera conocía y nunca había sentido timidez, ni una sola vez. Sin embargo, acostado aquí en la oscuridad con ella, susurrando el uno al otro se sentía cálido y ... correcto, diferente, pero bueno. *Porque es Jessie. Porque ella está a salvo.*

—¿Cómo funciona exactamente? ¿El proceso para escribir una partitura de película?

—Normalmente leo el guión o veo una versión no editada de la película, dependiendo de en qué punto del proceso se encuentre el cineasta. Luego escribo la música para que se ajuste a la sensación de la película.

—Ah. ¿Y cuál es la sensación de esta película? ¿Qué tipo de historia es?

Hice una pausa de sólo un momento.

—Una historia de redención... de amor. —No es que supiera nada de ninguna de esas cosas. Sin embargo, ya había fingido antes. *Falso. Eres un falso.*

—Hmm —tarareó Jessie, sus ojos escudriñaron mi rostro durante unos instantes—. ¿Puedo decirte lo que sentí la primera vez que escuché el tema que escribiste para *Un Amour Pour Tous Les Temps*?

Asentí con la cabeza y me encantó que el título en francés saliera de su boca sin esfuerzo. Había sido la pieza que me había dado notoriedad, mi primera gran oportunidad. Por aquel entonces, su voz había sido un susurro, pero ahora era un grito. Era como si cuanto más crecía mi fama, cuanto más éxito alcanzaba, más fuertes se volvían sus palabras, ahogando la música. *¿Por qué? ¿Por qué no puede dejarme en paz?* Pero ahora la voz somnolienta de Jessie era un murmullo tranquilo y sólo sus palabras llenaban mimente.

—Cuando era niña, tenía un columpio en el patio trasero. Ahí es donde iba antes de conocerte, antes de tener la edad suficiente para jugar fuera de mi propio patio. El columpio había sido colgado por los anteriores propietarios en este enorme melocotonero justo en el límite de nuestra propiedad. Cuando me columpiaba alto, casi podía tocar las ramas, y podía ver los rosales por encima de la valla del jardín de la señora Webber.

»Cuando escuché por primera vez la canción que habías escrito, me hizo sentir lo mismo que cuando me columpiaba bajo aquel melocotonero. Fue como si hubiera llegado tan alto que sentí que las hojas me rozaban la

mejilla, y mi corazón se disparó tan rápido que mi cuerpo no tuvo tiempo de alcanzarlo. La brisa corrió por encima y a través de mí, y juré que podía oler los débiles aromas de los melocotones y las rosas de verano. Fue como si todas las cosas buenas y hermosas del mundo se reunieran a la vez, y tú hubieras encontrado la manera de expresarlas en una sola canción.

Tenía una sensación de pellizco en el pecho que me dificultaba la respiración, y me sentía lleno y vacío a la vez. Lleno por saber que Jessie creía en mí, al menos en mi capacidad para escribir música. Y vacío porque tenía miedo, mucho miedo. Temía que si *había* hecho lo que ella había descrito -una vez- fuera sólo por un accidente, o por un extraño golpe de suerte que nunca sería capaz de recrear.

Sonrió, me tomó la mejilla y me pasó el pulgar por el pómulos. Tenía un aspecto adorable y somnoliento.

—Tal vez podrías intentar pensar en algo hermoso que hayas experimentado, algo que involucre todos tus sentidos y ponerle música. Sé que puedes hacerlo. —En sus ojos vi la creencia. *En mí*. Sus ojos se agitaron y se cerraron, sus largas y oscuras pestañas hicieron una media luna en sus mejillas, sus labios se separaron mientras se dormía.

Jessie.

Sé que puedes.

Creo que eres la persona más maravillosa que he conocido.

Sí, Jessie creía en mí, al menos en mi potencial. Siempre lo hizo. *Porque ella no lo sabe todo sobre ti*, se burló una voz interior. Tal vez... pero ella creía en mí ahora, y esta noche estaba aquí, dormida en mi cama. Cálida, dulce y buena. La música lejana que creía haber escuchado al borde de las ruinas de la iglesia que daba al río Loira con Jessie el día anterior parecía acercarse. Agarré una nota, dos, algo que se unía en mi mente. Sólo una vaga idea... ni siquiera una melodía completa, pero... algo. Me imaginé a aquella niña elevándose en el aire y luego cayendo rápidamente mientras la brisa se precipitaba sobre ella y reía de alegría.

Sé que puedes.

Esperé un rato, viendo a Jessie dormir, observando el lento subir y bajar de su pecho, y luego me deslicé fuera de la cama, con cuidado de no despertarla. Apagué la luz, dejando el dormitorio en completa oscuridad, y me dirigí de puntillas al salón, cerrando la puerta del dormitorio tras de mí.

Creo que eres la persona más maravillosa que he conocido.

La música se acercaba aún más, subiendo dentro de mí, la melodía tomando forma, la *sensación* de que me inundaba. Jessie tenía razón en lo que había dicho antes: ¿qué otracosa era la música sino la emoción puesta en sonido? Y las emociones dentro de mí ahora se sentían puras y felices.

Agarré una hoja de papel de contabilidad, con las manos temblorosas por la duda, esperando que la melodía se deshiciera en cualquier momento, que la música se detuviera. Pero no fue así. Miré hacia la puerta del dormitorio, queriendo anotar algo -cualquier cosa, por favor, cualquier cosa-, pero también queriendo volver a meterme en la cama con Jessie, sentir su calor contra mí, respirar su aroma y conocerla en la oscuridad.

Mi mano capturó la música que se hinchaba dentro de mi mente, tal vez incluso de mi corazón, aunque nunca había sido capaz de diferenciar ambas cosas. Escribí, arrugando páginas, pero conservando otras, y antes de darme cuenta, la luz del sol naciente se colaba por un hueco en la cortina, tiñendo la habitación de pálidos tonos dorados, haciéndose más brillante que la lámpara que había estado usando sobre el escritorio.

Sentí un calambre en la mano y un dolor en la espalda mientras parpadeaba y miraba a mi alrededor. Dios mío, había escrito toda la noche. Con el corazón latiendo rápidamente, hojeé las páginas que tenía delante y vi que tenía todo el principio de una composición. Hojeé las páginas, tarareando las notas mientras bailaban entre los pentagramas. Y pensé que era... decente. Tragué saliva. Estaba llegando. Tal vez. El corazón me latía más rápido de miedo y de euforia y de ganas de seguir escribiendo y escribiendo. Casi me reí a carcajadas, o tal vez lo hice de verdad, porque un momento después se abrió la puerta y Jessie estaba allí, con aspecto desorientado y desaliñado y completamente preciosa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, con la voz carraspeada por el sueño.

—Escribir.

Sus ojos se dirigieron al escritorio y luego volvieron a mí, y sonrió.

—Artistas —dijo burlescamente, con afecto en su voz soñolienta—. Tengo que irme.

—Sí, de acuerdo. —Caminé hasta donde ella estaba y tomé su cara en la mía, besando sus labios suavemente—. Gracias por quedarte.

Ella asintió y esbozó su dulce sonrisa.

—Duerme un poco, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

Jessie se puso los pantalones caqui y la chaqueta sobre la camiseta que le había prestado y se dirigió rápidamente a la puerta de mi suite.

—Mándame un mensaje más tarde —dijo mientras cerraba la puerta tras de sí.

Entré en el dormitorio y me dejé caer en la cama con una sonrisa. Girando hacia un lado, olí la almohada en la que había dormido Jessie. Olía a ella, y la recogí hacia mí, apretándola contra mi pecho mientras me dormía.

Soñé, pero no los sueños que me atormentaban, no los sueños de él. No los sueños de sus palabras y sus puños. Soñé con una pluma danzante, apenas una brizna de pelusa blanca, que se movía con la brisa delante de mí y me hacía reír a carcajadas. Extendí el brazo y tomé la pluma mientras se arremolinaba en el aire, guiando mis pasos al dejar que me guiara. Me quedé hipnotizado, casi en trance, mientras la pluma se sumergía y daba volteretas, se elevaba y giraba, siempre fuera de mi alcance. Me provocaba, se burlaba de mí. Me apresuré a alcanzarlo, y mi propio movimiento aumentó el empuje del aire, haciéndolo volar hacia adelante, fuera de la acera, por un sendero, sobre una pendiente, y a lo largo de un conjunto de vías de tren, donde desapareció.

Dentro de un vagón abandonado.

Capítulo Doce

Jessica

En el año de nuestro Señor, 1429, a los doce días de junio

La luna está llena esta noche, tan brillante que se puede ver la sangre que aún mancha el campo de hierba donde se libró la batalla esta mañana. Me encontraba de pie en el borde de ese campo mirando hacia afuera, con un millón de preguntas corriendo por mi mente cansada, cuando el Capitán "Culo de Caballo" Durand se encontró conmigo en su camino de regreso al campamento y me preguntó por mi permanencia. Hice una breve referencia a los interrogantes que la guerra suscita naturalmente en la mente de uno, y el imposible duff comentó que sólo una chica se quedaría filosofando mientras los hombres estaban heridos y muriendo a sólo un tiro de piedra.

Jadeé en un suspiro de sorpresa y dije:

—¿Una chica? Apenas soy una chica, señor.

Me miró de esa manera tan engreída que tiene, con una ceja arqueada.

—Si Dios está diseñando chicos que se parecen a ti, entonces nuestra especie está en problemas —dijo el insolente canalla. Luego continuó diciendo:

—Ahora, haz algo útil y ve a ayudar a Jehanne en lugar de quedarte contemplando inútilmente el universo. —Y con eso semarchó.

¡El tonto arrogante! Con sus grandes músculos y su semblante superior. La forma en que se pavonea por el campamento como si fuera el dueño del mundo y estableciera todas las reglas. Bueno, ¡él no me gobierna a mí! Llevaba todo el día esperando en nuestra tienda y había asistido a Jehanne de su uniforme, lo había limpiado y reparado, y sólo había tomado un momento para salir a tomar el aire.

Volví a la tienda, y aunque estaba agotada por la batalla, Jehanne me preguntó qué pasaba, y compartí mi breve encuentro con el capitán. Ella se rió, lo que sirvió para suavizar mis plumas erizadas, y por un momento pude ver la alegría en su ridiculez.

—Es casi imposible que un hombre que ha visto morir tanto entienda el papel de Dios en todo ello —dijo ella.

—¿Y tú? —Pregunté en voz baja, pues mis dudas son las mismas, para mi propia vergüenza. ¿Por qué permitiría Dios tal sufrimiento?

—Sí, yo también —susurró, con la voz apagada por el sueño—. Pero debo dejar de lado mis preguntas y responder a la llamada de todos modos. Eso es la fe. Saber que aunque yo no tenga todas las respuestas, Dios sí las tiene, y sólo está para el bien.

Me duele el corazón para creerlo, y sin embargo, ¿cómo hacerlo con el hedor de la muerte alrededor, con el estallido de los cañones resonando en tus oídos mucho después de que la lucha haya terminado?

Pensé que se había quedado dormida, cuando una sonrisa curvó sus labios y dijo en un susurro:

—Y a ti, amiga mía, te gusta el culo de ese caballo mucho más de lo que estás dispuesta a admitir todavía.

Una sonrisa curvó mis propios labios. Intuí una historia de amor enterrada en los papeles que tenía delante y me pregunté si descubriríamos qué fue del capitán Durand y de la chica vestida de chico, que viajaba con un ejército y una santa.

Estiré los brazos y las piernas y tomé mi taza de café, bebiendo un sorbo y palideciendo ante el sabor frío y amargo. Ben se había marchado hacía una hora y yo estaba sola en la sala de conferencias, con instrucciones para cerrar los papeles cuando terminara.

Mi cerebro empezaba a estar confuso, así que empecé a recoger mis cosas para dar por terminado el día. El timbre de mi teléfono rompió el silencio de la habitación y empecé a sacarlo.

—¿Hola?

—Hola. —Mi corazón dio un extraño vuelco al escuchar la suave y rica voz de Callen.

—Hola a ti.

—¿Cómo fue tu día?

Ahugué un bostezo.

—Bien. Largo. Tengo hambre.

—Bien. Estoy planeando alimentarte. He pensado que podríamos ir a la ciudad esta noche y probar otro restaurante. Nick tiene una crisis en la web, así que sólo seremos tú y yo.

—No me di cuenta de que el mantenimiento del sitio web estaba tan lleno de caos. Pero la cena suena bien. Podemos traer algo para Nick. —A

decir verdad, me alegraba de salir. Por muy deliciosa que fuera la comida de aquí, me gustaría probar algo nuevo.

—¿Nos vemos arriba en diez?

Sonreí.

—Sí. Nos vemos entonces.

Mientras recogía los documentos en los que había trabajado ese día y me dirigía al despacho de al lado, no pude evitar recordar el tiempo que pasé con Callen la noche anterior. Había cenado con Callen y Nick y había vuelto a dormir en la habitación de Callen. Nos habíamos besado, y mi cuerpo quería más, pero sabía que Callen tenía razón cuando se apartó, no permitiendo que las cosas fueran mucho más allá de eso. *¿No es así?* Sí. Sí, por supuesto.

Callen ejercía un gran control cuando se trataba de llegar a un nivel físico. Una parte de mí se sentía decepcionada por el hecho de que se acostara con tanta facilidad con otras mujeres y ni siquiera *lo intentara* conmigo. Pero no quería que lo intentara, ¿verdad? No, porque sería demasiado fácil tirar toda la cautela al viento y decir que sí a cualquier cosa que me pidiera. ¿Y entonces dónde estaría yo? Bueno, supongo que estaría exactamente en el mismo lugar en el que iba a estar de todos modos: sola y con el corazón ligeramente roto. Sólo que también estaría desvirgada, lo que posiblemente no fuera *tan* malo. Tal vez le había dado demasiada importancia, había esperado demasiado, le había dado demasiada importancia a algo que otras chicas no habían hecho. Por otra parte, ¿compartir algo con Callen que nunca había compartido con nadie más no haría que nuestra separación doliera aún más?

Hice un sonido de frustración en mi garganta, molesta conmigo misma por mis propios pensamientos indecisos. Nunca había sido una indecisa. Siempre estuve segura, firme. Imaginaba mis objetivos y me dirigía hacia ellos con diligencia. Sólo que... el amor no era realmente así, ¿verdad?

¿Amor?

No, no es amor. Afecto. Atracción sexual. Afecto.

—Oh, Dios mío. —Cerré de golpe la caja fuerte, haciendo girar la cerradura antes de encajar con cuidado el cuadro que colgaba sobre ella.

* * *

En el año de nuestro Señor, 1429, a los diecisiete días de junio

Escribo esta entrada a la luz de las velas al final de otro día de batalla. Mañana comenzarán más combates, y con cada minuto que pasa aumenta mi temor por las vidas que se perderán, por la sangre que seguramente se derramará y, sobre todo, por la agonía del miedo que se apodera de mi corazón mientras veo al ejército partir hacia la batalla. Una batalla para la que mi único papel es la espera, una cierta tortura en sí misma. A solas en nuestra tienda por la noche, Jehanne me habla de sus miedos como yo lo hago con ella. Y extrañamente, aunque sus entrañas tiemblan de miedo -porque así me lo ha contado-, no duda en llevar a los hombres directamente a la lucha, donde reclaman la victoria una y otra vez. Tan fuerte es su fe, tan devota es su creencia, que a pesar de su terror, sigue viviendo ferozmente. ¿Es ésta la verdadera definición de la valentía: tener miedo pero actuar de todos modos? ¿Seguir los dictados de tu fe y tu corazón directamente en la batalla para la que has sido llamado? A mí me parece que sí. Porque, ¿cómo puede haber valentía si no hay miedo?

Le leí el pasaje a Ben y él hizo una pausa, mirándome pensativo.

—Es realmente profundo, Jessica, porque lo que sabemos de Juana de Arco nos habla de su extrema valentía en el campo de batalla, de su fe inquebrantable, pero nadie ha hablado ni conocido sus pensamientos y miedos privados... hasta ahora.

—Exactamente. Era una líder militar que dirigía un ejército de hombres, pero también era una adolescente. —Creía tan firmemente en su vocación que hizo lo que pocos habrían hecho, pero ¿cómo podía una campesina que sólo había conocido una vida segura y provinciana no tener miedo de cargar directamente hacia las espadas enemigas? ¿No tener miedo de equivocarse y llevar a los hombres directamente a la muerte? ¿Muertes que podrían ser por una causa defectuosa?

Más tarde subí las escaleras, y por mi mente pasó la imagen del tenue interior de una tienda de campaña en medio de un campamento militar donde dos jóvenes yacían susurrando juntas. Dos chicas que tenían más o menos la misma edad y que, sin embargo, desempeñaron papeles muy diferentes en el curso de la historia: una campesina, otra noble, una canonizada y otra olvidada. Y, sin embargo, ambas fueron valientes por derecho propio. Me preguntaba qué había pasado con la ayudante de campo de Juana de Arco y si los escritos nos permitirían identificarla y darnos una pista sobre su destino.

Destino.

Pasé un dedo por la áspera pared de yeso mientras caminaba lentamente por el pasillo, sintiendo las protuberancias y los surcos bajo la yema del dedo índice. ¿Era el destino el que movía los hilos, el que nos llevaba a nuestro destino? ¿Y qué pasaba cuando no seguíamos el camino que nos correspondía? ¿Y si estábamos demasiado ciegos para *verlo*?

¿Y si corrimos hacia el interior de nuestra casa como hizo Juana de Arco aquel primer día en que las voces acudieron a ella, pero no volvimos a salir? ¿Y si nos quedamos encerrados, a salvo, pero evitamos nuestra vocación? ¿Nos afectó sólo a nosotros, o acabó alterando el mundo entero?

Y ojalá *todas las* llamadas fueran tan claras como una voz que baja de las nubes con una misión concreta.

—Pareces estar sumida en tus pensamientos.

Levanté la cabeza y me reí cuando vi a Callen apoyado en la puerta de mi habitación, con las manos en los bolsillos, tan despreocupadamente guapo que me hizo saltar el corazón.

—Paseando por los barrios bajos?

Se rió.

—Ni de lejos. Tú más que nadie deberías saberlo, dado que me conociste literalmente en el lado equivocado de las vías.

Sonreí por encima del hombro, entrando en mi habitación.

—Es curioso, recuerdo haberte conocido sobre un río espumoso en la boca de una cueva rocosa en lo profundo del Bosque Encantado de Tilos.

Callen se rió, cerrando la puerta tras de sí.

—Tienes razón. Mi memoria es tan poco fiable a veces.

—Eso es debido a que...

Me arrinconó contra la pared, mi respiración se agitó cuando puso ambas manos en la pared junto a mi cabeza y me sonrió.

—¿Decías?

Me aclaré la garganta, distraída por la sólida presión de su cuerpo, su aroma de cerca y la belleza de su rostro mirándome como si fuera la única persona en su mundo.

—Eso, um... lanzar un hechizo...

Sus labios se posaron sobre los míos y pude sentir su sonrisa mientras

comenzaba a besarme. Arrastró sus labios por mi garganta mientras presionaba su pelvis contra la mía, haciendo saltar chispas entre mis muslos.

—El hechizo de los malvados...

—...que Lord Blackshadow te ha lanzado. —Gemí al sentir sus labios mordiendo la tierna piel de mi cuello, levanté los brazos y los rodeé por los hombros para poder acercarlo aún más. Sus músculos se agolparon bajo mis manos, el duro tacto de su cuerpo masculino era una maravilla deliciosa.

Sentí que sus labios se inclinaban en otra sonrisa contra mi piel.

—El malvado Lord Blackshadow me hechizó, y ahora soy tan malvado como él. —Levantó la cabeza y me miró a los ojos—. Y no hay cura para mí, Jessie.

Por alguna razón, sus palabras me hicieron sentir un escalofrío, aunque no sabía por qué. Nos miramos fijamente durante un momento, con algo espeso en el espacio que nos separaba. ¿Una advertencia? ¿Una declaración? O tal vez una pregunta. Fuera lo que fuera, no estaba segura de cómo interpretarlo, y mucho menos de dar una respuesta.

Rompió el hechizo al apartar la vista y mirar brevemente a su alrededor, aparentemente percibiendo el diminuto tamaño de mi habitación con paredes de piedra por primera vez desde que entramos.

—Realmente te tienen en un calabozo, ¿no?

—¿Me rescatarás, Callen?

Su expresión se tornó sobria, y por un momento volvimos a mirarnos fijamente, pero entonces Callen sonrió y se apartó.

—Ven conmigo este fin de semana.

Me puse de pie, alisando mi cabello.

—¿Irnos?.

—No, quiero decir de aquí. Vamos a ver un poco más del Valle del Loira.

—¿Quieres hacer turismo?

Se encogió de hombros.

—Sí. Será nuestra mayor aventura hasta ahora. —Sonrió, con un brillo en los ojos.

Lo pensé. En realidad, no había ninguna razón para que me quedara aquí este fin de semana. Nadie más trabajaba; de hecho, Ben me había dicho que él mismo iba a hacer un viaje turístico y que estaría lejos del chateau. Incluso había pedido salir un poco antes el viernes, y el Dr. Moreau dijo que utilizaría la sala de conferencias del sótano para las reuniones durante la tarde y que eso funcionaba bien. Y no tenía que temer pasar la noche con Callen. Llevábamos casi una semana durmiendo en la misma cama y, evidentemente, no le costaba mucho resistirse a mí. Era... resistible en ese sentido, al parecer.

Eso me deprimió un poco, pero *me* alegró que aparentemente hubiera encontrado una manera de superar su bloqueo de escritor. Todas las noches que había estado con él, se escapaba de la cama y escribía hasta altas horas de la noche mientras yo dormía. Cuando me despertaba, lo encontraba encorvado sobre el escritorio, justo al lado del dormitorio, con aspecto somnoliento pero contento, y eso me llenaba el corazón de alegría. Sabía que no podía atribuirme el mérito, pero esperaba que al menos tuviera un efecto tranquilizador en él, que le permitiera acceder a su genio interior.

Callen y yo disfrutamos de la compañía del otro, y yo quería ver más del Valle del Loira. Habíamos acordado aprovechar al máximo el poco tiempo que teníamos juntos, así que ¿por qué no?

—Claro, está bien. Puedo salir un poco antes el viernes.

Callen sonrió.

—Impresionante. Haremos un fin de semana perfecto.

Uno. Sería el único fin de semana que tendríamos juntos a solas, y eso hizo que un escalofrío de excitación recorriera mi cuerpo y me llenara de un frío abatimiento.

Uno.

Sólo uno.

* * *

En el año de nuestro Señor, 1429, a los treinta días de junio

Mi corazón late tan rápido que temo que pueda explotar directamente de mi pecho.

Esta noche, el capitán Durand y varios de sus hombres se dirigieron a un pequeño pueblo, donde debían obtener alimentos para el ejército de los agricultores locales. Pero regresaron con raciones lamentables. Los campesinos no cooperaron a

pesar de las prisas del rey. Yo había estado bañándome en el arroyo cercano y me uní a sus caballos cuando entraron en el campamento, y expresé mi decepción por el hecho de que los agricultores decidieran no alimentar al ejército de su propio país.

—¿Por qué deberían hacerlo? —preguntó el capitán con esa forma irritable que tiene y que me hace pensar en un puercoespín justo antes de que dispare sus púas.

—¿Por qué habrían de hacerlo? Porque luchamos por ellos —respondí.

—¿Nosotros? —preguntó con ironía, y antes de que pudiera replicar, continuó—. ¿Y qué hay del hecho de que ya pagan impuestos para financiar el ejército del rey? ¿Cuánto más deben dar? ¿Deben pasar hambre sus propias familias para que nosotros podamos comer? ¿Deberían darnos también las camisas de sus espaldas, acaso?

—Deberían dar lo que se les ha ordenado —insistí. Porque, ¿no deberían hacerlo?

—Hablas como una niña mimada que espera que los hombres trabajadores hagan su voluntad —dijo el culo pomposo, y sentí que mis propias púas se levantaban.

—¿Una niña? Señor, le he explicado que soy un chico —casi grité.

Y entonces se rió.

Los otros hombres se habían adelantado, dejándonos a nosotros la batalla, y yo estaba tan enfadado que me quité el zapato y se lo lancé. El canalla se rió aún más, por lo que pensé -esperaba- que se cayera del caballo.

—Muy bien, joven señor, si realmente eres un chico, ve a mear en ese árbol de ahí de pie. Déjame ver hasta dónde puedes disparar —dijo.

Me indigné y se lo dije.

—Usted es lascivo, señor, y no es un caballero.

Sacudió la cabeza, desmontó y recogió mi zapato, que inspeccionó con una ceja arrogante levantada. Tuve que admitir que parecía bastante delicado en su gran mano, y fruncí el ceño y miré hacia otro lado. Me acercó el zapato y, antes de que me diera cuenta de lo que ocurría, me agarró y me sacó de mi montura. Me puse delante de él, dispuesta a destrozarlo con mi lengua indignada cuando él... oh, apenas puedo escribirlo... él... ¡me besó!

Y lo peor de todo... es que me ha gustado. Oh, ayúdame, Señor, me gustó mucho, mucho.

Una vez que terminé con el trabajo el viernes, volví a mi

habitación e hice la maleta, todavía distraída por aquel beso sin aliento entre la chica y el capitán Durand. Me habría quedado a leer otra entrada, pero, por desgracia, el doctor Moreau había entrado en la habitación con unos cuantos compañeros para las reuniones que había mencionado, así que había abandonado a regañadientes a la chica y a Olivier Durand con los labios entrelazados y con el corazón saliéndose del pecho para que me dejaran en semejante aprieto. Pero ellos no iban a ninguna parte, así que volví a pensar en Callen, emocionada -y todavía un poco aprensiva- por lo que me depararía este fin de semana.

Cuando salí por la puerta principal del chateau, me detuve en seco al ver a Callen apoyado en un coche deportivo descapotable rojo estacionado en la acera.

Su sonrisa era lenta y fácil mientras se quitaba las gafas de sol, alejándose del coche y caminando hacia mí. Llevaba unos vaqueros y una camiseta informal de color gris oscuro que le abrazaba el pecho y mostraba sus anchos hombros. Su paso era suave y masculino. *Oh, Dios mío.* Tragué saliva. Era tan guapo que a veces me asustaba un poco. Tomó mi bolso con una sonrisa y me reí nerviosamente.

—¿De dónde diablos has sacado eso? —Señalé con la cabeza el elegante coche rojo.

—Alquiler. Viajamos con estilo. —Me abrió la puerta del lado del pasajero, me senté en el suave cuero y me abroché el cinturón de seguridad. Después de meter mi bolsa en el maletero, se sentó en el asiento del conductor y se alejó del chateau, bajando por el largo y sinuoso camino, hasta llegar a la carretera principal.

—Entonces, ¿a dónde nos dirigimos?

—Tan impaciente. Sólo siéntate y déjame tomar la iniciativa esta vez, princesa.

Capítulo Trece

Callen

Miré a Jessie y sonreí, tomando su mano en la mía a través de la consola central. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, pero algunos mechones se habían soltado con el viento y le pasaban por las mejillas. Llevaba unas gafas de sol que parecían demasiado grandes para su cara y que se posaban en su bonita nariz. Llevaba unos vaqueros ajustados que dejaban ver sus delgadas piernas, una camisa de rayas azules y blancas y una chaqueta de color canela claro. Se veía hermosa y despreocupada, y no pude evitar la felicidad que me invadió al saber que la tenía toda para mí durante dos días completos. Iba a disfrutar de cada segundo; era el último tiempo real que tendríamos a solas. Dentro de una semana dejaré el chateau, pero me niego a pensar en eso ahora. Teníamos el fin de semana por delante. Era nuestra última aventura juntos, y tenía la intención de aprovecharla al máximo.

Había escrito toda la primera parte de la partitura y, aunque mi corazón latía rápidamente con una esperanza apenas controlada, también respiraba con alivio porque el bloqueo del escritor había desaparecido. No sólo se había disipado, sino que la obra me parecía prometedora. No me permitía entusiasarme demasiado porque todavía tenía un control incierto de toda la partitura. Pero si podía continuar con la misma inspiración y determinar cómo unirlo todo... podría... podría no sólo ser bueno, sino genial.

Tenía que agradecer a Jessie lo que había logrado hasta ahora. Ella era mi musa, y no podría haberlo hecho sin ella. Algo en ella ahogaba el autodesprecio. Mientras que los premios, los reconocimientos y hasta un millón de fans gritando no podían convencerme de que tenía talento, la sonrisa sincera de Jessie me hacía sentir que podía hacer cualquier cosa. Mientras ella lo creyera, yo también podría.

¿Qué harás cuando se vaya?

Para. No pienses en eso.

El bello paisaje pasaba a toda velocidad, con suaves colinas, pequeñas granjas, campos de flores silvestres y pintorescos pueblos. Jessie y yo

charlábamos de cosas mundanas mientras la radio ponía baladas francesas. Sentí una sensación de paz, de armonía con el mundo, y me pregunté cuándo fue la última vez que me sentí así. *¿Lo había hecho alguna vez?*

El GPS nos condujo fuera de la carretera principal, por un camino sinuoso hacia un viñedo, con hileras y hileras de uvas que se extendían en la distancia. Un brillante castillo de piedra blanca se alzaba frente a nosotros, con sus torretas tocando las nubes.

—Oh, Dios mío —dijo Jessie, inclinándose hacia delante y mirando la antigua estructura—. Esto es precioso. ¿Una bodega.

Asentí con la cabeza.

—Un tour de vinos y una cena temprana. —Nick me había ayudado a encontrar el lugar perfecto para llevar a Jessie, algo que pudiera atraer su amor por la historia y por todo lo francés. Había reservado una excursión enológica y luego nos había inscrito en otro elegante chateau a una hora de distancia. Nick se había reído, diciendo que nunca había visto esta faceta *romántica* de mí, y yo le había dicho que era un trato único. Desde luego, no le dije que había sentido una gran emoción ante la perspectiva de complacer a Jessie, y aún más ante la certeza de que sabía lo que le gustaba y tenía la capacidad de proporcionárselo.

Nick me había dado una palmada en el hombro. «Nos pasa a los mejores tarde o temprano» había dicho, con una falsa mirada de compasión en su rostro.

«¿Qué es eso exactamente?»

Guiñó un ojo.

«Te dejaré que lo definas por ti mismo, *mon ami.*»

Sólo pude poner los ojos en blanco.

El hombre apenas había salido de su habitación en todo el viaje y, sin embargo, de repente era francés.

Una empleada de la bodega nos saludó al salir del coche, y la seguimos al interior del castillo, deteniéndonos para admirar el impresionante vestíbulo con su mesa de aspecto antiguo en el centro del espacio y una gran escalera que se elevaba más allá. Las habitaciones de la izquierda y la derecha se habían convertido en lo que parecía un restaurante y una tienda de regalos.

—Su visita autoguiada comienza en el patio, monsieur y madame. La

cena se servirá en el jardín y la degustación seguirá.

Tomé la mano de Jessie y seguimos a la mujer mayor hasta el exterior, donde había un estacionamiento de bicicletas. *Uh*. Me dio un vuelco el corazón. Miré a mi alrededor, pero la mujer ya estaba desbloqueando una bicicleta, que inclinó hacia nosotros. Jessie cogió el manillar y aspiró una bocanada de emoción.

—¿Es una excursión en bicicleta? Esto es increíble.

La mujer me acercó una bicicleta y la tomé con una sonrisa apretada, dándole las gracias. No podía ser tan difícil, ¿verdad? Hasta los niños de seis años lo entendían. Señaló a lo lejos, donde empezaban los jardines, las hileras de vides a lo lejos.

—Hay senderos para bicicletas en todo el camino, y son libres de usar cualquiera de los caminos. Su cena estará preparada en *Lumiere de la Rose*. No puede perderse la señal.

—*Merci* —murmuré, pasando una pierna por encima de la bicicleta como había hecho Jessie y caminando con ella hasta llegar al borde de la zona del patio de piedra donde se habían guardado las bicicletas. La grava bajo mis pies crujió suavemente cuando rodé/caminé sobre ella, y me sentí aún menos segura al intentar mantener el equilibrio sobre lo que parecía una superficie inestable.

Cuando la mujer se volvió hacia el edificio, Jessie me devolvió la mirada con curiosidad, con la bicicleta en equilibrio entre las piernas y un pie en un pedal, obviamente lista para subirse y salir.

Intenté esbozar una sonrisa despreocupada, pero me pareció más bien una mueca. Jessie se giró más completamente e inclinó la cabeza.

—¿No sabes montar en bicicleta?

Me acerqué a ella. "

—o exactamente.

Sus cejas se juntaron.

—¿*Nunca* aprendiste a montar en bicicleta?

Se me oprimió el pecho y me sentí avergonzado, o tal vez apenado. No sabía qué demonios estaba sintiendo porque la verdad era que no me había criado en el tipo de hogar en el que un padre sacaba a su hijo a la acera y le aplaudía cuando por fin se tambaleaba sobre dos ruedas por primera vez. Mi padre nunca pensó que yo mereciera más que un golpe en

la cabeza y su eterna decepción.

—No.

Debió percibir la emoción subyacente en mi tono, porque sus ojos se suavizaron y bajó la pierna de la bicicleta y sonrió.

—Vamos a caminar, entonces. Hace un día precioso.

La miré y supe que estaba siendo amable, tratando de compensar mi falta de experiencia. Pero también había visto la genuina emoción en sus ojos cuando se dio cuenta de que íbamos a hacer una excursión en bicicleta. No podía quitarle eso.

—No. Puedo hacerlo.

Me estudió por un momento.

—Por supuesto que puedes. ¿Pero quieres hacerlo?

—Sí. Quiero decir, ¿qué tan difícil puede ser?

—No es difícil. Sólo requiere algo de práctica. Aquí, mírame. —Me enseñó dónde estaban los frenos en el manillar, y luego volvió a subirse a la bicicleta y arrancó con el pie en un pedal. Cuando consiguió un poco de movimiento, puso el otro pie en el pedal y arrancó. Intenté hacer lo mismo que ella, y después de varios intentos miserables - que me dieron ganas de luchar contra la bicicleta en el suelo hasta que fue un montón de aluminio doblado y roto- Por fin conseguí equilibrarme y gané algo de velocidad, dirigiéndome temblorosamente hacia donde me esperaba Jessie.

Ella sonrió.

—Lo tienes. Vamos. Iremos despacio.

La seguí mientras pedaleaba y, al cabo de unos minutos, me sentí más controlado, aprendiendo a mantener el equilibrio y la dirección al mismo tiempo. No pude evitar la sonrisa que se me dibujó en la cara cuando me puse a su lado, y ella me miró y se rió. Al igual que con la cometa, me sentía como otra forma de volar: la brisa en mi cara, el rico aroma de la tierra y el dulce perfume de las flores en el aire, y mi propio orgullo por haber logrado algo. Pensé en la forma en que Jessie había descrito su columpio de la infancia: *como si todas las cosas buenas y hermosas del mundo se reunieran a la vez.*

Atravesamos lentamente los florecientes jardines, deteniéndonos aquí y allá para mirar una u otra cosa, charlando con facilidad, con la risa de Jessie flotando hacia mí mientras pedaleaba. Y sentí esa misma euforia sin

sentido que sólo había logrado en el fondo de una botella o a través del placer físico momentáneo. Pero *esto no traería* la eventual vergüenza y el odio a uno mismo. Esto traería recuerdos que querría volver a visitar una y otra vez.

Porque los recuerdos serían todo lo que tenía.

Al darme cuenta, se me revolvió el estómago, pero volví a apartar ese pensamiento, recordándome que ese fin de semana era nuestro, no para lamentarnos, sino como algo feliz a lo que aferrarnos.

—Hey —llamé por delante—. ¿Ya tienes hambre?

Jessie miró hacia atrás y se detuvo a un lado del camino, donde me uní a ella.

—Me muero de hambre.

—Se supone que debemos buscar una señal para el telar sea cual sea el jardín.

Se rió.

—Lumiere de la Rose. Significa Luz de la Rosa. Estaba allí atrás. —Empezó a girar y yo la seguí, y nos dirigimos al desvío hacia el jardín donde había organizado la cena.

Olí las rosas mucho antes de que llegáramos al jardín, un olor sensual que llenaba el aire con una dulzura ligera y picante.

—Mmm, ¿hueles eso? —preguntó Jessie, inclinando la cabeza hacia arriba e inhalando profundamente—. Nada huele mejor que las verdaderas rosas de jardín.

—Mira allí. —Señalé—. Creo que ahí es donde vamos a comer. —Había una mesa redonda para dos personas a la sombra de un sauce en el borde del jardín. La mesa estaba adornada con un mantel blanco, dos cubiertos y un jarrón de rosas probablemente recién recogidas del jardín.

Jessie siguió mi mirada y se quedó mirándola durante unos instantes antes de mirarme a mí, con una expresión llena de tanto placer que se me estrechó la garganta.

—¿Hiciste esto por mí?

—Bueno, la viña lo hizo. Acabo de ordenar...

—Gracias —dijo ella, con los ojos encendidos de alegría—. Es precioso.

Sonreí y apoyamos nuestras bicicletas en el lado opuesto del árbol y tomamos asiento en la mesa. Había una cubeta con champán entre la mesa y el árbol, y yo tomé la botella, descorché y la extendí sobre la hierba mientras burbujeaba. Jessie se rió y extendió su copa, el burbujeante líquido subió hasta la cima antes de caer. Después de servir la mía, levanté mi vaso.

—¿Por qué?

—Por no ser nunca demasiado viejo para aprender cosas nuevas —dijo Jessie, guiñando un ojo y chocando su vaso con el mío. Sonreí, inclinando la cabeza en señal de acuerdo. Después de tomar un sorbo, Jessie se sentó en su silla y suspiró, mirando a su alrededor—. Esto es perfecto. Un momento perfecto en el tiempo —murmuró. Había algo en su expresión que no sabía cómo leer, pero estuve de acuerdo con sus palabras. *Era perfecto*. Aquí no había nada más que nosotros, nada más que la tierra bajo nuestros pies, el cielo sobre nuestras cabezas, la profunda serenidad de la naturaleza alrededor. Era como si hubiéramos viajado en el tiempo hasta donde no existían los problemas, los errores, el pasado. Sólo que ahora.

El jardín de rosas donde nos sentamos estaba pegado a la parte trasera del castillo. Un momento después, un camarero con un delantal blanco apareció en la puerta con una bandeja y se dirigió hacia nosotros. Cuando llegó, nos saludó en francés y puso dos platos cubiertos sobre la mesa, retirando las tapas mientras un olor a algo rico y sabroso saludaba mi nariz.

—*Bon appétit* —dijo, haciendo una reverencia. Luego se dio la vuelta y se fue.

—Guau. Esto tiene una pinta increíble —dijo Jessie mientras hurgaba. Era una especie de plato de pollo en una rica salsa de crema, y casi gemí cuando di un mordisco.

—Maldita sea, esto está delicioso —dije, y Jessie se rió. Justo cuando di otro bocado, sentí una gota de lluvia y dejé el tenedor en la mesa, levantando la mano cuando otras gotas de lluvia tocaron mi piel. Una mirada hacia arriba mostró que las nubes de tormenta, antes ocultas por el alto castillo, se acercaban rápidamente.

—Monsieur, madame —escuché, y el camarero reapareció, caminando rápidamente hacia nuestra mesa—. Está lloviendo. Les sugiero que entren en el restaurante y que terminen su cena allí.

Miré mi plato con pesar, sin querer que nada interrumpiera la

deliciosa comida, pero decidiendo que probablemente tenía razón.

—De acuerdo —dije, y él asintió, recogiendo rápidamente nuestros platos y los demás de la mesa y volviendo a toda prisa hacia el castillo. Mi corazón se hundió al saber que nuestro día había sido interrumpido por el mal tiempo.

—¿Quieres quedarte dentro hasta que pase esto y luego podemos seguir intentando ver los viñedos y hacer la cata después? —preguntó Jessie.

Miré hacia arriba, evaluando las nubes, tratando de determinar qué dirección podrían tomar. Tal vez sólo fuera un breve chaparrón, que terminaría tan rápido como parecía haber empezado. Durante un minuto sólo cayeron algunas gotas aquí y allá, y miré a Jessie, a punto de aceptar su sugerencia. De repente, el cielo se abrió y empezó a llover a cántaros. Los dos nos levantamos de un salto, Jessie soltó un grito mientras buscábamos a tientas nuestras bicicletas, apartándolas del árbol y corriendo hacia el camino. La lluvia aumentaba, golpeando ruidosamente el suelo a nuestro alrededor, mientras Jessie gritaba pero luego reía, agachando la cabeza contra la embestida mientras saltaba sobre su bicicleta.

—¡Vamos! —gritó, con la voz prácticamente perdida en el sonido de la lluvia que golpeaba a su alrededor. Joder, era un aguacero torrencial.

Me subí a mi propia bicicleta, sintiéndome tambaleante e inseguro, como si fuera a estrellarme contra un muro de rosales, prácticamente ciego, con láminas de agua que me tapaban la vista. Vi la forma de acuarela de Jessie montando delante de mí y seguí su silueta. Salimos del jardín y entramos en el camino principal, y pedaleé rápidamente para alcanzarla. Me tambaleé de forma precaria, pero me recuperé y dejé escapar un resoplido de alivio justo antes de que mi rueda delantera resbalara en el lateral del camino. Dejé escapar un grito mientras mi bicicleta se hundía, yo debajo de ella, tirado en el barro. *Oh, Dios.*

Por un momento me quedé tumbado, con la lluvia golpeándome, mientras escupía y me llevaba una mano llena de barro para protegerme la cara. Era la cosa más ridícula que me había sucedido nunca, y eso que había estado en un montón de situaciones extrañas.

—¡Callen! —Jessie estaba de repente de pie sobre mí, extendiendo su mano para ayudarme a levantarme, y noté con distancia que era la segunda

vez en menos de una semana que caía de espaldas frente a ella. *Dios mío.* Empecé a levantarme, pero estaba parcialmente debajo de mi bicicleta y cuando me giré para apartarla, Jessie perdió el equilibrio y resbaló, cayendo de bruces en el barro a mi lado.

Empujé la bicicleta.

—¡Oh, mierda, Jessie! ¿Estás bien? —Rodé hacia ella, y por un segundo pensé que estaba llorando y mi corazón empezó a martillar junto con la lluvia, pero cuando la volví hacia mí, se estaba riendo tan fuerte que quedó en silencio.

Me quedé mirando, la lluvia hacía que el barro corriera por su cara en sucios riachuelos, dejando al descubierto las rayas de su pálida piel. Y no pude evitarlo. La risa me salió del pecho cuando me incliné hacia delante, intentando contener mi repentina hilaridad mientras la ayudaba a ponerse en pie.

Me tomó de la mano, todavía riendo, y cuando trató de ponerse en pie, su pie volvió a salirse de debajo de ella y los dos caímos, yo encima de ella, su aliento saliendo de su boca en un suave "uf" entre estallidos de risa.

—Oh, mierda, Jess. Dios. —Ahogué unas cuantas carcajadas más antes de empujarme hacia arriba, mi mano se atascó momentáneamente en el espeso barro junto a ella—. Ponte de rodillas. —Volví a tenderle la mano y ella la tomó, poniéndose de rodillas junto a mí antes de que ambos nos pusiéramos de pie lenta y cuidadosamente. Agarré su mano entre las mías mientras daba unos cuantos pasos por el barro que sonaban a calamar hasta el carril de las bicis. Jessie se puso a mi lado, y nos quedamos un momento orientados, mientras la lluvia deslizaba *parte* del barro. Ambos nos agachamos y levantamos nuestras bicicletas, orientándolas hacia delante en el sendero.

—¿Nos molestamos en correr hacia el coche a estas alturas? —preguntó.

El coche. *Oh, mierda.* ¿Adivina quién no ha subido la capota del descapotable? Ya tenía que ser una bañera. Como si hubiera seguido mi línea de pensamiento, su boca se abrió en forma de O sorprendida -lo cual era más cómico que cualquier otra cosa con esas vetas de barro que aún rodaban por su cara- y gritó:

—¡Oh, Dios mío! El coche. —Empezamos a correr, lo más rápido posible mientras nos agarramos al manillar y hacemos rodar nuestras

bicicletas a nuestro lado.

La lluvia tamborilea en el suelo mientras volvemos a correr a través de los jardines y hacia la parte delantera del castillo, donde he aparcado el coche. Apenas nos detuvimos ante los aparcamientos de bicicletas, las apoyamos en ellos y seguimos adelante. Al doblar la esquina y correr rápidamente hacia el coche, Jessie dejó escapar un sonido de derrota en el fondo de su garganta. El agua se acumulaba en el suelo y se depositaba en charcos sobre los asientos de cuero. *Maldita sea*. Aun así, no pude evitar la risa impotente. ¿Cómo demonios estaba ocurriendo esto? Abrí la puerta del lado del conductor y salté justo a tiempo para evitar el chorro de agua que salió a borbotones.

—¿Deberíamos ver si hay una habitación que podamos alquilar allí? —preguntó Jessie, señalando el castillo. La lluvia estaba amainando, y lo habría agradecido, sólo que más lluvia no podría empeorar nada, así que ¿qué importaba a estas alturas si dejaba de llover?

—Sólo es un restaurante, una tienda de regalos y algunas salas de degustación —dije, recordando lo que Nick había soltado sobre la descripción online de este lugar y lo que ofrecía. Me incliné y arranqué el coche, subiendo la capota. Al menos el coche seguía funcionando.

—El chateau que reservé está a sólo una hora de distancia. Vamos a pasar el calor, y luego puedes darte un largo baño en la enorme bañera de hidromasaje que me aseguré de que estuviera en la habitación que reservé.

Jessie gimió de placer.

—¿Nos dejarán entrar en su hotel con este aspecto?

—Le daré a alguien una gran propina. —Me acerqué al coche y le indiqué que diera un paso atrás y luego abrí también su puerta. Salió agua a borbotones, y limpié el charco de su asiento lo mejor que pude y luego incliné mi brazo cubierto de barro hacia el interior—. Su carruaje, milady.

Jessie soltó una carcajada, hizo una reverencia y entró en la casa con elegancia.

Entré y ajusté los diales para que la calefacción estuviera a tope. Miré a Jessie, con el pelo mojado y cubierto de barro, pegado al cráneo, y los dientes cegadoramente blancos contra la cara manchada de barro. Tenía un aspecto alarmantemente horrible. Entonces, ¿por qué demonios tenía tantas ganas de besarla?

Sacudí la cabeza, riéndome mientras salía del aparcamiento y me dirigía a la carretera principal, agradecida por haber pagado por adelantado la comida, la visita y la degustación. Sin embargo, no pude evitar sentirme decepcionado por no haber podido terminar la deliciosa comida. Tenía hambre. Mi ropa estaba empapada, pero rígida, y nunca me había sentido más sucio en toda mi vida. Estaba seguro de que me iba a quitar la arenilla del pelo durante los próximos dos años.

Sólo habíamos recorrido unos ocho kilómetros por la carretera cuando llegamos a una barricada, con un par de vehículos de la gendarmería colocados frente a ella con las luces encendidas, el azul arremolinándose lentamente en la penumbra del final de la tarde, más oscura por las nubes de tormenta que se acumulaban sobre nosotros. Me detuve y bajé la ventanilla, asomando la cabeza. El gendarme que estaba de pie junto a su coche se sobresaltó brevemente al verme, y recordé que probablemente tenía el mismo aspecto que Jessie: aterrador. El agente se acercó al coche y miró dentro, sus ojos se abrieron aún más cuando vio a Jessie.

Dijo algo en francés y Jessie se rió, poniendo su mano en mi brazo y diciendo algo en francés rápido a lo que el oficial le devolvió la risa. Señaló la barricada y dijo algo más, a lo que Jessie respondió asintiendo. Volvieron a hablar durante otro minuto, y luego el oficial se alejó con un rápido gesto hacia atrás y me indicó dónde debía dar la vuelta.

—Hay un desprendimiento de tierra más adelante debido a la lluvia—explicó Jessie—. Dijo que deberían tenerlo despejado para mañana por la tarde.

—¿Mañana por la tarde? —Me incliné hacia adelante y golpeé mi cabeza dos veces en el volante—. Este viaje se ha ido a la mierda, ¿eh?

Jessie sonrió con dulzura, con ternura, con algo que brillaba en sus ojos con montura de barro.

—Oh, yo no diría eso todavía. El oficial dijo que hay un pueblo a media hora por la carretera con una posada que debería tener una habitación disponible.

Suspiré.

—¿Una posada? Suena... pintoresco.

Jessie sonrió.

—Supongo que ya veremos, ¿no?

Sí, supongo que ya veremos. A pesar del tono esperanzador de Jessie, la derrota se instaló en mi pecho, la sensación de que esta tormenta era una señal de que podía hacer todos los planes que quisiera -intentar con todas mis fuerzas hacer feliz a Jessie y conocerla en su mundo- y algo seguiría llegando para recordarme que no era suficiente. Que yo *no* era suficiente.

Y nunca lo sería.

Capítulo Catorce

Jessica

Seguimos las indicaciones hacia la pequeña ciudad -más bien un pueblo por lo que parece- y condujimos lentamente por el centro de lo que parecía ser la zona céntrica, si es que podía llamarse así. En realidad eran seis edificios de aspecto antiguo centrados en torno a una plaza.

—¿Dónde crees que está esta posada? —murmuró Callen, inclinándose hacia delante y mirando a través del parabrisas empañado. La combinación del interior húmedo y el calor hacía casi imposible mantener las ventanas despejadas. Parecía que estábamos en el baño de vapor más sucio del planeta. La piel me había empezado a picar por el barro casi de inmediato, pero hacía lo posible por no rascarme. No quería que Callen se sintiera peor por el rumbo que había tomado su día perfectamente planeado—. Dudo que haya una señal de vacante parpadeante a la que prestar atención. Y yo... no leo francés.

Una parte de mí quería volver a reírse de esta situación, del absoluto desastre que parecíamos los dos, pero la expresión de Callen era una mezcla de destrozado y malhumorado, su tono derrotado, y pensé que lo mejor era no disolverse en otro ataque de risa ahora mismo.

—No, probablemente no habrá una señal intermitente. Pero parece un pueblo bastante pequeño. Si damos una vuelta por él, probablemente lo descubriremos. Estamos buscando la palabra '*auberge*', o '*hôtel*', '*résidence*' quizás... —murmuré, entrecerrando los ojos por el cristal mojado por la lluvia.

Éramos literalmente el único coche que circulaba por las calles empedradas y, aunque las luces brillaban en algunas ventanas, parecía que toda la población del pueblo se había metido en casa con la lluvia.

—Allí —dije, divisando un edificio de piedra con un cartel pintado a mano que decía NUIT DES REIVES. *La noche de los sueños*.

Callen aparcó el coche al otro lado de la calle, donde estaban aparcados otros dos diminutos coches europeos, y ambos nos bajamos, con el barro seco agrietándose y cayendo de mi ropa mientras me levantaba. Uf.

Miré al otro lado de la calle el bonito edificio de tres plantas, con jardineras en las ventanas del último piso con alegres geranios rojos. Me hicieron sonreír. Qué perfectamente francés. El toldo sobre la puerta era a rayas blancas y negras, y la propia puerta estaba pintada del mismo rojo que las flores. Me encantó al instante. Callen se unió amí, con las bolsas en la mano, y cruzamos la calle, subiendo las escaleras y entrando en la posada.

El interior era tenue y olía a madera antigua y polvorienta y a algún tipo de cera para muebles. La entrada era pequeña pero elegante, con una alfombra de felpa de colores rojos, morados y dorados. El papel pintado de damasco de las paredes mostraba claramente las costuras, pero por lo demás estaba en buen estado. El mostrador tenía un gran espejo con bordes dorados sobre el que se reflejaba una escalera que debía conducir a las habitaciones de alquiler. Llamamos al timbre y esperamos.

Al cabo de un momento, oí que se abría y cerraba una puerta en algún lugar del fondo y, unos segundos después, una mujer mayor con un delantal blanco entró en el vestíbulo.

—*Bonjour, bonjour* —dijo, y sus palabras se apagaron al vernos. Me quedé quieta, sin querer que se me cayera el barro mientras ella me miraba. No tenía que imaginarme el espectáculo que ofrecíamos: el espejo de detrás del mostrador ya me había dicho que tenía tan mal aspecto como Callen, si no peor. *Qué vergüenza.*

—*Bonjour.* —Le di a la mujer una sonrisa que parecía más bien una mueca—. Por favor, disculpe nuestro aspecto. Nos atrapó un chaparrón... Había barro y... Nos gustaría alquilar una habitación —dije en francés, pensando que la mujer sería más complaciente con nuestra suciedad si hablaba en su lengua materna.

Se rió, poniendo una mano en su redondo vientre.

—Yo diría que sí. ¡Dios mío! Pobrecitos. —Miró a Callen, que miraba los retratos de la pared—. ¿Su marido no habla francés, *oui*?

Esperaba que no pudiera ver el rubor bajo toda la suciedad que me manchaba la cara.

—No. Y no es mi marido. Nosotros, ah, bueno... —Miré a Callen, mis ojos se detuvieron en él por un momento mientras miraba a su alrededor, sin saber que estábamos hablando de él. Estaba sucio y embarrado, con el pelo tieso y pegado en todas direcciones, y aun así era el hombre más

guapo del mundo—. Estamos...

Canturreó mientras una sonrisa aparecía en su rostro.

—Ah, pero sí lo eres. —Suspiró como con afecto y juntó las manos frente a ella—. *Oui, oui*, lo veo perfectamente. —Se acercó al mostrador y empezó a hojear su libro. Después de un momento, frunció el ceño—. Sólo tengo una habitación disponible. Es la más pequeña, pero espero que esté bien.

¿Sólo hay una habitación disponible? El lugar parecía completamente desierto.

—Oh, eso está... bien. ¿Siempre que haya una ducha?

—Ah, *oui*. Pero por supuesto.

Me volví hacia Callen.

—Tiene una habitación disponible, pero es la más pequeña.

Una mirada de confusión apareció en su rostro y miró rápidamente a su alrededor, como si estuviera pensando en la sensación de abandono del lugar al igual que yo lo había hecho momentos antes.

—Si eso es todo lo que tiene. —Sacó su cartera—. ¿Cuánto?

—No tienes que pagar por todo...

Me miró con desaprobación.

—Este fin de semana lo pago yo, Jessie.

Suspiré y le dije el precio a Callen, y él le entregó el dinero a la mujer. Ella lo guardó en un cajón, del que también sacó una llave.

—Aquí tiene. Habitación alzoí final de la escalera. Soy Madame Leclair. Llame si me necesita.

—*Merci, Madame Leclair*. —Nos dimos la vuelta y subimos el estrecho conjunto de escaleras, pasando por el primer piso y subiendo al segundo y luego al tercero. Sólo había una habitación en el último piso, y parecía ser un ático. Callen utilizó la llave y empujó la puerta para abrirla lentamente, mientras ambos echábamos un vistazo al interior. La habitación era diminuta, pero parecía limpia y bastante bonita. Callen cerró la puerta tras nosotros mientras yo miraba a mi alrededor. Mis ojos se fijaron en la cama, y aunque parecía cómoda y acogedora, las sábanas blancas y frescas, Callen y yo prácticamente tendríamos que dormir uno encima del otro si ambos durmiéramos allí.

Tragué saliva.

—Uh...

—Puedo, ah, tomar el... —Miró a su alrededor, pero la habitación era tan pequeña que apenas había un lugar en el suelo donde pudiera tumbarse cómodamente.

—No. Eso es una tontería. Podemos hacer que esto funcione. De todos modos, estoy más preocupada por una ducha.

Había una puerta cerrada al otro lado de la habitación y asomé la cabeza. El cuarto de baño también era estrecho, pero de nuevo parecía limpio, con el azulejo blanco reluciente y gruesas toallas colgando de los toalleros. No había bañera, pero en realidad no podíamos bañarnos en el estado en que estábamos.

Me di la vuelta y sonreí. Callen estaba de pie en medio de la habitación con aspecto hosco y torpe, y tuve un breve recuerdo de él cuando era un niño. Llevaba esa misma mirada entonces -y eso hizo que mis terminaciones nerviosas se estremecieran de reconocimiento. Nos miramos fijamente, el silencio entre nosotros se hizo más pesado, la habitación que nos rodeaba parecía aún más pequeña. Callen parpadeó y empezó a pasarse una mano por el pelo con ese gesto tan familiar. Se encogió cuando la palma de la mano golpeó las hebras rígidas.

—¿Qué tal si primero me doy una ducha muy rápida y luego intento buscar comida mientras tú te aseas?

Asentí, con un movimiento espasmódico y cohibido. ¿Por qué me sentía tan desequilibrada de repente?

—Eso suena bien. —Ahora que lo pensaba, tenía hambre. Sólo había probado uno o dos bocados de lo que habría sido una cena temprana antes de que llegara la lluvia.

—Genial, ah, yo sólo... —Callen se movió hacia mí, indicando que necesitaba entrar en el baño, y me di cuenta de que estaba bloqueando la puerta como una idiota. Me aparté del camino, el calor de su cuerpo pasó por delante de mí antes de que cerrara la puerta. Oí que la ducha se ponía en marcha y me tomé el tiempo de mirar el mobiliario de la habitación. Con lo sucia que estaba, no me atreví a sentarme en nada. Aparte de la cama, sólo había una cómoda de madera, una mesilla de noche y una silla tapizada junto a la ventana. Me incliné sobre la silla, apartando la cortina mientras miraba la calle lluviosa. Desde mi punto de vista, podía ver que

algunas tiendas estaban abiertas, pero la ciudad seguía pareciendo tranquila y casi desierta. Estaba lo suficientemente alto como para ver que, más allá de los edificios, se extendían kilómetros de tierras de cultivo francesas alrededor de la ciudad. Pude ver hileras de árboles frutales -¿manzanas tal vez? Las vacas pastaban y sus formas salpicaban las colinas en la distancia. Qué vida tan hermosa y tranquila.

Me giré rápidamente cuando oí que la ducha se cerraba, mis latidos se aceleraron cuando Callen salió, con una toalla envuelta alrededor de sus estrechas caderas y el agua aún brillando en su piel. *Oh*. Lo había besado, había dormido en la misma cama con él, había sentido la intimidad de su excitación a través de nuestra ropa, pero aún no lo había visto desnudo -o casi- y su belleza masculina me hacía sentir débil en las rodillas.

Sonrió, tomando su bolsa de viaje y colocándola sobre el buró.

—Es todo tuyo. La ducha es pequeña, pero la presión del agua es genial. Creo que me siento humano de nuevo.

Me reí suavemente.

—Bien. Sólo —señalé al baño, cogiendo mi propia bolsa de viaje—, te veré cuando vuelvas, entonces.

—Sí, tal vez tengan comida abajo. Madame Leclair llevaba un delantal, ¿no?

—Creo que sí. Pero también hay un restaurante al otro lado de la calle. —Señalé la ventana—. Puedo verlo desde aquí, y parece abierto.

—De acuerdo, genial. Disfruta de tu ducha.

Asentí con la cabeza y cerré la puerta del baño tras de mí, exhalando. ¿Qué era esta repentina incomodidad entre nosotros, esta vacilación? ¿Esa extraña sensación de intimidad que me hacía sentir sin aliento y nerviosa? ¿Era sólo la cercanía lo que creaba esta sensación?

Me quité la ropa húmeda y embarrada y la dejé en un montón en el suelo junto a la de Callen. Quizá podríamos lavarla en la ducha más tarde y colgarla para que se seque. O quizá Madame Leclair tuviera una lavadora que nos dejara usar.

El cálido chorro de la ducha era increíble, y gemí de placer mientras me enjabonaba el pelo y veía correr el agua turbia. El champú y el gel de ducha de la posada estaban perfumados a rosas, y sonreí. Cuando recordara este fin de semana, siempre estaría perfumado con la fragancia de las

rosas. Y siempre me recordaría a un Callen cubierto de barro.

Después de enjabonarme el cuerpo y el pelo varias veces, por fin me sentí reluciente y salí de la ducha, envolviendo mi cuerpo en una de las suaves y gruesas toallas. Debajo del lavabo había un secador y lo utilicé para secarme el pelo.

Rebusqué en mi bolsa, mirando los vaqueros y el único vestido para cenar que había metido en la maleta. Mis ojos se posaron finalmente en el camisón largo de algodón blanco. Me mordí el labio. Puede que fuera un poco pronto para un pijama, pero la idea de ponerme otro par de vaqueros me daba escalofríos, y estaba claro que no podía ponerme un vestido formal para comer una cena para llevar en nuestra habitación de hotel. Callen ya me había visto con nada más que su camiseta larga. ¿Le importaría realmente que me pusiera el camisón? No es que fuera sexy, así que él sabría que no estaba tratando de enviar un mensaje de "tómame ahora". De hecho, en todo caso, esto era lo contrario de sexy. Frankie se burlaba de mis camiones, pero a mí me gustaba el tacto del suave algodón de la cabeza a los pies. Callen entendería mi necesidad de estar cómoda. Acomodada, me puse el camisón por encima de la cabeza, suspirando mientras el material acariciaba mi piel como un abrazo.

Abrí la puerta del baño con cautela, sin saber si Callen había vuelto ya, pero la habitación estaba vacía. Me senté en el sillón tapizado y me fijé en un revistero que había junto a la ventana y que contenía unas cuantas revistas francesas y un par de libros de bolsillo. Tomé uno de los libros - por la portada parecía un libro de misterio- y empecé a leer los primeros párrafos. Intenté concentrarme en la historia, pero mi mente se desvió y mis ojos fueron atraídos por el cristal mojado por la lluvia.

Mis pensamientos se dirigieron a la chica cuyo nombre aún desconocía y al capitán Durand, el "culo de caballo". Sonreí pensando en su beso, preguntándome si el amor encontraría un camino, incluso en medio de un campamento militar en un país devastado por la guerra, mientras una chica ocultaba su identidad y un hombre se enfrentaba a la batalla. Mi ferviente esperanza era que así fuera, que si algo podía prosperar en esas condiciones, era el amor. Quería creer que el amor era la más rara de las flores: se deleitaba con la luz del sol pero no la *necesitaba* para crecer y florecer.

Mis pensamientos se centraron en Callen y en el recuerdo de su

inestabilidad en una bicicleta que parecía demasiado pequeña para él y demasiado grande cuando se tambaleaba y se acercaba a mí en el camino del jardín. Y luego la expresión de su cara cuando por fin le había tomado el ritmo: una alegría cautelosa, la misma expresión que parecía adoptar cuando algo le hacía feliz. Como si *quisiera* abrazar la euforia del momento, pero tuviera demasiado miedo de hacerlo del todo. Me pregunté si se daba cuenta de que siempre retenía una parte de sí mismo. Y me pregunté qué haría falta para que finalmente se entregara por completo a la felicidad de cualquier momento. *O si podría hacerlo.* Imaginé que si encontraba la manera, la música resultante sería impresionante.

Miré la pequeña cama, y mi cuerpo se encendió de calor al pensar en estar allí con Callen, con nuestros cuerpos apretados el uno contra el otro, con su calor rodeándome durante toda la noche. Si la chica cuyos escritos estaba traduciendo me estaba enseñando algo, era que nuestras historias eran tan fugaces, que rara vez quedaban en papel para que otros las leyeran y aprendieran de ellas, y más a menudo sólo en los corazones de aquellos que éramos lo suficientemente valientes como para amar. Teníamos una oportunidad, una vida, y luego se iba. *Hay que vivir con fiereza y sin remordimientos.* Callen no me aseguraba nada, excepto la naturaleza temporal de... *nosotros.* ¿Pero qué pasaría si no pusiera límites a lo que ocurriera entre Callen y yo este fin de semana? ¿Qué pasaría si simplemente dejara que mi cuerpo y mi corazón me guiaran, sin pensar demasiado, sin dejar que el miedo me guiara? No porque no tuviera miedo de las consecuencias, sino porque la vida es corta y los momentos son pequeñas ventanas de oportunidad que quizá nunca, nunca, vuelvan a presentarse.

Tenía la extraña sensación de que el destino nos había conducido a esta habitación del ático en un día de lluvia en Francia. Sabía que no tenía sentido, que incluso podía tratarse de mi mente imaginativa creando fantasías, pero la sensación persistía.

La verdad era que Callen siempre había sido mi príncipe, y ahora me daba cuenta de que nadie desde entonces había estado a la altura. Tal vez no era como le dije después de todo. No era que no hubiera encontrado a nadie que *me tentara a involucrarme tanto.* Quizá simplemente no había permitido que nadie entrara en mi corazón -o en *mi cuerpo-* porque *mi príncipe* ya residía allí.

Y al menos por esta noche, era mío.

Capítulo Quince

Callen

La puerta se abrió con un silencioso chirrido y me detuve al ver a Jessie acurrucada en la silla junto a la ventana, con la luz del sol que bajaba suave y apagada a través de la cortina de gasa. Levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Empujé la puerta para cerrarla tras de mí, y su visión me hizo sentir una especie de tirón en mi interior que no sabía cómo definir.

Puse las bolsas de papel marrón en la mesa junto a la puerta.

—Bocadillos —dije, mi voz sonaba tensa, como si tuviera algo atascado en la garganta—. Madame Leclair dijo que podíamos pedir comida a nuestra habitación la próxima vez si queríamos.

Ella sonrió.

—Suenan perfecto. —Siguió estudiándome, con una expresión en su rostro que no conocía, y quise preguntarle qué estaba pensando. Pero, por alguna razón, tampoco estaba seguro de querer saberlo.

Mis ojos bajaron por su cuerpo y me di cuenta de que lo que primero había supuesto que era una manta era en realidad un camisón. Un camisón realmente largo con mucha, mucha tela. No se veía ni un centímetro de piel en ninguna parte. Nunca había visto nada igual.

—Eso parece —levanté una ceja— cálido.

Se rió, se mordió el labio y se miró a sí misma. Cuando me devolvió la mirada, su sonrisa era dulcemente recatada, e hizo que mi corazón se acelerara en mi pecho. *Dios, es preciosa.* Sacó los pies de debajo de ella, haciendo equilibrio con los talones en el borde de la silla, y por un momento lo único que se vio fueron sus diez dedos rosados. Nunca, en toda mi vida, me había fijado en los dedos de los pies de una mujer, y de repente la visión de los de Jessie asomando por debajo de su camisón me pareció increíblemente íntima. Tragué saliva cuando ella puso los pies en el suelo y se levantó lentamente. Cuando se quedó así ante la ventana, con la pálida luz dorada detrás de ella, pude ver el contorno de su cuerpo desnudo bajo la tela blanca, la sombra de sus areolas y la V entre sus

piernas. Se me cortó la respiración. Me había burlado de ella un momento antes, pero de repente me di cuenta de lo sobrevalorada que estaba la lencería. Nunca había visto nada tan erótico como Jessie de pie en un camisón de algodón blanco con el último rayo de luz del día tras ella, revelando sin saberlo todos sus secretos. Me hinché y me endurecí, sintiéndome dolorido y lleno, con la boca repentinamente seca.

Me sentí tan despojado como esta pequeña y sencilla habitación. Aquí no había nada elegante. No había podido darle a Jessie lo más grande ni lo mejor. Sin la cobertura de mi riqueza, de las cosas que podía proporcionarle con el dinero que había ganado, las galas, los lujos, sólo era... yo, de pie ante ella sin ninguna pretensión, o al menos ninguna que pudiera manejar en ese momento. En ese momento era el mismo niño que ella había encontrado en el vagón de carga aquel día tan lejano. Desde entonces, me había escondido detrás de tantas cosas, me había perdido en el estilo de vida que había elegido, me sentía como si fuera todo humo y espejos durante tanto, tanto tiempo. Mirando ahora a Jessie, la hermosa mujer que me miraba con tanta honestidad en sus ojos, me sentí abrumado por la posibilidad, por la esperanza de que *me* viera y le gustara lo que veía. Tal vez -Dios, *tal vez*- incluso encontraría una manera de aceptar las cosas que me aterrorizaban de dejar que alguien supiera.

—Jessie —respiré, la palabra como una súplica, una pregunta, una oración.

Nos acercamos el uno al otro al mismo tiempo, nos encontramos a los pies de la cama y nuestros cuerpos chocaron suavemente. Tomé su cara entre mis manos y me di cuenta de que estaba temblando. *¿Tenía miedo?* No estaba seguro de lo que sentía, aparte de una necesidad imperiosa de ella.

—Jessie —repetí, su nombre me anclaba de alguna manera, como si hubiera caído en algún lugar profundo y desconocido y ella fuera lo único que me mantenía firme. *Que me rescataba.*

Durante varios latidos, nos estudiamos en silencio y de cerca en la pálida luz amarilla de la habitación. Me había hecho promesas a mí mismo, me había puesto límites y, sin embargo, de repente sentía como si ninguno de ellos importara. Las sentía lejanas, sin importancia, hechas en un lugar donde todas las reglas eran diferentes y donde no era libre de seguir mi corazón. Tendríamos que volver a todo eso más tarde. Pero aquí... *aquí...*

Mi respiración se entrecortó cuando mi mirada se desplazó por las cejas arqueadas de Jessie, hacia esos sensibles ojos color avellana, a través de la ligera capa de pecas que hace que mi corazón se acelere en mi pecho, hasta ese hermoso labio superior. Mis propios labios se separaron, con una pregunta flotando en el aire que no sabía cómo expresar.

Los ojos de Jessie se encontraron con los míos, y pareció saber lo que yo estaba pensando porque respondió a la pregunta que yo había tenido demasiado miedo de hacer.

—Sí, yo también te deseo.

Exhalo con fuerza y acerco mi boca a la suya, pasando primero la lengua por ese delicioso labio superior. *Mía*. Introduje mi lengua en su boca, saboreando su dulzura mientras ella gemía y apretaba su suavidad contra mí. Me separé de sus labios para recorrer con la mía la sedosa piel de su garganta.

—¿Estás segura, Jessie? —Murmuré. Lo deseaba. Lo deseaba tanto que pensé que moriría si cambiaba de opinión, pero tenía que darle la oportunidad de hacerlo. Tenía que saber que no se arrepentiría de esto, que no me odiaría por tomar algo tan preciado. *A ella*.

Y sin embargo, el fuerte latido de mi corazón era tanto miedo como deseo. El miedo era también un afrodisíaco, el conocimiento de que esto importaba de alguna manera que el sexo nunca había importado antes. La sangre me zumbaba con la emoción, mis sentidos eran total y completamente *conscientes* de cada suave roce de las yemas de sus dedos, de cada suave inhalación de su aliento, del olor de esta habitación -lustre para muebles con aroma a naranja y madera vieja- y de Jessie, bañada en la sutil fragancia de las rosas.

—Hueles diferente —murmuré—. Como el jardín de la bodega. ¿Has traído las rosas con nosotros?

Sentí que sus labios se movían en una sonrisa.

—Creo que sí.

Sus dedos se enroscaron en mi pelo, el rasguño de sus uñas en mi cuero cabelludo era un delicioso placer, y yo gemí, endureciéndome aún más y apretando mi dolorida ingle contra ella. Jessie respondió a mi gemido con uno propio y soltó las manos de mi pelo, dando un paso atrás. Agarró el material de su camisón por las caderas y lo subió lentamente, con su mirada clavada en la mía hasta que se puso la tela por encima de la

cabeza. Su pelo cayó en cascada alrededor de sus hombros y sobre sus pechos cuando se deshizo de la prenda.

Mi sangre palpité con más fuerza cuando dejé que mi mirada recorriera su cuerpo desnudo. Era una obra maestra. Utilicé mi dedo para apartar un lado de su pelo, dejando al descubierto un pecho perfecto, unas areolas de color rosa pálido y sus pezones ya endurecidos. Me incliné y tomé uno en mi boca, pasando mi lengua alrededor de él lentamente mientras Jessie dejaba escapar un gemido, llevando sus manos de nuevo a mi cabeza y presionando su pecho más firmemente en mi boca. Chupé suavemente, y Jessie dejó escapar otro dulce gemido.

—Oh, Callen, sí.

Inclinándome hacia atrás, aparté su pelo del otro pecho y lo lamí y chupé también, hasta que sentí que sus caderas se levantaban ligeramente, buscando alivio. El fuerte zumbido de la electricidad bombeaba furiosamente entre mis piernas al mismo ritmo que mi corazón.

Las manos de Jessie tiraron de mi camiseta y yo me incliné hacia atrás, tirando de ella por encima de mi cabeza rápidamente y tomando su mano, guiándola hacia el lado de la cama. La rodeé y retiré el pesado edredón, dejando al descubierto unas sábanas blancas y crujientes. Se sentó, mirándome con tanta confianza que el corazón casi se me sale del pecho.

Su cabello se extendió a su alrededor mientras se recostaba y, por un momento, mis ojos absorbieron su sensual belleza: la forma de sus curvas sobre el fondo blanco de la sábana, el tono melocotón de su piel, la redondez de sus pechos, coronados por bonitos pezones rosados, hasta la mata de pelo castaño entre sus piernas.

Su respiración se estremeció y me quité los zapatos, me quité los pantalones y los bóxers y los aparté de una patada antes de deslizarme en la cama. La sensación de nuestra piel desnuda apretada era casi demasiado, y me pregunté si sería capaz de aguantar lo suficiente para darle placer. Me sentí como un chico demasiado ansioso, tan lleno de lujuria que mi cuerpo vibraba con ella.

¿Qué me estás haciendo, Jessie?

La música palpitaba en mi interior, no una melodía sino una armonía, un ritmo profundo, lento y primitivo que tocaba al compás de la sangre que bombeaba por mis venas. Me aferré a ella, aunque sin fuerza, sabiendo

de algún modo que sólo tenía que recordar este momento, la expresión soñadora y dichosa del rostro de Jessie, el aroma de este día -las rosas y la lluvia- para que el estribillo volviera.

Luchando por contener mi deseo pulsante, recorrí su cuerpo con las manos, conociendo su intimidad, la textura aterciopelada de su piel, el modo en que su vientre se apretaba cuando lo tocaba ligeramente, la firme suavidad de su muslo, la marca de nacimiento de su cadera, las cosas que la hacían *a ella* y a nadie más. La posesividad se enroscó en mi interior y acerqué mis labios a los suyos, besándola lentamente -marcándola quizás- mientras llevaba mi mano entre sus piernas. Gemí cuando mi dedo se deslizó en la ya resbaladiza humedad de su apretada abertura.

—Jessie —gemí. Ella presionó sus caderas hacia arriba, pidiendo más en silencio, así que respiré profundamente y con calma, llevando el sedoso líquido hacia arriba y sobre el pequeño brote hinchado en el vértice de sus muslos, rodeándolo lentamente. Dejó escapar un gemido estrangulado, apretándose contra mi mano mientras yo intentaba calmar mi propio deseo desbocado.

Sus gemidos se convirtieron en fuertes jadeos cuando llevé mi boca de nuevo a sus pechos y lamí sus pezones al ritmo de los círculos de mi dedo.

Quería que perdiera la cabeza por la excitación, que se volviera medio loca de lujuria, que sintiera que el cielo y la tierra chocaban al correrse en mi mano. No tuve que esperar mucho. Varios segundos después, ella arqueó la espalda, gritando mi nombre mientras llegaba al clímax.

Un breve sollozo salió de su garganta mientras bajaba, su cuerpo se relajaba mientras sus piernas rodeaban mis caderas, acercándose a ella.

—Ahora —respiró, con una nota desesperada en su voz, moviendo su pelvis para alinearse con la mía. Me reí brevemente, un sonido estrangulado de humor que se convirtió en un siseo cuando ella logró llevar la punta de mi pene a la humedad de su abertura.

—Espera, Jessie. Un condón.

Busqué a ciegas mis pantalones, los localicé y busqué a tientas mi cartera con una mano, manteniéndome alejado de Jessie con la otra. Finalmente conseguí sacar la cartera del bolsillo de los vaqueros y saqué el condón. Inclinéme hacia atrás, lo abrí y lo deslicé sobre mi longitud, el roce de mis dedos me hizo aspirar. Estaba tan empalmado que sentía que

iba a explotar con el más mínimo roce.

Jessie me observó con ojos perezosos, acercándose a mí en una silenciosa petición de que volviera a sus brazos. Lo hice, acercando mis labios a los suyos, apoyando un codo en la cama junto a ella para sostener mi peso y utilizando la otra mano para llevar mi erección a la suave y dulce calidez entre sus piernas. Me mantuve allí por un momento, repentinamente temeroso, preocupado no sólo de que fuera a lastimarla, sino de que esto, de alguna manera, fuera a lastimarme a mí también.

—Jessie... —empecé, con la intención de preguntarle de nuevo si estaba segura, si estaba segura de que quería darme esto.

—Callen, *sí* —dijo antes de que pudiera formular la pregunta. Y entonces se levantó, llevándome más adentro de ella. Grité de felicidad al sentir su apretón alrededor de la cabeza palpitante de mi excitación. Ella se tensó. Nunca había estado con una virgen, pero pensé que la mejor manera de hacerlo era rápidamente. Presioné dentro de ella, sintiendo el desgarró de la delicada membrana. Ella gritó, y sus muslos se apretaron con más fuerza alrededor de mis caderas.

—Lo siento, Jessie. Lo siento —dije, besando su cara mientras mis caderas me exigían que me moviera. Me sentí tan jodidamente bien dentro de ella; me sentí medio loco, la necesidad de empujar y machacar era tan abrumadora que apenas podía contenerme. Pero no quería hacerle más daño del que ya le había hecho, así que esperé.

—Está bien —susurró—. Ya estoy bien. —Acercó sus labios a los míos y me besó con dulzura, con ternura, con sus uñas recorriendo mi espalda y mi culo, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera—. Puedes moverte —dijo, obviamente sintiendo el esfuerzo que estaba haciendo para permanecer quieto—. Déjame sentirte. *Todo* tú.

Con su permiso, se rompió el último hilo de control y empecé a penetrar en ella, con la respiración entrecortada. Estaba tan deliciosamente apretada, tan húmeda, su cuerpo me abrazaba cómodamente en un abrazo de seda. Se aferró a mí, confiada, y en ese momento *me* sentí como un príncipe. *Su príncipe*. Mi corazón latía al ritmo de la música que empezaba a surgir dentro de mí una vez más. Pulsante. Seductora. Ambos oscuros y hermosos, hablando de esta cosa entre nosotros: su pierna deslizándose por mi cadera para permitirme profundizar, mis músculos tensos de placer, nuestros cuerpos rociados de sudor mientras nos deslizábamos juntos, el

aroma creado por nuestras feromonas mezcladas llevándome más alto... más alto. Dejé caer mi cara sobre su cuello, soltando un breve grito que terminó en un estremecedor gemido mientras me corría, el placer apretando mi abdomen y disparándose hasta los dedos de mis pies.

—Ohhh, Jessie, Jessie. —Me frené, un último escalofrío me recorrió antes de quedarme quieto, las estrellas disminuyendo ante mis ojos mientras giraba la cabeza y respiraba el aroma de su piel.

La luz que había fuera de la ventana casi había desaparecido y la lluvia había comenzado de nuevo, un suave repiqueteo en el tejado justo encima de nosotros que parecía ser la música final perfecta para la ralentización de mi corazón, la relajación de los músculos, el soñado resplandor posterior al acto sexual. Me giré, tirando de Jessie para que se pusiera frente a mí, y por un momento nos miramos el uno al otro. Su sonrisa era suave y sus ojos no mostraban arrepentimiento.

—Jessie —susurré, pasando un dedo por el costado de su mejilla, su piel tan suave, tan blanda. Ella se volvió hacia el tacto, cerrando los ojos en un suspiro—. ¿Estuvo bien?

Sus ojos se abrieron y asintió.

—Fue la cosa más maravillosa que he experimentado.

Eres la persona más maravillosa que he conocido.

Pero se equivocó. *Ella* era la persona más maravillosa que había conocido. Inteligente, hermosa, gentil, feroz, alegre y amable.

Me incliné hacia ella y la besé, luego recordé que podría haber sangre. Por lo menos, debería cuidar de ella después de su primera vez. *Su primera vez. Me pertenecía.* Pasara lo que pasara, eso nunca podría cambiar. El pensamiento me llenó de una felicidad posesiva que no me permití mirar demasiado de cerca, al menos no ahora.

Apartándome y saliendo de la cama, le dije:

—Déjame buscar algo para limpiarte. Vuelvo enseguida.

Me dirigí rápidamente al cuarto de baño, donde tiré del preservativo y mojé una toallita con agua tibia. De vuelta a la habitación, me senté en el borde de la cama y lavé suavemente el rastro de sangre de entre las piernas de Jessie y luego llevé el paño de vuelta al baño, enjuagándolo.

Tiré de la sábana y del edredón para cubrirnos y me metí en la cama junto a ella, acercándola. Durante unos minutos, nos limitamos a observar

la lluvia en el cristal de la ventana, los dedos de Jessie subiendo y bajando perezosamente por mi brazo, nuestras piernas enroscadas, mi cuerpo pesado por la satisfacción.

—Parece que estamos en un mundo diferente —dije.

Sentí su sonrisa contra mi hombro.

—Estaba pensando lo mismo.

Después de un momento, inclinó la cabeza hacia atrás para poder mirarme. La yema de su dedo índice subió por mi brazo y rodeó lentamente mi pezón.

—¿Sabías que tarareas cuando estás relajado o feliz?

Me reí, dándome cuenta de que había estado haciendo precisamente eso.

—¿Lo hago? —Hice una pausa, considerando—. Sí, tal vez sí.

Ella asintió, su sonrisa aumentó.

—Nadie se ha dado cuenta de eso.

—Tal vez no estás relajado y feliz con la suficiente frecuencia. —Me besó el hombro, mordiéndome suavemente la carne.

—Ouch.

Se rió, acurrucándose en las mantas. Sin embargo, tenía razón. Hacía mucho tiempo que no me sentía feliz y relajado.

Sentí que sus miembros se volvían más pesados y que sus pestañas se agitaban contra mi piel.

—¿Crees que podremos llevarnos algo de esto, Callen? —susurró, con una nota de esperanza en su voz suave y somnolienta.

Dudé. Sabía a qué se refería porque yo mismo lo había pensado. Aquí no había equipaje, ni preocupaciones, ni barreras ni remordimientos. Aquí sólo estábamos nosotros y nada más, sólo sentimiento y honestidad. Pero ese no sería el caso cuando volviéramos al chateau donde ella trabajaba. Allí -en ese mundo- tendría que tirar de la capa de mentiras que llevaba y volver a ser el desastre en el que había llegado. Sólo que... eso no era del todo cierto, ¿verdad? Ella me había cambiado, me había *salvado*, al menos en cuanto a la música. Volvía a escucharla, no sólo trozos, sino largas cuerdas de melodía que me sacudían, me emocionaban y me obligaban a plasmarlas en el papel. ¿Pero qué pasaría cuando me fuera?

¿Volvería a morir la música? ¿Volvería a la vida que llevaba -la vida de los vicios sin sentido- para acallar mi propia mente el tiempo suficiente para escuchar las notas?

Exhalé y tiré de Jessie más cerca. No quería eso. *La quería a ella.* Estaba desesperado por aferrarme a lo único bueno que había tenido. Pero no era posible. Si ella sabía lo poco que yo tenía que ofrecer, no me querría, *no debería* quererme, y yo no podía hacerle eso. Atraparla de una manera que llegaría a resentir, hacer que me mirara con vergüenza y pudor. No podía soportar eso. Me mataría.

—No lo sé —respondí con sinceridad. Podía oír el arrepentimiento en mi voz, y mi pecho se apretó de dolor. Pero ella me había regalado tanto, y le debía la verdad.

Capítulo Dieciséis

Jessica

Parpadeé, desorientada, mientras mis ojos se acostumbraban a la escasa luz de la habitación. Los recuerdos me invadieron, trayendo consigo una cálida oleada de euforia al recordar el aspecto de Callen mientras hacíamos el amor, con la boca entreabierta y la piel enrojecida por la excitación, los músculos de los brazos tensos mientras se mantenía encima de mí. Apreté ligeramente las piernas, sintiendo el dolor donde él había estado, y sonreí a pesar de la ligera incomodidad. ¿Dónde estaba? Estaba sola en la cama.

Levantándome para poder ver por encima del edredón hinchado, vi a Callen sentado en la silla junto a la ventana, sólo en calzoncillos, con su piel bronceada y suave a la luz tenue, y un bloc de notas sobre las rodillas mientras se encorvaba sobre él. Tenía el labio inferior bajo los dientes superiores y su mano se movía rápidamente mientras utilizaba un bolígrafo para garabatear algo -notas musicales, supuse- en la página.

—Hola —dije suavemente. Levantó la cabeza y soltó el labio. Sonreí al ver la intensidad de su rostro, la concentración—. Lo siento. No quería interrumpir.

Negó con la cabeza, poniéndose en pie y dejando el cuaderno y el bolígrafo sobre la mesa, junto a la bolsa vacía de comida que habíamos consumido horas antes, sentados con las piernas cruzadas en el suelo y envueltos en mantas. Mis labios se inclinaron hacia arriba al recordar el íntimo picnic en el suelo y cómo nunca la comida había tenido un sabor más delicioso. Callen se acercó a la cama, apagó la única lámpara que estaba encendida y volvió a colocarse a mi lado, tapándonos con las mantas y acercándose.

—No quería despertarte.

Me acurruqué contra él. Era tan sólido, tan duro en todas partes, y sin embargo, de alguna manera, la almohada perfecta.

—Mmm. —Suspiré—. No lo hiciste. Es sólo dormir en un lugar nuevo. Por un momento no supe dónde estaba. ¿Qué estabas escribiendo?

—La armonía de la pieza en la que he estado trabajando. Se me ocurrió esta noche.

Levanté la cabeza.

—¿De verdad? ¿Es así como funciona? ¿Primero escuchas la música en tu cabeza y luego la escribes en el papel?

—Sí. A veces.

Nos quedamos en silencio durante un minuto antes de decir:

—Me alegro de que el bloqueo del escritor haya desaparecido. ¿Por qué crees que estabas tan atascado?

Hizo una pausa tan larga que lo miré, preguntándome si iba a responder.

—Estoy seguro de que recuerdas de cuando éramos niños que no tuve la mejor vida en casa, Jessie. —Mi corazón se apretó dolorosamente, y asentí—. A mi padre le gustaba dar golpes, pero le gustaba aún más lanzar insultos. Las peores cosas que se le ocurrían, las que sabía que dolerían más... —Silencio de nuevo, como si estuviera luchando por encontrar las palabras adecuadas, tal vez incluso eludiendo algunas, aunque no estaba segura de por qué tenía esa sensación—. A veces escucho sus palabras, aún. Pasan por mi mente y ellas, no sé, es como si me paralizaran, me hacen sentir esa misma inutilidad que sentía de niño.

Me incliné hacia arriba.

—Oh, Callen. Pero has encontrado mucho éxito en tu vida. Has demostrado que está equivocado en todos los niveles.

Exhaló un gran suspiro.

—Puede ser. Pero escucho los ecos de sus palabras, y es como si se quedaran atascadas en la repetición y no puedo hacer que paren.

—Excepto con el alcohol y... la fiesta —dije. *Las mujeres*. Un pensamiento que dejé de lado. Se estaba abriendo a mí, desnudando su corazón, y yo quería desesperadamente conocer esa parte de él.

—Sí. Durante un tiempo pude adormecerme lo suficiente como para que sus palabras quedaran silenciadas, sólo como ruido de fondo. Pero cada vez es más difícil hacerlo. —Me besó el hombro—. Hasta llegar a ti.

Me mordí el labio, una oleada de esperanza me llenó, la sensación de que me *necesitaba*. El problema era que no quería que me necesitara sólo como una especie de musa para su música. Quería ser amada.

—¿Tienes algún tipo de relación con él ahora?

—No.

—¿Y tu madre? Nunca la mencionaste...

—No. —Tanto dolor en esa sola palabra—. Ella murió cuando yo tenía ocho años. Una sobredosis de medicamentos recetados. Dijeron que fue un accidente, pero... no lo sé. Había estado deprimida desde que tengo uso de razón.

—Lo siento —susurré, deseando que me lo hubiera contado cuando éramos niños. Habría explicado mejor la tristeza de sus jóvenes ojos. Yo había perdido a mi propia madre por una enfermedad, y eso ya había sido bastante duro de tratar como adulto. ¿Cómo sería para un niño sensible de ocho años perder a su madre por algo que puede o no haber sido un accidente? Especialmente cuando el padre que había dejado sonaba como un malvado bastardo que probablemente le había dado poco consuelo, si es que lo tenía.

Estuvo un rato en silencio y se sintió algo tenso, así que moví mi mano por las crestas de su abdomen, buscando distraerlo. Sus músculos se tensaron y respiró con fuerza.

—¿Te he dicho alguna vez que yo también escucho música en mi cabeza a veces? La que está sonando ahora mismo es algo así: bow chicka wow wow.

Se rió, con un sonido profundo y sexy justo al lado de mi oído, y yo incliné la cabeza, sonriéndole.

—Eso es bueno —dijo.

—Me alegro de que te guste.

—Ven aquí, Mozart, y dame esa mano errante antes de que tú y ese ritmo sexy me den ideas.

—¿Qué tipo de ideas?

—Ideas de las que tu cuerpo necesita descansar.

—Hmm —gruñí—. Tal vez sólo por esta noche.

—Sólo por esta noche. —Me acercó y su calor me envolvió, el olor de él -la cálida piel masculina y algún producto con olor a pino que había usado recientemente- me aportó seguridad y comodidad. Suspiré y, al cabo de unos minutos, me quedé dormida.

* * *

Me desperté al sentir algo duro en mi espalda y una mano amasando mi pecho suavemente. Gemí, presionando mi trasero contra Callen mientras él aspiraba en un agudo siseo.

—Te deseo —susurró—. ¿Aún estás dolorida?

Lo estaba, sólo un poco, pero no me importaba. Estaba excitada, y quería sentir la plenitud mientras él entraba en mí, la dulce invasión mientras nos hacíamos uno.

—No.

Me di la vuelta y lo miré, la suave luz de media mañana hacía resaltar los reflejos chocolates de su pelo y los rastros de azul en sus ojos grises. Tenía la mandíbula áspera por la barba incipiente y los labios hinchados por el sueño y los besos de la noche anterior. Era hermoso, mi príncipe por fin había regresado, y sabía que lo amaba. Tal vez nunca había dejado de hacerlo.

—Había planeado levantarme temprano y llevarte a un museo cerca del chateau. El chateau al que nunca llegamos —murmuró, mordiéndome suavemente la oreja.

Sonreí, pasando mi mano por su pecho.

—Eres mi museo —susurré, empujándolo suavemente para que rodara hacia su espalda. Le pasé una pierna por encima y le besé el cuello mientras él gemía—. Hay tanto que ver y experimentar —murmuré contra su piel, mientras mi mano rozaba las crestas de su estómago y bajaba para trazar un dedo a lo largo del hueco de su cadera—. El arte que se ofrece aquí es un estudio de la forma y —bajé más, envolviendo su dureza con mi mano mientras él siseaba en una respiración torturada— de la función.

Deslicé mi mano lentamente hacia arriba y hacia abajo, deleitándome con la caliente palpitación bajo mis dedos, y él arqueó la espalda, con un estallido de palabras confusas saliendo de su boca.

Contuve una sonrisa.

—Hmm. ¿También ofreces estudios en lenguas antiguas?

Se rió, aunque con un gemido. Puso su mano sobre la mía, deteniéndola momentáneamente para poder girarme hacia mi espalda, haciéndose cargo, inclinándose y chasqueando mi pezón con su lengua.

—Sólo uno, y es tan antiguo como el tiempo mismo. ¿Quieres que te lo enseñe?

Mi sonrisa se convirtió en un suspiro de placer.

—Oh, sí.

Hicimos el amor lentamente, con una tranquilidad que no existía la noche anterior, cuando los dos estábamos ávidos por la novedad de descubrir el cuerpo del otro.

Me besó por la curva del cuello hasta el hombro y me pasó las manos por el interior de los muslos, antes de voltearme, lo que me hizo reír, una risa que se convirtió en un gemido cuando me pasó las uñas por el trasero y me pasó la mandíbula con sus púas por los omóplatos. Parecía que quería explorar todos los lugares que se había perdido la noche anterior, para ver cada parte de mí a la luz de la mañana. *Tenemos tiempo*, quise decir. *Tenemos todo el tiempo del mundo*. Pero sabía que eso era una mentira y no quería pensar en ello, así que lo aparté. La sensación de sus manos en mi cuerpo se convirtió en mi foco de atención, y me perdí en el olor terroso y masculino de su piel después de una noche de sueño y en cómo hablaba a cada parte femenina de mí.

Después nos tumbamos juntos, satisfechos, mientras me acurrucaba en él. Una pluma de ganso del edredón subió en espiral con mi movimiento y luego flotó perezosamente hacia abajo en un eje de luz solar apagada. Callen levantó la mano y trató de agarrar el trozo de plumón que revoloteaba, riéndose cuando se alejó. Se volvió hacia mí y me pasó la mano por la espalda mientras me daba un rápido beso en la boca.

—¿Sabes cómo encontré ese vagón? El día que nos conocimos.

—No. ¿Cómo?

Miró hacia arriba, con una sonrisa en la boca. Levanté la mano y dejé que mi pulgar se deslizara por la hendidura perfecta en el centro de su labio inferior, sin poder resistirme a tocar cualquier parte y lugar que atrajera mi interés. Tenía ganas de experimentarlo de todas las maneras posibles... mientras pudiera. Me besó el pulgar una vez y luego se retiró.

—Había seguido una pluma. —Hizo una pausa, tomando un trozo de mi pelo entre sus dedos y frotándolos, sintiendo su textura. A estas alturas debía de conocer el tacto de cada parte de mí, y sin embargo suspiró al ver cómo se movían sus propios dedos, aparentemente cautivados por las hebras, quizá como hambrientos como yo. Ese pensamiento me hizo sentirme cálida y contenta.

—Había tenido un encontronazo con mi padre y había salido de casa.

Esta pluma... me llamó la atención, y la seguí. —Su mirada se encontró con la mía—. La seguí hasta ese vagón, donde me encontraste sólo unas horas después. Ni siquiera lo recordaba hasta hace poco. —Se inclinó hacia mí y me besó, y me perdí en él una vez más. El día transcurrió entre cambios de luz y el constante ascenso y descenso del placer, sus uñas rozando mi piel, su boca aparentemente en todas partes. Llamó al piso de abajo y pidió croissants y café y, más tarde, más sándwiches y una fruta y un postre de hojaldre llamado tarte tatin, que volvimos a comer en el suelo al estilo picnic. Callen se inclinó hacia delante y me besó, lamiendo el trozo de manzana caramelizada que tenía en un lado de la boca mientras yo me reía. Él gimió.

—Será mejor que nos demos una ducha. No tengo más condones conmigo.

Levanté una ceja.

—Me decepciona tu falta de preparación.

Sonrió, y fue dulce.

—No, no estaba preparado para esto, Jessie. Para ti. Pero de alguna manera... —Me besó de nuevo.

—¿De alguna manera qué? —Susurré.

—De alguna manera he tenido suerte, mucha más suerte de la que merezco. —Parecía pensativo mientras se sentaba, empezando a recoger los envoltorios de nuestro almuerzo.

No quería que este día terminara, ni la intimidad de la pequeña cama, ni las palabras susurradas, ni comer desnudos, envueltos en mantas, y por eso sonreí, dándole un codazo.

—Bueno, supongo que tu suerte se ha acabado. —Me puse de pie, dejando caer la manta a mis pies—. Voy a darme una ducha y a pensar en todas las cosas que podríamos hacer sin condón. —Me puse el dedo en la barbilla en señal de consideración fingida—. Probablemente no haya ninguna, aunque soy bastante inexperta...

Callen se levantó tan rápido que me sobresaltó y me hizo soltar una carcajada.

—Me siento afortunado de nuevo.

Usamos demasiada agua caliente antes de salir, podados y riendo y yo educado en las delicias de los bancos de ducha y las bocas, el lavado del

cuerpo y la piel desnuda.

—Déjame llevarte a cenar esta noche. No podemos pasar todo el día en esta habitación.

—¿No podemos?

—Tal vez ya lo hicimos. Déjame alimentarte adecuadamente, al menos una comida en la que usemos utensilios.

Sonreí, pensando que los utensilios estaban sobrevalorados. Había dejado de llover a primera hora del día y, por la ventana, la calle estaba seca y el sol bajaba. Pensé en el vestido de Clemence Maillard sin espalda que había metido en la maleta y de repente me entusiasmó la idea de arreglarme y salir a cenar con Callen.

—De acuerdo.

Me sequé el pelo y me lo recogí, dejando algunos mechones sueltos alrededor de la cara y el cuello, me maquillé un poco y me puse el vestido, alisándolo por las caderas, tomando nota una vez más de que las creaciones de Clemence se resistían milagrosamente a las arrugas. Me puse las sandalias negras de tiras que había traído para acompañarlo y salí del baño.

Callen estaba de pie junto a la ventana, mirando al exterior. Tarareaba, y era dulce y melódico, hermoso. Por un momento me limité a observarlo, escuchando su música. Pero debió de notar que estaba detrás de él, porque se dio la vuelta y sonrió, guapo con unos pantalones oscuros y una camisa gris pálida de botones.

—Vaya, estás muy bien.

Callen miró desde mi cara lentamente hasta mis pies mientras caminaba hacia donde yo estaba, con algo casi reverente en sus ojos.

—Tú... no sé ni qué decir de ti. Eres impresionante. Eres la mujer más hermosa que he visto nunca.

Sonreí, mordiéndome el labio. Sabía que eso no era cierto. Había visto a las mujeres con las que solía pasar el tiempo. Obviamente había estado con mujeres mucho más hermosas que yo, pero la forma en que me estaba mirando en ese momento me hizo sentir como si realmente creyera en sus propias palabras.

Cuando bajamos las escaleras, Madame Leclair estaba en la recepción. Le pregunté por un restaurante cercano y nos indicó cómo llegar

a uno que estaba a pocas manzanas. Nos sonrió al despedirnos, guiñándonos un ojo mientras le devolvíamos la sonrisa.

El acogedor restaurante familiar era encantador e íntimo, el vino blanco que pedí rico y mantecoso, la comida deliciosa y la música suave y romántica. Nos sentamos junto a la ventana y charlamos con facilidad sobre nuestras vidas, sobre mi vida en París, sobre lo que le gustaba y lo que no le gustaba de Los Ángeles. Mi corazón rebosaba del amor que sentía por él, de la facilidad con la que hablábamos de todo y de nada, y de la sensación mágica de este fin de semana, en este pueblo al que el destino nos había llevado. Y aunque me había entregado a él sabiendo que no duraría, me permití fingir que podría ser así, sólo por ahora. Sólo por esta noche.

Capítulo Diecisiete

Callen

Las letras se difuminan y cambian de posición, moviéndose en el papel como si huyeran de mí.

—¿Qué es esto? —exigió, con el dedo índice golpeando el libro de texto abierto frente a mí, con la voz ronca por la furia.

Quería complacerlo. Quería que se sintiera orgulloso de mí, pero no tenía la respuesta, ni siquiera podía empezar a adivinarla. Mis labios empezaron a temblar y sentí que las lágrimas me quemaban el dorso de los párpados.

Por favor, Dios, ayúdame.

Mi padre le dio la vuelta al libro con brusquedad, soltando un gruñido de enfado mientras se ponía en pie, lo que hizo que me sobresaltara y me sentara bruscamente.

—¿Qué coño te pasa, pequeño retrasado? Por Dios. Es una puta W.

—Lo siento —chillé, con los hombros caídos por la humillación y la derrota.

—Inténtalo de nuevo —ladró.

Me quedé mirando el papel, la tinta negra que se corría ante mis ojos, las lágrimas que finalmente se derramaron y recorrieron mis mejillas.

—¿Estás llorando, pequeña perra? ¿Estás llorando, carajo?

Sacudí la cabeza, negándolo, a pesar de la evidente evidencia. Intenté detenerme, traté de retraer la devastación y la vergüenza dentro de mí. Pero quería a mi madre, y pensar en ella me hacía llorar más, me hacía desearla tanto que sentía un pozo en el estómago que nunca, nunca se llenaría. Estaba muerta, y nunca volvería. Nunca más me protegería. Ahora sólo quedábamos nosotros, él y yo, y el interminable recordatorio de que yo era una decepción. Las lágrimas brotaron con mayor rapidez y un pequeño sollozo brotó de mi garganta.

El golpe fue repentino e inesperado y me hizo retroceder, y la silla en la que estaba se cayó con estrépito. Me arrastré hacia atrás mientras él se cernía sobre mí, agarrándome por la camisa y volviéndome a golpear.

Ante la sorpresa de la bofetada, las lágrimas se secaron en mis mejillas, un entumecimiento conmocionado substituyó al dolor interior. Mi padre me había

empujado un par de veces, había golpeado con el puño la mesa, incluso había hecho un agujero en la pared una vez, pero nunca me había golpeado en la cara.

—¿Quieres que te dé algo para llorar, maldito idiota?

Me dolía la mejilla y me dolía la cadera donde me había golpeado contra el suelo, pero los dolores físicos se sentían mejor que el dolor dentro de mi corazón. Le escupí y vi cómo su cara se contorsionaba de rabia y volvía a llevar su mano para golpearme de nuevo. No se dio cuenta de que eso no era lo que me hacía llorar. Las palabras me hacían llorar, y acababa de descubrir cómo hacer que dejaran de hacerlo. Ahora sabía cómo hacer que él se detuviera.

—Callen, estás soñando. Shh, despierta. Es sólo un sueño. —Su voz venía de lejos, y empecé a despertarme, con un grito de angustia en los labios, la sensación húmeda de las lágrimas en las mejillas. Respiraba con dificultad y no sabía dónde estaba. Parpadeé, moviendo la cabeza de un lado a otro, la visión de una cocina pequeña y destartada se desvanece a medida que la diminuta habitación del ático se va enfocando. La realidad se impuso. Había estado soñando. No estaba *allí*. Estaba aquí. Con Jessie.

—Jessie —ronco. Sus brazos me rodearon, el calor de su cuerpo era un consuelo tan dulce que quería ahogarme en él y no salir nunca a respirar—. Jessie, Jessie.

—Estoy aquí. No pasa nada. ¿Qué estabas soñando? —Me limpió las lágrimas de las mejillas con tanta ternura, sus ojos eran un charco de preocupación en la tenue habitación iluminada por la luna.

—Él, supongo. No lo sé —mentí. No quería hablar de ello. Necesitaba alejar el recuerdo de él y no pensar en lo que había sentido al ser ese niño. Mi respiración se hizo más lenta. Estaba aquí con Jessie en el cálido círculo de sus brazos. Quería... *necesitaba*... perderme en ella, enterrarme en su cuerpo y empaparme de la paz -la curación- que me ofrecía.

—Jessie. —Suspiré, llevé mi mano a su mejilla y me giré para inclinarme sobre ella. Por un momento, me quedé mirándola, con su bonito rostro blando por el sueño y una mirada en sus ojos que pensé que podría ser de amor. Me asustó -me aterrorizó-, pero también me llenó de un doloroso asombro. Me llevé ese sentimiento a mi interior, almacenándolo en lo más profundo de mi corazón. Aunque no pudiera conservarlo, podría sacarlo y mirarlo, recordar lo que sentía. Y así siempre sería mío.

Me incliné hacia ella, besándola y bebiendo el sabor familiar de su

boca, gimiendo por la forma en que hacía saltar mi corazón y se tensaba mi cuerpo. Me rodeó con los brazos y, cuando mi boca se acercó a su pecho, enredó sus dedos en mi pelo y rodeó mis caderas con sus piernas.

Me guié dentro de ella, levantando momentáneamente la cabeza de su pezón mientras siseaba por el gozo que me producía el apretado agarre de su cuerpo. En mi mente estallaron puntitos de luz, que despejaron los pensamientos de cualquier cosa que no fuera ella, mientras empezaba a moverme y a empujar.

Llevé mi boca a la suya de nuevo y nos besamos, nuestras lenguas danzando mientras nos movíamos juntos, lentamente al principio, con suavidad, y luego más rápido, casi con frenesí. Nuestra piel se resbaló y la habitación se llenó del sonido húmedo del sexo, de los gemidos de Jessie y de mis jadeantes exhalaciones de aliento. Era la *vida*. Era bello, primitivo y eufórico, y me deleité en ello, en su tacto, en su olor, en la forma en que nuestros cuerpos encajaban como si hubiéramos sido hechos el uno para el otro.

El dolor, las dudas, los ecos de las palabras que una vez se habían cortado como cuchillos, las costras que aún sangraban con tanta facilidad, todo ese dolor se desvaneció y sólo estaba ella. Los latidos de su corazón, su aroma, el dulce apretón de sus músculos internos cuando me masajearan con una fricción tan cálida y deliciosa.

—Jessie, oh Dios, las cosas que me haces desear —jadeé.

—Tómalas. Son tuyas —dijo sin aliento justo antes de gritar, con sus músculos internos contrayéndose a mi alrededor y provocando mi propio orgasmo, casi impactante en su intensidad. Pensé que la había llamado por su nombre, pero no podía estar seguro, ya que mi cabeza se echó hacia atrás y me apreté contra ella, exprimiendo cada gota de intensidad de mi clímax, haciendo girar mis caderas y cayendo hacia delante con un gemido estrangulado de placer.

Tómalas. Son tuyas.

Maldita sea, eso había sido... increíble. Alucinante. Nunca había sentido algo así. Yo... me quedé quieto.

No usé un condón.

Ah, joder. Era la primera vez que tenía sexo sin uno, incluso durante mis demasiado frecuentes interludios de borrachera, todas las malas decisiones que había tomado, nunca había ido sin un condón, al menos... al

menos que yo recuerde. Cerré los ojos con asco, agradecido por haber recibido un certificado de buena salud justo antes de irme a Francia y asqueado por tener que pensar en eso en referencia a mi pura y dulce Jessie. Respiré con fuerza contra el cuello de Jessie, tratando de expandir mis pulmones, tratando de calmar mi corazón acelerado. Podía sentir el suyo latiendo también, y puse mi mano sobre él, su sangre vital bombeando bajo mi palma, nuestros cuerpos aún conectados íntimamente.

—No he usado condón —dije, y sus dedos, que habían estado recorriendo mi brazo, se calmaron—. Estoy limpio, Jessie, lo prometo. —No pude ocultar la vergüenza en mi voz—. El momento... ¿está bien?

—Sí, creo que sí —susurró ella.

Jesús, eso esperaba. ¿No es así? Por un instante, sentí un estallido de poderosa euforia, pero loforcé a bajar, lo extinguí antes de que pudiera crecer y extenderse. No, el día anterior había decidido que atrapar a Jessie en cualquier sentido sería un error, lo más egoísta que podría hacerle. Pero atraparla de *esta manera* sería lo peor de todo, porque ella no podría sacarme de su vida aunque quisiera. No sólo estaría atrapada, sino que lo estaría para siempre porque sería la madre de mi hijo. *Nuestro* hijo.

Me aparté de ella, con el remordimiento llenando mi pecho por la posibilidad de haberla dejado embarazada, de que incluso ahora la vida pudiera estar floreciendo dentro de ella. Me aparté, pero no pude evitar alcanzarla y atraerla hacia mí. No estaba preparado para soltarla. Todavía no.

* * *

El aire del domingo por la mañana era cálido y fresco, y todo olía a limpio como lo hace después de días de lluvia. Nos habíamos levantado temprano y nos habíamos duchado, vistiéndonos y recogiendo la habitación de forma algo sombría. Había una especie de incomodidad silenciosa entre nosotros, y no estaba seguro de si era sólo el hecho de que nuestro fin de semana estaba terminando o si Jessie se arrepentía de lo que habíamos hecho.

—Es como decir adiós a un lugar mágico que nunca volveremos a ver —murmuró mientras se volvía hacia la habitación por última vez. Solté un suspiro, feliz de saber lo que había significado su reticencia matutina. Ella iba a echar de menos esta habitación tanto como yo.

Sonreí. Era mágico, y no volveríamos. La tristeza de ese pensamiento

me invadió mientras recogía nuestras maletas y cerraba la puerta de la habitación donde había hecho el amor por primera vez con Jessie Creswell. *Mi Jessie*. Ya sólo nos quedaban un puñado de días, y ellos no estarían aquí. Estarían de vuelta en el mundo real, donde las cosas no eran lo mismo.

Madame Leclair nos revisó, sonriendo cálidamente mientras nos despedíamos. Mientras abríamos la puerta, Jessie miró hacia atrás e hizo una pregunta en francés. Madame Leclair se rió y su pecho se agitó con su movimiento al responder. Jessie sonrió y dijo algo más, y luego nos fuimos.

—¿Qué le has preguntado?

—Pregunté si realmente había otros huéspedes alojados en su posada.

—¿Y?

—No había.

Huh.

Jessie me miró y sonrió tímidamente. Por un momento pareció que estaba decidiendo si iluminarme o no, pero luego dijo:

—Madame Leclair dijo que a veces el comienzo del amor es una simple cuestión de proximidad.

Amor.

¿Era posible? ¿Podría Jessie amarme de verdad? Por un segundo, sólo un latido acelerado, me permití cuestionar la posibilidad antes de obligar a mi mente a seguir adelante. No podía permitirme esperar eso. No podía. Aun así, sonreí, pensando en la pequeña habitación, en la diminuta cama. La proximidad había hecho que el fin de semana fuera increíble. La buena iluminación tampoco había hecho daño. Imaginé la forma en que el crepúsculo menguante había brillado en la ventana, mostrando las esbeltas curvas de Jessie bajo el camisón blanco, la forma en que su piel había brillado como el satén a la luz amarilla del amanecer. Las visiones de ella de esa manera se quedarían conmigo hasta el día de mi muerte.

El coche se había secado en su mayor parte en los pocos días que llevábamos en la posada, pero tenía un ligero olor a moho que hizo que Jessie arrugara la nariz. Me reí y bajé la capota. Con suerte, el aire fresco ayudaría a secarlo más completamente. En cualquier caso, me alegré de haber dicho que sí cuando el hombre de la empresa de alquiler me preguntó

si quería el seguro.

Jessie suspiró.

—Estoy emocionada por volver al trabajo, pero no quiero que este fin de semana termine.

Tomé su mano, apretándola.

—De hecho, he planeado una parada más en el camino de vuelta.

—¿Dónde? —preguntó emocionada.

—Es una sorpresa. —Seguí la voz del GPS hasta la señal del desvío a Domremy-la-Pucelle, el pueblo donde, gracias a la ayuda de Nick una vez más, había crecido Juana de Arco. Obviamente, Jessie también lo sabía, porque cuando vio la señal, aspiró y apretó mi mano.

—Dios mío, ¿cómo lo has sabido?

—He investigado. —Sonreí, el placer irradiando a través de mí al ver el deleite en su rostro—. Pero si hay bicicletas de por medio, estoy fuera.

Se rió.

—Trato hecho.

Dimos una serie de vueltas por el pueblo, aparcamos y caminamos de la mano hasta la pequeña granja de tejados inclinados donde había nacido y crecido Juana de Arco. La sala principal era la más grande, con chimenea, suelos de baldosas y techos con vigas de madera. Miré a mi alrededor con un mínimo de interés, sobre todo queriendo observar a Jessie mientras deambulaba, pasando el dedo por encima de las cosas de esa manera que ella hacía y acercándose para estudiar los detalles. De vez en cuando levantaba la vista y sonreía con tanta alegría, que mi corazón se desgarraba de felicidad. Por el momento, disfrutaría de cada mirada de asombro que cruzara su bonito rostro.

Cuando nos fuimos, Jessie parecía estar reflexionando sobre algo, pero la dejé con sus propios pensamientos, imaginando que estaban centrados en el trabajo que estaba haciendo, la historia que rodea su área de estudio.

Hicimos una última parada, una iglesia de aspecto antiguo a poca distancia del lugar de nacimiento de Juana de Arco.

—La iglesia de Saint 7Remy —dijo Jessie, con una nota de reverencia en su voz—. Aquí es donde Juana solía venir a rezar. Fue bautizada aquí.

Entramos en el interior, en silencio, con el aroma de las velas y de

algún tipo de aceite acre en el aire. Jessie miró los techos altos y arqueados, y yo observé los bancos oscuros, tallados a mano, y las coloridas vidrieras. No era un hombre religioso ni mucho menos, pero había algo en el aire aquí, algo... pesado que podía sentir presionando mi pecho cuando cerraba los ojos. Aquí casi podía creer que un *lugar* podía contener siglos de oraciones, confesiones, alegrías y penas, que pedazos de esas llamadas a Dios aún colgaban en el aire y habían cobrado vida propia.

—Se siente... diferente aquí, ¿no? —Preguntó Jessie, expresando lo que había estado reflexionando.

Estuve a punto de decir que sí, pero no quería hablar de un dios en el que no podía creer, un dios que, si existía, me había abandonado cuando más lo había necesitado.

—Creo que es ese olor, sea lo que sea, que se nos sube a la cabeza.

Jessie me miró, sus ojos se detuvieron en mi cara por un momento antes de sonreír.

—Aceite de crisma —murmuró, apartando la mirada—. Es el bálsamo que hueles.

Me metí las manos en los bolsillos y la seguí mientras se dirigía al frente, donde había un puesto con gradas de velas pequeñas. Encendió una cerilla y se inclinó hacia delante, encendiendo una de las velas. Me miró por encima del hombro.

—¿Quieres rezar por alguien?

Sacudí la cabeza.

—No.

Asintió con la cabeza y se dirigió a uno de los cristales de colores que había cerca.

—Es difícil de creer, ¿no?

—¿Qué? —Mi voz sonó tensa y me aclaré la garganta.

Jessie ladeó la cabeza, sin dejar de mirar el colorido cristal en el que aparecía una mujer con armadura, que supuse que era Juana de Arco, montada en un caballo y sosteniendo su estandarte de batalla. La gente la miraba en oración, una madre sostenía a su bebé hacia la santa guerrera.

—Que una niña que vino aquí a rezar una vez, un día sería representada en las vidrieras. Que una joven campesina analfabeta inspiró a una nación.

—¿Analfabeta? —pregunté, con la voz quebrada de nuevo, los latidos de mi corazón sonando fuerte en mis oídos.

—Mmm —tararé Jessie—. A los hijos de los granjeros generalmente no se les enseñaba a leer en el mil cuatrocientos.

—Oh.

Al oír esta frase, giró la cabeza, con una expresión de preocupación, como si hubiera oído algo en esa palabra que la hizo detenerse.

—Por eso las vidrieras se hicieron tan populares en la Edad Media. Para que la gente sentada en los bancos -muchos de los cuales eran analfabetos- pudiera entender las historias bíblicas.

—Huh. Interesante.

Jessie asintió.

—Sí, y por eso los escritos que estoy traduciendo son tan fascinantes. Juana de Arco tenía unas cuantas cartas transcritas en diferentes momentos, pero no habría podido llevar un diario, no tendría forma de registrar sus pensamientos personales en aquella época; ni probablemente habría tenido a alguien que se los escribiera. Así que verla a través de los ojos de esta chica es... una increíble ventana al pasado y una increíble visión de la mente de una joven que no pudo dejar su propia historia. Tenemos mucha suerte de que tuviera a alguien que la ayudara a hacer lo que no pudo hacer ella misma.

Sus ojos se habían iluminado al hablar, la pasión por su trabajo era evidente, y me encantaba verla así. Pero también me hizo un nudo en la garganta porque me confirmó lo que ya sabía: no había lugar para mí en su vida. Era una mujer que merecía todo lo bueno que la vida podía ofrecerle, incluido un hombre al que pudiera admirar y del que pudiera sentirse orgullosa.

Ese hombre no era yo, y maldita sea si no sentí que un trocito de mi corazón se rompía cada vez que me lo recordaban.

—Nunca, eh, he sido mucho de la iglesia.

—¿No?

—No. Prefiero confesar mis pecados en el fondo de una botella de bourbon.

Se rió suavemente.

—Yo tampoco soy muy de ir a la iglesia. Mi familia no era religiosa.

La estudié mientras miraba de nuevo la ventana. Había notado la reverencia en sus ojos cuando miraba las estatuas, los bancos, los grabados en los cuadros de madera colgados en las paredes. Puede que no sea religiosa, pero parece ser espiritual.

—¿Crees en Dios, Jessie?

Ella ladeó la cabeza, sin responder por un momento. Finalmente, dijo:

—Hay una historia que escuché una vez sobre un hombre religioso que quedó atrapado en una inundación. Se subió al tejado de su casa y confió en que Dios le rescataría. Un vecino se acercó en una barca y le dijo: 'El agua está subiendo. Sube a mi barca'.

»Pero el religioso respondió: 'No, gracias. He rezado a Dios y sé que me salvará'. Un rato después, llegó un equipo de rescate en un bote. 'El agua está subiendo. Sube a nuestra barca'. Pero, de nuevo, el religioso dijo: 'No, gracias. He rezado a Dios y sé que me salvará'.

»Poco después, un helicóptero de la policía sobrevoló el lugar y lanzó una escalera. 'El agua está subiendo', dijeron. 'Agarra la escalera y te llevaremos a un lugar seguro'.

»Pero el religioso respondió: 'No, gracias. He rezado a Dios y sé que me salvará'. Todo este tiempo el agua había seguido subiendo, hasta que pronto llegó por encima del techo y el religioso se ahogó. Cuando llegó al cielo, exigió ver a Dios inmediatamente. Cuando estuvo ante él, le dijo: 'Señor, ¿por qué estoy aquí en el cielo? Te pedí que me salvaras. Confié en que me rescatarías de esa inundación'.

»'Sí, hijo mía, lo hiciste', respondió Dios. 'Y te envié dos botes y un helicóptero de rescate. Pero tú los echaste.

La miré fijamente, con una extraña sensación que se arremolinaba en mi interior, la sensación de que pequeñas hormigas se arrastraban por mi piel. Le dediqué a Jessie una sonrisa irónica.

—De todos modos —dijo Jessie, devolviendo la sonrisa y soltando una risita tímida—. Esa es una especie de mi creencia espiritual resumida en una historia. Tal vez exista algo como Dios o el destino, pero en última instancia, creo que si hay un Dios, ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

No hice ningún comentario. Dios nunca me había ayudado. Dios se llevó a mi madre y me dejó con un monstruo. Dios siempre me había dejado ahogar.

—¿Debemos irnos? —Pregunté—. Estoy seguro de que tienes cosas que hacer para prepararte para tu día de mañana.

—Sí, lo sé. —Caminó los pocos pasos hasta donde yo estaba y tomó mi mano—. Gracias, Callen. Gracias por este fin de semana y por todo lo que has pensado para mí. —Miró hacia abajo, sus pestañas revoloteando contra sus mejillas, y mi corazón dio un lento vuelco—. Nunca lo olvidaré.

—Yo tampoco lo haré, Jessie. —Y nunca se habían dicho palabras más ciertas.

Capítulo Dieciocho

Jessica

Mi corazón se desplomó un poco cuando apareció el Chateau de la Bellefeuille. A pesar de lo magnífica e impresionante que era la estructura, señalaba el final de este glorioso fin de semana y, lo que es aún más desgarrador, el cada vez más escaso tiempo que teníamos juntos en Francia. Cinco días y Callen se iría. ¿Había alguna posibilidad de que quisiera hacer nuestra relación más permanente? Y si así fuera, ¿cómo funcionaría exactamente? Apenas quería permitir que mi mente tratara de encontrar soluciones, pero de alguna manera seguía vagando por ahí. Podía trabajar desde Francia como desde cualquier otro lugar, ¿no? Tendría que desarraigar toda su vida para hacerlo, pero...

—Aquí estamos —dijo Callen, acercándose a la acera. No estaba segura de si me imaginaba la decepción en su voz o si simplemente estaba transfiriendo mis propias emociones a él y escuchando cosas en su tono que no estaban realmente ahí.

El aparcacoches me abrió la puerta y salí, encontrándome con Callen en la acera después de que él recogiera nuestras maletas del maletero y diera la propina al aparcacoches. Entramos en el chateau y caminamos hacia el ascensor. No sabía qué hacer. ¿Era aquí donde nos separábamos, o debía preguntarle si quería ir a cenar? Necesitaba acostarme temprano para estar bien descansada para el trabajo de mañana, pero Callen y yo teníamos muy poco tiempo y quería aprovechar cada momento que tuviéramos. Y me había acostumbrado a su cuerpo junto al mío mientras me dormía, al aroma de su piel mientras me abrazaba con fuerza.

Oh, Jessica, te espera una gran angustia.

—Jessie —dijo Callen, deteniéndose cuando entramos en el vestíbulo principal—. Sé que tienes cosas que hacer y que tienes que trabajar mañana, pero... quédate conmigo esta noche. Te dejaré dormir. Te lo prometo. Yo...

—Sí. —Asentí, exhalando un suspiro de alivio—. Sí.

El alivio que inundó la expresión de Callen hizo que mi corazón diera

un salto, y le di un beso.

Su cuerpo parecía más suelto a mi lado mientras recorríamos la corta distancia que nos separaba del ascensor y luego subíamos al último piso. La moqueta del pasillo era suave bajo mis pies, y me moría de ganas de usar esa bañera suya y remojar mis músculos después de haber estado en el coche la mitad del día. Quizá Callen se uniera a mí. Una sonrisa reservada me hizo ver los labios, y Callen me miró, levantando las cejas cuando llegamos a la puerta de su suite y dejó las maletas para buscar la llave en su bolsillo.

—¿En qué estás pensando exactamente ahora?

Me apoyé en la pared, observándole mientras metía la llave en la cerradura.

—Estaba pensando en esa gran bañera tuya.

Sus ojos se encendieron y sonrió mientras empujaba la puerta, recogiendo las bolsas y señalando con la cabeza hacia la suite, indicando que debía entrar antes que él.

—Me gusta hacia dónde va ese pensamiento. Hablemos más de ello —dijo mientras cerraba la puerta tras de sí. Me limité a sonreír, dirigiéndome hacia el dormitorio, donde me detuve de repente, inhalando una bocanada de aire sorprendida.

Había una mujer semidesnuda tumbada en su cama.

Se me heló la sangre en las venas cuando se sentó y levantó una fina ceja rubia, su boca roja y llena se levantó en una sonrisa divertida, el escaso sujetador negro y las bragas que llevaba no dejaban nada a la imaginación.

—¿Qué demonios estás haciendo en mi habitación, Annette? —Callen gruñó desde detrás de mí.

Sentía los miembros congelados y, sin embargo, el corazón me latía a mil por hora.

¿Quién demonios era Annette? ¿Y por qué estaba prácticamente desnuda y tumbada en su cama como si tuviera todo el derecho a estar allí?

Una docena de imágenes pasaron por mi mente, porque todo esto me resultaba demasiado familiar. ¿Cuántas veces había irrumpido mi madre en habitaciones de hotel en las que había mujeres semidesnudas sentadas en estado de shock, tirando de las sábanas a su alrededor? ¿Cuántas veces habíamos ido mi hermano y yo detrás de ella, con las mejillas encendidas y

los ojos escocidos?

—¿Qué haces en *Francia*? ¿Cómo coño has entrado en mi habitación?
—exigió Callen.

Annette se recostó en la almohada de Callen y se pasó la mano ociosamente por su pecho perfectamente redondo, rozando el pezón a través del encaje del sujetador. Aparté la mirada. Sentía la cara caliente y sabía que debía de estar sonrojada por la conmoción y la humillación.

—Distraje al hombre de la recepción y paso una llave. No sabía que los hoteles aún usaban *llaves*. Es encantador. Oh, deja de mirarme así. Normalmente te alegras mucho de verme, Callen, cariño. Tu entusiasmo suele ser —miró su entrepierna— mayor. ¿Es por ella? Ella puede unirse a nosotros. Hemos intentado todo lo demás, pero no eso. Puedo jugar...

—Cállate, Annette —gruñó Callen de nuevo, tomando una manta del extremo de la cama y lanzándosela—. Y tápate. —Callen me miró, con las mejillas sonrojadas y los ojos llenos de vergüenza—. Jessie... lo siento...

Me quedé mirándolo, con los ojos muy abiertos. No sabía qué decir. No entendía del todo lo que estaba pasando, aparte de que esa mujer era, al parecer, una parte habitual de su vida en Los Ángeles. La cabeza me daba vueltas y me di cuenta de que me resultaba vagamente familiar. ¿Había estado con él en el salón aquella noche en París? En realidad sólo había tenido ojos para Callen, pero ahora que la veía bien, pensé que había estado allí.

¿Pero no había estado con la rubia francesa? ¿La que le había dicho que terminara con la ayuda?

La feliz burbuja en la que acababa de estar no sólo había estallado, sino que había explotado.

Annette suspiró, balanceó las piernas a un lado de la cama y se puso de pie. Se rió.

—La mirada en tu cara, Callen. Como si nunca me hubieras visto desnuda.

Palidecí, con la sensación de que iba a vomitar, y me agarré a la pared para estabilizar mis piernas temblorosas justo cuando sonaron pasos detrás de mí. Vi que la cara de Annette también perdía el color y que su boca se abría y se cerraba antes de que me diera la vuelta y encontrara a un hombre bajito y calvo de pie en la puerta, detrás de nosotras, cuyos ojos se

movían entre las tres.

—Oh, Cristo —escuché decir a Callen.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre.

—Larry...

—¿Te estás follando a mi *mujer*? —El hombre miró fijamente a Callen, con una expresión tensa de ira y lo que parecía una sorpresa horrorizada.

Annette dejó escapar una pequeña tos, agarrando la manta de la cama y envolviéndola alrededor de su cuerpo.

—Larry, querido, es sólo un malentendido —empezó ella, pero él la cortó con una mirada venenosa.

—De todas las cosas asquerosas e inmorales que has hecho —dijo Larry, dirigiendo sus palabras a Callen—. Pensé que incluso tú tenías algunas normas.

Callen cerró los ojos durante un breve segundo, con expresión de dolor. Miró a Larry y luego a Annette, y reconoció la expresión de su cara. La había visto a menudo en la de mi padre. Callen estaba decidiendo si mentir o no. Se pasó una mano por el pelo y dejó escapar un resoplido.

—Sí, me he acostado con Annette en el pasado. Lo siento. No tengo excusa. Ya no. —Así que al final se había decidido por la verdad. Mi padre nunca había tomado ese camino, y sin embargo me di cuenta de que tal vez no hubiera importado. Estando aquí ahora, todavía me sentía enferma y humillada. ¿Era yo la otra mujer a los ojos de Annette? Me sentí así de alguna manera enfermiza y retorcida. Quería salir corriendo de la habitación, o mejor aún, desaparecer.

Larry negó con la cabeza, con la mirada todavía llena de disgusto.

—Te dejé un mensaje de voz para decirte que íbamos a pasar unos días contigo, supuse que te vendría bien algo de compañía. —Me miró—. Pero nunca te ha faltado compañía, ¿verdad? Una puta distracción tras otra.

—No lo hagas. A ella no. —Me miró, con la mandíbula tensa y los ojos en blanco—. Jessie, vuelve a tu habitación.

Me quedé boquiabierta, parpadeando. ¿*Qué demonios*? ¿Me estaba rechazando? ¿Después del hermoso fin de semana que habíamos pasado juntos, después de haber hecho el amor?

¿Por qué no *los echaba*? Volví a mirar a Annette envuelta en una

manta, sus pechos apenas cubiertos, las líneas de su cuerpo perfecto fácilmente visibles con el material envuelto tan apretado alrededor de ella.

Oh Dios, esta es su vida.

Ella es su vida.

De todas las cosas asquerosas e inmorales que has hecho...

Esa era su vida. Repugnante. Inmoral.

Jessie, vuelve a tu habitación.

Si había olvidado momentáneamente que era temporal, *esto* fue un claro y brutal recordatorio. Me di la vuelta sin decir nada, tomando mi bolsa de viaje que aún estaba en el suelo junto a la puerta, y prácticamente salí corriendo de la habitación. No dejé que las lágrimas cayeran hasta que estuve de vuelta en mi habitación. Dejé caer la bolsa al suelo, apreté la espalda contra la puerta cerrada y sollocé.

* * *

La llamada a mi puerta me sobresaltó y me senté en la cama.

—¿Jessie? —escuché que me llamaban suavemente.

Callen.

Me había prometido no ir por él después de lo que había pasado antes, después de que me despidiera. No lo perseguiría. No le rogaría que se disculpara. Por alguna razón, ni siquiera me había planteado que pudiera venir por mí. Me confundió, me desequilibró. Me pasé los dedos por debajo de los ojos, aunque mis lágrimas ya se habían secado, y me puse de puntillas hacia la puerta. Puse las manos sobre ella y apoyé la oreja contra la madera, sin saber qué hacer. Ni siquiera estaba segura de querer verlo ahora.

—Por favor, Jessie. —Su voz parecía estar directamente al otro lado de la puerta, como si él también estuviera apoyado en ella—. Por favor, abre la puerta. Tenemos que hablar. —Di un paso atrás, mordiéndome el labio—. Por favor —repitió.

Suspiré, la cerradura emitió un fuerte chasquido al girarla y abrir la puerta. Él ocupó el marco de la puerta, su gran cuerpo llenando el espacio, su rostro cansado y arrepentido.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Negué con la cabeza, apretando los labios, retrocediendo para que

pudiera entrar. Durante un segundo nos miramos fijamente, el espacio entre nosotros lleno de tensión.

—Esas personas, estaban contigo aquella noche en París en el salón donde trabajaba.

Asintió con la cabeza.

—Él es mi agente, y ella es su esposa.

—Oh. —La palabra fue un susurro, mezclado con la intensa decepción que sentía.

—No le pedí que viniera a mi habitación. Ni siquiera sabía que iban a venir a Francia.

—Dijo que te había dejado un mensaje —dije, cerrando la puerta y apoyándose en ella.

—Estaba contigo, Jessie. Prácticamente olvidé que *tenía* un teléfono... —Sus palabras sedesvanecieron.

Cerré los ojos por un momento. Yo también lo había hecho. Había sentido que estábamos en nuestro propio mundo, un lugar destinado sólo a nosotros. Había tenido miedo devolver al mundo real y me habían dado la razón no más de diez minutos después de poner el pie en el chateau. Si no hubiera estado allí, ¿habría aceptado su oferta?

—¿Estás... teniendo una aventura con ella?

Hizo una mueca.

—No, eso no es... Es... —Se masajeó la nuca, con un aspecto totalmente miserable. Después de un momento, sacudió la cabeza—. He hecho tantas cosas de las que me avergüenzo, Jessie. Odio las cosas... —Volvió a sacudir la cabeza, como si no tuviera palabras. El momento se extendió entre nosotros. *No tengo excusa*, había dicho antes. Al menos se había dado cuenta. Sin embargo, todo el episodio se había sentido tan... bajo.

Despreciable. Inmoral, como había dicho su agente. No quería ver a Callen de esa manera. Sabía que se había acostado con muchas mujeres. Sabía que bebía. Incluso me había dicho por qué, y yo había intentado entenderlo. Pero esto... me hizo sentirme avergonzada de él, asqueada, y me dolió. Siempre había sido mi príncipe, primero en mi imaginación, luego en mi memoria, y ahora en mi corazón. Lo amaba. ¿Pero esto?

—¿Tienen hijos? —Pregunté, desviando la mirada. Mi voz sonó plana.

Hizo una pausa, estudiándose, con una expresión tan triste que me hizo estremecer el corazón. No quería sentirme mal por él. Él era el villano aquí.

—No.

¿Eso lo hizo mejor? ¿Importaba? ¿O estaba haciendo esto sobre mí? ¿Sobre mis propios recuerdos dolorosos?

—Dios, no me mires así, Jessie —roncó—. Nunca mentí sobre la vida que llevaba. Nunca te prometí nada que no pudiera cumplir. Estuviste de acuerdo con esto. Sin promesas. Sin arrepentimientos.

—Lo sé —dije suavemente—. Es que... —Me encogí de hombros, un gesto de timidez. Me sentía muy tierna y cruda—. Siempre has sido mi príncipe, Callen —admití, expresando el pensamiento que acababa de tener, dejándole entrar en mi corazón—. Me duele verte como cualquier otra cosa. Después de este fin de semana esperaba...

—Para. No puedo ser tu príncipe, Jessie. Tienes que verlo. —Callen juró en voz baja, dándose la vuelta.

Mi corazón se contrajo de dolor. ¿Lo vi después de lo que acababa de vivir arriba? Tal vez. Pero me estaba costando mucho separar al hombre con el que había pasado el fin de semana de *este* hombre. No podía fusionar al hombre que me había traído a una iglesia vacía en medio de la nada simplemente porque sabía que me fascinaría con este hombre que parecía sin moral ni conciencia, un hombre que podía herir a la gente tan fácilmente y de forma tan egoísta.

—Supongo que... yo... esperaba que decidieras que no quieres vivir así, rodeado de gente superficial, convirtiéndote tú mismo en uno, tomando decisiones que te hacen sentir avergonzado, como veo que haces ahora. Sé que sentiste lo mismo que yo este fin de semana, Callen. Estuve allí. Te vi. Ese hombre de arriba hace unos minutos, no eras tú. O al menos... no tiene que serlo. Ya no. —Me acerqué a él, pero no me devolvió la mano.

—Te equivocas —dijo, su voz un susurro ahogado. Dejé caer mi mano, con el dolor irradiando a través de mí—. Dios, Jessie, si pudiera cambiar por alguien, sería por ti. No quiero ser ese hombre. Pero es en lo que me he convertido. Es lo que tengo que ser.

Se echó atrás, con una expresión de agonía tan grande que sólo pude mirar con consternación. Si se sentía tan molesto como yo, si no *quería* ser

esa persona, ¿por qué estaba haciendo esto?

—¿Qué...? ¿Por qué? ¿Por qué tienes que ser alguien que detestas?

Callen suspiró y se apartó de mí, dirigiéndose hacia la ventana, donde corrió la cortina y se quedó mirando el jardín. Su postura era rígida, sus hombros estaban tensos y permaneció en silencio durante tanto tiempo que estuve a punto de acercarme a él. Pero algo me retuvo. Sentí una gran expectación, como si estuviera sopesando si debía compartir algo conmigo, como si intentara reunir alguna fuerza interior. Así que esperé, sin apenas respirar.

—No sé leer —dijo, las palabras tan silenciosas que casi me cuestioné si las había escuchado correctamente. Mi corazón empezó a latir rápidamente y mi mente se llenó de confusión. Se giró hacia mí, con una vulnerabilidad tan desnuda en sus ojos que aspiré un grito ahogado—. No puedo leer libros, ni menús, ni carteles. No puedo leer textos ni correos electrónicos. No pude dejarte una nota en las vías del tren cuando éramos adolescentes porque no puedo escribir una puta carta, ni siquiera una.

Espera... ¿qué?

Me sentí congelada por la conmoción, mi mente se arremolinó para tratar de reunir cualquier pista que pudiera decirme. No pude pensar en ninguna.

—Yo... no lo sabía.

—Soy bueno en ocultarlo. He hecho de ocultarlo mi otra carrera, Jessie.

Me acerqué, atraída por él, por el dolor de su rostro y por la forma en que se veía tan solitario de pie frente a la ventana. La luz creaba un halo a su alrededor, con el pelo oscuro cayendo sobre su frente.

—¿Pero cómo, Callen? No lo entiendo.

Miró a un lado por un momento, metiendo las manos en los bolsillos y encogiéndose de hombros, el movimiento apenas perceptible.

—Tuve muchas dificultades en la escuela cuando era niño. Las letras... no podía entenderlas. Al final me diagnosticaron un problema de aprendizaje, pero —sacó la mano del bolsillo y se apartó el pelo de la frente—, aun así, era muy difícil. El colegio pagaba a un tutor para que viniera a casa, pero mi padre miraba, y me ponía tan jodidamente nervioso que no lo intentaba, y luego me hacía el remolón. —Suspiró, el sonido

estaba lleno de tal cansancio que hizo que mi corazón se atrapara.

»Muy pronto me di cuenta de que si mi padre se frustraba lo suficiente, ponía fin a la lección y luego arremetía contra mí físicamente. Prefería el maltrato físico a la humillación de no poder entender las letras.

—Oh, Callen —respiré, las lágrimas brotando de mis ojos—. Eso es lo que querías decir, hace tantos años, cuando decías que no te importaba que te pegaran.

Su asentimiento fue tembloroso.

—Sí. Ser golpeado fue mejor que los nombres que me llamó. *Idiota. Retrasado. Decepción.* Ser golpeado era mejor que sentirse constantemente como un fracaso inútil.

—Y... las palabras que escuchas repetidas en tu cabeza, ¿es él quien te insulta porque no sabes leer? Todas las alabanzas, todos los elogios, y sin embargo sólo le oyes a él. —Me detuve un momento y miré su expresión de desamparo—. Te roba la magia.

—Sí. —La palabra salió en el susurro de una respiración—. Es por lo que no puedo estar solo. Por qué haría *cualquier cosa* para no tener que estar solo. Porque cuando estoy solo, él es todo lo que escucho en mi cabeza.

Me acerqué a él, sin poder contenerme, a pesar de que muchas cosas seguían pesando mucho en mi corazón. Dejarlo allí solo después de que me contara el secreto que había guardado durante tanto tiempo era insoportable. Rodeé su cintura con mis brazos, apoyando mi cabeza en su pecho y apretándolo contra mí. Sus manos subieron, enredándose en mi pelo, y apoyó su barbilla sobre mi cabeza.

—Jessie —suspiró.

Después de un minuto, levantó la cabeza y yo incliné la mía hacia atrás para mirarlo.

—Siento lo de hoy. Siento que te hayas enfrentado a lo peor de mí. Estoy tan jodidamente avergonzado. Pero ves, no soy tu príncipe y nunca podré serlo. No podría escribirte una carta de amor aunque mi vida dependiera de ello. Ni siquiera puedo escribir mi propio nombre. Sólo... te avergonzaría.

—Nunca me avergonzarías, Callen, y puedes aprender. Ahora eres un hombre, no un niño asustado que teme decepcionar a su padre. Podrías

contratar un profesor particular si quisieras. Lees notas y símbolos musicales. Si puedes leer eso, también puedes aprender a darle sentido a las letras.

Me quitó los brazos de la cintura y se apartó, negando con la cabeza.

—No. No es lo mismo.

—¿Cómo?

—No lo sé con seguridad. Tal vez sea una cosa de cerebro derecho/izquierdo. Tal vez soy una anomalía. No tengo ni idea. No es que pueda investigar este tipo de cosas. —Desvió la mirada un momento—. Aquel día en el furgón cuando me enseñaste la música de tu libro, fue como... —Su cara se torció como si le costara explicarlo, incluso a sí mismo—. Era como si las notas tuvieran un peso real, con sus fondos redondos y pesados y el pentagrama ligero en la parte superior. Su forma... las anclaba al papel, y no se retorcían y giraban y volaban como las letras y los números. —Sacudió la cabeza—. No puedo explicarlo, Jessie, pero leí esas notas. Se me quedaron grabadas en el cerebro, y cuando las miré al día siguiente, tenían el mismo aspecto que el día anterior y recordé sus nombres.

La emoción me obstruyó la garganta y apenas pude hablar. *Oh, Callen.*

—Es... quiero decir, ojalá lo hubiera sabido. Ojalá hubiera entendido lo importante que era ese libro de música para ti. Te habría traído todos los que hubiera podido conseguir.

Sonrió, y fue suave, dulce, un poco triste.

—Sé que lo habrías hecho. Pero el teclado me ayudó aún más, sobre todo cuando pude ponerle un sonido a la nota. De alguna manera, escuchar cómo sonaba el símbolo lo consolidó en mi cerebro. Me obsesioné con la música, con cómo encajaban las notas, cómo se complementaban, cómo una cadena de ellas cambiaba su sentimiento. Yo...

Sacudí la cabeza con asombro. Dios, ¿acaso creía que cualquiera podía haber aprendido a leer música, a tocar en un viejo teclado, a componer música que llegaba directamente al alma de las personas?

—Eres un genio, Callen. Eres un genio de la música.

Se rió, pero no le hizo mucha gracia, más dolor que frivolidad.

—No soy un genio. Soy un...

—No lo hagas. —Me adelanté, poniendo dos dedos contra sus labios,

deteniendo sus palabras—. No te atrevas a decirlo. No repitas lo que te ha dicho. —Dejé caer mi mano, negando con la cabeza—. No es su voz la que oyes en tu cabeza, ¿verdad? Es *la tuya*. Es *tu voz*, repitiendo las palabras que una vez te dijo, reforzándolas. Sigues creyendo que son la verdad, por eso siguen teniendo tanto poder.

Abrió la boca y luego la cerró, sus ojos se movieron sobre mi cara. Dejó escapar un suspiro tembloroso.

—No lo sé. Ya ni siquiera lo sé.

—Son mentiras, Callen, y siempre lo fueron. Mentiras contadas por un hombre cruel y sin corazón a un niño asustado e impresionable. Tienes que creerlo para que desaparezcan.

Se pasó una mano por el pelo, suspirando antes de dejar caer los brazos a los lados.

—Aún así nunca aprenderé a leer, Jessie.

Estaba equivocado, pero lo dejé pasar por el momento. Tendría que encontrar el valor para intentarlo. Yo no podía hacerlo por él. Volví a dar un paso adelante, poniendo las palmas de las manos en su pecho, inclinando la cabeza para mirarle a la cara.

—Entonces escíbeme cartas de amor con tu música. Escíbeme canciones que hagan que me duela el corazón y me llene el alma. Si... si tienes sentimientos por mí, exprésalos a través de tus canciones. No me importa. Pero no vivas una vida que no quieras llevar. No te conviertas en algo que no quieras ser. No eches por la borda lo que tenemos porque no te sientas digno de mí.

—No soy digno de ti. ¿Cómo te sentirás cuando tengas que *leerme* cosas constantemente? ¿Qué tan aburrido será para ti estar con un hombre que no puede hablar de historia, o de cualquier política que no sea la que veo en las noticias de la noche, o, diablos, incluso el meme del que todos se ríen excepto yo porque no tengo ni puta idea de lo que dice?

Suspiré.

—Callen, hay libros grabados, o documentales, si realmente te interesa la historia. Creo que probablemente lo sabes, y habrías escuchado o visto antes si realmente quisieras. Si no te sientes obligado a aprender sobre historia, no lo hagas por mí. Eso no me importa. Quiero escuchar lo que piensas sobre los colores del atardecer que entra por nuestra ventana y

cuáles son tus ideas sobre el destino. Quiero oír lo que hay en tu corazón y la forma en que ves el mundo que te rodea.

—Ah, Jessie —respiró, con sus ojos suaves mientras me miraba. Me atrajo hacia él, y durante unos minutos nos quedamos así, con mi oído pegado a su pecho mientras escuchaba el constante latido de su corazón, sus labios en la parte superior de mi cabeza.

Cuando finalmente nos separamos, suspiró.

—Es que... no sé. Te lo mereces todo, y yo quiero ser el hombre que pueda dártelo, pero... no lo soy.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Estaba equivocado. Lo amaba, y no me importaba que no supiera leer, no me importaba que hubiera mentido al respecto. Ahora entendía tan bien a mi príncipe roto. Todo había encajado en su sitio. Pero nada de lo que sentía importaba. Lo que yo sabía, lo que yo creía, no cambiaba un ápice si él mismo no lo creía.

—Por favor, no estés tan triste, Jessie. Todavía tenemos un poco de tiempo. No lo desperdiciemos.

Un poco de tiempo.

Volvimos a eso. Era todo lo que estaba dispuesto a darnos, y yo quería más. Lo quería, pero de repente estaba muy confundida. Esperaba que pudiéramos resolver algo, pero ahora no podía ver el panorama con claridad. Era brumoso y estaba lleno de caminos que terminaban de repente, desvaneciéndose en la nada. Dios, ¿cómo iba a despedirme cuando no quería hacerlo, cuando lo quería en mi vida y él aún no creía que debía estar ahí?

Un poco de tiempo.

Un puñado de días.

No era suficiente.

Era todo lo que tenía.

Capítulo Diecinueve

Callen

El ardor del licor era una distracción bienvenida de mis pensamientos, aunque sólo fuera momentánea. Si bebía lo suficiente, los embotaría por completo, pero eso significaría que probablemente me desmayaría y perdería toda una noche con Jessie cuando nos quedaban tan pocas: cuatro para ser exactos.

Todavía estaba completamente asqueado de mí mismo, por la visión de cerca que Jessie tenía de la vida de libertinaje que había estado viviendo. *Annette. Maldito Cristo.* Me sentí como si hubiera manchado la pureza de Jessie sólo por haber presenciado esa horrible escena. No sólo eso, sino que había clavado un cuchillo en el mismo lugar que ella me había confiado que era el más tierno dentro de ella. Sabía lo que se sentía, y me odiaba por habérselo hecho a Jessie.

Suspiré, pasándome las manos por el pelo, repasando lo que nos habíamos dicho en su habitación la noche anterior. Jessie sabía que yo no sabía leer y no me había rechazado inmediatamente. El conocimiento cantó en mi alma y sin embargo... la vergüenza familiar *todavía* resonaba en el fondo, ahogando el alivio. Había mentido durante tanto tiempo que no creía tener el valor de vivir la verdad abiertamente, ni siquiera podía imaginar lo que se sentiría al no tener que cubrirme en un millón de pequeñas cosas que nunca podría anticipar hasta que realmente sucedieran.

Me había convertido en un maestro del engaño, había perfeccionado mi habilidad para mentir en el acto, para distraer, para desviar. Y era jodidamente agotador. A estas alturas me había acostumbrado a las mentiras, pero ahora que Jessie lo sabía, ¿qué se sentiría al mentir *delante* de ella y saber que entendía lo que estaba haciendo? ¿Qué tipo de vergüenza inspiraría eso? ¿Mentir constantemente frente a alguien que respetabas y que *sabía que* estabas mintiendo? Y si ella viera la destreza con la que lo hacía, ¿lo entendería o acabaría mermando la confianza que pudiera tener en mí? ¿Cómo podía confiar en alguien que le recordaba a la persona que más le había herido?

Tomé otro sorbo de alcohol, frustrado y confundido por mis propios

pensamientos sin rumbo.

Había tenido la tentación de quedarme en mi habitación durante todo el día, esperando a Jessie, pero me había sentido encerrado. La música no sonaba en mi cabeza. No se podía escribir, y me apetecía un trago. Había llamado a Nick, y él había estado trabajando, pero había dicho que me encontraría en el bar a las cinco. Había bajado a las cuatro y llevaba cuarenta y cinco minutos tomando la misma bebida. Alguien se rió a carcajadas desde el otro lado de la barra, y yo miré a la pareja mayor y luego a mi alrededor, esperando por Dios que Larry no estuviera cerca.

Realmente no había mucho que decirle el día anterior y no había nada que decir ahora.

¿De qué sirve pedir perdón si no se borra la traición? Y en cuanto a él, aparentemente había decidido que no había razón para perder su tiempo gritándome a mí o a Annette. ¿Quién querría los hechos de cuándo y con qué frecuencia de todos modos? *Joder.*

Sabía que Annette se había marchado en el primer vuelo de Francia y que Larry se iba al día siguiente. No tenía ni idea del estado de su matrimonio después de lo que había pasado en mi habitación. De todos los momentos repugnantes de mi vida, ése se llevaba la palma. Exhalé un suspiro, el recuerdo hizo que otro destello de asco reverberara en mí.

Ni siquiera sabía si todavía tenía un agente en ese momento, o si quería la representación de Larry. O de cualquier otra persona para el caso.

Larry era muy bueno en lo que hacía y tenía los mejores contactos en el negocio, pero le había visto apuñalar a suficiente gente por la espalda como para saber que tampoco podía confiar plenamente en él. *Al igual que él no podía confiar en mí, obviamente.* Por desgracia, me había metido en todo ese estilo de vida porque para alguien como yo era más fácil rodearse de gente que miraba fácilmente hacia otro lado, que no hacía preguntas profundas, que sonreía y asentía ante excusas endebles y comportamientos más endebles. Y así me había convertido en uno de ellos.

Al salir de mi habitación de hotel, Larry me había hablado de una entrevista con un programa de televisión francés, de la que *sería increíblemente imbécil si intentara salir.* La mirada final de disgusto me dijo que *ser imbécil* era decir poco. El hecho de que me programara para trabajar mientras yo estaba de vacaciones era una mierda, pero no estaba en condiciones de decir que no. No después de lo que Larry había visto.

—Bueno, mira quién ha vuelto. —Nick se deslizó en el taburete junto a mí y levantó una ceja mientras miraba mi bebida—. Pensé que era la hora feliz. Y si lo es, ¿por qué pareces tan condenadamente infeliz?

Mostré los dientes en lo que esperaba que fuera una sonrisa decente.

—¿Cómo es esto?

Se estremeció.

—Nada bien.

Eso provocó una carcajada. Pero luego me quejé, dando otro sorbo a mi bebida. El camarero se acercó y Nick pidió una cerveza antes de volver a mirarme.

—¿Qué pasa, Cal? Esperaba que volvieras de tu fin de semana romántico con un resorte en el paso y una sonrisa en la cara. Toda esa investigación sobre tours de vino y museos, jardines franceses y lugares para desayunar... ¿Toda esa planificación y no salió bien?

Me quedé mirando mi bebida, permitiéndome revivir el fin de semana, sólo por un momento. Jessie y yo no habíamos conseguido salir de la cama el tiempo suficiente para hacer la mitad de lo que había planeado. Y había sido... increíble.

—Ha ido demasiado bien. Todo es... repentinamente complicado.

La bebida de Nick fue colocada frente a él, y tomó un largo sorbo.

—Ah. Ya veo.

Incliné la cabeza, mirándolo de reojo. Lo hizo. Siempre lo había hecho. Por eso había empezado a apartarlo cuando había empezado a traer gente a mi vida como Larry y Annette. Giré la cabeza, mirando hacia la barra, reuniendo valor.

—Nick, ¿por qué nunca me envías mensajes de texto? —Eso y cientos de otras pequeñas cosas que había fingido no notar.

Sólo hubo silencio, pero en lugar de levantar la vista, doblé la servilleta de cóctel que tenía delante una vez, y luego otra, convirtiéndola en un pequeño cuadrado.

—¿Quieres que lo diga? —preguntó Nick en voz baja.

Exhalé un suspiro.

—No. —Hacía tiempo que sabía que no sabía leer. Era una verdad tácita entre nosotros. No estaba seguro de cómo había conectado los

puntos por primera vez, pero había estado conmigo antes de que tuviera suficiente dinero para contratar a gente que leyera mis contratos, antes de que tuviera los fondos para programas de ordenador y teléfonos en los que pudiera descargar aplicaciones. Se había dado cuenta, y como era obvio que yo estaba avergonzado, nunca dijo una palabra. Se limitó a ayudarme cuando y donde podía.

—No hay nada de qué avergonzarse, Callen.

No contesté, y después de un momento preguntó:

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué las cosas se complican de repente? Podrías decíselo, ya sabes.

—Lo hice.

Le miré y tenía una expresión de auténtica sorpresa.

—¿Cómo ha reaccionado?

Sacudí la cabeza.

—Dice que no le importa. Y ahora mismo probablemente no lo hace, pero eso es porque no ha considerado todas las formas en que la afectaría, incluso probablemente todas las formas en que *me afecta a mí*. —No tenía forma de saber lo que era una lucha, sabiendo que sería más fácil decirle a la gente la verdad, pero también entendiendo que podría estar pidiendo que se aprovecharan de ella. No tenía ni idea de que ser analfabeto no sólo me hacía sentir estúpido, sino que me hacía sentir vulnerable. Había cosas que otros podrían creer que lo hacían más fácil, como la conversión de voz a texto, pero también estaban llenas de trampas. Debería saberlo; el autocorrector me había dejado en ridículo demasiadas veces. Así que había abandonado cierta tecnología. Prefería parecer maleducado por no responder de inmediato que como el idiota que era.

—De acuerdo. Así que... ¿qué? ¿Estar solo para siempre? ¿Beber demasiado, acostarte con cualquier mujer que se cruce en tu camino, enjuagar y repetir hasta que tu hígado se rinda o se te caiga la polla? Suena como un plan infernal.

No pude evitar la risa que me subió a la garganta.

—Cuando lo pones así...

—Exactamente. —Nick suspiró—. Triste, solitario, y sin sentido. No

es la manera de vivir, ni de morir.

—Entonces, ¿qué hago? Vive al otro lado del mundo.

Se encogió de hombros.

—Esos son detalles que tendrán que resolver ustedes dos. Todo lo que sé, Cal, es que no he visto tus ojos brillar con otra cosa que no sea intoxicación desde hace mucho, mucho tiempo. Y tenía miedo de no volver a verlo. —escuché la tristeza en su voz y me hizo estremecer. Había visto el camino de la destrucción en el que me encontraba desde hacía tiempo y había intentado desviar mi atención. No le había escuchado. Había hecho todo lo posible para apartarlo, para cerrarle el paso.

Tomé un sorbo de mi bebida.

—No has tenido tiempo de venir a este viaje conmigo, ¿verdad?

Había estado trabajando casi todo el tiempo que habíamos estado aquí.

—Siempre tengo tiempo para ti, Cal.

Le sonreí. Sí, siempre lo había hecho. Incluso cuando no lo hacía, *sacaba* tiempo. El único que realmente lo hacía.

—Siento haber sido tan mal amigo últimamente, hombre.

Nick tomó un trago de cerveza.

—Consigue la siguiente ronda y te perdonaré.

Me reí, pero terminó en una mueca. Le debía mucho más que eso. Mucho más.

—Gracias.

Compartimos una copa y charlamos, el ambiente se fue animando, y al cabo de quince minutos, sentí que alguien se deslizaba a mi lado y miré a mi derecha. La chica sonrió y por un segundo no pude ubicarla, pero luego la recordé de la primera noche que había llegado, la misma noche que Jessie había aparecido en este mismo bar. La chica sonrió tímidamente.

—Hola de nuevo.

—¿Cómo estás?

—Estamos bien. —Su amiga se inclinó alrededor de ella y nos saludó, y al ver el asiento vacante junto a Nick, caminó detrás de nosotros y se acomodó en él. Extendió su mano y comenzó a presentarse a Nick.

—Esperaba volver a verte esta semana —dijo la chica. Joder, no podía recordar su nombre. El camarero se acercó y ella pidió un martini de

chocolate mientras yo buscaba su nombre en mi cerebro. ¿Había sido registrada alguna vez?

—Sí —dije después de que el camarero se apartara para preparar su bebida—. He estado trabajando mucho, y pasando tiempo con amigos.

—Amigos. Eso se sentía mal. Pero si Jessie no era una *amiga*, ¿qué era?

—¿Trabajando? Creía que sólo estabas aquí de vacaciones. ¿Estás componiendo algo nuevo?

—Sí. Estoy trabajando en una partitura para una película. —¿Quién hubiera imaginado que me presentaría aquí, sufriendo un terrible caso de bloqueo de escritor, y que una semana después estaría en medio de una pieza que sospechaba -esperaba- que podría ser una de las mejores cosas que había escrito? Jessie. Fue por Jessie.

—¡Qué emocionante! —dijo la chica, poniendo su mano en mi brazo, la señal que yo sabía que significaba que podía llevarla a mi habitación si quería. No lo hice.

Retiré mi brazo de debajo de su mano justo cuando el camarero le puso la bebida delante, y ella me levantó la copa.

—Por tu última obra maestra. —Tomó un sorbo de su martini.

—Te lo agradezco. —Bueno, esto era incómodo. Sabía que ella tenía una agenda, y yo no estaba interesado. *Y nunca tuve que molestarme con una pequeña charla antes.* Abrí la boca para excusarme, pero ella empezó a hablar antes de que yo pudiera.

—Mis amigos y yo hemos hecho mucho turismo —siguió—. Hay mucho que hacer en el Valle del Loira. Es precioso. —Tomó otro trago de su cóctel y luego inclinó la cabeza, sonriendo coquetamente—. Todavía no he podido disfrutar del jacuzzi.

Solté un suspiro con una sonrisa incómoda.

—Escucha, ah... —Levanté la vista y vi a Jessie de pie en la puerta del bar, mirándome con una expresión de sorpresa y dolor simultáneamente. No había esperado que saliera del trabajo hasta dentro de media hora o así, pero me alegré tanto de verla que me puse en pie en un instante. Comenzó a caminar hacia mí, con el cuerpo rígido, como si se sintiera insegura—. Tengo que irme —murmuré a la chica que estaba a mi lado.

—¿Espera? ¿Ya? Esperaba que pudiéramos...

—Lo siento. —Me volví hacia el camarero—. Cargue todo esto a mi

habitación —dije, indicando a Nick y a las dos chicas. El camarero asintió, y dejé una propina—. Nick, ¿te ve en la cena?

—No. No puedo esta noche. ¿Desayuno?

Le hice un gesto con la cabeza y salí de entre los taburetes, observando el mohín en la cara de la chica con la que había estado hablando, y me dirigí hacia Jessie. Ella me dedicó una sonrisa incómoda y saludó a Nick.

—Hola —dije—, ¿qué tal el trabajo?

Jessie miró detrás de mí en la barra.

—No tienes que irte si estabas...

—Te estaba esperando. Sólo a ti, Jessie.

Me dedicó una breve sonrisa.

—De acuerdo. Bueno, entonces, ¿vamos?

La tomé de la mano mientras nos dábamos la vuelta. Echó una rápida mirada detrás de nosotros, con una expresión preocupada por un momento, antes de dedicarme otra sonrisa que no llegaba a sus ojos.

Capítulo Veinte

Jessica

En el año de nuestro Señor, 1429, a los veintiún días de julio

Volvemos de la coronación del rey Carlos VII, victoriosa en gran parte gracias a la valentía de Jehanne al dirigir nuestras tropas hacia la victoria. La celebración fue un espectáculo para la vista, y aunque me vestí como yo mismo con todas las galas que me son familiares, me sentí de alguna manera... no yo mismo en absoluto. He cambiado, y no estoy segura de cómo volver a cambiar, ni siquiera de si deseo hacerlo.

Mi padre me presentó a varios caballeros de la corte y me dijo que simplemente está esperando la oferta más ventajosa para mi mano. Mi corazón se hundió al saber que esto es a lo que volveré cuando mis deberes hayan terminado: un matrimonio sin amor y una vida de fingimiento.

Vi a Olivier escondido detrás de las columnas y bebiendo demasiado vino mientras me veía bailar con un caballero aristocrático tras otro. Bailé y me reí, pero no pude dejar de pensar en el beso que el capitán y yo compartimos antes de que me soltara y volviera al campamento, dejándome enfadada por haberse tomado tales libertades y, en cierto modo, insatisfecha por haber terminado nuestro beso. Por eso, cuando me arrastró detrás de una columna y se apretó contra mí, plantando de nuevo sus labios sobre los míos, no lo detuve. De hecho, debo admitir que lo alenté y le devolví el beso con mucho fervor. Estaré totalmente arruinada si se descubre que me he comportado de esa manera, y nada menos que con un militar, y sin embargo no parece importarme. ¿Qué estoy haciendo? Olivier y yo no tenemos ninguna esperanza de futuro, ninguna, y sin embargo deseo que me toque de una forma que me aterra y me emociona.

Estoy casi agradecida de estar de vuelta en el campamento, donde las reglas son diferentes, donde todavía estoy jugando un papel y sin embargo soy de alguna manera más libre. La atención se centra, una vez más, en la estrategia de guerra y en si es mejor presionar nuestra ventaja y tomar París. Olivier dice que está de acuerdo con la afirmación de Jehanne de que deberíamos, aunque Charles vacila, influido sin duda por la opinión de su corte. A veces estoy tan cansada de toda esta guerra, que creo que podría gritar. ¿Por qué debería Dios preocuparse por nuestra victoria? ¿No hay soldados ingleses en sus tiendas ahora mismo rezando al

mismo Dios? ¿Por qué debería responder a algunas oraciones y no a otras? Jehanne dice que hago las preguntas equivocadas, pero no sé cuáles son las correctas. Tal vez si pudiera dejar de cuestionar como ella, mi mente encontraría la paz. Tal vez Dios intente llevarnos a todos a la paz, pero si nadie más que Jehanne tiene fe en su llamado, estamos destinados a fracasar. Porque una chica no puede salvar a toda una nación por sí misma, por muy devota que sea. De hecho, una chica no puede salvar a nadie -ni a un país, ni a un hombre- si no creen tan firmemente como ella.

Estaba soñando de nuevo. Esta vez supe lo que soñaba porque gemía suavemente, el sonido que haría un niño, y apretaba las sábanas con las manos.

Yo también había soñado con la traducción en la que había trabajado ese mismo día. Soñaba con coronaciones y besos secretos, con tropas de guerra y campamentos militares, y con una joven que intentaba navegar por todo ello. Pero sus gritos me habían despertado, y ahora mi sueño se desvanecía como la niebla de la mañana.

—Callen —susurré, sacudiéndolo suavemente—. Callen, despierta. Estás soñando. —Se agitó ligeramente, girando la cabeza como si hubiera recibido un golpe repentino en la mejilla, y sus ojos se abrieron de golpe. Parpadeó en la escasa luz de mi habitación, la realidad se hizo presente, las sombras de sus ojos se desvanecieron cuando soltó un largo suspiro y me acercó.

Pasé mi mano por su mejilla, sintiendo la aspereza de su mandíbula. Tenía que ser casi de día. Tuve que apartarme para mirar el reloj de la cama y no quise apartarme de él, ni siquiera por un segundo.

—¿El mismo sueño? —pregunté.

—Sí. El mismo sueño.

—Ya no puede hacerte daño —susurré. Sólo que le *estaba* haciendo daño, ¿no? ¿Cómo podía ayudarle a dejar de permitir que las palabras de su padre envenenaran su mente?— Sus palabras son mentiras. —Me acerqué más, tirando de él con fuerza, sintiendo el rápido latido de su corazón contra mi hombro. Al cabo de unos minutos, se ralentizó y su cuerpo se relajó.

—Ven a vivir conmigo, Jessie —susurró contra mi pelo.

Mis ojos parpadearon y eché la cabeza hacia atrás.

—Vivir contigo? ¿En Los Ángeles?

—Sí.

Me recorrió un resplandor de felicidad, pero también una sacudida de inquietud.

¿Mudarse a Los Ángeles, donde la vida a la que me había enfrentado en su habitación de arriba estaba por todas partes a su alrededor?

—¿Por qué estás tan callada? —Había vulnerabilidad en su voz, y me di cuenta de lo difícil que debía ser hacer la pregunta. ¿Estaba sugiriendo que iba a cambiar? ¿Cambiar su estilo de vida por mí? Es lo que quería, ¿verdad? ¿Por qué me sentía tan insegura? Porque sus palabras de ayer todavía estaban muy frescas en mi mente. *«Dios, Jessie, si pudiera cambiar por alguien, sería por ti. No quiero ser ese hombre. Pero es en lo que me he convertido. Es lo que tengo que ser. Si pudiera cambiar...»*

—Es que... mi trabajo está aquí.

—Pero es temporal, ¿no?

—Sí. Pero esperaba que condujera a algo permanente.

—Entiendo lo mucho que te gusta tu trabajo. ¿Pero no podrías trabajar también en Los Ángeles? ¿No hay trabajos de traducción allí?

Había cosas que podía hacer allí, supuse. Podría enseñar, tal vez, o traducir libros...

Suspiré. No era exactamente mi sueño. Pero Callen *era* mi sueño... Siempre lo había sido.

—Te daría de comer chocolate francés —susurró, inclinándose y rozando sus labios sobre mi frente. Podía sentir la sonrisa que llevaba, y podía sentir cuando se desvanecía. Su aliento se empañó sobre mi piel—. La música suena cuando estoy contigo.

—¿Y si se detiene de nuevo? ¿Incluso cuando yo esté allí? —Pregunté. *Por favor, no me quieras sólo por esa razón. Ámame, Callen. Ámame y podría seguirte a cualquier parte.*

—Yo... ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿volverás a otras mujeres si no puedo hacer que la música siga sonando para ti?

Se quedó callado durante unos largos momentos.

—No he mirado a otra mujer desde que estamos juntos, Jessie. Ni

siquiera he *pensado* en otra mujer. Ni una sola vez.

Eso no era exactamente una negación.

—Lo sé —dije en voz baja. Sentí que algo en mi interior me apretaba, un dolor familiar, el mismo malestar que había sentido cada vez que se abría la puerta de una de esas habitaciones de hotel y el sonido de los sollozos de mi madre llenaba mis oídos. Oh sí, yo también tenía mis propios fantasmas. Y puede que la vacilación de Callen se debiera a su vacilante confianza en *sí mismo*, pero ¿cómo iba a colgar todas mis esperanzas en él -volver a cruzar el mundo- si no era capaz de asegurarme su fidelidad? Si no podía confiar en sí mismo, ¿no sería yo una tonta si confiara también en él?— Podrías mudarte a Francia —dije, con la esperanza clara en mi voz—. Puedes componer desde cualquier lugar.

Se quedó callado otro momento.

—No es eso. Es que... conozco L.A. Conozco las calles y las tiendas, cómo llegar a los sitios, dónde ir a por las cosas. Tengo gente que lee los contratos por mí y restaurantes en los que sé qué pedir. Trabajo con directores que conocen mi estilo, lo que consideran mis manías, y se sienten cómodos interpretando las cosas que no escribo en mis partituras. Sería... empezar de nuevo en muchos sentidos. Sería dependiente y trabajaría con dos idiomas que no sé leer, en lugar de uno solo.

Allí se siente seguro. A salvo del descubrimiento de ser analfabeto. Aunque la seguridad también puede ser un tipo de prisión. Un muro tras el que esconderse—. Lo hiciste muy bien cuando nos fuimos de fin de semana, sin embargo. Nunca habías estado en ninguno de esos lugares.

—Lo hice bien porque Nick me ayudó.

—¿Nick... lo sabe? —Pregunté.

—Sí.

Me sorprendió. Tenía la impresión de que no lo había compartido con nadie más que conmigo. Pero, claro, tendría que haber unas cuantas personas que lo supieran... sus amigos de confianza, quizá incluso su secretaria, las personas que contrataba y que sabían que debían ser discretas... Aun así, tener que depender de tanta gente en lugar de uno mismo, qué carga llevar.

—Puedes aprender a leer, Callen. No estás desahuciado porque tu padre dijera que lo estabas. Deja de repetir sus palabras. *Demuestra* que

estaba equivocado. —*Lucha. Ve a labatalla aunque tengas miedo.*

—¿Y si no puedo? ¿Demostraré eso que tenía razón? —Rodó lejos de mí, girando sobre su de espaldas y mirando al techo.

Lo observé con poca luz, la belleza de su perfil, la forma tensa en que sostenía su mandíbula. Así que era eso. Ese era el problema. Le aterrorizaba intentarlo, le aterrorizaba que todas esas palabras que sonaban en su cabeza fueran corroboradas por su incapacidad de aprender, incluso ahora. *Oh, Callen.*

—Estaba equivocado —susurré—. Me gustaría poder demostrárselo.

Suspiró, volviéndose hacia mí de nuevo, sus dedos recorriendo mi pelo hasta que yo también suspiré.

—¿En qué nos hemos metido, princesa Jessie?

—Nos encontramos en una tierra traicionera —susurré, bromeando. Se rió, apoyando su frente en la mía—. Lleno de pantanos que nos tragan y arenas movedizas que pueden hundir a un hombre en tres minutos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tenga fe, Príncipe Callen.

Dejó escapar otra ráfaga de aire, acercándose de nuevo.

—Esa fue la parte en la que nunca fui muy bueno.

* * *

En el año de nuestro Señor, 1429, a los veintisiete días de octubre

Estoy temblando mientras escribo esto y, sin embargo, me invade la más profunda sensación de paz.

Olivier y yo nos alejamos por un tiempo, y mientras caminábamos de vuelta hacia el campamento, surgió el tema de Jehanne.

—No te gusta que esté aquí —le acusé. Él lo negó, diciendo que se alegra de toda inspiración para sus hombres—. ¿Pero no crees que ella sea guiada divinamente? —pregunté.

Se enfrentó a mí y me dijo:

—No, no lo sé. Pero si lo hacen, ¿importa realmente?.

No tenía respuesta para eso, aunque mi corazón se sentía pesado y preocupado.

Caminamos en silencio durante un rato, cada uno sumido en sus propios pensamientos, cuando el capitán me hizo retroceder de repente y se llevó el dedo a

los labios, como si hubiera oído algo o a alguien. Nos detuvimos, y cuando ambos miramos a través de una brecha en los árboles, vimos a Jehanne, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Me invadió una repentina sensación de... quietud, de algo que me resulta difícil de explicar. Me di cuenta de que Olivier también lo sintió, ya que la observaba igualmente, con una expresión de perplejidad en su rostro. Era como si la zona en la que se encontraba se hubiera llenado de una luz que no tenía brillo ni resplandor, sólo... serenidad, una calma profunda y amorosa. Se sentía como una bendición, y me hacía querer dar un paso adelante, bañarme en ella, formar parte de ella. Y sin embargo, tampoco lo entendía, y me aferré con fuerza a la mano del capitán mientras él se aferraba a la mía. Los labios de Jehanne se movían como si estuviera hablando con alguien, y sonrió, dándose la vuelta y caminando de nuevo hacia el campamento.

Mi mente se sentía nublada por el asombro, pero extrañamente, no sentía que necesitara respuestas. Sabía que habíamos sido testigos de algo milagroso, pero no habíamos pruebas que la fe en mi corazón. Y eso era suficiente.

Al día siguiente, el tiempo parecía avanzar a paso de tortuga. Hasta ahora, me había resultado muy fácil perderme en mi trabajo, fascinada por la historia que se desarrollaba ante mis ojos, por las preguntas que planteaba, por el asombro que suscitaba. Pero aunque Callen y yo habíamos hablado de que uno de los dos se mudaría para estar más cerca del otro, ninguno de los dos parecía tener el valor suficiente para dar ese salto. Así que sólo nos quedaban unos días juntos.

Tenía tanto miedo de que una vez que Callen se fuera y estuviéramos separados, cualquier sentimiento que hubiera desarrollado por mí se desvanecería. Me dolía el corazón porque sabía que mis propios sentimientos serían mucho, mucho menos fugaces. Y, sin embargo, si ese era el caso, si los sentimientos de Callen por mí se desvanecían rápidamente, supe que eso respondería a si realmente le importaba lo suficiente.

Últimamente pensaba cada vez más en mi madre, en esa vieja herida que afloraba mientras luchaba contra mis inseguridades respecto a Callen. Cuando nos dijo que tenía cáncer, me imaginé que ese tumor en su interior era el producto de toda la angustia reprimida que había llevado durante años por los asuntos de mi padre. Era como la representación física de todos sus pecados, aunque sólo ella los había cargado y asumido como propios.

Nunca viviría de esa manera. No de nuevo. Quería un hombre que

luchara por mí, que matara dragones por mí, y con cuyo amor pudiera contar para ser tan firme e inmutable como las estrellas.

Estaba desesperada por que Callen fuera ese hombre, pero me preguntaba si estaba demasiado dañado, demasiado empeñado en autodestruirse. Si no estaba dispuesto a luchar por sí mismo, por sus propias batallas, quizás tampoco sería capaz de luchar por mí.

En el año de nuestro Señor, 1430, el cuarto día de marzo

Se esperaba que la batalla de hoy fuera una victoria fácil pero, de hecho, fue un horror. Me necesitaban fuera del campamento, donde llevaban a los heridos y a los muertos, un desfile aparentemente interminable de sangre y miseria. Las explosiones y los gritos cercanos resonaban en mis oídos de tal manera que pensé que podría volverme loco de terror. La victoria estaba asegurada, pero cuando la batalla terminó, mi corazón estaba tan golpeado por el miedo a que Olivier y Jehanne no regresaran que apenas podía soportarlo.

Los esperé al borde del camino y, cuando vi a Olivier en su caballo, no pude disimular mi alivio y, sollozando, corrí hacia él. Me maldijo salvajemente mientras me subía a su caballo y giraba inmediatamente hacia un camino lateral que se desviaba de la carretera principal. Yo lloraba y él maldecía y ambos nos besábamos, y creo que quizá nuestras mentes se perdieron por un momento, tan desesperados estábamos ambos por confirmar la seguridad del otro.

—Te has acercado demasiado al campo de batalla —dijo enfadado entre besos—. ¡Esto es una locura! No puedo preocuparme por ti de esa manera. Hará que me maten, ¿entiendes?

Me estremecí en sus brazos, llorando más fuerte, queriendo fundir nuestros cuerpos en uno solo para saber bien que estaba vivo e ileso.

—Llévame a algún sitio, Olivier, a algún lugar donde sólo estemos nosotros y nada más. Sin guerra, sin campo de batalla, sin sangre ni gritos de los moribundos.

Sonaba muy apenado cuando preguntó:

—¿Estás segura?

—Sí —prácticamente lloré. Necesitaba esto, lo necesitaba a él.

Volvió a jurar y luego dijo:

—No podrás volver. Estarás arruinada.

Me reí, y sonó enloquecido.

—Ya estoy arruinada. Esta guerra me ha arruinado. El terror me ha

arruinado. Las preguntas que no tienen respuesta me han arruinado. Hazme completa de nuevo, Olivier. Eso es lo que quiero.

Me abrazó mientras nos alejábamos al galope, durante horas, parecía que mi corazón se calmaba mientras me recostaba contra él. Nos llevó muy lejos, y yo sabía que era para darme tiempo a cambiar de opinión, pero eso sólo aclaraba lo acertado de mi decisión. Lo amaba. Mi corazón le pertenecía. Y aquí no había más reglas que las que regía Dios. Aquí, cabalgando por este campo de flores silvestres en un caballo que había llevado a mi amor a la batalla, no había restricciones de la sociedad, sólo el latido salvaje de nuestros corazones y el conocimiento de que si algo se hacía por amor no podía ser juzgado como malo. Aquí no había seguridades, y sin embargo había respuestas de todos modos.

Llegamos a un arroyo, donde Olivier ató su caballo y lo dejó para que bebiera hasta saciarse y pastara en la dulce hierba que crecía en la orilla. Desde allí caminamos hasta una cueva que se encontraba en la cima de una colina, casi escondida en la roca, y me dijo:

—Si nos separamos, si te pierdes, ven aquí cuando la luna sea nueva, como lo es esta noche. Desde este momento, este lugar es nuestro.

—Sí —acepté—. Este lugar es nuestro.

—¿Qué quieres, Adelaïde? —me preguntó, como si me diera una última oportunidad de negarlo.

Lo besé y susurré contra sus labios:

—Quiero vivir con fiereza y sin remordimientos. Te quiero a ti, capitán Olivier Durand.

Y con esas palabras, Olivier primero me tiró con fuerza y luego me tendió una fina manta que había estado encima de su silla de montar y su chaqueta encima. Y durante un tiempo, en la boca de aquella cueva -nuestra cueva-, donde aún podíamos ver las estrellas, la guerra se detuvo, los gritos de guerra se acallaron y sólo estábamos nosotros. Sólo existía esa misma quietud pacífica. Sólo había amor.

¡Adélaïde! Se llamaba Adélaïde. Sin aliento, envié inmediatamente un correo electrónico al Dr. Moreau y luego envié un mensaje de texto a Ben, que había salido a hacer un recado. Me quedé sentada en silencio durante unos minutos, repitiendo su nombre en mi cabeza, sintiéndome aún más cerca de ella. Adélaïde.

A media mañana salí al patio donde Ben y yo solíamos almorzar

juntos, pues necesitaba un cambio de aires y un poco de aire fresco después de pasar horas dentro de una habitación sin ventanas. Pensé en la pieza que había traducido antes. *Sólo había amor*, había escrito Ade7laïde, y había provocado una punzada de anhelo en mi corazón. Había seguido traduciendo, pero siempre volvía a esa frase. Quería lo mismo. Con Callen. Quería nuestro vagón o nuestra pequeña habitación en la posada, nuestra propia versión de la cueva donde Olivier y Adelaïde7 pudieron dejar atrás el mundo. Pero quería algo más que horas robadas o fines de semana. Mucho más. *Ten fe*, le había dicho, pero en realidad me costaba mantener la mía.

Todavía no era la hora de comer, pero decidí estirar las piernas y despejarme. Había intentado llamar a Frankie esa mañana, pero ya estaba en el trabajo y probablemente estaría ocupada todo el día, ya que trabajaba sin descanso para preparar las muestras para un próximo desfile.

Paseé por el perímetro del espacio, arrastrando la mano por la pared. El jazmín trepador crecía por el lado del chateau, y respiré su dulce fragancia, cerrando los ojos por un momento y escuchando a los pájaros. Escuché pasos y me giré para ver a Ben subiendo las escaleras, obviamente acabando de regresar.

—Hola, ¿estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Estoy bien. Sólo que... hoy me cuesta un poco concentrarme. —Le dediqué una sonrisa irónica—. Está describiendo el paisaje en la pieza que estoy traduciendo ahora. Va lento.

Ben sonrió.

—Sin embargo, es un día trascendental. Sabemos su nombre. ¿Crees que podemos descubrir más sobre quién era?

—Espero que sí. El Dr. Moreau también parecía entusiasmado cuando me envió un correo electrónico. Esa pequeña palabra enterrada en una entrada y ahora sabemos cómo llamarla.

—Sí. Ade7laïde —murmuró antes de volver a sonreír—. Sí, parece que le va bien.

Ambos nos quedamos en silencio por un momento, y luego Ben inclinó la cabeza, mirándome más de cerca.

—Así que, a pesar de la emoción anterior de descubrir el nombre de

Ade7laïde, lo que traducir ahora mismo es mundano y necesitabas un descanso. ¿Seguro que es sólo eso? Te ves un poco... azul.

Mientras miraba fijamente sus ojos preocupados, sentí que mi expresión se desmoronaba. Me senté pesadamente en el banco detrás de mí.

—Tienes razón, lo estoy.

—¿Es ese tipo que se está quedando aquí? Callen Hayes, ¿verdad? ¿El compositor?

—Sí. Lo siento. Estamos aquí para hacer un trabajo, y yo no...

—Todos tenemos vidas, Jessica. No podemos dejarlas en suspenso porque sea más conveniente. Estoy seguro de que Ade7laïde y Olivier dirían lo mismo. —Se sentó a mi lado.

Sonreí.

—Sí, lo harían, ¿no? Sería más cómodo pulsar la pausa durante un rato cuando lo deseáramos. —Además, me daría tiempo para encontrar una solución. Si la vida funcionara así.

Inclinó la cabeza.

—Soy un buenoyente.

—No quiero aburrirte.

—Jessica, cualquier cosa que me saque de esa habitación durante unos minutos es más que bienvenida, créeme. Abúrreme, por favor.

Me reí. La verdad es que estar sentada en esa habitación traduciendo la historia de Adelaïde estas últimas semanas había provocado un sentimiento de camaradería con Ben. Trabajábamos bien juntos, y había facilidad entre nosotros. Así que tomé aire y le conté la versión corta de mi historia con Callen y el estado general de nuestra situación actual. Naturalmente, omití el hecho de que Callen era analfabeto; ese no era mi secreto para compartir.

—Tengo que admitir que estaba... sorprendido de saber que estás saliendo con alguien, ah...

—¿Como él?

Hizo una mueca.

—No quiero que suene mal. Es sólo que él tiene fama de fiestero y tú pareces más del tipo hogareño.

No se equivocó.

—Lo sé. En la superficie parecemos estar mal el uno para el otro.

—Supongo que, a primera vista, Ade7laïde y el capitán Olivier Durand también parecían no estar hechos el uno para el otro.

Lo miré.

—Pero aún no sabemos cómo termina esa historia.

—Cierto. Mal ejemplo.

Me reí. Ben no había ofrecido necesariamente ningún consejo, pero el hecho de que escuchara mi historia me hizo sentir mejor, y el mero hecho de purgar parte de ella fue un alivio. Ben era un tipo genuinamente decente, y apreciaba la amistad que habíamos desarrollado al trabajar juntos tan estrechamente.

—¿Por qué no tienes una mujer que te cause dolor de corazón para que pueda devolverte el favor?

Se rió.

—Porque paso demasiado tiempo en habitaciones polvorientas y sin ventanas.

Sonreí.

—Hablando de eso...

—Sí. —Suspiró—. Deberíamos volver.

Me ayudó a levantarme del banco y le di un rápido abrazo, agradecida por su amistad y por haberse tomado el tiempo de escucharme. Mientras volvíamos a la escalera, vi movimiento en uno de los balcones y miré hacia arriba, jurando que había visto a un hombre de pelo oscuro agacharse hacia el interior.

* * *

En el año de nuestro Señor, 1430, a los veintitrés días de mayo

Oh, querido Señor del cielo. Estuve de rodillas durante horas suplicándote que pusieras a Jehanne y a Olivier a salvo, y parece que no es tu voluntad. Llegó la noticia de que Jehanne fue arrojada de su caballo durante la batalla y los borgoñones la tomaron cautiva. Los hombres trajeron la noticia tras horas y horas de tortuosa espera y rezos. Busqué a Olivier en la fila de soldados que regresaban, y no aparecía por ninguna parte, y cuando exigí a los hombres que me llevaran al lugar de la pelea para buscarlo, dijeron que no era seguro e insistieron en que

volviera al campamento.

Creo que saben de mi disfraz y no me siento segura entre ellos sin que Olivier me vigile. Encontré un caballo y cabalgué hasta la ciudad a pesar de sus advertencias, mi corazón se aceleró al ritmo de los cascos del caballo al galope, y caminé entre los muertos y moribundos que aún quedaban en el campo de batalla.

El dolor que me desgarraba el corazón y la bilis que me quemaba la garganta no era sólo por toda la sangre derramada en la calle, sino por el doloroso terror que llevaba. No he visto a Olivier y no sé dónde está, ni si se han llevado su cuerpo. Su amado cuerpo. Oh, Dios mío, por favor, ayúdale. Ayuda a Jehanne. Mi corazón es una cáscara oscura y vacía al saber que están en peligro. Y por favor, querido Señor, haz brillar tu luz de guía sobre mí para que pueda conocer mi papel en esta tragedia y actuar sólo para su bien.

—Y así comienza —le murmuré a Ben, con la tristeza que sentía en mi interior impregnando mi tono.

Él levantó la vista de su trabajo.

—¿Qué es eso?

—Jehanne ha sido capturada.

Se sentó de nuevo en su silla.

—Ah. Sí, el principio del fin, en efecto.

Y Olivier... ¿dónde estaba? Mi corazón latía con fuerza por el dolor de Adelaïde.

Ben y yo terminamos un poco más tarde, y subí las escaleras, cansada, triste por lo que había traducido, pero llena de energía por ver a Callen también. Me había hablado de la entrevista que Larry había preparado para él en una de las salas de reuniones del piso superior, y sabía que se estaba preparando para ello. Sólo duraría una hora como máximo, había dicho, y luego iríamos a cenar, algo íntimo, algo especial. Otro recordatorio de que nuestro tiempo juntos estaba disminuyendo, la arena fluyendo cada vez más rápido a través del reloj de arena.

Había planeado dirigirme a mi propia habitación para darme una ducha rápida y cambiarme la ropa de trabajo por algo más especial.

Al pasar por la puerta abierta de la gran zona de bar/salón, me sorprendí cuando escuché que me llamaban por mi nombre. Y entonces me di cuenta de que Larry estaba sentado en una silla tapizada que formaba parte de un grupo de muebles íntimos cerca de la ventana. Dudé, mis pasos

se ralentizaron, sin saber si debía simplemente asentir con la cabeza y seguir caminando o si debía entrar en el salón y saludar. ¿Saludar? *Bueno, hola. Nuestro primer encuentro fue un poco horrible, con tu mujer en ropa interior y todo eso, pero me alegro de volver a verte.*

Larry sonrió y se puso de pie, haciéndome un gesto para que entrara. Me giré, caminando lentamente hacia él.

—Jessica, ¿verdad? —me preguntó mientras me acercaba a la zona de asientos.

—Sí. —Sacudí la cabeza, tratando de no parecer avergonzada pero teniendo la sensación de que estaba fracasando—. Lo siento, señor...

—Larry. —Señaló el asiento de seda azul, y me senté mientras él tomaba su propio asiento—. Nos conocimos en circunstancias muy incómodas —dijo, lanzándome una mirada arrepentida. Solté un suspiro, sin poder evitar sentirme mal por él. Yo me había molestado, pero él... Bueno, toda esa escena tuvo que haberle devastado. En cierto modo, me sentía identificada, ya que había sido testigo de cerca de escenas como esa demasiadas veces para contarlas.

—Sí. Lo siento.

—No tienes nada que lamentar. Callen y yo hemos enterrado el hacha de guerra. El asunto es entre mi mujer y yo. —Pasó una camarera, y Larry me miró interrogativamente.

—Oh, no —dije—. Nada para mí.

—¿Un trago? —preguntó—. ¿Para sustituir un mal primer encuentro por uno mejor?

Sonreí.

—Bueno, está bien. Sólo una. Una copa de chardonnay, por favor.

Larry pidió otra bebida y la camarera se giró para atender nuestro pedido.

—¿Vas a la entrevista de Callen?

Asentí con la cabeza.

—Sí.

—Bien. —Me estudió por un momento—. Mencionó haberte conocido de niño. Un curioso golpe del destino que se hayan reencontrado todos estos años después.

El destino de nuevo.

—Sí. Es curioso. —La camarera trajo nuestras bebidas, y yo tomé un sorbo de la mía, el alcohol fresco extendiéndose por mis venas y relajando mis miembros. Me senté de nuevo en el sofá.

—¿Un día largo?

—Sí, en realidad. Una semana larga. —Sonreí y le conté un poco sobre el trabajo que estaba haciendo en el Valle del Loira. Había leído sobre el hallazgo, algo raro para alguien que no está en el campo, así que fue agradable responder a sus preguntas. La incomodidad se desvaneció y, mientras sorbía el vino, me relajé aún más.

—Puedo ver por qué te has convertido en la última musa de Callen. —*La última musa.* Definitivamente no me gustaba la palabra *última*, y tampoco estaba segura de si me gustaba la palabra *musa*. Implicaba que yo solo era responsable de su creatividad, y las palabras de Larry fueron otra afirmación de que mi lugar en la vida de Callen sería temporal—. Conozco su secreto.

Mi cabeza se levantó de golpe. *Oh.* Larry dio un sorbo casual a su bebida. Bueno, por supuesto que Larry debe saberlo. Tenía que ser una de las personas que ayudaban a Callen a gestionar los contratos, a leer los correos electrónicos, las cartas comerciales...

—Yo, sí, es muy duro para él. Le da mucha vergüenza.

Larry negó con la cabeza.

—No debería.

—Estoy de acuerdo. Un problema de aprendizaje no es algo de lo que haya que avergonzarse. Que no haya podido aprender a leer de niño no significa que no pueda aprender ahora. Hay tantos avances en... —Mis palabras se interrumpieron ante la mirada de sorpresa que pasó por la cara de Larry. Algo dentro de mí se me cayó a los pies—. ¿No era...? ¿No es eso...?

—¿Callen es analfabeto?

El calor me inundó la cara y me balanceé donde estaba sentada, dejando mi vaso de vino casi vacío sobre la mesa para que no se me cayera.

—Creí que era eso de lo que hablabas —susurré. *Oh, Dios. Oh, no. ¿Qué he hecho?*

Larry miró por la ventana un momento, como si estuviera repasando

algo en su cabeza. Cuando volvió a mirarme, sus ojos se habían iluminado con la comprensión.

—Sí, tiene sentido —murmuró, casi para sí mismo—. Me refería a su bloqueo de escritor, por cierto.

Oh, Dios.

—Por favor —rogué, sacudiendo la cabeza—, por favor no digas nada, Larry. Él-él me confió esa información, y...

—Relájate, Jessica. No diré ni una palabra.

Conseguí sonreír y asentí con la cabeza.

—Gracias. Se pondría... —aspiré con una respiración temblorosa— muy molesto. —*Mortificado. Enfadado. Elige lo que quieras.*

Larry sonrió y, por alguna razón, la incomodidad se deslizó por mi columna vertebral. Estudié su rostro por un momento, pero me preocupó estar exagerando.

—Debería irme —dije, poniéndome de pie—. Tengo que prepararme para la cena.

—Y la entrevista —dijo, sonriendo y poniéndose de pie también.

La entrevista, claro.

Asentí con la cabeza.

—Gracias por la bebida, Larry, y por la conversación. Y gracias por tu comprensión sobre...

—Por supuesto. Sé lo importante que es la confianza, Jessica.

Me detuve, sus palabras, el tono de su voz, me provocaron una sacudida de inquietud, pero él se apartó de mí, así que yo también me giré, dirigiéndome hacia la salida del bar. Cuando llegué a la puerta, volví a mirar a Larry, pero ya se había ido.

Capítulo Veintiuno

Jessica

Podía oír el zumbido de la sala de reuniones al final del pasillo y me dirigí hacia ella, con lostacones haciendo clic en el suelo de piedra. Respiré profundamente. Me había duchado, me había puesto un vestido de cóctel entallado de color azul marino y me había puesto un par de tacones plateados de tiras. Había conseguido ir arreglada, pero en mi interior seguía sintiendo un inquieto pánico por haberle contado tan descuidadamente a Larry el secreto de Callen. De todas las cosas irresponsables que se pueden hacer. ¿Por qué no podía haber ido más despacio y escuchar en lugar de soltarlo así?

En lugar de entrar en pánico por completo, traté de considerar lo que había leído antes de salir del trabajo. Esta situación con Callen y mi lengua suelta era algo que se solucionaría. La pobre Adelaïde estaba viviendo algo totalmente desesperante.

Abrí la pesada puerta de la sala de reuniones y entré. Había cuatro o cinco filas de sillas dispuestas en el centro de la sala, la mayoría de ellas ya llenas, y en la parte delantera dos sillas para Callen y el entrevistador. Miré las cámaras instaladas a un lado, donde el cámara parecía estar probando el equipo.

—Jessie. —Escuché la voz de Callen y me giré, mi corazón se expandió al ver su gran sonrisa mientras se acercaba a mí. Él se detuvo, su cabeza se movió hacia arriba y hacia abajo, mientras que él tomó en mi vestido—. Guau. —Estaba recién afeitado y tenía el pelo peinado hacia atrás, con los ángulos de la mandíbula y los pómulos y el tono dorado de su piel a la vista. Era tan hermoso que se me cortó la respiración y por un segundo tuve ganas de llorar. La sensación me sobresaltó, y puse mi mano en el pecho como para apaciguar el sentimiento.

—Lo mismo para ti.

Sonrió.

—Esto no debería llevar mucho tiempo. He reservado en la ciudad. —Tomó mis manos entre las suyas, sus ojos se volvieron suaves—. Estoy

deseando tenerte a solas.

—Yo también.

—Hola, chicos —saludó Nick, acercándose a nosotros—. ¿Estás preparado? —le preguntó a Callen, señalando con la cabeza hacia la cámara.

Callen se encogió de hombros.

—Oh, sí. He hecho mil de estas. Siempre las mismas preguntas. —Hizo como si se llevara un micrófono a la boca—. ¿De dónde sacas la inspiración? —Inclinó la cabeza, levantando las cejas—. Háblanos de tu proceso de escritura.

Nick se rió.

—Prefieres que te pregunten si eres un árbol, ¿qué tipo de árbol serías?

—Tomaría cualquier cosa para mezclar un poco. Cerezo japonés por cierto.

Un hombre se acercó a Callen y le dio un golpecito en el brazo, y éste se giró.

—¿Listo?

—Sí. —Se volvió hacia Nick y hacia mí—. Nos vemos después.

Seguí a Nick hasta dos sillas cerca de la parte delantera y tomamos asiento. Se hicieron los últimos ajustes con las cámaras y observé cómo se colocaban los micrófonos en la camisa de Callen y en la chaqueta del entrevistador. El entrevistador era un hombre mayor, con el pelo canoso y una pequeña y redonda barriga que hacía que los botones de su camisa se colasen. Como había vivido en París durante el último año, lo reconocí como el presentador de un programa de tipo sensacionalista que había visto una o dos veces, pero que acabé por dejar de ver por su aire zalamero. Le gustaban las preguntas "para pillar" que dejaban al entrevistado tambaleando en busca de respuestas. Un ladrillo se instaló en mi estómago y mis manos se volvieron heladas.

Por favor, pregúntale sobre ser un árbol. Por favor, por favor.

—¿Estás bien? —preguntó Nick, mirándome con preocupación.

Asentí con la cabeza. Estaba siendo paranoica. Más tarde, cuando Callen y yo fuéramos a cenar, le confesaría mi desliz para que fuera consciente de que Larry lo sabía. Era lo correcto. Recé para que, aunque estuviera enfadado y molesto, entendiera que había sido un accidente.

Nunca le haría daño a propósito.

—*Bonsoir, mesdames et messieurs* —dijo el entrevistador, dirigiéndose a la cámara—. *Je m'appelle Cyril Sauvage, et voici Le Grand Soir.* —Hizo una sonrisa torcida a la cámara y esperó unos instantes antes de asentir a Callen y hacer una breve introducción en inglés. Sabía por la vez que le había visto entrevistar a un invitado de habla inglesa que los subtítulos aparecían en la parte inferior de la pantalla para los espectadores franceses.

—Callen, ¿puedo llamarte Callen?

—Por supuesto. —Callen se veía tan guapo sentado bajo las luces del escenario a sus espaldas, con una postura despreocupada y una sonrisa despreocupada en la cara.

—Bien, bien. Y por favor, llámame Cyril. —Llevó su tobillo derecho a la rodilla izquierda, inclinándose hacia delante—. Tus partituras han sido calificadas de emocionalmente poderosas, triunfantes y evocadoras. Mientras me preparaba para esta entrevista, encontré mi crítica favorita sobre su trabajo. Creo que resume perfectamente la sensación de tu música. —Se agachó junto a él y cogió un papel—. ¿Te importaría leerlo a nuestros invitados? —preguntó, entregándoselo a Callen.

El pulso se me aceleró, el corazón se aceleró. Callen cogió el trozo de papel, su sonrisa vaciló ligeramente antes de devolvérmelo, sonriendo más.

—Por favor, Cyril, haz tú los honores. Me da vergüenza leer mis propios elogios.

Cyril se rió, empujando el papel hacia Callen.

—Tonterías. Sólo son dos líneas cortas.

Oh. Mi. Dios.

Con un escalofrío enfermizo, me di cuenta de lo que estaba ocurriendo. Miré hacia el lugar donde estaba Larry, apoyado en la pared, con los brazos cruzados. *No lo hizo. Seguro que no.* Me miró y sonrió, guiñando un ojo. *No, no, no. Miserable bastardo.* Mi garganta ardía como si realmente hubiera gritado las palabras.

Temblando, volví a mirar a Callen, obligando a mi respiración a calmarse. Él podía manejar esto. Ya había estado en situaciones complicadas. Sabía cómo cambiar de tema para que nadie sospechara.

Nick parecía haberse congelado a mi lado. Estaba obviamente tenso

mientras esperaba que Callen saliera de esta incómoda situación. Sólo que Nick no sabía que lo más probable es que Cyril le estuviera tendiendo una trampa, porque su pregunta no había puesto inocentemente a Callen en la situación en la que se encontraba. Había sido orquestada. A propósito.

—Lo siento, Cyril, me he dejado las gafas de leer en casa. —Se volvió hacia la cámara y sonrió, de manera infantil y dulce, mientras se encogía de hombros. Las mujeres de todo el mundo -el ochenta por ciento de la audiencia- se desmayaron y olvidaron por completo cuál era la pregunta.

Callen volvió a mirar a Cyril, y la expresión de su cara era repentinamente lobuna, con los ojos entrecerrados y mostrando los dientes en la apariencia de una sonrisa que, de alguna manera, parecía más bien un gruñido.

—¿Gafas de lectura? ¿Por qué, Callen Hayes, no es la verdad que no necesitas *gafas de lectura*, porque no sabes leer en absoluto?

Durante un breve momento, Callen pareció confundido, pero luego su rostro se puso blanco, sus labios se levantaron ligeramente pero cayeron, como si hubiera intentado sonreír -para reírse de la pregunta de Cyril- pero no hubiera podido hacerlo. Sus ojos se movieron de un lado a otro, como si buscara una salida.

Un gemido muy suave y extraño reverberó en mis oídos, y me di cuenta de que había salido de mí. Nick se acercó y tomó mi mano, apretándola entre las suyas. Me tragué el nudo que se me hizo en la garganta.

—Esto es culpa mía —me atraganté tan suavemente que sólo Nick pudo oírme.

Antes de que Nick pudiera responder, Callen dijo:

—No estoy seguro de dónde has sacado la información, Cyril, pero...

Cyril se rió, un sonido retumbante que me sobresaltó.

—Es bastante fácil refutarme. Sólo hay que leer las líneas. —Señaló el trozo de papel que aún tenía Callen en la mano y volvió a reírse, inclinándose hacia delante—. Y si no puedes, ¿por qué no lo admites aquí, entre amigos? Francia, y Estados Unidos por supuesto, quieren saber cómo un hombre completamente inculto y analfabeto como usted compone una música tan renombrada. Es inspirador.

Callen parecía haber entrado en un extraño trance, mirando fijamente

a la cámara, con los ojos muy abiertos y el cuerpo rígido. Quería llorar por él. Que su secreto más protegido se difundiera así delante de... ¿quién sabe cuántos veían el programa?

Nick soltó mi mano, volviéndose hacia mí.

—¿Cómo puede ser esto culpa tuya?

Dejé escapar un pequeño gemido.

—Se lo dije a Larry.

Nick maldijo en voz baja y miró a Larry. De repente, Callen apartó la vista de la cámara, dirigiéndola a Nick, y luego siguió la mirada de éste hacia Larry, que sonreía de pie contra la pared. Los ojos de Callen se abrieron de par en par, como si se diera cuenta. Pero luego, una mirada de confusión se extendió por su rostro mientras bajaba la vista, tal vez pensando en cómo se había enterado Larry. *Oh, Dios*. Sus ojos se movieron lentamente hacia Nick, que ahora me miraba, y luego se posaron en mi cara. Debió de darse cuenta, por mi expresión, de que yo era la culpable, porque una mirada de traición tan descarada se apoderó de su expresión que me estremecí.

—¿Cómo pudiste? —gritó Nick.

No era mi intención. No sabía si las palabras habían salido. Me sentí mareada por el horror de esta situación, mareado por el arrepentimiento.

Callen se levantó y se quitó el micrófono, con las manos visiblemente temblorosas. Lo dejó caer al suelo.

—Callen, no te apresures a irte. —Cyril se levantó también y puso una mano en el hombro de Callen—. No deberías avergonzarte de ser analfabeto. Todos queremos saber cómo te las has arreglado mientras...

Callen empujó a Cyril y el presentador cayó hacia atrás, aterrizando con un suspiro en la silla que acababa de ocupar. Callen pasó junto a él, sin dedicarnos ni a mí ni a Nick una mirada. Seguía con el mismo aspecto, con los ojos abiertos de par en par por la humillación, con la piel pálida excepto por los dos puntos altos de color rojo brillante en los pómulos. Salió de la habitación como si apenas pudiera controlar sus propios miembros.

La sala estalló en un alboroto, la gente que había estado mirando en silencio lo que ocurría delante de ellos se volvió de repente hacia sus vecinos y expresó su sorpresa. Otros garabateaban en sus libretas, reporteros que ahora difundirían la historia incluso antes de que se

emitiera el programa de Cyril. Oh, Dios. Oh, Dios.

Nick se levantó para ir tras Callen y yo también me puse en pie, agarrándome a la camiseta de Nick. Él se giró, mirándome fijamente.

—Fue un error, Nick, por favor...

—Díselo a él. Él es el que tiene un cuchillo clavado en la espalda. —Me hundí en mi silla como si mis huesos se hubieran convertido de repente en líquido.

Pero cuando vi a Larry sonriendo y hablando con Cyril en tono susurrado cerca del frente, la rabia que me invadió fue rápida y severa, reanimando mi cuerpo y dándome la fuerza para ponerme de pie de nuevo, para avanzar hacia ellos con una sola intención.

—Eres una serpiente asquerosa.

Larry se volvió, su expresión no era de sorpresa, un lado de su boca se levantó en una sonrisa burlona.

—Es sólo juego limpio, Jessica. Una buena jugada merece otra. ¿Realmente pensaste que no lo usaría?

—¿Un juego? ¿Es eso lo que era? —No podía entender a esta gente.

Larry se encogió de hombros.

—¿Un juego? Claro. ¿Crees que Callen pensaba que follarse a mi mujer era algo más que eso?

Me estremecí. Realmente no lo sabía. Y sin embargo, creía en él. Creía que el hombre que se había involucrado en esos juegos no era el verdadero Callen Hayes.

Sacudí la cabeza.

—Lo que has hecho... has arruinado potencialmente su carrera, y la tuya propia en el proceso.

Se rió.

—¿Mi carrera? ¿Crees que es mi único cliente? *Mi carrera* no tiene nada que ver con esto. No fui yo quien destapó a Callen como un fraude analfabeto. Fue Cyril Sauvage. Cualquiera puede adivinar de dónde saca la información. Tal vez la obtuvo de *ti*. Pero no te preocupes, no revelará su fuente. —Su sonrisa creció—. En cuanto a la carrera de Callen, ¿quién sabe? De todos modos, iba a dejarlo libre. Se estaba convirtiendo en un borracho fracasado que no podía escribir un jingle para salvar su culo.

Dios, era vil. Estaba temblando de nuevo.

—Eres detestable. Me das pena —dije, y me di la vuelta y me alejé tan rápido como mis pies pudieron llevarme. Tenía que llegar hasta Callen. Tenía que intentar explicarle y pedirle perdón.

Apenas recordaba el viaje hacia arriba, mi mente daba vueltas a lo mejor que podía decir, a las palabras adecuadas. Cuando doblé la esquina del pasillo donde estaba su habitación, respiré hondo y llamé con fuerza a su puerta. Esperé, con el corazón acelerado, pero no hubo respuesta, ni sonido alguno. Llamé una vez más, dando un paso atrás y mirando por debajo de la puerta. La puerta estaba casi completamente al ras de la alfombra, pero me pareció ver una luz desde dentro si estaba allí. ¿No había vuelto aquí? ¿Dónde más podría haber ido? ¿La habitación de Nick, tal vez? Sólo que no sabía cuál era.

Saqué el teléfono de mi bolso de noche y marqué el número de Callen, pero me saltó el buzón de voz. Suspirando, llamé a su puerta por última vez, escuchando atentamente por si había algún sonido. Cuando sólo me encontré con el silencio, me di la vuelta y me dirigí a mi habitación.

Durante un rato me senté en la silla junto a mi ventana, mirando la pared, reviviendo lo que había pasado en mi cabeza. Llamé al teléfono de Callen varias veces más sólo para que me enviara directamente al buzón de voz una y otra vez. Quizá *estaba* en la habitación de Nick. O tal vez Nick lo había llevado a alguna parte. Eso sería lo mejor, probablemente. Un amigo que le diera apoyo, que hiciera reír a Callen, que le ayudara a ver el lado bueno de todo esto.

El lado positivo.

¿Qué fue eso? Se acabó el esconderse. Casi me reí. Yo misma lo había sugerido y luego, sin pensarlo, lo había hecho en contra de su voluntad. Debe odiarme.

Ya iba a ser bastante difícil separarse como estaba, pero ahora... separarse de esta manera. No podía soportarlo. Puse la cabeza entre las manos, pero las lágrimas no salían. Me sentí vacía, atormentada por el odio a mí misma.

Finalmente, incapaz de permanecer sentada ni un segundo más, salí de mi habitación, caminando por el chateau. La sala de reuniones estaba vacía, las sillas guardadas, y aunque había gente en el bar, Callen no estaba allí. Salí por la puerta principal del chateau y tomé el camino que rodeaba el

edificio, pasando lentamente por el patio donde Ben y yo solíamos almorzar.

Podía oír a la gente en la piscina, hablando, chocando vasos, algunos gritos de risa femenina. Esa gente tenía algo de lo que reírse. Callen no estaría allí.

Recorrí el jardín, me perdí un par de veces, pero no me importó. Recordé la rosaleda y ahogué un sollozo. Cuando volví al camino principal, aceleré el paso y seguí los adoquines hasta una puerta trasera.

Había señales que señalaban hacia el vestíbulo principal, así que las seguí, sin aliento cuando finalmente entré en la familiar zona del vestíbulo, dirigiéndome rápidamente hacia los ascensores. Arriba, arriba, hasta el último piso, donde me bajé y me dirigí de nuevo a la habitación de Callen.

Esta vez vi un haz de luz bajo su puerta y exhalé un suspiro de alivio. Llamé a la puerta y mi corazón volvió a martillear mientras esperaba. El paseo me había calmado, pero aquí, de pie, los nervios me zumbaban y sentía las manos húmedas. Me las pasé por las caderas, dándome cuenta de que aún llevaba el vestido de cóctel que me había puesto antes. Hace toda una vida, o eso parecía.

La puerta se abrió y Callen estaba de pie, con el pelo mojado, como si acabara de salir de la ducha. Su expresión era inexpresiva, carente de calidez, y sus ojos parecían ligeramente vidriosos, como si hubiera estado bebiendo.

—Callen —respiré—. Te he estado llamando. Yo...

—No es un buen momento, Jessie.

—Tenemos que hablar, Callen. Tengo que explicar lo que pasó antes y...

—Jessie —dijo, el tono de su voz me sobresaltó de tal manera que salté—. Tengo compañía.

¿Compañía? Por un momento no procesé sus palabras, y entonces una rubia salió del dormitorio y entró en la sala de estar detrás de él, estirando el cuello para verme. Llevaba un bikini blanco y una toalla atada a las caderas, como si acabaran de venir de la piscina. *La piscina*. Las risas.

Oh. Oh, Dios.

Mi estómago cayó a mis pies, y llevé mis brazos alrededor de mi

cintura, abrazándome a mí misma.

—¿Callen? —llamó la chica. Ahora la reconocía. Era la misma mujer con la que había estado sentado en el bar la otra noche, la misma con la que le había visto la primera noche que llegué aquí. La que se quejó de que no se uniera a ella en el jacuzzi. Parecía que ella había conseguido algo de tiempo en el agua con él después de todo.

—No lo hagas —susurré, con la voz llena de toda la angustia que sentía, con el corazón dolorido.

—Lo siento. —Empezó a cerrar la puerta y la desesperación me recorrió. Levanté la mano, empujando la madera lisa.

—¡Por favor! *Por favor*, no lo hagas! —Repetí en un grito desesperado, golpeando mi mano en la puerta una vez más.

Por un momento pareció asustado, pero luego sonrió fríamente.

—¿Ya te estás convirtiendo en tu madre?

Tropecé hacia atrás como si me hubiera golpeado. Me pareció que lo había hecho. Sacudí la cabeza, una negación, pero ¿de qué?

Me dolía todo.

Mi piel.

Mis huesos.

Mi alma.

Callen me cerró la puerta en la cara y mi corazón se hizo añicos.

Capítulo Veintidós

Callen

La puerta se cerró con un chasquido y el mundo se me vino encima. Cerré los ojos con fuerza y me tomé un momento para orientarme antes de volverme hacia la chica -aún no sabía su puto nombre-, que sonrió y empezó a acercarse a mí. Pero lo que fuera que había en mi cara hizo que se detuviera, y su sonrisa se desvaneció.

—Tienes que irte.

Un destello de irritación iluminó sus ojos.

—¿Irne? Acabo de llegar. Pensé que te habías deshecho de *ella* por una razón.

De ella.

—Sí, bueno... —Entrecerré los ojos concentrado, tratando de recordar el nombre de la chica para poder usarlo. ¿*Laura?* ¿*Lulú?*

Debió de darse cuenta de lo que estaba haciendo porque mordió:

—Layla.

—Bien, Layla. He cambiado de opinión. Quiero estar solo.

Quiero emborracharme y desmayarme. Quiero estar adormecido.

Layla se puso las manos en las caderas y miró con desprecio.

—Piénsalo bien antes de echarme, Callen Hayes.

Me masajé la cabeza. Un malvado dolor de cabeza me golpeaba el cráneo.

—No te estoy echando, Layla. Te estoy pidiendo que te vayas.

Sal de aquí.

Por mucho que antes no quisiera estar solo, ahora lo ansiaba mucho. Tuve la tentación de cogerla y echarla por la puerta. La contención a la que me aferraba era la última pizca de paciencia que me quedaba en el cuerpo.

—Bien —gruñó ella—. ¡Pero esto es todo! Si te veo por el hotel mañana, te voy a ignorar.

¿Lo prometes?

—Es lo mejor, confía en mí.

—Ahora lo veo.

Se dirigió al lugar donde había dejado la bolsa en el suelo, junto al sillón, y la recogió, subiéndosela al hombro. Sin decir nada, se dirigió hacia la puerta, chocando conmigo al pasar. Retrocedí un paso y la vi abrir la puerta y cerrarla de golpe. *Gracias a Dios.*

Caminé los pocos pasos que me separaban del sillón y me hundí en él, inclinando la cabeza hacia atrás y agarrando el pelo de la parte delantera de mi cuero cabelludo. Me quedé mirando el techo, sin ver. Ahora que estaba solo, en la tranquilidad de mi habitación, y que el zumbido del alcohol empezaba a desaparecer, la angustia volvió a entrar como un merodeador que se cuela por la ventana abierta de un sótano.

Apreté los ojos cuando me asaltaron los recuerdos de la entrevista, la humillación y la vergüenza que había sentido al quedar expuesto ante una sala llena de desconocidos, ante el mundo en definitiva. Y no había nada que pudiera hacer.

—¡Demanda a ese hombre! —Nick había dicho mientras me seguía desde la habitación.

¿Pero por qué? ¿Por difamación? Lo que había dicho era cierto. ¿Y qué importa ahora, de todos modos? Había visto a los periodistas en primera fila, garabateando furiosamente en sus cuadernos, anotando cada detalle de mi estupidez, de mi ahora muy pública vergüenza. Había visto los teléfonos móviles sostenidos discretamente mientras los invitados grababan el momento. Podría intentar demandar a Cyril Sauvage para que no emitiera la entrevista, pero ¿qué conseguiría con ello? *Más prensa. Más atención. Más humillación.*

¿Por qué lo hiciste, Jessie? ¿Le había confiado mi secreto a Larry porque era una forma de obligarme a abordarlo? ¿Lo había visto como un aliado en sus esfuerzos por hacer que volviera a intentar aprender a leer? ¿Y acaso importaba? Cualquiera que fuera su razón, me di cuenta de que no quería que se revelara de esa manera. La mirada en su rostro... estaba casi tan horrorizada como yo. Casi. Ella no había querido herirme públicamente, y sin embargo ese había sido el resultado. Esta noche, por su culpa, delante de una habitación llena de extraños, yo había sido ese mismo niño sentado en la mesa de la cocina, al que se le decía que leyera -sólo que *leyera*- cuando no podía... *no podía.*

Le había dicho al maldito Larry que yo era analfabeto. Precisamente a Larry. Había estado en esta misma habitación y había visto el odio en sus ojos hacia mí. ¿Fue por eso?

¿Sentía algún tipo de conexión retorcida con Larry, el cónyuge traicionado? ¿Representaba él a su madre en ese escenario, y yo a su padre? Sí, yo había sido el villano aquel día - incluso lo admití-, pero Larry no era un príncipe.

Pero yo tampoco, y en realidad, ¿no era eso lo que se repetía entre Jessie y yo?

La había observado desde mi balcón la semana pasada mientras se sentaba al sol con ese tipo con el que trabajaba. Se reían y hablaban mientras almorzaban, a veces hojeando un libro y leyéndose en voz alta, mientras a mí se me apretaban las tripas de los celos y el abatimiento de saber que nunca tendría eso con ella por mucho que lo intentara. Y hoy parecía que ella estaba llorando (¿por mí?) y él la había tomado en sus brazos por un momento. Me dio asco y me aparté. Y aun así... *aun así, me había aferrado* al bocado de esperanza de que tal vez pudiéramos solucionar algo. ¿Pero qué? En realidad, ¿qué? Ella quería más de mí de lo que yo podía dar, y tenía *razón* en querer más.

Quizá lo que había hecho no había sido del todo intencionado, pero la herida era profunda e insoportable y sangraría durante mucho, mucho tiempo. Me había dicho exactamente lo que sentiría al cargar a Jessie con un fraude como yo, al colocarla en lo que ahora sería un foco público en torno a mi analfabetismo. Así que me había propuesto ser cruel y despiadado, y no había vuelta atrás en la forma en que la había despedido esta noche.

Jessie y yo habíamos terminado.

No podía quedarme aquí un día más. Me senté y saqué mi teléfono del bolsillo, tocando el icono del teléfono junto a la foto de Nick.

—Hola, Cal. —Nick sonaba con mala cara, cansado.

—¿Estarías en contra de salir esta noche?

Hubo un tiempo de silencio.

—Si eso es lo que necesitas, amigo.

—Sí, yo... probablemente no es una buena idea estar en un lugar donde la prensa sabe cómo encontrarme. No me sorprendería que hubiera

una horda de ellos en el vestíbulo mañana por la mañana.

—Probablemente tengas razón.

Por supuesto, también sabrían cómo encontrarme en Los Ángeles. Quería cavar un agujero y escarbar en la oscuridad como una ardilla asustada.

—Podríamos vagar por París durante unos días.

—Estoy contigo, hombre, en cualquier lugar donde pueda tener acceso a Internet.

La emoción que había reprimido durante las dos últimas horas me inundó el pecho, obstruyendo mi garganta.

—No quiero aprovecharme de ti, Nick. Yo...

—No lo harás, Cal. Te diré si necesito volver, ¿de acuerdo? Llamaré a un coche. ¿Nos vemos abajo en media hora?

—Sí, de acuerdo. —Dejé escapar una respiración temblorosa—. Nos vemos entonces.

Al cabo de unos minutos me levanté del sofá y fui a hacer la maleta, metiendo las cosas sin ninguna preocupación, incluso el bañador húmedo que me había quitado y dejadotirado en el suelo del baño cuando me había cambiado hacía un rato. No importaba. Nada importaba. Me sentía como una cáscara vacía que, de alguna manera, todavía tenía la capacidad de doler.

Me quedé mirando la cama durante un largo momento, el recuerdo de la forma dormida de Jessie hizo que una afilada cuchilla de dolor cortara la herida en carne viva de mi interior. Me estremecí, queriendo acurrucarme sobre mí mismo, pero obligando a mi cuerpo a girarse y dirigirse a la puerta.

Mi composición a medio escribir estaba sobre el escritorio y la metí en la parte delantera de mi maleta, preguntándome si alguna vez querría volver a escribir música, si me quedaba algo. Me preguntaba si tendría una carrera después de hoy. ¿Quería una? Tenía suficiente dinero para sobrevivir durante un tiempo.

Me dirigí al vestíbulo, donde me esperaba Nick, y tras una rápida comprobación, subimos al coche que Nick había dispuesto. Mientras el conductor se alejaba de la acera. No miré hacia atrás, ni una sola vez.

—¿Adónde, señores? —preguntó el conductor.

—París —contestó Nick, dedicándome una sonrisa desganada—.
Llévanos a la Ville Lumiere.

Me quedé mirando por la ventana. Sí, nos dirigíamos a la Ciudad de la Luz, y todo lo que sentía en mi interior era oscuridad.

Capítulo Veintitrés

Jessica

En el año de nuestro Señor, 1431, a los catorce días de mayo

Estoy entumecida mientras camino por estos días. Mi corazón está roto, mi alma destrozada. No sé si mi amado Olivier está vivo o muerto, y por dentro, mi alma grita de miseria, con la agonía que trae el no saber.

Mi padre consiguió que una amable viuda de la ciudad de Compiègne me acogiera, y aquí he residido mientras esperaba el juicio de Jehanne. Sé que mi padre quería que me quedara como una última muestra de lealtad a la corte y a los favores que se concederán a nuestra familia, incluido el matrimonio concertado con algún desconocido con título al que no quiero; sin embargo, este es mi lugar. Mi padre no sabe nada de Olivier y no me atrevo a decírselo, ni a pedirle ayuda para conseguir información sobre la situación de Olivier, por miedo a las represalias de mi padre. Anhele con cada fibra de mi ser buscar a Olivier, y rezo para que esté herido, pero no muerto, incapaz de acudir a mí como yo soy incapaz de acudir a él. Me consuela saber que, por ahora, estoy donde debo estar, que es con Jehanne con quien debo quedarme. Sé en mi corazón que Olivier lo querría así y me aconsejaría que cumpliera con mi obligación, como me prometió, de servir a Jehanne. Pero no es sólo la obligación lo que me mantiene cerca de ella, ni la directiva de mi padre, sino la amistad y el amor y el deseo de aliviar su terror.

Me reúno con ella tan a menudo como los guardias lo permiten, y está tan asustada que debo ser fuerte por ella. Bajo amenaza de muerte, firmó una confesión y negó haber recibido alguna vez la guía divina. Debo confesar que el alivio que sentí fue enorme, pero cuando la vi y fui testigo de la forma en que la negación desgarraba su corazón, su propia alma, me pregunté si debería sentir algún consuelo.

—¿Acaso una mentira del alma no causa más desesperación que la misma muerte? —me preguntó, y no pude estar en desacuerdo. Dice que se retractará de su confesión, que se dejó guiar por el miedo y no por Dios.

—Pero seguir a Dios hará que te maten —declaré.

Su rostro estaba pálido y sus manos temblaban mientras respondía:

—Entonces espere lo que estoy destinada. —Antes de que pudiera responder,

tomó mis manos entre las suyas y dijo: —Hazme una promesa. Vive tu vida con alegría y risas. No des ni un segundo por sentado. Vive con fiereza y sin remordimientos. Por mí.

—Quizá Dios también me quiera muerta —grité, llena de dolor.

Pero Jehanne sonrió con esa suavidad suya y dijo:

—No. Dios tiene otros planes para ti. Encuentra tu batalla y lucha contra ella. Sé valiente y él no te abandonará. Escúchalo, aunque su voz no sea más que un susurro en el viento, el canto de los pájaros, el profundo sentimiento de lo correcto en tu corazón. No dejes de escuchar, mi querida Adelaïde, y nunca, nunca estarás sola.

No conozco el razonamiento de Dios, aunque trato de aceptar su voluntad como ella me ha enseñado que debo hacerlo. Pero, oh Señor del cielo, si se retracta como dice, la quemarán en la hoguera. Una chica de sólo diecinueve primaveras. Mi amiga. Y no puedo soportar ver cómo sucede, aunque ella dice que es lo único que la liberará de las cadenas.

El leve olor a humedad del vestíbulo de mi edificio, combinado con el dulce olor a levadura del pan que salía del apartamento de la señora Bertrand, me dio la bienvenida a casa. Subí las escaleras lentamente, cargando la maleta detrás de mí, y antes de llegar al rellano, la puerta de nuestro apartamento se abrió de golpe y Frankie estaba allí, chillando y extendiendo los brazos.

Sonreí, pero una vez que dejé caer la maleta y entré en sus brazos, las lágrimas empezaron a fluir, y reía y lloraba, una mezcla de felicidad y pena que brotaba de mi cuerpo con tanta rapidez que apenas podía controlarla.

Me he mantenido firme estas últimas semanas en el chaó teau, trabajando tanto y tan duro que sólo podía caer en la cama al final del día. Me había decepcionado mucho saber que para mí la historia de Adelaïde terminaría mientras esperaba con temor la ejecución de su amiga, una ejecución que la historia me decía que se había llevado a cabo con toda seguridad. Habíamos traducido todos los papeles que se habían encontrado, y no había más que indicaran el destino de Adelaïde. No tendría el cierre de saber que Adelaïde siguió viviendo una vida feliz, nunca sabría si se reunió con el capitán Durand y si su historia de amor continuó o no, o si fue obligada a casarse con otro. Fue otra pérdida con la que tuve que lidiar. Pero la vida, supuse, no siempre ofrece un cierre. Me reconfortaba releer

las palabras de Adelaïde, experimentar de nuevo las lecciones que tenía que enseñar, ya que habíamos repasado todos los escritos por segunda vez, verificando y corrigiendo lo necesario. Me he dejado llevar por el mundo de Adelaïde, por sus palabras, dejando fuera la desesperación que sentía por el final de mi propia historia de amor, el intenso dolor que sentía cada vez que recordaba las crueles palabras finales de Callen. Pero ahora, en la seguridad de los brazos comprensivos de mi mejor amiga, por fin me permitía sentir.

—Oh, Jess —canturreó, apretándome más fuerte y meciéndonos a las dos de un lado a otro—. Mi pobre y dulce repollo.

Me sorbí los mocos y me enjuagué las lágrimas, y me recompuse lo suficiente como para que me llevaran a nuestro apartamento. Me hundí en el sofá, y Frankie volvió al pasillo y recogió la maleta de la que me había olvidado por completo y la llevó al interior.

—¿Agua? —preguntó.

Sacudí la cabeza y me limpié la cara llena de lágrimas.

—No. Me bebí una botella en el taxi desde la estación de tren.

Frankie asintió y me dio un pañuelo de papel para que me limpiara la nariz.

—¿Cómo fue, terminando el proyecto?

Asentí con la cabeza.

—Bien. Bien. Realmente no tuve que despedirme de nadie ya que los veré a todos en la cena del banquete del sábado.

—Sólo dos días para encontrarte el vestido perfecto.

Ofrecí una pequeña punta de mis labios.

—Estos son investigadores y científicos, Frankie. No se darán cuenta si llevo un saco de grano.

Frankie levantó una ceja.

—Dudas del genio de Clemence una vez más.

Me reí.

—Nunca. Es que creo que su genio podría ser desperdiciado en ellos.
—Además, no sabía si quería volver a ponerme un vestido de Clemence Maillard. Me recordaban demasiado a Callen.

Callen.

Después de esa noche, esa horrible, horrible noche, mi dolor de corazón y mi miseria quedaron enterrados bajo una capa de ira por su crueldad, de asco por lo que había hecho. Me odiaba a mí misma por lo que le había hecho, y me sentía profundamente avergonzada por mi error. Pero mi error había sido involuntario, y en el momento en que nos habíamos herido y malentendido entre nosotros, Callen había recurrido directamente a sus viejos hábitos: la bebida y las mujeres. Tenía una buena razón para ser incapaz de responderme cuando le había preguntado si era digno de confianza o no. Me había demostrado lo que más temía... No podía confiar en él.

Y sin embargo... a pesar de mis mejores esfuerzos por sermonear a mi corazón, éste insistió en amarlo de todos modos.

Estúpido, estúpido, corazón irracional.

Frankie me miraba preocupada, como si hubiera seguido mis pensamientos.

—Está en París, ¿sabes? —dijo en voz baja.

Mi corazón se retorció.

—¿Quién? —susurré, aunque sabía por su tono que se refería a Callen.

—Callen —confirmó.

Mis hombros se desinflaron.

—Oh. —A propósito, no había encendido la televisión, ni mirado Internet en mi teléfono, ni comprado ninguna publicación de ningún tipo. Frankie me había dicho que la entrevista de Callen y Cyril Sauvage se había reproducido continuamente desde que ocurrió y se había escrito sobre ella en publicaciones de todo el mundo. No quería ver nada de eso. Sólo pensarlo me dolía y me avergonzaba, y sólo podía imaginar lo que le estaba haciendo a Callen. A pesar de mi rabia y mi dolor, conseguí sentir compasión por lo que debía estar sufriendo.

Frankie apretó los labios.

—Pensé que debías saberlo. Ha salido en todos los periódicos, en los sitios de cotilleo... —Hizo una pausa—. Parece que está de fiesta.

Mis ojos se abrieron de par en par mientras la miraba. Estaba... ¿de fiesta? *Oh*. Un renovado estallido de ira me vigorizó, y me senté.

—Bueno, me alegra saber que no se está tomando demasiado mal lo ocurrido.

Frankie frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Parece borracho en la mayoría de las fotos.

—Las mujeres se cuelgan de él, supongo —murmuré.

Se mordió el labio y asintió.

—Sí.

Una lanza de dolor me atravesó el corazón, pero hice acopio de mi fuerza interior *-la Adélaïde que llevo dentro-* prometiendo no desmoronarme. Si Adélaïde pudo mantenerse fuerte a través de todo lo que había vivido, yo también podría. *Lo haría.*

* * *

—Vaya —dijo Frankie al acercarse por detrás de mí, donde me encontraba ante el espejo—. Si esos investigadores malhumorados no se fijan en ti con esto, realmente no hay esperanza para ellos.

Me reí, pasando las manos por el vestido de encaje de color champán hecho a mano y entretejido con pedrería dorada. El patrón de encaje presentaba cientos de rosas, todas entrelazadas, desde el suelo hasta el corpiño, y había un delicado cinturón dorado en mi cintura. Era más que impresionante, una verdadera obra de arte, y se ceñía a mi cuerpo como si hubiera sido hecho para mí.

Cuando Frankie lo trajo por primera vez a casa, me fijé en las rosas -eran sutiles y había que mirar de cerca para distinguir el dibujo de las flores- y estuve tentada de rechazarlo sólo por eso. Pero cuanto más lo miraba, algo dentro de mí se calentaba. Las rosas... ese fin de semana... era un buen recuerdo, y a pesar de cómo habíamos terminado Callen y yo, quería mantener esa parte de nosotros cerca. Las rosas habían perfumado ese fin de semana, y ahora llevaría rosas al despedirme oficialmente del Valle del Loira y de él.

Sería valiente a pesar de mi dolor. Aunque nunca llegaría a conocer las últimas piezas de su historia, Adélaïde me lo había enseñado. La propia Jehanne me lo había enseñado.

Frankie me miró pensativa en el espejo, sus ojos viajaron desde mis tacones dorados de tiras hasta mi maquillaje y mi peinado retorcido.

—Falta algo.

Fruncí el ceño y me miré en el espejo. La única joya que llevaba era un par de pendientes de lágrima de oro. El escote del vestido era demasiado

alto para llevar nada alrededor del cuello.

—¿Qué?

—Quédate ahí. —Se dio la vuelta y salió rápidamente de la habitación, y oí cómo se abría y cerraba la puerta de nuestro apartamento. Esperé, confundida, hasta que volvió un minuto después, respirando con dificultad por haber subido corriendo las escaleras, con una rosa blanca en la mano—. El jardín de la señora Bertrand —ofreció como explicación antes de llevar la rosa a la parte posterior de mi cabello y sujetarla.

Me giré y miré la flor blanca que llevaba prendida en el pelo.

—Perfecto —dijo ella.

El timbre de la puerta sonó.

—Debe ser Ben —murmuré, mirando el reloj y dirigiéndome a la puerta. Ben estaba al otro lado, guapo con un esmoquin negro.

—Guau —dijo, sus ojos barriendo sobre mí—. Estás increíble.

Frankie se rió por detrás de mí, dándome un codazo en el hombro.

—Te lo dije. —Dio un paso adelante—. Soy Frankie.

Ben sonrió.

—Encantado de conocerte.

—¿Estarás levantada cuando vuelva? —Pregunté mientras entraba en el pasillo.

—Dios, espero que no. Diviértete —dijo, sonriendo y guiñando un ojo.

Solté un suspiro.

—Bien. Buenas noches, Frankie.—Frankie saludó, cerrando la puerta.

En la calle, una limusina nos estaba esperando.

—Ben. No tenías que hacer esto.

—Quería hacerlo. Estuvimos en un sótano polvoriento durante un mes. Nos merecemos una noche a lo grande, ¿no crees?

Sonreí.

—Buen punto, y gracias.

El banquete, sin reparar en gastos, se celebró en uno de los hoteles más lujosos de París. No sólo asistiría el equipo con el que había trabajado en el Valle del Loira, sino también muchos miembros del personal administrativo del Louvre, así como los donantes que habían ayudado a

financiar el proyecto. Tal vez incluso estableciera una conexión que me llevara a un puesto permanente.

El viaje fue relativamente corto, y cuando nuestra limusina se detuvo frente al hotel, tuve que admitir lo decadente que me sentí cuando un portero abrió la puerta y me tomó de la mano para ayudarme a salir.

Ben y yo seguimos la fila de personas vestidas con elegantes trajes de noche que entraban en el edificio y entramos en el enorme vestíbulo, resplandeciente de oro y mármol, con relucientes lámparas de araña que colgaban de los altos techos y enormes jarrones de fragantes flores por todas partes. Rosas, por supuesto. *Naturalmente*, el lugar estaría engalanado con rosas. Suspiré, un sonido suave que esperaba que Ben no pudiera oír, yforcé una sonrisa en mis labios.

Ben me condujo por las escaleras hasta el salón de baile, que estaba aún más bellamente decorado, con manteles blancos sobre las largas mesas, velas colocadas sobre espejos para reflejar la luz y altos jarrones de fondo transparente que rebosaban de rosas y hiedra. Dondequiera que mirara, las luces suaves brillaban y centelleaban, rebotando en las paredes con paneles. Todo el espacio parecía mágico.

—Es precioso —dije.

Ben asintió.

—Así es. —Señaló hacia el bar—. ¿Quieres un trago?

—Sólo agua por ahora. No he comido nada desde el desayuno y me emborracharé si bebo un vaso de vino antes de la cena —dije riendo.

Una vez tomadas las bebidas, salimos por una puerta lateral que daba a un amplio balcón. Había unas cuantas personas deambulando por allí, pero no vi a nadie conocido.

Cuando nos acercamos al borde del balcón, Ben señaló en la distancia.

—Mira.

Giré la cabeza y divisé la Torre Eiffel, recién iluminada. Suspiré con placer.

—Esa vista nunca envejecerá.

Sonrió, apoyándose en la cornisa del balcón y mirándome.

—No hay ciudad en el mundo más hermosa que París.

Asentí con la cabeza mientras contemplaba la vista de aquella famosa torre, resplandeciente contra el cielo nocturno.

—¿Has pensado alguna vez en mudarte aquí? —Mientras trabajábamos, me enteré de que Ben vivía en Marsella, una ciudad del sur de Francia. Le habían recomendado al Dr. Moreau por su especialidad, pero tenía un trabajo fijo esperándolo en casa.

Su mirada se detuvo en mí por un momento.

—A veces. Pero me gusta vivir cerca de mi familia, de mis hermanos y de todos sus hijos. Echaría de menos verlos crecer.

—Estás cerca de ellos.

—Sí, mucho.

Asentí con la cabeza. Qué maravilloso es tener ese tipo de apoyo amoroso.

—Tienes suerte.

Me consideró por un segundo.

—Lo sé. No los doy por sentado. ¿Y tú? ¿Tu familia sigue en California?

—Mi padre y su nueva esposa y mi hermano lo son, sí. Pero no somos... cercanos. —De vez en cuando hablaba con mi hermano, pero sobre todo de cosas superficiales. Ambos habíamos buscado estar en cualquier lugar que no fuera nuestra casa durante la mayor parte de nuestra infancia y luego nuestra adolescencia. Nuestra ausencia de casa no nos llevó precisamente a una relación estrecha.

A veces el comienzo del amor es una simple cuestión de proximidad.

Las palabras que Madame Leclair había dicho cuando Callen y yo salimos de su posada aquel lluvioso fin de semana hicieron que un dolor agudo me atravesara las tripas. Tomé un sorbo de agua para no hacer una mueca.

—Pareces muy triste, Jessica —dijo Ben, poniendo su mano sobre la mía en la barandilla y dando un paso más. Levanté la vista, viendo el nerviosismo en sus ojos, la concentración en su rostro. Iba a besarme.

Parpadeé y me quedé quieta mientras él se inclinaba y presionaba sus labios contra los míos. El beso fue dulce, sobre todo casto, ya que se limitó a mantener su boca sobre la mía, rozando nuestros labios y retirándose después.

Me llevé los dedos a los labios.

—Ben...

Sacudió la cabeza, haciendo una mueca.

—No sientes nada por mí, ¿verdad?

Giré mi mano y apreté la suya.

—Siento mucho por ti. Respeto tu mente. Admiro tu bondad y tu humor. Creo que eres uno de los hombres más agradables que he conocido.

—Agradable. Ugh, el beso de la muerte. —Pero sonrió amablemente, aunque con un poco de tristeza.

Sacudí la cabeza.

—No. No quise decir...

—Está bien, Jessica. Sé que acabas de romper con alguien. Todavía esperaba... —Suspiró, soltando mi mano—. Bueno, espero que podamos ser amigos. Lo valoro.

—Yo también, Ben. Mucho.

Asintió con la cabeza, dedicándome otra sonrisa.

—Creo que voy a ir a por otra copa y a lamerme las heridas en el bar. ¿Estarás bien aquí fuera?

—Sí. Estaré bien.

Con un último apretón de mi mano, se dio la vuelta y se dirigió hacia las puertas por las que habíamos entrado. Había otra pareja cerca de la puerta, pero aparte de ellos, estaba sola. Quería gemir en voz alta. No tenía ni idea de que Ben tuviera un interés romántico en mí. Ni siquiera había insinuado que sintiera algo más que un respeto amistoso de compañero de trabajo. Tal vez había estado esperando a que nuestro proyecto terminara para que, si yo también estaba interesada, no hubiera ninguna preocupación de impropiedad.

Simplemente no me atraía Ben como algo más que un amigo. ¿Callen me arruinó para otros hombres?

O más bien, ¿seguirá arruinándome?

Un sonido suave y tintineante captó mi atención, y me giré, inspirando bruscamente y congelándome.

Callen. Una cadera se apoyaba en la puerta de una segunda entrada cerca del extremo del patio. Tenía un vaso de líquido ámbar en la mano, y cuando lo agitó despreocupadamente, volvió a sonar el tintineo del hielo.

Me apoyé en la barandilla, con las manos agarradas al borde detrás de

mí, y lo observé. Se apartó de la puerta y caminó lentamente hacia donde yo estaba, mi corazón galopó en mi pecho al verle acercarse.

Llevaba un esmoquin, pero había algo en él que distaba mucho de ser formal. Tenía la mandíbula oscura por la barba incipiente, el pelo despeinado y demasiado largo, y la pajarita estaba torcida y un poco suelta, como si hubiera tirado de ella recientemente.

—Nos encontramos de nuevo en una azotea de París —dijo, con la voz ligeramente arrastrada. *Está borracho*. Se acercó a mí, acorralándome.

—¿Qué estás haciendo? —susurré, con el pulso acelerado. Podía oler su colonia mezclada con el singular aroma de su piel, y aunque tenía peor aspecto, olía igual. Me hizo doler el corazón de anhelo. *No, no, no*.

Inclinó la cabeza hacia la puerta por la que Ben había salido hacía unos minutos.

—Veo que no has perdido el tiempo. ¿Buscando un papá para Junior?

Fruncí el ceño confundido.

—¿Qué?

Se inclinó pero se contuvo.

—He venido aquí esta noche para ver si tenías alguna noticia para mí, Jessie. —Me pasó la mano por el estómago y luego miró mi agua sentada en la cornisa del balcón junto a mi mano.

Solté una carcajada corta e incrédula y lo empujé. Retrocedió un paso, sonriendo como si se divirtiera.

—¿Me estás *tomando el pelo*? En primer lugar, no estoy embarazada, y si querías saberlo, no tenías que colarte en mi fiesta del trabajo... *borracho*. Podrías haber llamado simplemente. Segundo, cómo *te atreves a cuestionar* con quién paso mi tiempo. *Eres* titular de todos los tabloides. Me echaste de tu habitación para poder pasar la noche con otra mujer. —Un pequeño sollozo me ahogó y mi última palabra se cortó bruscamente, pero me tragué las lágrimas, negándome a parecer débil delante de él. Respiré entrecortadamente, levantando la barbilla. Tenía el corazón roto, pero también estaba enfadada—. No quiero formar parte de tus juegos, Callen. Vete ya.

Por un breve instante, juré que vi la sombra del dolor en su expresión, pero luego la sustituyó por una sonrisa de borracho. Dio un rápido sorbo a su bebida.

—Te gustaban los juegos, Jessie. Las aventuras.

—Sí. A mí también me gustabas. —La derrota estaba en mi voz. Sonaba cansada. *Me sentía* cansada. Exhausta, de hecho. Sacudí la cabeza—. Lo siento, Callen. Por lo que hice. Fue un error, y lo lamento profundamente. Haría cualquier cosa para cambiarlo, pero no puedo. Nunca te haría daño a propósito, y yo creo que en el fondo lo sabes. —Hice una pausa. Me observaba atentamente, aunque su expresión era claramente inexpresiva—. Pero lo que me hiciste fue a propósito. Y lo que es peor, lo que te estás haciendo a ti mismo es a propósito. —Miré con atención su bebida.

Se rió, y sonó frío. Me resistí a encogerme y cuadré los hombros. Volvió a llevarse el vaso a los labios y vi que, aunque su expresión era una media sonrisa vacía, le temblaba la mano. A pesar de mi determinación, la ternura brotó en mi interior.

—Te he visto. Sé quién eres. Te vi de niño y te vi de hombre un hermoso fin de semana. Entonces no te escondiste de mí. No te escondiste de ti mismo.

La sonrisa divertida en su cara se deslizó.

—Maldita sea, Jessie, eso ni siquiera fue *real*. Ese fin de semana fue una fantasía como los cuentos de hadas que solíamos inventar juntos.

—¿Es eso lo que te has estado diciendo? —Sacudí la cabeza—. No. Fue real, Callen, y lo sabes tan bien como yo. Pero no importa, porque tienes demasiado miedo para admitirlo. Estás demasiado ocupado haciendo un desastre de tu vida y tirando los regalos que Dios te dio.

Entonces se rió, un sonido áspero que contenía más dolor que otra cosa.

—¿Dios? ¿Dios? Estoy aburrido de toda tu charla sobre Dios. Lleva tus escritos y tus historias y tus preguntas a alguien que se preocupe. Juana de Arco era una loca que oía voces, eso es todo. No hay ningún Dios. Y si lo hay, nunca ha dedicado un segundo de su tiempo a mí. ¿Debo rezarle ahora, Jessie? ¿Debo arrodillarme y rogarle que me guíe?

Me encogí de hombros.

—Hay un dicho que dice que la mejor oración es la gratitud. Podrías agradecerle los tesoros que te ha concedido. Podrías darle las gracias por el don de tu talento, por los medios no sólo para cambiar *tu* vida a mejor, sino

por la capacidad de ayudar a los demás de innumerables maneras, sobre todo por la forma en que tu música hace *sentir a* la gente. Por la forma en que transforma, eleva e inspira. ¿Pero qué haces en su lugar? Lo *desperdicias*. Lo desperdicias. —Sacudí la cabeza—. Eres una vergüenza.

Sus labios se inclinaron en una sonrisa burlona y levantó su vaso.

—Eso es lo que siempre decía, también.

—Así *que* continuaste justo donde él lo dejó. —Suspiré—. En algún momento vas a tener que responsabilizarte de tu propia vida, Callen, en lugar de culpar a los demás. En algún momento tendrás que dejar de ser un cobarde. Espero sinceramente que lo hagas. —Me aparté de la cornisa del balcón, dándole la espalda y alejándome. No me llamó por mi nombre y no miré atrás.

Lo dejé allí para que librara su batalla... o *no*. Porque ahora lo entendía.

Algunas batallas sólo pueden librarse en solitario.

Capítulo Veinticuatro

Jessica

La mañana del lunes amaneció cálida y bochornosa; el verano estaba en el aire. Los innumerables olores de las calles de París me saludaron mientras me dirigía desde la estación de tren al Louvre: pavimento cálido, gases de escape, croissants recién horneados y un rico café.

El Dr. Moreau había pedido reunirse conmigo esta mañana, y las mariposas nerviosas revoloteaban en mi vientre. Ben y yo habíamos trabajado más estrechamente con él durante nuestras últimas semanas en el Valle del Loira, y él había elogiado mi trabajo cuando terminamos en el chateau, así que cruzaba los dedos para que esta reunión tuviera que ver con un trabajo, o tal vez con otro proyecto temporal. De lo contrario, mañana volvería a enviar currículums. Apenas tenía energía emocional para buscar trabajo, pero una chica tenía que comer, y yo haría lo que tuviera que hacer porque no tenía muchas opciones.

La cara de Callen pasó por mi mente, el aspecto que tenía en el balcón del hotel hace un par de noches con su esmoquin arrugado, pero lo aparté. No podía pensar en él ahora mismo. No lo haría. Y, de todos modos, seguía sintiéndome destrozada, pero me alegraba de haberle dicho mi parte. Mi corazón estaba roto, pero lo que dije era en serio: él tenía que asumir la responsabilidad de su propia vida. No podía hacer nada más que rogarle. Y eso tampoco funcionaría. Sabía por experiencia que la gente no cambiaba porque se le rogara. La gente cambiaba sólo cuando tomaba la decisión de cambiar por sí misma.

Bajé en el ascensor hasta el despacho del Dr. Moreau y llamé ligeramente a su puerta.

—*Entrez* —me llamó, y abrí lentamente la pesada puerta de madera.

Su despacho estaba tan desordenado como la primera vez que estuve allí, y algo en el desorden me hizo sonreír.

—Ah, Jessica, *ma chérie*, entra. —Se levantó y rodeó su escritorio, besándome amablemente en cada mejilla antes de volver a su silla. Me alisé la falda y tomé asiento frente a él.

—¿Qué te pareció la cena del banquete? Siento que sólo hayamos podido charlar brevemente.

—Fue encantador. Conocí a varios de los donantes y a la mayor parte del personal del Louvre.

—Bien, bien. Es de lo que quiero hablar contigo. —Sonrió, y me senté hacia adelante—. Una oferta. —Solté la respiración que había estado conteniendo, y el Dr. Moreau se rió—. ¿Buenas noticias?

—Sí, mucho.

—Bien. Tu trabajo, Jessica, es maravilloso. La forma en que interpretaste la voz de Adelaïde no sólo fue técnicamente precisa, sino que contenía un nivel de intuición que no todos los traductores tienen. Las palabras son tan —se frotó los dedos como si pensara en ellas como algo tangible— poderosas. Y el lenguaje, si no se traduce correctamente, nunca transmite perfectamente el significado del escritor. No habla desde su corazón como ellos querían hacerlo. No nos da la *esencia* de ellos. Tú, Jessica, ayudaste a desnudar el corazón de Adelaïde y, a su vez, una pequeña parte del de Jehanne. Por un momento, les devolviste la vida.

Su cumplido hizo que mi corazón palpitará de alegría, y dejé escapar una risa que sonó empapada.

—Gracias, Dr. Moreau.

—De nada. Ahora, sobre la oferta. Hay un puesto en nuestro departamento de documentos antiguos que creo que sería perfecto para ti. Te he recomendado para ello, pero tendrás que reunirte con el jefe del departamento como una formalidad. Si estás interesada, por supuesto.

—¿Interesada? —Espeté—. Sí.

El Dr. Moreau se rió.

—Lo esperaba. Aquí está su tarjeta. Le espera mañana a las nueve de la mañana.

—Gracias, Dr. Moreau. Yo... realmente, no puedo agradecerle lo suficiente. Por todo.

—El sentimiento es mutuo. —Empecé a levantarme, cuando el Dr. Moreau sonrió de una manera que me pareció un poco traviesa—. Oh, sólo una pequeña cosa más. —Volví a sentarme y lo miré inquisitivamente mientras sacaba una carpeta del cajón de su escritorio—. Dos de los escritos en los que debías trabajar estaban mal archivados en el campo. —Sacudíó

la cabeza—. Un desafortunado error, aunque estaban escritos en un tipo diferente de pergamino y utilizaban una tinta de distinto color, por lo que se supuso que pertenecían a un proyecto diferente. Estas son copias. Sólo les he echado un breve vistazo. Sé lo decepcionado que estabas por no tener la historia completa, y me encantaría que hicieras los honores y los tradujeras como has traducido tan hábilmente los otros. Pero, por favor, envíamelos en cuanto estén terminados.

Oh, Dios mío. Solté un suspiro sobresaltado al encontrarme con los ojos del Dr. Moreau. Mi corazón palpitó de euforia sorprendida.

—*Oui* —respiré mientras cogía la carpeta de manila y la abría para mirar dentro. Inmediatamente reconocí la hermosa y formal escritura de Adelaïde, y mi corazón dio un salto como si viera a un viejo amigo acercándose a mí en la calle. *Oh*—. Gracias, Dr. Moreau. —Me esforcé por no llorar—. Muchas gracias. Le enviaré el primero por correo electrónico mañana —dije, con la voz entrecortada por la oleada de emociones que me llenaba el pecho.

El Dr. Moreau se puso de pie.

—*Muy bien.* Y recuerde adjuntar una factura por el trabajo. —Se acercó al escritorio y tomó mi mano entre las suyas, besándome en cada mejilla una vez más—. *Bonne journée,* Jessica.

* * *

Me guardé mi chillido de emoción hasta haber recorrido la mitad del camino desde el Louvre hasta la estación de tren, deteniéndome en una esquina y soltando el alegre sonido. Un trabajo permanente. En el Louvre. Me apoyé en el edificio que tenía a mis espaldas, el calor de la piedra se filtró en mi blusa y me calentó la piel. Volví la cara hacia el sol y sentí los cálidos rayos en mi rostro.

—Gracias —susurré. Apreté la carpeta de manila lisa contra mi pecho, abrazándola como si fuera la propia Adelaïde y estuviera viviendo este momento conmigo. Me moría por leer lo que había dentro, pero quería sentarme sola en una habitación tranquila para poder absorber cada palabra. Para poder volver a los campos del Valle del Loira. *A mi corazón.*

Me sentí más en paz que desde que dejé el chaó teau. Me llevaría tiempo superar el dolor de la pérdida de Callen, pero finalmente lo haría. Me había arriesgado en el amor y había perdido. A pesar de cómo había terminado, no me arrepentiría del tiempo que habíamos pasado juntos. Eso

también había sido un regalo, y trataría de asegurarme de que la pérdida me cambiara para mejor. No tenía ni idea de lo que eso significaba en ese momento, pero era un objetivo y los objetivos eran vitales. Los *sueños eran vitales*.

El viaje de media hora a casa me pareció más largo de lo habitual. Frankie estaba trabajando, y normalmente no me gustaría pasar el resto de la tarde sola, pero tenía a Adelaïde para hacerme compañía y sabía que su voz familiar me reconfortaría.

Cuando doblé la esquina de mi calle y levanté la vista, la visión de un hombre que caminaba directamente hacia mí me hizo detenerme. Respiré con fuerza.

Mi corazón clamaba de miedo mientras Nick se acercaba a mí lentamente.

—¿Está bien? —pregunté, apresurándome hacia él, mi primer pensamiento fue que Callen estaba herido y que Nick había venido a dar las malas noticias.

—¿Qué? Sí, está bien.

Me puse la mano sobre el corazón y Nick hizo una mueca.

—Lo siento. No consideré que pensaras que estaba aquí para traer malas noticias.

—Su estilo de vida no inspira precisamente confianza en el estado de su salud.

—No, no lo hace, ¿verdad?

Lo miré en silencio durante un momento. Llevaba unos vaqueros y una camiseta de manga corta con el logotipo de alguna empresa de diseño de páginas web, probablemente la suya, aunque el diseño de la camiseta estaba descolorido y no pude distinguir el nombre exacto de la empresa. Tenía buen aspecto, no como Callen cuando lo había visto.

—Me sorprende verte.

—Sí... lo sé. Siento haberme ido en malos términos ese día después de la entrevista.

—No te culpo por eso, Nick. Me lo merecía.

Nick negó con la cabeza.

—No, Jessica. Dijiste que fue un accidente, y te creo. Pasara lo que pasara, no creo que quisieras hacer daño a Callen, especialmente en

público.

—No. No lo hice. —Mi apartamento estaba al final de la manzana, y señalé hacia él—. ¿Quieres sentarte y hablar? —Pregunté.

—Realmente tengo poco tiempo. Callen y yo volamos de vuelta a California esta tarde.

—Oh, ya veo —dije suavemente.

—Pero, um, vi una cafetería a una cuadra, si no te importaría acompañarme a tomar una taza. He visto un pastel de aspecto delicioso en el escaparate.

Sonreí.

—Claro.

Caminamos la manzana hasta la cafetería que conocía bien, entramos y tomamos asiento en una pequeña mesa. Los olores del rico café y los dulces postres golpearon mi nariz e hicieron que mi estómago se revoliera. La visita de Nick obviamente había sacudido mi sistema.

—¿Puedo ofrecerte algo? —preguntó Nick.

Sacudí la cabeza y esperé mientras él pedía una taza de café y un trozo de pastel de chocolate decadente.

—¿Sabe Callen que estás aquí? —Le pregunté después de que se acabara la mitad del postre en dos bocados.

Se sentó de nuevo.

—No. Es que... ni siquiera sé exactamente por qué he venido. —Dejó escapar una pequeña risa avergonzada y se restregó una mano por la cara—. Llevo mucho tiempo preocupado por Callen, y supongo que he llegado a la conclusión de que tiene que empezar a preocuparse por sí mismo si quiere seguir adelante. Lo que pasó en esa entrevista, por muy horrible que fuera, quizá sea lo que finalmente haga que eso ocurra. Dicen que hay que tocar fondo antes de empezar a salir. —Levantó su taza y tomó un sorbo de café.

Exhalé una bocanada de aire.

—Llegué a la misma conclusión, Nick, y espero que tengas razón en cuanto a que Callen descubra cómo seguir adelante. —*Pero ya no es asunto mío, por mucho que me duela.*

Inclinó la cabeza y me observó por un momento, luego dejó la taza en el suelo y se cruzó de brazos.

—Solía ir a un ring de boxeo en L.A. donde dejaban a los amateurs pelear. Una vez fui a verlo. No era lo mío. Me recordaba a mi pasado y, a diferencia de Callen, nunca me había gustado que me pegaran.

Oh. Ambas partes de esa afirmación me llenaron de tristeza, pero Nick no parecía estar allí para hablar de sí mismo, y no lo conocía lo suficiente como para preguntar más.

—Callen lo disfrutó.

Se quedó pensativo un momento.

—No sé si *disfrutar* es la palabra correcta, pero sí, lo buscó. *Quiere* hacerse daño, Jessica. La bebida, las mujeres, logran dos cosas a la vez: lo adormecen por un tiempo y lo lastiman porque se odia a sí mismo por ello.

—A mí también me dolió.

—Lo sé.

Lo miré, vi la pena grabada en sus ojos. Sí, lo sabía. Sólo que no de la misma manera. Pero se preocupaba por Callen como lo haría un hermano, por lo que ver a Callen arruinando su propia vida también debía causarle dolor.

—Tiene mucha suerte de tenerte —murmuré—. Espero que se dé cuenta.

Me dedicó una sonrisa débil y luego me estudió por un momento.

—Callen me contó lo que te hizo cuando fuiste a su habitación aquella noche. —*Aquella noche*. La fatídica noche en la que intenté contarle la verdad. La verdad que él no quería oír.

Me estremecí, desviando la mirada, no queriendo pensar en esa noche en absoluto.

—Sí.

Tomó otro sorbo de café y luego jugó con el vaso de cartón por un momento, pareciendo estar considerando algo.

—Realmente no me corresponde decirte esto, pero... no pasó nada entre Callen y esa chica. Se fue justo después de que tú lo hicieras, Jessica. Callen y yo nos fuimos treinta minutos después. Te hizo daño a propósito, pero no tuvo sexo con ella. Sólo pensé que deberías saber la verdad sobre eso.

Parpadeé, arrugando la frente.

—¿Entonces por qué...?

—Para hacerte daño, y para hacerse daño a sí mismo. Ha pasado estas últimas semanas en París tratando de llevar el estilo de vida que llevaba antes, pero no le está funcionando. Vuelve al hotel solo cada noche y se sienta en el balcón con un aspecto patético y completamente miserable. —Sonrió alegremente—. Me da esperanzas.

No pude evitar la risa confusa que brotó de mi pecho mientras sacudía simultáneamente la cabeza.

—Está enfermo de celos por saber con quién puedes estar, y nunca ha estado celoso antes. Creo que lo está volviendo un poco loco. Es un desastre, pero tal vez... tal vez en el buen sentido por primera vez. Sólo el tiempo lo dirá.

Suspiré, observando cómo se acababa el pastel.

—Nick, espero que mejore, pero no puedo invertir en esperanzas. E incluso si se recupera, no hay futuro para nosotros. Yo estoy aquí, él está en Los Ángeles, y nuestras vidas están a mil kilómetros de distancia en otros aspectos también.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé. Espero que el hecho de que haya venido aquí no le haya molestado. Lo hice como un acto de buena voluntad entre dos personas que se preocupan por él. Puede que seamos las únicas personas en la tierra que realmente lo hacen.

Dios, era un pensamiento triste. Y aún más triste era que, aunque seguía queriendo a Callen, ya no podía formar parte de su vida sin clavarme una estaca en el corazón cada día.

—¿Supongo que no tendrás ningún interés en mantener el contacto?

Sacudí la cabeza lentamente.

—Eso no sería bueno para mí, Nick. Espero que entiendas por qué.

—Sí. —Exhaló la palabra, un sonido de resignación—. Lo hago.

—Pero te agradezco mucho que hayas venido a verme hoy. He estado... luchando, y ahora creo que puedo poner algo de eso a descansar.

—Bien. —Sonrió, inclinando la cabeza—. Creo que el destino sabía lo que hacía cuando los juntó a Callen y a ti.

Sonreí, de forma genuina, mientras recogía mis cosas y me ponía en pie. Estuve de acuerdo. No importaba el resultado, tenía fe en que el

tiempo que habíamos pasado juntos tenía un propósito, aunque no lo conociera hasta dentro de mucho tiempo.

—Yo también lo creo.

—Cuídate, Jessica.

—Tú también, Nick.

Me di la vuelta y salí de la cafetería, dirigiéndome a mi apartamento mientras reflexionaba sobre las palabras de Nick. Callen no se había acostado con la chica que había estado en su habitación de hotel aquella noche. Por qué, no estaba segura, y tal vez no debería importar si lo había hecho o no, porque en cualquier caso, había querido hacerme creer que iba a hacerlo. Que era capaz de hacerlo. Pero *sí* me importaba, y el alivio que sentí fue como un bálsamo para mi corazón. No cambiaba nada ahora, pero el conocimiento me traía cierta paz.

Doblé la esquina de mi calle, dejando atrás mi pasado, agradecida de poder entrar en el de Adelaïde en su lugar. Dentro de mi apartamento, me senté en el sofá y subí las piernas debajo de mí, sacando el ejemplar superior del escrito de Adelaïde.

En el año de nuestro Señor, 1431, el primer día de junio

Se acabó. Su espíritu se eleva con los ángeles. No quería ver su sufrimiento. Mi corazón sangraba de agonía, y temblaba de horror al ver su cuerpo atado a la estaca, con una cruz de madera agarrada a su pecho. No sé mucho, pero sé que lo que le ha sucedido a Jehanne hoy es una injusticia de la que el mundo se dolerá. Así que me obligué a ser testigo, a ser tan valiente como ella me enseñó a ser, a ver cómo se enfrentaba a su fin terrenal con compostura y valor. Y juro recordar siempre la verdad que ella vivió: que hay más de lo que vemos con nuestros ojos humanos, que Dios nos muestra nuestro camino y el destino nos susurra sus sueños, guiándonos con amor y gracia. No importa quién dude de nosotros, sólo que escuchemos con nuestro corazón y seamos lo suficientemente intrépidos para mirar con la visión de la fe. Al final, mi única esperanza es que le haya traído algún pequeño consuelo saber que mientras las llamas lamían más alto, ella era observada con ojos celestiales de amor.

Vivir con fiereza y sin remordimientos, prometo recordarme a mí misma cuando tenga miedo o incertidumbre, repitiendo las palabras que Jehanne me dijo por primera vez en aquel tranquilo arroyo hace lo que parece tanto tiempo. Las mismas palabras que ella susurró a Carlos Séptimo, la frase que el sabio y

bondadoso sacerdote que dio consuelo a Carlos en la deserción de su padre le dijo al pasar de este mundo al siguiente, palabras que Carlos nunca había repetido a otra alma viviente. Pero eran más que palabras. Fueron lo que le aseguró a Jehanne un ejército, le ganó un trono a un rey abandonado y le regaló a Francia una heroína.

Y yo misma viviré por ellas todos los días de mi vida.

Ahora estoy sentada aquí, al borde del mar, mirando la obra maestra de Dios mientras el sol sale y tiñe el agua de tonos dorados. No subí al carruaje que mi padre envió a buscarme; ni volveré a casa a la vida que una vez llevé, al extranjero al que me prometieron quienes no conocen mi corazón.

El viento sopla contra mí, pegando el vestido a mi cuerpo y obligándome a girar la cara hacia el norte, y juro que siento a Jehanne a mi lado señalando el camino. Mirando hacia una cueva en el Valle del Loira donde mi amado Olivier prometió que nos volveríamos a encontrar si alguna vez nos perdíamos. ¿Está vivo? ¿Está herido? ¿Encontrará el camino de vuelta a mí? ¿Me ama como yo lo amo? ¿En cuerpo y alma? No tengo respuestas y, sin embargo, tengo fe. Llevo dentro de mí la paz de saber que mi vida será conducida con fiereza y sin lamentar. Por favor, querido Señor, querida y amada Jehanne, guíame hacia donde quieres que vaya y te seguiré humildemente.

Parte Tres

No tengo miedo, he nacido para hacer esto.

-Juana de Arco

Capítulo Veinticinco

Callen

El sol californiano se colaba por un hueco en las persianas, dándome como un foco, lo que me hizo gemir y ponerme la almohada sobre los ojos. Habíamos llegado cerca del amanecer y sólo había dormido cuatro o cinco horas. Por lo visto, no me había asegurado de que la persiana estuviera completamente cerrada antes de meterme en la cama anoche.

Intenté volver a dormir, pero la maldita luz era demasiado brillante ahora que me había despertado. Tiré la almohada a un lado y me di la vuelta, abriendo un ojo sin brillo para mirar el reloj: 12:17. Me quedé mirando el techo familiar de mi habitación, con la depresión instalándose a mi alrededor como el visitante no deseado en el que se había convertido.

¿Me ayudaría un trago? Aquí sólo era mediodía, pero en París era de noche.

París.

Jessie.

Se me apretaron las tripas al recordar que ahora nos separaba un océano. Eso era bueno, pero aun así, me dolía, joder. Todo me dolía, y no tenía ni idea de qué hacer al respecto, aparte de lo que siempre había hecho. Excepto que eso no había funcionado en París, y ya no sonaba atractivo, tampoco. Nada lo hacía.

Mi mente volvió a aquel balcón de París, a la forma en que Jessie había lucido el vestido de rosas doradas. *Rosas*. Brillantes y elegantes. Un faro de luz. Tan increíblemente hermoso que me había arañado el corazón. Había visto un cartel de la gala y había ido a averiguar si estaba embarazada, sabiendo en mi interior que lo esperaba, incluso rezando, porque todavía la deseaba tanto, joder, y la agonía de echarla de menos me había hecho lo suficientemente egoísta como para aferrarme a cualquier razón por la que pudiera quererme de nuevo. Lo suficientemente egoísta como para aparecer sin invitación donde sabía que ella estaría, pero no antes de unos cuantos tragos de coraje líquido.

Y entonces *lo había visto* besarla, tocarla. Me sentí celoso, herido y

enfadado, y por eso fui cruel, otra vez.

Eres una vergüenza.

Dios, sabía que lo era. Lo sabía.

Mi teléfono móvil sonó desde algún lugar de la habitación y me quedé tumbada, dejando que saltara el buzón de voz. Pero cuando empezó a sonar de nuevo, apenas unos segundos después, me senté, sacando las piernas de la cama.

—Jesús.

Seguí el sonido y localicé mi teléfono en el bolsillo de los vaqueros que había tirado a un lado la noche anterior antes de caer en la cama.

—¿Hola? —Mi voz sonaba áspera y llena del sueño que no había tenido suficiente.

—¿Callen, querido?

—Hola, Myrtle.

Suspiró suavemente.

—Siento ser la portadora de malas noticias, querido, pero tu padre... ha fallecido.

Volví a caminar hacia la cama y me senté, dejando escapar una bocanada de aire.

—¿Mi padre?

—Sí. Un hombre que trabajaba en el hospital de veteranos te llamó. Encontró el número de tu negocio en los registros de tu padre. Dejó sus datos para que lo llamaras. Pero pensé que preferirías escuchar las noticias de mí que de un extraño.

—De acuerdo. Gracias, Myrtle.

Hubo una pausa.

—Estoy aquí para ti, querido. ¿Necesitas que vaya y te ayude con algún arreglo...?

—No, gracias. Estoy bien. Mi padre y yo, estábamos... distanciados.

—Oh, ya veo. Lamento escuchar eso. Eso tampoco es fácil.

—No —murmuré. Me sentía como si estuviera aturdido. Myrtle me dio el número del hombre que había llamado y siguió hablando durante otro minuto. No entendí todas sus palabras, pero su tono tranquilo me tranquilizó.

Después de colgar, me quedé mirando la pared durante mucho tiempo.

* * *

La vieja casa estaba abandonada. No me sorprendió. Había sido una mierda cuando vivíamos aquí hace once años, y otra década de inquilinos había sellado su destino. Al parecer, incluso el propietario se había marchado. El letrero en lo que era el césped mostraba el logotipo de un gran banco de California. Deben ser los dueños ahora.

No estaba seguro de por qué había pasado por allí. Pero mi padre había regresado a mi ciudad natal de Santa Lucinda en algún momento -ni siquiera sabía exactamente cuándo- y su pequeño y triste funeral se había celebrado calle arriba. Yo había pagado una lápida para él y me había presentado. No creí que esperara más de mí, si es que quería que estuviera allí. Al parecer, tenía algunos viejos amigos, compañeros del ejército que habían aparecido con el aspecto de algo que el gato había arrastrado y que después se quedaron en grupo, fumando cigarrillos e intercambiando historias, sobre qué tema no podría decir.

Mi padre no se había mudado a esta casa cuando volvió a la ciudad, si es que estaba disponible para alquilar en ese momento. Pero aquí fue donde me atrajo. Si mi dolor residía en algún lugar físico, era éste.

La puerta principal estaba cerrada con llave, pero pude empujar una ventana lateral lo suficiente como para colarme por ella.

¿Qué estoy haciendo?

Mis pasos resonaban en las habitaciones vacías mientras esquivaba los excrementos de animales y la basura que habían dejado atrás.

Había un gran agujero en el suelo del pasillo, probablemente por donde entraron los animales.

Mi antigua habitación... el armario donde había escondido el teclado -ese querido teclado- para sacarlo cuando mi padre no estaba en casa, perdiéndome en la música que milagrosamente podía leer. Ese era un buen recuerdo. El baño... la habitación de mi padre... y luego la cocina. Me quedé en el espacio abierto mirando alrededor. Habían quitado todos los armarios inferiores, junto con las lámparas, incluso los zócalos. Los armarios superiores colgaban precariamente, la mayoría de las puertas inclinadas y colgando de una sola bisagra oxidada. El linóleo del suelo estaba agrietado y descascarillado, y las tuberías oxidadas donde antes estaba el fregadero estaban al descubierto.

¡Idiota inútil! ¡Lee! Lee esta línea. ¡Sólo esta maldita letra!

Se me revolvieron las tripas con el eco de las palabras de mi padre mientras mis ojos se movían lentamente hacia el lugar donde había estado la mesa, el lugar de mi miseria, mi vergüenza y mi humillación. Me imaginé allí ahora, con un libro abierto frente a mí, rogando a Dios que me ayudara a leer.

Por favor. Haré lo que sea. Sólo ayúdame. Ayúdame, por favor.

Y, de repente, una oleada de ira me invadió tan violentamente que solté un feroz grito de rabia, arrancando una de las puertas del armario, ya suelta, de la bisagra que le quedaba y lanzándola contra la pared. La puerta se astilló y el yeso salió volando del lugar donde había golpeado, la madera cayó al suelo. Mi pecho se agitó mientras aspiraba aire. No fue suficiente.

—¡Te necesitaba! —Grité—. ¡Necesitaba ayuda! —Luché con toda una sección del armario, finalmente lo arranqué de la pared y lo lancé también—. ¡Nunca me ayudaste! Nunca me ayudaste. ¿Por qué? ¿Por qué?

Eres un estúpido. Eres un maldito estúpido.

Otra puerta arrancada, otro trozo de armario. La madera se astilló, el yeso explotó, mis músculos ardieron y la sangre salpicó el suelo de alguna herida que ni siquiera pude sentir.

—¿Por qué no pudiste amarme? —Grité. Sonaba desesperado, animal.
¿Por qué tenías que ser mi hijo? ¿Por qué tuve que conseguirte?

Ya no quedaban armarios, así que fui a por las tuberías, sacudiéndolas y retorciéndolas hasta que también se soltaron en un estallido de agua negra que burbujeó y luego desapareció de nuevo en el suelo. Utilicé las tuberías como si fueran un garrote, golpeando la pared más cercana a mí hasta que rompí la pared de yeso, gruñendo y jadeando por el esfuerzo.

—¿Por qué no pudiste amarme? Sólo quería que me quisieras.

Seguí balanceando la pipa, pero los brazos me temblaban de cansancio y la humedad que salpicaba mis brazos desnudos no era sangre, sino lágrimas. Solté otro grito, pero terminó en un sollozo, y dejé caer la pipa, colgando la cabeza mientras las lágrimas corrían por mis mejillas. Caí de rodillas y luego de costado sobre el suelo frío y sucio.

—Quería que me quisieras. Te necesitaba —jadeé—. No tenía a nadie más. Te necesitaba y nunca me ayudaste.

No sabía si estaba hablando con Dios o con mi padre, o quizás con ambos. Todo lo que sabía era el dolor agonizante que había surgido de lo más profundo de mi alma y que exigía ser liberado. Golpeaba mis huesos, desgarraba mis músculos, arañaba el interior de mi piel. Sollozaba mientras me rendía, dejando que saliera de mí, temblando por el dolor y la vergüenza que había mantenido cerca de mi corazón durante tanto tiempo. Lloré por el sentimiento de inutilidad al que me había aferrado, poseyéndolo porque creía que era mío por derecho. Lloré por el anhelo desesperado de ser amada por la única persona que se negaba a ofrecerlo.

—Te necesitaba —me atraganté de nuevo, con el pecho agitado—. Necesitaba que me ayudaras.

Estoy aquí para salvarte.

Mis ojos se abrieron de golpe, y me aparté de la borrosidad, incorporándome y buscando a la niña que acababa de hablar cerca de mi oído. Retrocedí rápidamente, presionando mi columna vertebral contra la pared mientras intentaba recuperar el aliento. Utilicé ambas manos para limpiar las lágrimas de mis mejillas. No había ningún niño. La voz había salido de mi memoria. Pero había sido dulce y clara, y juraría que me había hablado al oído.

Jessie.

Había sido la voz de Jessie. La voz de esa princesa de once años con cara de pecas.

Estoy aquí para salvarte.

Volví a respirar larga y temblorosamente, el corazón se ralentizó y un hilillo de calma empezó a recorrerme mientras mis hombros se relajaban. Llevé las rodillas al pecho y me senté contra la pared de la misma manera que una vez me senté en aquel vagón. Apoyé los antebrazos en las rodillas, observando el estado de mis manos arañadas y ensangrentadas, y cerré los ojos, apoyando la cabeza en la pared.

Estoy aquí para salvarte, había dicho, no una, sino dos veces.

Estoy aquí para salvarte.

Resonaba en mi cabeza como el tañido de las campanas. ¿Era... era *así* como trabajaba Dios? ¿Enviaba gente para salvarnos cuando necesitábamos ser salvados? ¿Signos? ¿Pequeños guías? ¿Había estado demasiado ciego para ver que le había pedido ayuda y que él había

respondido una y otra vez? Mi corazón palpitó de esperanza, una oleada de asombro se apoderó de mí. Le había pedido que me ayudara, le había rogado que me salvara, y él había enviado a *Jessie*, no sólo para proporcionarme amistad y risas cuando más las necesitaba, sino para regalarme la alegría de la música. Ella me la había entregado directamente en mis brazos, como una mensajera portadora de milagros, y yo no la había reconocido ni una sola vez como lo que era. *Mi regalo. Mi destino. Mi amor.*

Oh, Jessie.

Me imaginé su rostro ansioso asomándose al vagón aquel día, la imaginé agarrando mi mano y llevándome a través de los campos y las vías del tren, transformando el mundo miserable que yo conocía en una tierra mágica llena de felicidad y *esperanza*. *La imaginé* leyéndome, estimulando mi imaginación y enseñándome a soñar. La vi repasando notas musicales, tocando cada una de ellas con el dedo mientras me enseñaba el idioma que debía conocer, el que fluía por mi sangre, por mi médula, por mi alma, como si fuera la lengua materna aprendida en algún lugar lejano que ya no recordaba pero que aún llevaba dentro.

Fue como si todas las cosas buenas y bonitas del mundo se reunieran de golpe y hubieras encontrado la forma de expresarlas en una sola canción.

No era inútil. No lo era. *Jessie* había intentado enseñarme eso. Y, sin embargo, no había sido capaz de confiar en que alguien me amara, incluso alguien amable como *Jessie*, cuando mi propio padre no había sido capaz de hacerlo.

Me senté durante mucho tiempo en la desolada choza, mis lágrimas se secaron, la sangre se endureció. Me quedé mirando la pared en ruinas mientras los latidos de mi corazón se convertían en un constante "*thump, thump, thump*".

Oh Dios, fui un tonto. No había visto. No me había dado cuenta.

Me sujeté la cabeza con las manos, tantas visiones fluyendo por mi mente, no sólo *Jessie*. No sólo la segunda vez que había aparecido para salvarme en un tejado de París, no sólo la tercera, en un chateau francés en el valle del Loira. Sino en Nick, en cómo había llegado a mi vida cuando más necesitaba un amigo, en cómo le había protegido y en cómo me había cubierto la espalda indefectiblemente. Incluso *Myrtle*. Incluso la loca de *Myrtle*. Jadeé, agarrándome el pelo.

Tal vez había sido amado todo el tiempo... por algo... o alguien. Por

una mano amorosa que buscaba guiarme si tan sólo la hubiera escuchado. La sensación de que algo inmenso estaba ocurriendo bailó sobre mi piel, a través de mis venas, y se instaló en mi interior. Se sentía cálido y brillante, como una luz. Se sentía como el amor.

Eres una desgracia, había dicho Jessie. Solté la cabeza, riéndome a carcajadas, no con la auto burla, sino con la verdad de sus palabras y la comprensión de que tenía razón. Por *supuesto que la tenía*. Pero lo *más importante era* que no quería seguir siendo una desgracia, y necesitaba encontrar la fuerza para no serlo.

Me he pasado la vida rechazando los milagros. Me he pasado la vida despreciando el destino. Me había pasado la vida despidiendo barcos. Uno tras otro.

Sin embargo, el destino no había renunciado a mí. El destino había enviado a Jessie una y otra vez, y, Dios, yo quería ser digno del regalo.

Un sonido de arañazos llamó mi atención y me puse en pie. Lo último que necesitaba era un encontronazo con un mapache rabioso que estaba en cuclillas en la casa abandonada.

Pero cuando me asomé a la esquina del corto pasillo, vi un perro marrón y blanco de tamaño medio, cuya expresión oscilaba entre una sonrisa y un jadeo. Retrocedí y el perro se adelantó, rodeando la puerta de la cocina donde yo estaba ahora, gimiendo suavemente.

—Vaya —dije, levantando la mano. El perro se sentó, bajando los ojos. Hice una pausa. Parecía tener muy buenos modales para ser un perro callejero. Podía ver el contorno de sus costillas bajo su pelaje enmarañado, así que estaba claro que tenía hambre y no tenía hogar. Me moví sobre mis pies.

—Debería llevarte a la perrera —murmuré. El perro, que parecía conocer la palabra "perrera", se puso boca abajo y se tapó los ojos con las patas. Me reí sorprendido por la clara inteligencia de este animal sarnoso—. Has estado allí antes, ¿eh?

Suspiré.

—Bueno, no puedo llevarte. Vivo en un apartamento en Los Ángeles. Sin patio. No se permiten mascotas.

El perro siguió mirándome como si esperara algo. *Podrías mudarte*. Dejé escapar una respiración entrecortada, apoyándome en la pared detrás

de mí.

—¿A dónde me voy a mudar? ¿A Francia? —Las orejas del perro se alzaron y levantó la cabeza, dejando escapar un gemido. *Por supuesto*. No estaba seguro de dónde había surgido esa idea, aparte de que quizás... quizás había estado dando vueltas en mi cabeza durante semanas. Tal vez había estado demasiado asustado como para pensar en ello y en todos los demás riesgos que tendría que considerar si daba el salto.

Apreté los labios, sin dejar de mirar al perro.

—Si nos mudáramos a Francia, te llamaría Pierre. Es un nombre muy estúpido y tendrías que soportarlo. —El perro saltó, ladrando suavemente. Me reí—. Es lógico.

Volví a suspirar. Tendría que pensar en mudarme, realmente pensarlo, pero parecía que por ahora tenía un perro.

—Vamos, Pierre. Vamos a buscarte una hamburguesa. —El perro gimió felizmente y luego comenzó a jadear, uniéndose a mí donde estaba parado y mirándome solemnemente—. Lo sé. Yo tampoco te esperaba. Creo que esa es la cuestión.

Pierre me siguió y abrí el pestillo de la puerta principal. Antes de abrirla, volví a mirar hacia la cocina, imaginando a aquel niño pequeño sentado a la mesa, asustado, triste, lleno de vergüenza por lo que era y por lo que no podía hacer.

—Te equivocaste conmigo —susurré, y luego abrí la puerta, Pierre corriendo delante de mí mientras nos alejábamos.

* * *

—¿Qué le parece, Monsieur Hayes? ¿Muy bonito?

Me di la vuelta, echando un vistazo a la moderna cocina. Todo era acero inoxidable brillante y bordes afilados.

—Está bien, supongo, pero... ¿tienes algo con un poco más de... historia?

El agente inmobiliario levantó una ceja.

—¿Historia? Monsieur, Giverny es rica en historia. Pero en el sector inmobiliario eso suele traducirse en... necesita trabajo.

Me reí.

—Está bien. Dentro de lo razonable.

El agente, Monsieur Voclain, sacó su teléfono y pasó por un par de pantallas, deteniéndose en una. Me miró.

—Tengo uno que quizás le gustaría ver. Si le gusta... la historia.
—Sonrió.

—Sí. —*O mejor dicho, alguien especial para mí lo hace.*

—Bien. Si quieres seguirme, te mostraré el camino.

Seguí el coche de Monsieur Voclain durante varios kilómetros y me detuve junto a él frente a una casa de piedra, cubierta de hiedra, con las persianas blancas cayendo de las bisagras. Me quedé un momento mirando la puerta abierta del coche, con una sensación de... acierto. Pierre ladró, deslizándose a mi lado y saltando por la puerta abierta.

—Oye, se supone que debes quedarte en el coche —dije. La maldita perra me ignoró, trotando hacia la casa, donde se tumbó en un trozo de sol en el camino de piedra y apoyó la cabeza en sus patas.

Miré a mi alrededor, observando el patio cubierto de vegetación y cercado por un muro de piedra que aún parecía robusto. Grandes árboles daban sombra a la propiedad, y las flores y las enredaderas crecían de forma desenfadada y salvaje. Necesitaba ser domado, pero su belleza natural y sin ataduras me atraía por dentro.

La luz de este lugar resultaba familiar. La forma en que brillaba tan suavemente detrás de la casa y luego se difundía suavemente hacia los árboles y el cielo más allá. Me recordó la forma en que la luz se veía detrás de Jessie aquel día, cuando estaba frente a la ventanade la posada.

Y cuando incliné la cabeza hacia atrás e inhalé la brisa, juré que podía oler el aromadulce y especiado de las rosas que llegaban desde algún lugar más allá.

Monsieur Voclain se acercó.

—Es una casa de segunda mano, sin duda. Pero tiene un precioso jardín privado en la parte de atrás, y las chimeneas del interior aún funcionan. Tiene todas las vigas y suelos de madera originales.
—Empezamos a caminar hacia la puerta principal—. ¿Sabes que la casa de Monet está cerca? Cuando se trasladó aquí en 1883, la belleza de Giverny se convirtió en una fuente de gran inspiración para él. Aquí pintó varios de sus cuadros más famosos. Es... un lugar especial para los artistas.

—Hmm —tarareé. Había oído que la casa y los jardines de Monet

estaban cerca. *A ella le encantaría.*

Monsieur Voclain se rió mientras miraba a Pierre, que ya se había sentido como en casa.

—A tu perro también le gustará este lugar. Hay hermosos lugares para pasear, un río con un viejo puente justo por ahí. —Señaló a la izquierda—. Y por encima de los árboles, se puede ver el campanario de una iglesia del siglo XI.

Una melodía sonó en mi interior: suave, dulce, solitaria, hablando de cosas que siempre había anhelado pero que nunca había tenido el valor de intentar hacer más.

Amor.

Casa

—Monsieur Voclain, lo tomaré.

Se rió, apartándose de la puerta principal que acababa de abrir.

—Ni siquiera has visto el interior.

Sonreí.

—Muy bien, vamos a pasar, sólo para hacerlo oficial.

Capítulo Veintiséis

Jessica

—¿Jess? —Me volví de la estufa donde estaba calentando un poco de sopa cuando Frankie entró en nuestro apartamento.

—Hola —saludé, dedicándole una sonrisa.

—Hola. ¿Cómo estuvo tu día?

—Estuvo bien.

Entró en la cocina, mirando por encima de mi hombro hacia la olla de sopa de verduras y arrugando la nariz. Tiró algo de correo en la encimera, sosteniendo una revista que había estado encima.

—Mira. —Sonrió—. Es el artículo publicado sobre cómo mi brillante amiga ayudó a descubrir uno de los grandes misterios de la historia.

Inspiré y dejé la cuchara de madera que había estado usando en la encimera. Tomé la revista de Frankie y hojeé la página en la que se encontraba el artículo sobre las palabras que Juana de Arco había dicho a Carlos Séptimo para que le diera un ejército. Ya había leído el artículo, pero verlo impreso me produjo una gran emoción. Seguía estando muy orgullosa del trabajo que habíamos realizado y muy contenta por la información que contenía el escrito mal archivado.

Frankie me miró por encima del hombro mientras ojeaba el artículo.

—Estamos enmarcando eso, sabes.

Me reí, dejando la revista sobre la encimera y viendo un gran sobre acolchado encima de la pila de correo que Frankie había dejado.

—¿Qué es eso? —Señalé con la cabeza la pila.

Frankie tomó una manzana del frutero y se la llevó a la boca.

—No sé. Es para ti —dijo alrededor de un bocado de la fruta.

Recogí el sobre. Llevaba una etiqueta con mi nombre y mi dirección, pero no contenía ninguna información de retorno, excepto el matasellos que indicaba que había sido enviado a Francia. Fruncí el ceño, abrí el sello y miré dentro. Saqué un estuche de CD de música con la cubierta en blanco.

—¿Qué...? —Al abrir la tapa, vi un CD con la canción de JESSIE

escrita en letras negras y en negrita—. Oh, Dios mío —susurré, apoyándome en el mostrador como soporte, mis manos empezaban a temblar.

—¿Qué es? —preguntó Frankie, tomándolo de mi mano y mirándolo por un momento—. ¿Es de Callen? —preguntó, parpadeando.

—Tiene que serlo. —Sacudí la cabeza. Hacía más de dos meses que no sabía nada de él o de él mismo, desde que Nick había pasado por aquí inesperadamente el día que se iban a Estados Unidos. Le pedí a Frankie que verificara que realmente se había ido, que no había noticias de él en los tabloides, y me dijo que había buscado en Internet y que no había ni un susurro de él en ninguna parte. Era como si hubiera desaparecido.

Y ahora... me había enviado una canción.

—La canción de Jessie. —¿Qué significaba?

—Creo que tienes que ir a tu habitación y escuchar eso —dijo Frankie en voz baja.

Levanté la vista hacia ella. Mi corazón latía de repente tan rápido que apenas podía recuperar el aliento.

—O-okay.

Ella asintió, con cara de preocupación.

—Estaré aquí cuando termines de escuchar. Y deja de agarrar eso con tanta fuerza. Lo vas a romper.

Dejé escapar una risa estrangulada y solté el CD. Caminé sobre patas de madera hasta mi habitación y cerré la puerta tras de mí, dirigiéndome a mi escritorio, donde conecté los auriculares e introduje el disco en mi ordenador.

Cuando sonaron las primeras notas, cerré los ojos, la melodía que había tarareado constantemente mientras estábamos en el Valle del Loira me llenaba los oídos, me llenaba el corazón. Un violín singular, hermoso, pero las notas... *sangraban* de alguna manera. En aquel entonces, sólo había sido el suave sonido de su voz, tarareando la melodía, y más tarde, las armonías, pero ahora se unían todas, una orquesta entera, y era increíblemente hermoso. Me puse la mano sobre el corazón como para evitar que se me saliera del pecho ante la historia que contaba esta música. De anhelo, de desesperación, de soledad, de amor y de alegría. Había nombrado la canción para mí, pero esta era la historia de Callen, contada a

través de notas que habían salido directamente de su alma. Su corazón estaba aquí, desnudo en un delgado disco de plata. Él me lo había dado.

Cuando terminó "La canción de Jessie", empezó a sonar otra. Y luego otra. Cada una contaba una historia, algunas creía entenderlas y otras eran hermosas pero misteriosas para mí. Tal vez hablaba de cosas que nunca me había contado. Tal vez de cosas que ni siquiera se había contado a sí mismo, hasta ahora.

Si la angustia y la redención se mezclaran para formar una banda sonora, sería ésta. Y entendí su dolor de forma aún más conmovedora. *Oh, Callen.* Escuché cada canción, con lágrimas en la cara, sentada en mi habitación mientras el sol se alejaba, *esperando* con la respiración contenida la forma que había elegido para terminar la última canción. Y cuando llegó, mi corazón se apretó tanto que dejé escapar un grito. La música se elevó suavemente, el sonido de un singular violín de nuevo, las notas se elevaron, mi corazón las siguió.

Callen... Callen.

Había escrito un final lleno de felicidad. Con esperanza. Con amor.

* * *

En el año de nuestro Señor, 1431, el séptimo día de octubre

Hoy hay un frío en el aire mientras me siento en la boca de nuestra cueva, con el Valle del Loira hermoso en todos los matices del esplendor otoñal. Olivier pasea por el campo de abajo, ejercitando la pierna, y puedo ver desde donde estoy sentada que su cojera es menos perceptible. No puedo evitar sonreír al recordar el día en que, hace varios meses, nos reencontramos bajo la luz de una luna nueva, la forma en que se balanceó de su caballo, cojeando hacia mí mientras yo corría, chocando en un montón de lágrimas y besos, amor y risas. Sus palabras:

—Estás aquí, mi amor, estás aquí —y la forma en que se estremeció al decirlas, se quedarán conmigo para siempre.

Olivier promete que haremos una buena vida, una vida llena de paz, en un lugar lejano de Francia, cultivando manzanas tal vez, o tal vez uvas. Sin guerras, sin miedo, sin reglas ni restricciones, nuestros corazones gobernados sólo por Dios. Y sé, con toda la fe de mi corazón, que así será, porque mi destino me ha conducido hasta aquí, y no es sólo la promesa de Olivier lo que me reconforta, sino el saber que también es una promesa escrita en el viento.

Tengo la certeza de que no volveremos aquí, que hoy es el adiós a este

maravilloso lugar donde el corazón de Olivier y el mío se hicieron uno. Ahora es mi familia. Él y el niño que crece en mi vientre. Una pequeña mota de esperanza, de amor. La prueba de que aunque la vida toma, también devuelve.

*Dejaré aquí mi historia, ésa y los trozos de Jehanne que ella ofrecía con cariño. Las partes de ella que no pertenecían sólo a Francia, sino a mí, su amiga y confidente. Quizás algún día el destino decida que es hora de compartir esta historia. No puedo evitar sentir un parentesco con la persona desconocida que leerá por primera vez estos escritos, una conexión que, si llega a producirse, el propio destino seguramente orquestará. De este modo, aunque quizás a través de décadas de tiempo, estamos unidos. Así que mi mensaje para ti, lector de mis palabras, conocedor de mi corazón, es éste: Una vez me pregunté si los vientos del destino son benévolo o despiadado. Ahora sé -creo- con cada fibra de mi ser, que sólo son buenos. Porque fue Jehanne quien me lo enseñó hasta el momento de su último aliento. Espero, querido amigo desconocido, que tú también lo creas. Con amor,
Adelaïde Durand*

Capítulo Veintisiete

Jessica

Era otoño en París. La temperatura había bajado, y con la mayoría de los turistas fuera, los parisinos recuperaron su querida ciudad.

Al salir del túnel del tren y empezar a caminar hacia mi apartamento, me abroché la chaqueta, tratando de manejar los botones mientras metía en mi maletín los archivos que había estado leyendo en el tren, y fallando con los botones.

—Por el amor de Dios —murmuré, mientras un remolino de hojas danzantes cruzaba la acera frente a mí.

La primera gota de lluvia me salpicó la nariz y parpadeé al cielo, dejando escapar un pequeño chillido cuando otra gota cayó directamente en mi ojo. Me la quité de encima, acelerando el paso. No estaba previsto que lloviera, así que no había traído paraguas.

La lluvia arreció, cayendo con fuerza, mientras yo agachaba la cabeza y caminaba rápidamente, sin atreverme a correr con los tacones de trabajo que llevaba. Utilicé mi maletín para protegerme de la lluvia, sujetándolo por encima de mi cabeza. Sin embargo, debí de olvidar cerrar la cremallera en mi prisa por meter los archivos dentro, porque de repente la carpeta se cayó delante de mí, haciéndome soltar un grito mientras me ponía en cuclillas e intentaba evitar que los papeles salieran volando.

Alguien se agachó a mi lado, poniendo el pie encima de un papel suelto. La sombra de un paraguas cayó sobre mí, y la lluvia, afortunadamente, fue bloqueada. Me reí, sacudiendo la cabeza.

—*Merci beaucoup...* —levanté la vista, dejando caer los papeles que acababa de recoger, con el corazón saltando en mi pecho.

Callen.

La respiración se me escapó de los pulmones y casi me caigo de espaldas.

—Vaya —dijo suavemente, rodeando mis antebrazos con sus manos y guiándome para que me pusiera de pie—. Estoy aquí para salvarte —dijo, con la voz ligeramente carrasposa. Intentó mantener la inclinación de sus

labios, pero la sonrisa se tambaleó y se deslizó cuando nuestras miradas se cruzaron, sus ojos llenos de gravedad.

Oh.

Me quedé mirando. La conmoción de ver su cara, de tenerlo ahí delante de forma tan inesperada, me había robado la voz y también todo el ingenio, al parecer.

Miró los papeles que había dejado caer y se dispuso a recogerlos, pero extendí la mano para detenerlo.

—No pasa nada. Sólo son... eh... —*Copias de algo, nada importante*—. Quiero decir, pueden ser reemplazados.

Se agachó de todos modos, recogiendo el montón empapado, inmóvil ahora, hecho pesado por el agua y pegado al pavimento.

—Probablemente no debería tirar basura —dijo mientras se ponía de pie.

—No —dije, mis ojos se movían sobre su cara como si no fuera real—. Quiero decir, sí. —Sacudí la cabeza, intentando desesperadamente despejarla. Últimamente estaba muy confusa—. Sí, tirar la basura es malo.

Su sonrisa se amplió, y era tan hermosa. Era tan hermoso que casi me pongo a llorar. Alguien pasó rozando su espalda y él se adelantó, guiándome más cerca de la pared de un edificio, fuera del camino de la gente que caminaba por la acera. Seguía sosteniendo el paraguas sobre nuestras cabezas, creando un espacio íntimo perfecto para dos. Me hizo imaginar aquella pequeña habitación que habíamos compartido en el Valle del Loira y una ola de emoción me recorrió. Esperanza, tímida y fuerte a la vez.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Utilizó la mano que no sujetaba el paraguas para pasarse por el pelo húmedo, echándolo hacia atrás, y luego se pasó la mano por el muslo para secar la humedad que había desprendido.

—Iba de camino a tu apartamento. A verte.

—¿Lo hacías?

Asintió con la cabeza, mirándome fijamente durante un momento, con tanta nostalgia en sus ojos que mi corazón volvió a saltar. Se palpó el bolsillo de la chaqueta como si acabara de recordar algo, y luego metió la mano en el interior, sacando un papel doblado. Cuando lo acercó a mí, pude

ver que su mano temblaba. Se aclaró la garganta.

—Esto es para ti. Lo he escrito para ti.

—¿Música?

Sacudió la cabeza.

—No, ah, no. Una carta. Sólo una corta.

Aspiré un poco de aire. *Una carta.*

—¿La escribiste tú? —*Oh, Dios mío. Oh, Callen.*

Asintió con la cabeza, la expresión de su rostro estaba llena de una vulnerabilidad tan cruda que las lágrimas ardían en mis ojos.

—Por favor, no te rías de ello, Jessie.

Dejé escapar un pequeño sollozo, tomando el papel.

—Nunca me reiría de ti.

Sacudió la cabeza, haciendo una mueca.

—Lo sé. Lo siento. Es que... es sólo un comienzo. Todavía no soy muy bueno. Pero Madame Pelletier dice que lo seré.

—¿Madame Pelletier?

—Mitutora.

—Oh, Callen —respiré, tragando el nudo en la garganta que amenazaba con ahogarme. Señaló la nota con la cabeza y se metió la mano en el bolsillo mientras me observaba.

Desplegué el trozo de papel blanco liso, con mis propias manos temblando como lo habían hecho las suyas un momento antes. En el interior, en letras de imprenta de aspecto infantil, con la tinta sangrando en varios puntos en los que parecía que se había detenido y vuelto a empezar con gran concentración, se leía:

Querida Jessie,

Lo siento y te amo.

Callen

La carta de amor más hermosa jamás escrita en la historia de la vida en la tierra.

Las lágrimas se liberaron, un gemido sollozante surgió en mi garganta cuando el amor de mi corazón estalló, mezclándose con mi orgullo por él, la dolorosa soledad de los últimos cuatro meses, la preocupación, las dudas, el dolor y el miedo.

—Jessie —graznó—. Se supone que no debes llorar. —Se adelantó y me quitó las lágrimas de la cara.

Sacudí la cabeza.

—Estoy muy orgullosa de ti. Y tú escribiste esto para mí. Y las canciones —jadeé—, las hermosas, preciosas canciones.

Callen se había acercado aún más y ahora besaba las lágrimas de mis mejillas.

—Jessie —murmuró—. Tengo tanto que explicarte. Ese día en mi habitación de hotel, yo...

—Lo sé —susurré—. Nick vino a verme.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé. Me lo dijo. —Alisó un trozo de pelo que se había pegado a mi mejilla húmeda—. Pero aun así me gustaría explicarme con mis propias palabras. Quiero deshacer el daño que te he causado. Quiero ganarme tu perdón.

—Te perdono, Callen. Y quiero que tú también me perdones. Nunca quise...

Puso sus dedos sobre mis labios, deteniendo mis palabras.

—No hay nada que perdonar. Puedes contarme cómo sucedió, pero sé que no querías hacerme daño. Sólo me has traído regalos. —Hizo una pausa—. Y en cierto modo, eso también fue uno, Jessie. Por curioso que parezca. Me salvaste una vez, y luego otra, pero necesitaba salvarme. —Pasó su nudillo por mi mejilla, y me incliné hacia su toque—. Tenías razón en eso. Tenías razón en tantas cosas.

Sonreí.

—Oh, Callen, yo... —Una ráfaga de viento sopló directamente hacia mí, haciéndome retroceder mientras mi abrigo salía volando y mi vestido se pegaba a mi cuerpo. Giré la cabeza contra la ráfaga y, cuando ésta cambió de dirección, abrí la boca para continuar la frase que había empezado. Cuando volví a mirar a Callen, estaba mirando hacia abajo, con los ojos muy abiertos y la boca ligeramente abierta.

Sus ojos volaron hacia los míos, su frente se arrugó.

—¿Jessie? —Se agachó y pasó la palma de la mano por mi vientre hinchado, que empezaba a redondearse con su bebé en crecimiento.

—Intenté llamarte —dije, con los nervios asaltándome—. Pero tu

número estaba cambiado.

Parpadeó, todavía con la mirada fija, como si estuviera en shock.

—Cambié mi número cuando me mudé a Francia —murmuró.

¿Francia?

—Oh. Um, bueno, no sabía cómo localizarte, y no tenía a nadie más a quien llamar. Traté de buscar a Nick, pero no tenía su apellido, y Los Angeles es una gran ciudad... muchas, ah, empresas de diseño de sitios web. Y entonces pensé que después de recibir tu música te pondrías en contacto conmigo... estaba esperando... he escuchado tus canciones tantas veces. —Dejé escapar una risa estrangulada. Eso era un eufemismo. Tenía toda la banda sonora memorizada, cada nota, cada acorde—. También se las he puesto todas al bebé —susurré—. Quería que él o ella te conociera desde el principio... y... sentí tu corazón allí. Yo... Oh —Dios, di algo. *Cualquier cosa.*

Algo pareció romperse en su interior cuando soltó un suspiro, sus hombros se relajaron y una lenta sonrisa se apoderó de su rostro.

—Hicimos un bebé ese fin de semana en esa pequeña habitación del ático, en esa pequeña cama. —Su sonrisa se amplió aún más y se rió, un sonido lleno de alegría.

—Sí. Yo... ¿Estás... feliz?

—Jessie. —Volvió a reírse, dejando caer el paraguas en la calle y acercándose a mí, tirando de mí en sus brazos—. Estoy feliz. Es un milagro. —Acercó sus labios a los míos, riendo mientras nos besábamos, y me hizo girar bajo la lluvia menguante. La euforia se apoderó de mí, un alivio tan intenso que parecía que las rodillas se me iban a doblar. Pero Callen me sujetó con fuerza, sin dejarme caer. Me *rescató*.

Después de besarnos durante unos minutos más, se retiró.

—Me dijiste que no estabas embarazada, esa noche en tu cena de trabajo.

—No lo sabía. Sólo habían pasado dos semanas desde aquel fin de semana. Y supongo que me imaginé que no lo estaba. Quizás... quizás incluso esperaba no estarlo. No sabía cómo sentirme. Las cosas eran tan...

—Lo sé. Lo siento. Lo siento mucho. —Callen me besó de nuevo, abrazándome.

Después de un minuto, ladeé la cabeza, sus palabras de antes

penetraron.

—Espera, ¿te has mudado a Francia? ¿Cuándo?

Sonrió.

—Sí. Hace unos meses. Compré una casa en Giverny. Es muy antigua, tiene toneladas de historia y un hermoso jardín privado en la parte trasera con tantos rosales que puedes olerlos en el aire cuando sales. —Su expresión se volvió sobria—. Tiene muchas habitaciones adicionales. Hay una pequeña al lado de la principal que sería un perfecto cuarto de niños. Tiene un asiento en la ventana y mucha luz...

Dejó escapar un sonido que era mitad risa, mitad sollozo, sin saber si quería reír de alegría o llorar de emoción no gastada. Tal vez ambas cosas. Acaricié su mejilla con la mano, pasando el pulgar por su pómulo.

—Has estado ahí todos estos meses solo?

Negó con la cabeza.

—No. Quiero decir, sí. Quiero decir que ahora tengo una perra. Pierre. Es una buena compañía.

Levanté una ceja. ¿Pierre?

—¿Ella?

Se rió.

—Sí. No me fijé lo suficiente antes de nombrarla. En ese momento ella ya respondía a ello. Luego te contaré cómo la encontré. —Se inclinó, apoyando su frente en la mía—. Tenemos tanto que hablar, Jessie. Tengo tanto que contarte.

—Yo también tengo mucho que contarte susurré, —sonriendo—. Pero cuéntame otra vez.

—¿Qué?

—Lo que escribiste en tu carta.

—¿Que lo siento?

—No, esa parte no. La otra parte.

Su sonrisa estaba llena de ternura.

—Te amo, Jessie. Sólo a ti. Te amo desde hace mucho, mucho tiempo, creo que desde siempre. Quiero hacer una vida contigo y con nuestro bebé. Quiero escribirte cartas de amor con mi música. Quiero darte de comer chocolate francés. —Su sonrisa aumentó y dejó escapar una risa que sonó

empapada antes de que ambos volviéramos a ponernos serios, con la respiración suspendida ante la mirada de adoración en su apuesto rostro—. Quiero oír la pasión en tu voz cuando hablas de tu trabajo. Quiero que demos paseos, que nos sentemos frente al fuego, que hagamos el amor, que criemos hijos y que envejecamos juntos. Quiero ser tu príncipe.

Volví a llorar, lágrimas silenciosas que recorrían mi rostro, pero sonreí a través de ellas, con tanta felicidad en mi corazón.

—Yo también te amo —le dije, tirando de él hacia mí de nuevo, tocando mis labios con los suyos mientras caían las últimas gotas de lluvia y todo París parecía detenerse, sólo por un momento, sólo para nosotros.

Epílogo

Callen

El niño caminaba inseguro entre las flores silvestres, la débil vibración del sonido emanaba de su garganta y flotaba hasta mí en la suave brisa primaveral. Estaba tarareando. Mi corazón se detuvo, apretándose con amor, y sólo un poco de miedo, antes de reanudar su ritmo tranquilo y constante. La música también vivía dentro de él; le había transmitido ese don. Quizás también había transmitido mis luchas, y quizás era lo que hacía la música: llenar nuestros cerebros tan completamente que había poco espacio para otras cosas. Por otra parte, había aprendido a leer. Nunca entendería las palabras y frases escritas, las oraciones y la estructura del lenguaje como lo hacía Jessie, pero ahora podía leer menús. Podía leer señales e indicaciones, información sobre productos, mensajes de texto y correos electrónicos. El mundo se había abierto para mí, pero sobre todo, sentía un renovado sentido de mis propias capacidades, el orgullo que supone poner mi mente en algo y lograrlo, la autoestima que acompañaba a una nueva voluntad de *intentarlo*, incluso cuando tenía miedo.

Y en cualquier caso, estaría orgulloso de mi hijo por ser quien fuera. Las palabras que sonarían en su cabeza cuando pensara en mí serían palabras de amor y admiración, orgullo y alegría. Siempre sabría que cuando le miraba, veía un milagro.

—Hace un día precioso, ¿verdad? —preguntó Jessie, acercándose a mí y rodeando mi cintura con sus brazos, apoyando su cabeza en mi hombro. La rodeé con el brazo y tiré de ella para acercarla, besando la parte superior de su cabeza mientras veíamos a nuestro hijo reír y cambiar de dirección, siguiendo a un Pierre retozón.

—Es perfecto —dije. Habíamos llegado al campo junto a la cueva donde las cartas de Adelaïde y almorzamos con un picnic, disfrutando de la belleza del Valle del Loira en plena primavera y disfrutando de los dulces recuerdos del lugar donde nos habíamos enamorado. El lugar donde había comenzado nuestra familia.

Tal vez eso no era del todo exacto. Tal vez nuestra familia había comenzado su historia hace muchos años, en un vagón abandonado en una

noche de verano en California. Tal vez el destino había esperado todo este tiempo para que viéramos el camino que tan amorosamente había trazado para nosotros. Parecía ser paciente en ese sentido.

—Los siento aquí —murmuró Jessie, volviéndose hacia la cueva detrás de nosotros—. A veces todavía puedo oír la voz de Adelaïde en mi cabeza. Imagino las cosas que diría, los consejos que daría.

La miré a los ojos llenos de sueños, mi mirada se desplazó por su hermoso rostro, esos grandes ojos color avellana, esos labios dulces y carnosos que nunca me cansaría de besar. *Gracias*, susurré en mi interior. *Gracias por ella. Por ellos*. El sol había resaltado las pecas de Jessie, y me incliné y besé una, sin poder resistirme. Ella se rió y yo sonreí.

—¿Qué dice ella? —Cerca de donde estábamos, Austin perdió el equilibrio y se fue al suelo sobre su trasero bien acolchado y con pañales. Pierre estaba a su lado en un instante, lamiéndole la cara mientras nuestro hijo de dieciocho meses se ponía en pie, continuando la exploración que habían hecho.

—Me dice que escuche a mi corazón, que me fije en todos los regalos que me dan, incluso los aparentemente pequeños, y que tenga paciencia cuando dejes el bol de cereales en el fregadero sin enjuagarlo.

Me reí.

—Es un alma sabia.

Su sonrisa se volvió pensativa.

—Lo es. Sobre todo, me recuerda que debo estar agradecida por todo. —Me acerqué a ella, sintiendo precisamente eso.

El año anterior, para crear una imagen más completa de los escritos que se habían traducido, el doctor Moreau y Jessie rastrearon información sobre el capitán Olivier Durand, que había servido en el ejército francés durante la Guerra de los Cien Años. Buscaron en antiguos archivos franceses y finalmente encontraron registros que mostraban que el capitán Durand se había casado con Adelaïde Beauvais, la hija repudiada de un aristócrata francés, el mismo año en que Juana de Arco fue quemada en la hoguera por herejía. El capitán Durand se había retirado del ejército y juntos habían criado a cinco hijos. Vivieron hasta el final de sus días en un pueblo de Francia, donde Olivier y Adelaïde cultivaron la tierra, cuidando sus huertos hasta su muerte. Olivier falleció primero y Adelaïde lo hizo tres semanas después.

No se pudo encontrar ninguna información sobre dónde habían sido enterrados, si las lápidas aún existían, y por eso vinimos a rendirles homenaje. Nos pareció correcto. Aquí habían vivido. Aquí habían expresado su amor por primera vez, y aquí fue donde volvieron a estar juntos.

Y a nosotros nos pasó lo mismo.

La semana anterior, Jessie había dado su preaviso en el Louvre y se iba a aventurar por su cuenta como traductora autónoma. Desde que trabajaba allí, había sido la encargada de varios proyectos importantes, pero conseguiría más variedad de trabajo si era una agente libre. Además, podría trabajar según su propio horario y viajar si lo deseaba. Ya se habían puesto en contacto con ella un museo de la Costa Azul que había encontrado escritos enterrados de una antigua prisión francesa y una familia de la costa de Normandía que había encontrado una caja de cartas que creían que incriminaban a una pariente lejana que había sido duquesa de asesinar a su marido el duque.

Y así volveríamos a vivir aventuras juntos, Jessie y yo, al menos mientras Austin fuera joven. Ella aprendería a cocinar, dijo, y seguiría arreglando nuestra casa de campo francesa, de la que se había enamorado perdidamente. Y cuidaría las rosas de nuestro jardín. Rosas, para recordarnos el fin de semana que lo cambió todo, el fin de semana en que el destino nos llevó a una posada con una habitación que nos proporcionó mucha... proximidad. La habitación en la que entregué mi corazón y que había quedado felizmente arruinada para cualquier otra para siempre. La habitación donde, sin saberlo, habíamos creado a nuestro querido niño.

Y, por supuesto, seguiría escribiendo cartas de amor a Jessie con mi música.

La banda sonora que había escrito, con la canción principal de Jessie, se había convertido en un éxito más allá de cualquiera de mis sueños. Incluso había ganado varios premios de la Academia, lo que había llevado mi carrera a un ámbito completamente nuevo. La seguridad que aportaba el dinero era agradable, pero la fama ya no me llenaba. Apreciaba mi vida tranquila en Giverny, aventurándome a ir a París sólo de vez en cuando para una reunión de negocios con mi nuevo agente o para cenar con mi mujer. Jessie iba un poco más a menudo, para visitar a Frankie y comer con amigos y viejos colegas.

Después de aquella desastrosa entrevista con Cyril Sauvage, había hablado de mi analfabetismo y de que sólo había aprendido a leer una vez, en los Oscar. Al recibir mi primer premio, leí mi discurso al público, el que había escrito minuciosamente de mi puño y letra, dedicando las palabras a mi mujer. Los medios de comunicación lo repitieron hasta la saciedad, incluyendo las caras llenas de lágrimas de casi todos los presentes. Jessie nunca se cansó de repetirlo. Yo sólo me reía, todavía un poco avergonzado por la atención prestada a algo que había ocultado toda mi vida como una vergüenza secreta. Pero, como decía Jessie a menudo, no había verdadera valentía sin miedo.

—¿Deberíamos ir a casa? —pregunté. La tarde se acercaba al atardecer y el sol estaba bajando—. Si nos vamos ahora podemos estar en casa al atardecer.

Ella asintió, dejando caer sus brazos de mi cintura.

Silbé a Pierre mientras me acercaba a mi hijo, lo tomé en brazos y lo lancé al aire, y él chilló de risa. Lo atrapé con facilidad y me reí con él. Luego lo subí a mis hombros y volví con Jessie.

Recogimos nuestras cosas y empezamos a caminar por el prado hasta nuestro coche, nuestros dedos enlazados, Pierre corriendo delante de nosotros. El pulgar de Jessie recorría el dorso de mi mano, su tacto era tan suave como el roce de una pluma. Austin tarareaba felizmente, algo que podía sentir con su barbilla apoyada en mi cabeza. Y en mi mente, vi las sombras de dos amantes de hace mucho tiempo que una vez habían caminado justo por donde nosotros pisamos ahora. Que, como nosotros, habían caminado hacia su destino con amor y convicción.

La música se hinchó a mi alrededor, dentro de mí, llenando mi corazón de esperanza, las notas mi propia guía personal por el camino que el destino me había marcado. Las palabras de mi padre ya no tenían el poder de herirme. Habían sido sustituidas por palabras de verdad y valor. Pero ahora también sabía que la vida era *más* que palabras. Era risa y amor, fe y alegría. Y, sobre todo, era la profunda paz que se obtiene al vivir la vida con fiereza y sin remordimientos.

Fin